

CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL



**MONOGRAFÍAS
del
CESEDEN**

127

**EN UNA SOCIEDAD POSHEROICA:
LA TRANSFORMACIÓN
DEL PARADIGMA MILITAR**

MINISTERIO DE DEFENSA



CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL



**MONOGRAFÍAS
del
CESEDEN**

127

**EN UNA SOCIEDAD POSHEROICA:
LA TRANSFORMACIÓN
DEL PARADIGMA MILITAR**

Febrero, 2012

CATÁLOGO GENERAL DE PUBLICACIONES OFICIALES
<http://publicacionesoficiales.boe.es/>

Edita:



NIPO: 083-12-047-7 (edición en papel)

NIPO: 083-12-048-2 (libro-e)

ISBN (papel): 978-84-9781-729-5

Depósito Legal: M-13353-2012

Imprime: Imprenta del Ministerio de Defensa

Tirada: 500 ejemplares

Fecha de edición: marzo, 2012

NIPO: 083-12-049-8 (edición en línea)

ISBN (libro-e) : 978-84-9781-730-1



En esta edición se ha utilizado papel libre de cloro obtenido a partir de bosques gestionados de forma sostenible certificada.

Las opiniones emitidas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores de la misma.

**EN UNA SOCIEDAD POSHEROICA:
LA TRANSFORMACIÓN DEL PARADIGMA MILITAR**

SUMARIO

	<u>Página</u>
INTRODUCCIÓN	9
<i>Por Cayetano Miró Valls</i>	
<i>Capítulo primero</i>	
ORDEN Y DESORDEN INTERNACIONAL EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO	47
<i>Por María Dolores Algora Weber</i>	
<i>Capítulo segundo</i>	
LA GUERRA ACTUAL Y EL ARTE DE LA DISTANCIA	75
<i>Por José Romero Serrano</i>	
<i>Capítulo tercero</i>	
¡A MÍ LA LEGIÓN!.....	111
<i>Por María Elena Gómez Castro</i>	
<i>Capítulo cuarto</i>	
HÉROES O VILLANOS. LA TRANSFORMACION EN LAS FUERZAS ARMADAS	141
<i>Por Juan Antonio Moliner González</i>	

Capítulo quinto

OFICIAL Y CABALLERO. EL PARADIGMA MILITAR EN UNA CULTURA POSHEROICA.....	171
<i>Por Javier Hernández-Pacheco</i>	
EPÍLOGO	203
<i>Por Cayetano Miró Valls</i>	
ANEXO	215
COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO	217
ÍNDICE.....	219
RELACIÓN DE MONOGRAFÍAS DEL CESEDEN	223

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Por CAYETANO MIRÓ VALLS

Del desasosiego de un título

Al encontrarme a solas con el título propuesto para la Monografía que se había encomendado realizar al grupo, del que me otorgaron el privilegio de ser su presidente: «La guerra posheroica: la transformación del paradigma militar», como primera medida consulte las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, de muy reciente edición (7 de febrero de 2009) para determinar que «ordenaban» –como su nombre indica– a los militares sobre el heroísmo en caso de guerra, puesto que como se dice en su preámbulo:

«Conforman un código deontológico, compendio de los principios éticos y reglas de comportamiento del militar español.»

La búsqueda concluyó rápidamente puesto que la palabra «guerra» no aparece (si conflicto armado y operaciones de combate) y héroe tan sólo aparece en el artículo 21 cuando hace mención a la tradición militar en los Ejércitos, y dice:

«Los miembros de las Fuerzas Armadas se sentirán herederos y depositarios de la tradición militar española. El homenaje a los héroes que la forjaron y a todos los que entregaron su vida por España es un deber de gratitud y un motivo de estímulo para la continuación de su obra.»

No encontré más citas ni al héroe ni al heroísmo. Tan sólo el homenaje –por deber de gratitud– a «los que fueron»... puesto «que la forjaron»

(¿a la tradición militar? ¿A España?), y por ser motivo de estímulo para la continuación de su obra.

¿Será ciertamente una milicia de la que no se espere el heroísmo en caso de guerra, ¡perdón!, de conflicto armado?

Puesto que el Real Decreto deroga varios artículos (1) de las anteriores Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas (Ley 85/1978, de 28 de diciembre), acudí a ellos buscando alguna mención al heroísmo. Efectivamente, el derogado artículo 122 decía:

«El valor, la acometividad, la serenidad y el espíritu de lucha son cualidades que ha de poseer el buen combatiente, sobre ellas las virtudes militares forjaran el heroísmo de los que arriesgan su vida por la Patria.»

Por ello, volví a las actuales Ordenanzas en búsqueda de algún artículo similar al derogado, encontrando en el artículo 89 —«Cualidades del combatiente»— al que parecía ser el heredero del antiguo artículo 122. Dice así:

«La moral de victoria, el valor, la acometividad, la serenidad y el espíritu de lucha son cualidades que ha de poseer todo combatiente.»

O sea, como antes exige las cualidades a todo combatiente, pero omite que sobre ellas «las virtudes militares forjaran el heroísmo de los que arriesgan su vida por la Patria». ¿No gustó la palabra heroísmo a los redactores de las actuales Ordenanzas?

Y me pregunté: ¿Será la Ley 39/2007 de la Carrera Militar, de 19 de noviembre, la que haga cita a heroísmo? Y busqué en ella cualquier posible cita a guerra, heroicidad, héroe.

Las únicas veces que aparece la palabra guerra es en la disposición adicional segunda, al citar la Cruz de Guerra y en la adicional undécima al citar al Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria. Ni una palabra sobre héroes o heroísmo. Parece asentarse la respuesta afirmativa a mi pregunta anterior: ¿Será ciertamente una milicia de la que, en caso de guerra, ¡perdón!, de conflicto armado, no se espere el heroísmo?:

(1) Artículos derogados: 1 al 4, 6, 10, 14 al 19, 25, 27, 30 al 33, 35 al 48, 51 al 58, 65 al 78, 80 al 83, 85, 86, 88 al 167 y 191 (que en virtud de la disposición transitoria duodécima de la Ley 39/2007 de la Carrera Militar, de 19 de noviembre, dejaron de tener el carácter de Ley para tenerlo de Real Decreto).

Al ser las Recompensas Militares parte de esta Ley (disposición adicional segunda) y citar en primer lugar, como debe ser, la Cruz Laureada de San Fernando, acudí a la legislación sobre tan alta distinción en busca de la palabra «héroe». Por cierto, que en la exposición de motivos del Real Decreto 899/2001, de 27 de julio por el que se aprobó el último y vigente Reglamento de la Real y Militar Orden de San Fernando, se afirma:

«Constituyen principios del Reglamento que aprueba este Real Decreto: el de reafirmar el carácter de primera Orden Militar española de la Real y Militar Orden de San Fernando; mantener inalterada su finalidad; revitalizarla; adaptar la terminología y léxico del Reglamento al Derecho vigente y a las definiciones admitidas y utilizadas internacionalmente; y designar los diversos tipos de conflictos armados y operaciones militares que pueden dar lugar a la concesión de las recompensas que se regulan.»

Mi ánimo se reconfortó, puesto que encontraba un texto moderno, adaptada su terminología y léxico a Derecho vigente, con definiciones admitidas y utilizadas internacionalmente y que ampliaba el espectro de conflictos armados y operaciones militares. Por ello, comencé a leer con avidez... y tan sólo empezar... tuve que detenerme, pues en su artículo 1 ya comenzó a satisfacer mi necesidad:

«La Real y Militar Orden de San Fernando, primera Orden española de carácter militar, tiene por objeto honrar el reconocido valor heroico y el muy distinguido, como virtudes que, con abnegación, inducen a acometer acciones excepcionales o extraordinarias, individuales o colectivas, siempre en servicio y beneficio de España. Dichas acciones tendrán tales consideraciones cuando se produzcan durante intervenciones de sus Fuerzas Armadas, o cuando éstas participen en misiones de fuerzas multinacionales, bajo mandato de organizaciones internacionales o alianzas de las que España forme parte.»

Tan sólo tuve que avanzar hasta el artículo 13 para encontrar la piedra filosofal:

«El valor heroico es la virtud sublime que, con relevante esfuerzo de la voluntad, induce a acometer excepcionales acciones, hechos o servicios militares, bien individuales o colectivos, con inminente riesgo de la propia vida y siempre en servicio y beneficio de la Patria o de la paz y seguridad de la comunidad internacional».

«El valor muy distinguido es la virtud que, sin llegar a tener la consideración de valor heroico según se define en el apartado anterior, sobresale muy significativamente del valor exigible a cualquier militar en el desarrollo de operaciones armadas, llevando a acometer acciones, hechos o servicios militares, individuales o colectivos, de carácter extraordinario que impliquen notables cambios favorables y ventajas tácticas para las fuerzas propias o para la misión encomendada.»

Conviene recordar aquí, o descubrir para algunos, que la estatua que preside la escalera principal de los jardines del palacio de Buenavista, sede del Cuartel General del Ejército, simboliza «El Valor», que según la Real Academia de la Lengua es:

«La cualidad del ánimo, que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y a arrostrar los peligros.»

La Cruz Laureada de San Fernando, máxima recompensa militar de España recompensa el valor heroico y la Medalla Militar, recompensa militar ejemplar, recompensa el valor muy distinguido. Los reversos de los Collares del Soberano y del Gran Maestre, así como de las Medallas Pectorales de la Real y Militar Orden de San Fernando llevan en campo de oro, la fecha: «1811» y la inscripción en oro: «España a sus héroes». Me movió de forma inmediata la curiosidad por la fecha: «1811».

Por el Decreto número LXXXVIII de 31 de agosto de 1811 de las Cortes de Cádiz se crea la Orden Nacional de San Fernando, para «establecer en los premios un orden regular» haciendo que:

«Sólo el distinguido mérito sea convenientemente premiado y que nunca pueda el favor ocupar el lugar de la justicia.»

En este Decreto se prevé que en la insignia de la Cruz conste la corona de laurel a partir de la segunda acción heroica.

La iniciativa de la creación de la Orden quedó esculpida en una lapida de mármol blanco e ismaelita con un bajorrelieve de un ramo de olivo depositado sobre la bandera de España, plena de corbatas de honor que por iniciativa de la Real Academia Hispano-Americana, se descubrió sobre la puerta de la iglesia de San Felipe Neri de Cádiz el 12 de octubre de 1916, en la que se lee:

«Homenaje de los caballeros de la Real y Militar Orden de San Fernando a las Cortes de Cádiz y a su diputado suplente por Buenos Aires teniente coronel de Infantería don Luis de Velasco que en la

sesión de 27 de enero de 1811 inició la creación de la Orden Nacional de San Fernando instituida por el Decreto LXXXVIII de 31 de agosto de 1811.»

Don Luis de Velasco, teniente coronel de Infantería, era diputado por la Argentina en la Cortes Constituyentes de 1812, y solicitó la creación de una Orden que premiase los heroísmos en pro de la patria española.

No pudo tener un origen más democrático y liberal que el que le dio su cuna: las Cortes de Cádiz, que redactarían la primera Constitución española y tal vez la más antigua escrita de todas las democráticas. Por Real Decreto de Su Majestad el Rey Don Fernando VII, de 28 de noviembre de 1814, fue refrendado la Orden cambiando su denominación inicial por la de Real y Militar Orden de San Fernando, que fue reformada en 19 de enero de 1815.

El vigente Reglamento de la Real y Militar Orden de San Fernando determina explícitamente que la acción, hecho o servicio que puede ser merecedora de la Cruz Laureada de San Fernando ha de implicar un valor heroico tal como se ha definido anteriormente y tener la consideración de excepcional, para lo cual debe cumplir unos requisitos indispensables y de aplicación general (2).

Puedo afirmar que mi estado de ánimo se serenó. No había sido tarea fácil encontrar la vigencia del concepto héroe en cuanto se dispone sobre las conductas que debe tener de forma permanente y que puede

(2) «Que tenga lugar en momentos críticos y difíciles para el desarrollo de la acción militar, bien por la manifiesta inferioridad del interesado o de las fuerzas bajo su mando, bien por las circunstancias excepcionales de la situación y habiendo tomado las medidas necesarias para obtener el mayor rendimiento de la acción con el mínimo número de bajas y los menores daños materiales, incluso en el caso de que cumpliendo órdenes, o por circunstancias tácticas, se llegue deliberadamente al sacrificio propio, o al de sus fuerzas si se tiene mando, produzca excepcionales cambios favorables y señaladas ventajas tácticas para las fuerzas propias o para la misión encomendada, no estando originado, como único impulso, por el propósito de salvar la vida, o por la ambición impropia y desmesurada que pueda conducir al interesado, o a las fuerzas de su mando, a un riesgo inútil o excesivo, suponga una superación excepcional del deber, al implicar significativos sacrificios y riesgos, incluso perder la propia vida, siendo el primero en realizarla, habiendo otros que, también, podrían haberlo llevado a cabo.» Asimismo, se tendrá en cuenta que las acciones, hechos o servicios, valorados de acuerdo con lo establecido en el presente artículo, podrán ser realizados como consecuencia de misiones ordenadas por el mando, o por propia iniciativa del autor, si las circunstancias le tuvieran aislado y considerara obligado intervenir.

alcanzar en determinadas acciones bélicas, siendo éstas el foco de los desvelos de los estudios y dura preparación para llegar a tener como parte de su trabajo, por juramento o promesa, entregar hasta la última gota de su sangre.

No se puede decir a un soldado que estará en un teatro de operaciones en disposición de realizar, obedeciendo, acciones en las que no tan sólo arriesga su vida, sino que en algún caso (los menos, Dios lo quiera) deberá estar dispuesto a entregarla. No se puede decir, digo, a un soldado desplegado ni a nadie de su retaguardia, amplío, que esta acción bélica (esta guerra, sea con mayúsculas, sea con minúsculas, sea camuflada de operación, de misión, etc.) es posheroica. Él o ella, y todos a los que representa, deben saber que entre los pliegues de su uniforme están los armazones de un héroe, de una heroína.

De proponer un cambio en el título

Por todo ello, fue tomando cuerpo la idea de proponer un cambio en el título de esta Monografía, más siendo un trabajo que forma parte de las actividades del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional. No concibo la yuxtaposición de las palabras «guerra y posheroico».

Toda decisión, debe dejarse madurar un tiempo y aprovecharlo para confrontarla con varias «piedras de contraste».

Así, la siguiente especulación sobre el posheroísmo creí que debía hacerla en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, pues tal vez al definir héroe, o heroísmo, podría encontrar alguna cita a su situación actual, es decir: caducada (puesto que al ser pos... podría ser que sólo lo tratara como una antigualla) o un atributo de seres de ficción (ya sea de la mitología, ya sea de la novela épica, ya sea de la cultura del cómic que los eleva súper héroes).

Define héroe como:

«Varón ilustre y famoso por sus hazañas (siendo hazaña la acción o hecho, y especialmente hecho ilustre, señalado y heroico) o virtudes», y como «hombre que lleva a cabo una acción heroica». Y define heroína como «mujer ilustre y famosa por sus grandes hechos, y como «mujer que lleva a cabo un hecho heroico». Diciéndose heroico/a «de las personas famosas por sus hazañas o virtudes, y, por extensión, también de las acciones», definiendo tiempos he-

roicos como «aquellos en que se ha hecho un gran esfuerzo para sacar adelante una cosa.»

Por supuesto que también habla de personajes de la mitología y de la literatura épica. Si nuestros más reconocidos guardianes de la lengua determinan la contemporaneidad de los conceptos que expresan las palabras: ¿Cómo es posible que en nuestro léxico puedan haber aparecido dos palabras yuxtapuestas, una de elevado valor moral, ético... (lo que queremos pero de elevado rango), precedida por un pos que la relega a algo caduco, antiguo, demodé? Es más... y que aparezca al hablar de guerra, circunstancia en la que no es hipotético el riesgo para aquellos que están en el teatro de operaciones, frente a un contrario, que sin ser su enemigo personal, personifica la voluntad contrapuesta a la que su gobierno le ha mandado defender, junto a un grupo de otros como él, unidos por unos lazos afectivos, ¡sublimes en los casos extremos!, de forma que darían la vida el uno por los otros que, en estos dramáticos momentos, constituyen la auténtica materialización de la Patria.

Se consolida mi decisión: no puede hablarse de guerra posheroica. ¿Será la cultura de nuestra civilización la que es posheroica? ¿Será la vida posheroica? Existen las palabras, pero ¿se usan actualmente? ¿Han quedado para los cómics de personajes de ficción, que generalmente son «superhumanoides»?

¡Pues sí!... se usan en la vida real. Efectivamente, nuestros actuales altos dignatarios no han borrado de su vocabulario la palabra héroe para ensalzar a quienes han llevado a cabo hechos ilustres, o han demostrado virtudes que le han hecho ilustre.

Así, según noticia de la Agencia EFE de 18 de abril de 2010, la señora ministra de Defensa, presidiendo el acto de despedida de féretros con los restos mortales de los cuatro militares españoles fallecidos en un accidente de helicóptero en Haití celebrado a bordo del buque Castilla, los calificó de «héroes», y recordando que, desde que se puso en marcha la misión, han participado unos 300 cooperantes, se han utilizado 27 aviones, se han repartido unas 200 toneladas de ayuda y se han invertido más de 100 millones de euros, dijo:

«Ahora hay que añadir a esta lista de generosidad y entrega la vida de cuatro compañeros, de cuatro marinos españoles.»

El señor presidente del Gobierno el día 22 de febrero de 2011, durante el discurso que pronunció en el acto de imposición de la Medalla

de la Orden al Mérito Constitucional a los miembros de la Comisión de Secretarios de Estado y Subsecretarios del día 23 de febrero de 1981, dijo:

«Sí, deberíamos tener, a veces, menos pudor como país a reconocer y a ensalzar a quienes han prestado en favor de todos grandes servicios cívicos. En esta ocasión... contenemos este pudor para honrar como se merecen a nuestros “héroes de la transición”, si me permiten acudir a esta figura que con tanta naturalidad se ha utilizado para referirse a los “héroes de guerra” en los que las naciones suelen personalizar los valores con los que quieren identificarse.»

El 20 de abril de 2008 el papa Benedicto XVI rezó en la zona cero de Manhattan (Nueva York) por la «paz» de los fallecidos así como de las familias afectadas por los atentados del 11 de septiembre de 2001. El Papa pidió un momento de reflexión para la memoria de los fallecidos en los atentados:

«Pedimos en Tu bondad que concedas luz eterna y paz para todos los que murieron aquí, a los héroes que respondieron los primeros: a los bomberos, los agentes de Policía, los efectivos de los servicios de emergencia, el personal de la autoridad portuaria; así como todos los hombres y mujeres inocentes, víctimas de esta tragedia simplemente porque trabajaban aquí el 11 de septiembre de 2001.»

En algunos casos se utiliza la palabra héroe para calificar a ilustres, a celebridades y a víctimas por azar dentro de un ambiente de riesgo. En otros, a quienes se han hecho ilustres y célebres por el extraordinario valor consciente demostrado ante situaciones adversas.

Y si los hechos son como son... parece que no estamos en una civilización posheroica pues se reconoce la heroicidad, se reconocen héroes. ¿Será que sólo en el ámbito civil? ¿Será que nuestra cultura no se prevé acciones militares en las que se puedan producir hechos heroicos? ¿Qué clase de guerra –operación militar en terminología actual– concibe nuestra civilización?

Creí indispensable estudiar sucesos civiles y de carácter bélico acaecidos durante la segunda mitad del siglo XX y analizar como habían podido influir sobre la concepción del heroísmo en las acciones militares por la sociedad llamada occidental.

Los síndromes y traumas de los años cincuenta a los setenta

Dos empeños bélicos –separados por una década el fin de la primera del inicio del segundo– desarrollados durante la llamada guerra fría, en un mundo bipolar y en las vecindades del «gigante chino», tuvieron unas características políticas y militares muy distintas de las que tanto las tropas, como las sociedades occidentales, habían experimentado durante las guerras de la primera mitad del siglo XX.

La guerra de Corea librada desde junio de 1950 –cuando las tropas norecoreanas cruzaron el paralelo 38 y avanzaron hacia el Sur, arrasando prácticamente a las fuerzas surcoreanas– hasta julio de 1953. La ausencia del delegado soviético en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, facilitó una resolución, dando mandato a Estados Unidos, para ponerse al frente de un ejército que hiciera frente a la agresión norecoreana.

Las tropas multinacionales de la Organización de Naciones Unidas, en la práctica el Ejército norteamericano al mando del general MacArthur, recuperaron rápidamente el terreno perdido y el 19 de octubre tomaron Pyongyang, la capital de Corea del Norte. Tropas chinas, con importante apoyo militar soviético, penetraron en Corea haciendo retroceder al Ejército norteamericano. El 4 de enero de 1951, las tropas comunistas tomaron Seúl, mientras que en el flanco oriental, varias unidades de marines estadounidenses lograban expulsar hacia el norte a las fuerzas chinas. El general MacArthur se manifestó partidario de extender la lucha más allá de la frontera con China, aún con el riesgo de verse implicados en una guerra con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Consideraba que era la ocasión propicia para derrotar definitivamente al comunismo, y hasta llegó a planear la utilización de un ataque atómico si la situación así lo requería. Tanto el presidente Truman como la mayoría del Congreso desestimaron la opción, considerando que podía llevar al enfrentamiento nuclear con la URSS. A pesar de la oposición republicana, Truman relevó en el mando al general MacArthur por el general Ridgway.

Tras la detención y derrota de las ofensivas chinas de marzo de 1953 y de unas difíciles negociaciones, el 27 de julio de 1953 se firmó el armisticio en la localidad de Panmunjom, quedando el paralelo 38 como línea de separación entre las dos Coreas, creando una «zona desmilitarizada» flanqueando al paralelo. Prácticamente la misma situación territorial que existía antes de la guerra. No se firmó ningún tratado oficial de paz entre

ambas Coreas, por lo cual los problemas que generaron la guerra no quedaron solucionados.

Además de la devastación, y las grandes cifras de víctimas civiles y de desplazados, el costo de la guerra en vidas fue muy alto en ambos bandos, acercándose a los 90.000 en el bando sur y doblando la cifra en el bando norte. En general, la opinión pública de Estados Unidos desaprobó la participación en una guerra que había ocasionado la pérdida de vidas de compatriotas –que se evalúa entre cuatro y cinco decenas de miles– y cuyo resultado estimó inútil al no haber alcanzado una victoria militar contundente.

En el año 1999 tomó cuerpo un «fantasma» de aquella guerra. Charles Hanley publicó la historia de la llamada masacre de No Gun Ri, pueblo de Corea del Sur, según la cual en julio de 1950 soldados norteamericanos dispararon y mataron a varios cientos de desplazados surcoreanos que cruzaron sus líneas escapando del avance de las tropas del norte refugiados, ante la suposición de que soldados norcoreanos de paisano podían camuflarse entre ellos. El año 2000 se concedió el Premio Pulitzer a Charles Hanley por su historia y en enero de 2001 el presidente Clinton emitió una declaración de pesar:

«On behalf of the United States of America, I deeply regret that Korean civilians lost their lives at No Gun Ri in late July, 1950...»

Cuando en el año 1954 se firmaron los Acuerdos de Ginebra en los que se aprobaba la independencia de Laos, Camboya, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur, incluyendo una cláusula según la cual debería celebrarse un referéndum en el año 1958 en el que se decidiría sobre la separación o reunificación de ambos Vietnam, a buen seguro no se tenía una certeza sobre la estabilización de la zona, como tampoco nadie intuir la enorme repercusión que cuanto ocurriría en zona tendría en la segunda mitad del siglo e incluso en el XXI. No fue sólo la guerra del Vietnam el motivo de la muchas corrientes evolutivas de la sociedad de los años sesenta y setenta, pero sí el catalizador de lo que me atrevo a llamar «la conmoción de la época de la guerra del Vietnam».

El 2 de noviembre 1963 tuvo lugar el golpe de Estado en Vietnam del Sur que acabó con la vida del presidente Dien, quien a su vez, antes de realizarse el previsto referéndum del año 1958, se había hecho con el poder mediante un golpe de Estado y había anulado los comicios. La constante presión de Vietnam del Norte y la corrupción del régimen de Dien habían dado lugar a la creación de un movimiento de resistencia contra su régi-

men dictatorial denominado Frente Nacional de Liberación de Vietnam, más conocido como Vietcong, que inició su lucha de guerrillas en el año 1960 contando con la ayuda de Vietnam del Norte en forma de entrega de suministros y armas.

Estados Unidos, que mantenían asesores en la zona desde el inicio del conflicto en Indochina, por decisión del presidente Kennedy –que había accedido a la Presidencia el 20 de enero de 1961– aumentaron el número de asesores hasta llegar a unos 20.000 para instruir al Ejército de Vietnam del Sur en tácticas, mantenimiento de aviones y helicópteros, y otras funciones auxiliares; pero no tenían autorización para intervenir en los combates y mucho menos para preparar acciones contra los guerrilleros

El 22 de noviembre de 1963 fue asesinado el presidente Kennedy, siendo sucedido por el entonces vicepresidente Lyndon B Johnson. El 2 y 4 agosto de 1964, tuvieron lugar los incidentes del golfo de Tonkín. El día 5 de agosto, el presidente Johnson ordenó el ataque de la flota norvietnamita por aviones procedentes de los portaaviones Tinconderoga y Constellation. A solicitud del presidente, el Congreso aprobó la resolución del golfo de Tonkín que conferiría plenos poderes para que los asesores presentes en Vietnam realizaran operaciones fuera del recinto de sus bases, además de poder incrementar la presencia militar en ese país. A principios de marzo de 1965 desembarcaron en la base de Da Nang los 3.500 marines que se unirían a los 22.500 asesores que ya servían en Vietnam. Aproximadamente el 60% del país estaba en poder del Vietcong y no había expectativas de un cambio en la tendencia porque la iniciativa en los combates era de los guerrilleros y los soldados del Norte.

No es este el espacio para describir las diversas estrategias, tácticas o eventos que se sucedieron durante 10 años en los escenarios del conflicto, hasta que el 27 de enero de 1973 las delegaciones de Vietnam del Sur, norvietnamita, estadounidense y del gobierno provisional de la República de Vietnam del Sur (Vietcong) firmaron los Acuerdos de Paz de París el 27 de enero de 1973, pero considero que si es adecuado citar las grandes convulsiones sociales que fueron coetáneas, unas veces consecuencia de la guerra, otras que encontraron en la guerra un argumento muy válido para afirmar su ideología:

– Las pérdidas humanas estadounidenses alcanzaron la cifra de 57.600, además de ser más de 153.000 los heridos. En el momento del acuerdo de alto al fuego había 587 prisioneros de guerra entre militares y civiles, los cuales fueron posteriormente liberados en su totalidad.

- *El trato a los ex combatientes. Los soldados que regresaban de Vietnam heridos física y moralmente, no se sintieron bienvenidos en su patria, ni recibieron tratamiento de héroes. Muchos pasaron grandes dificultades para conseguir trabajo y readaptarse a la vida familiar. Según datos del Departamento de Veteranos, medio millón de ellos sufrían problemas psicológicos relacionados con las experiencias de la guerra.*
- *Los objetores y desertores. Entre los años 1964 y 1975 de un grupo aproximadamente de 26 millones de americanos en edad de cumplir el servicio militar, 9,2 millones lo cumplieron y unos 3,5 millones lo hicieron en Vietnam. De los casi 16 millones que no cumplieron el servicio militar activo, un 96% estaba o bien exento (por lo general debido a los puestos de trabajo de interés nacional diferentes al servicio militar), o bien con prórroga (por lo general por razones de estudios), o bien no eran útiles (por lo general por deficiencias físicas y mentales, pero también estar procesados: unos 500.000 por prófugos). De estos últimos menos de 10.000 fueron condenados. Unos 100.000 huyeron del país.*

Durante la campaña presidencial del año 1968, el presidente Nixon prometió poner fin al reclutamiento, considerando que finalizar con la conscripción era una forma efectiva para debilitar el movimiento contra la guerra de Vietnam, al creer que los jóvenes dejarían de protestar contra la guerra una vez que desapareciera su probabilidad de tener que luchar en ella. Ya presidente, se incrementó la paga militar como un incentivo para atraer voluntarios, y se potenció la publicidad del Ejército en televisión. En junio de 1973, con la incorporación a filas los nacidos en el año 1952, acabó el servicio militar obligatorio. Recordemos que el Acuerdo de París se firmó el 27 de enero de 1973:

- *El movimiento contracultural hippie nacido en Estados Unidos: a finales de la década de los años sesenta constituía una corriente juvenil masificada. En desacuerdo con los valores tradicionales de la clase media, de la burguesía y de la burocracia, amantes de adoptar un modo de vida comunitario, basado en el amor y la paz, renegaban del nacionalismo y de la regulación estatal, así como de la mercantilización y burocratización de la vida cotidiana, del consumismo y del capitalismo. La causa que llevó a muchos hippies a entrar en la protesta social fue la guerra del Vietnam.*
- *El llamado «verano negro» del año 1967: que hizo tambalear a la gran potencia. Los disturbios de ese verano contra el racismo y la discriminación en ciudades como: Nueva York, Chicago, San Francisco, Detroit y Los Ángeles, entre otras dejaron una marca imborrable en la sociedad norteamericana tradicionalista.*

- *La revolución musical que supuso para la juventud la aparición de nuevos grupos, de los macroconciertos y de la canción protesta, cuyo rostro más popular de la música folk y de protesta entre los años 1962 y 1964 fue Joan Baez, conocida como La reina de la canción protesta. Fundó el Instituto para el Estudio de la No-Violencia en Palo Alto (California) en el año 1963. En misión humanitaria, visito Hanoi en 1972, portando regalos y cartas para los prisioneros americanos y coincidió con un potente bombardeo sobre el que dio una muy popular conferencia a su regreso a Estados Unidos. Con grabaciones hechas en los refugios antiaéreos y en las calles después de los bombardeos grabo el disco Where are you now, my son?*
- *Los sucesos de mayo del 1968, tanto francés como checoslovaco, provocaron un importante cambio social de tipo generacional y dejaron también importantes secuelas en la izquierda occidental a corto y medio plazo. Los partidos comunistas occidentales acentuaron el distanciamiento respecto de Moscú, particularmente el Partido Comunista Italiano y el Partido Comunista Español. Nuevos actores sociales emergieron al primer plano de la actualidad, los llamados nuevos movimientos sociales: los jóvenes rebeldes, el feminismo, el ecologismo y el pacifismo, entre otros.*
- *El seguimiento de la guerra en tiempo real. Por primera vez el mundo se conmocionaba por las más duras imágenes que recibía a través de la televisión y de la prensa escrita, acerca de una guerra que se estuvo desarrollando «entre» la población civil.*

Todo ello, y seguramente mucho más, produjo el llamado «síndrome de Vietnam»: el sentimiento de derrota e impotencia y el luto que provocaron tantas bajas mortales y tantos heridos físicos y psíquicos, que embargó a muchos ciudadanos estadounidenses tras el conflicto que resultó ser la confrontación más larga en la que se habían visto involucrados Estados Unidos y que constituyó un golpe profundo al orgullo estadounidense. Afectó a la confianza de los ciudadanos en su sistema de gobierno y se vio reflejado en el mundo cultural y la industria cinematográfica, ahondando en los sucesos más negros y dramáticos de la guerra.

Y así, durante la segunda mitad de los años setenta se puso en cuestión la pauta que se había seguido durante siglos. Tradicionalmente, un Estado adquiría la condición de superpotencia cuando era considerado lo suficientemente fuerte para involucrarse en una guerra sin aliados, o con ellos dada su capacidad de influencia. Además de poseer los recursos

necesarios, dos conceptos básicos conferirían el estatus de superpotencia: la disposición para el uso de la violencia –en el caso de resultarle conveniente– y, al mismo tiempo, hacer frente a las pérdidas que esto conlleva, en tanto en cuanto el volumen de las mismas no fuera también desproporcionado.

Todo ello les confería la capacidad de disuasión, lo que solamente era posible porque se les suponía una firme decisión para el uso de la fuerza. Emplearían la violencia asumiendo las posibles bajas, siempre y cuando éstas no sobrepasaran determinados límites.

Las grandes potencias defendían pretensiones que iban mucho más allá de las necesidades de la propia seguridad, incluyendo la protección de aliados y clientes y otros intereses de menor importancia. Una gran potencia tenía que arriesgarse a entrar en combate por fines que a veces estaban ocultos, o que afectan a regiones desconocidas y lejanas, en situaciones en las que no estaba obligada a luchar, sino en las que elegía conscientemente la lucha. A lo largo de la Historia el «grupo más poderoso» (en número, en ingenio, en economía, en fe, en cultura, en una, varias o todas ellas) había ido a la guerra en busca de más poder (más o mejores tierras, mujeres, botines, esclavos, materias primas, mercados) formando grupos (de familia, clan, tribu, ciudad, órdenes, religiones, empresas y por fin Estados) utilizando levas, milicias, pueblos subordinados, amalgamas de mercenarios. La razón de Estado –como causa de guerra– y las grandes burocracias militares –como medio para llevarla a cabo– son rasgos de la modernidad, que se desarrollaron paralelamente con el auge del Estado-Nación moderno.

Seguían siendo grandes porque tenían la voluntad y la capacidad de hacer uso de la fuerza para alcanzar o defender otros intereses menos importantes, como sus propiedades más alejadas o una ampliación insignificante de su ámbito de influencia. Tener que luchar simplemente por sobrevivir, era el triste destino de pequeños Estados amenazados, a los que no quedaba más solución que combatir si querían sobrevivir y que apenas podían confiar en conseguir algo más que eso, dadas sus escasas fuerzas.

Para las grandes potencias, la pérdida de varios cientos de soldados en cualquier escaramuza o de varios miles en una pequeña guerra o en una expedición era simple rutina. Y esto era así, porque la sociedad así lo asumía. Siendo elevado el índice de mortalidad infantil, eran frecuentes

las familias de cuatro, cinco o seis hijos y perder uno o varios hijos por enfermedad o guerra era algo dramáticamente aceptado.

Cuando la medicina y la sanidad en general evitaron que la muerte prematura fuera un drama usual en el «presupuesto emocional» de las familias, de las sociedades, la muerte en el campo de batalla es considerada como un suceso extraordinario, o radicalmente inaceptable, en familias más reducidas en las que se supone sobrevivirán todos los jóvenes a los progenitores.

De la década en la que cayó el muro de Berlín

Esta situación, unida a todos los síndromes y traumas anteriormente citados, tuvo una gran relevancia política y comenzó a ser un freno muy poderoso respecto al uso de la fuerza a partir de la conclusión de la guerra del Vietnam.

Sin embargo, a comienzos de los años ochenta, uno de los países de la Alianza, regido por un Gobierno fuerte y decidido y apelando al su tradicional sentido «imperial» apoyado por una sociedad por cuyas venas fluía la tradición militar expedicionaria, no dudó en «embarcarse» en una contienda para recuperar la soberanía de las Falkland. La conocida como guerra de las Malvinas que se desarrolló entre el 2 de abril, día del desembarco argentino en las islas, y el 14 de junio de 1982, al Reino Unido costó la vida 258 combatientes. Los muertos argentinos se cifran en 649.

Los progresos científicos, doctrinales, tecnológicos respecto al potencial militar, continuaron. Así, de entre muchos citaré:

- La Iniciativa de Defensa Estratégica: los avances tecnológicos permitieron al presidente de Estados Unidos anunciar en marzo de 1983 proponer un sistema para utilizar medios basados en tierra y sistemas en el espacio para defender a Estados Unidos contra ataques con misiles balísticos intercontinentales. La trascendencia del proyecto tuvo sus efectos al finalizar la década cuando la caída del muro de Berlín escenificó el drástico, cambió la configuración geopolítica mundial.*
- La Red. En el año 1983 ARPANET, red interconectada globalmente que permitía el acceso desde cualquier lugar a datos y programas, era usada por un número significativo de organizaciones operativas y de investigación y desarrollo en el área de la defensa. En el año 1984 la National Science Foundation inicia el establecimiento de una nueva Red*

de redes, NSFNET, mediante nuevas y más rápidas conexiones. En el año 1985, Internet estaba firmemente establecida.

- Los avances en aeronáutica y en misiles superficie-superficie, que no entraré en su detalle.
- El desarrollo de la Doctrina Conjunta de las Fuerzas Armadas y la impulsión del nivel operacional, intermedio entre el estratégico y táctico. Citaré dos operaciones de los años ochenta que contempla como ejemplos la que podría considerarse Doctrina de Operaciones Conjuntas (JP-3-0) de Estados Unidos capítulo sexto «Operaciones de respuesta a crisis y contingencia limitada».

La operación Urgent Fury –invasión de la isla caribeña Granada– de 25 de octubre de 1983 (considerada como raid en la Doctrina Conjunta), fue la primera operación de cierta envergadura realizada por fuerzas de Estados Unidos desde la guerra de Vietnam. La misión era derrocar al gobierno revolucionario del pueblo, para proteger a los ciudadanos de Estados Unidos y restablecer el gobierno legítimo.

Una fuerza de desembarco de 1.900 efectivos estadounidenses –alcanzando un total de 5.000 durante los días de la operación– contando con la participación de 300 efectivos de tres países de la Organización de Estados del Caribe Oriental, se enfrentó a una fuerza isleña de unos 2.250 efectivos (1.500 granadinos y 750 cubanos). El 2 de noviembre, se habían alcanzado todos los objetivos militares y el día 3 de noviembre, la unidad anfibia de marines había reembarcado. Las fuerzas de Estados Unidos sufrieron 19 víctimas mortales y 116 heridos. Las fuerzas de Granada sufrieron 45 muertes y 358 heridos. 25 cubanos murieron durante la acción, 59 resultaron heridos y 638 fueron hechos prisioneros (3).

Tras el atentado, atribuido a agentes libios, del 5 de abril de 1986 que en una discoteca de Berlín costó la vida a dos suboficiales del Ejército de Estados Unidos y a una mujer turca y heridas a 230 personas, de las cuales 79 eran soldados americanos, el 15 del mismo mes Estados Unidos

(3) Cita del JP-3-0 al tratar de *raid*: «El Estado Mayor Conjunto llegó a la conclusión de que los beneficios de una exitosa operación compensan sus riesgos. Un ataque rápido, preciso probablemente podría rescatar la mayoría de los estudiantes y evitaría una situación de rehenes. La sustitución de la Junta procubana eliminaría una amenaza a los intereses estratégicos de Estados Unidos en el Caribe. Una demostración bien ejecutada de la destreza militar de Estados Unidos demostraría la determinación de Estados Unidos para proteger a sus intereses vitales.» *Operation Urgent Fury-Ronald H. Cole-Joint History Office*.

lanzaron la operación El Dorado Canyon, (considerada como strike en la Doctrina Conjunta) que consistió en el bombardeo en 12 minutos de cinco objetivos libios (cuatro considerados directamente relacionados con el terrorismo más la base aérea de Benina para imposibilitar el despegue de interceptadores libios) realizado por A-6 Intruder de la Navy (dos objetivos en el área de Bengasi) y F-111 de la Fuerza Aérea (tres objetivos en la zona de Trípoli). La operación tuvo como finalidad golpear la capacidad de Gadafi para exportar el terrorismo. Según fuentes libias causó la muerte a 15 civiles entre los que se contaba una hija adoptiva de Gadafi. Estados Unidos reconocen que perdieron un F-111.

Bajo el punto de vista estratégico-político, para algunos, para muchos, la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 marcó el fin del siglo XX al poderse considerar como el «inicio del fin» de un discurrir bastante lineal de los acontecimientos marcados por la bipolaridad. El 21 de diciembre la URSS dejaba formalmente de existir.

¿La unipolaridad o multipolaridad de los años noventa?

Creo que en el análisis pos un esfuerzo bélico, siempre han tenido mucha influencia dos importantes factores ambientales. Uno, el ansia por disfrutar los «dividendos de la paz». El esfuerzo ha sido muy costoso (no caro, pues caro es aquello que tiene un precio exagerado respecto al bien que se adquiere y creo que el bien de la paz difícilmente es caro). El otro, la confianza en la imposibilidad de resurgimiento del antiguo conflicto, o de nacimiento de uno nuevo interpretado por otro actor, pues ¿quién puede osar a enfrentarse a un poder que ha resultado victorioso en una confrontación de alto nivel? Parece, pues, pragmáticamente lógico detraer fondos de Defensa para dedicarlos a menesteres visiblemente sociales de toda índole.

Unido ello a los síndromes de los años setenta y a los progresos tecnológicos de los años ochenta, cambian hasta la terminología estratégica: ya no se habla de amenazas sino de riesgos. Sin embargo, el 2 de agosto de 1990 Irak invadió Kuwait y en el año 1991 comienzan los conflictos en los Balcanes. Ambos escenarios serán teatros de un nuevo sistema de intervención militar.

Primera fase de la campaña aérea de la operación Tormenta del Desierto comenzó a las 3:00 horas del 17 de enero de 1991 con una serie de bom-

bardeos en los que se utilizaron aviones Stealth F-117A y misiles crucero Tomahawks lanzados desde buques estacionados en aguas del mar Rojo y el golfo Pérsico. El objetivo era destruir el centro de gravedad vital de Irak. Los objetivos de la segunda y tercera fase aérea consiguieron neutralizar el Ejército de Irak en el teatro de operaciones de Kuwait. Hasta el día 24 de febrero no se iniciaron las acciones terrestres con el objetivo liberar Kuwait. Durante los días 25, 26 y 27 de febrero las unidades fueron avanzando hasta alcanzar sus objetivos. Una vez liberado Kuwait, se dio por finalizada la campaña terrestre y el 28 de febrero Irak se rindió y aceptó las condiciones impuestas por Naciones Unidas.

Las bajas sufridas de parte de las grandes potencias de la coalición se estiman en Estados Unidos: 148 muertos en combate. Gran Bretaña: 47 muertos. Francia: dos muertos.

Los resultados de la campaña aérea mermaron terriblemente la capacidad de combate iraquí y su moral. Se estima que unos 2.435 tanques, 1.443 blindados y 1.649 piezas de artillería fueron destruidos o inutilizados como consecuencia directa de los demoledores ataques aéreos. Según informes del año 1991, las fuerzas aéreas de la coalición realizaron unas 110.000 salidas, perdiendo 68 aparatos en misiones de combate y 22 aeronaves en accidentes.

El uso extensivo de los fuegos de nivel operacional había cumplido su objetivo: debilitar la capacidad de resistencia de la voluntad enemiga y esta vez, en sumo grado. La asimetría de potencial militar técnica y armamentística había sido tan absoluta que las fuerzas terrestres de la coalición, aquellas que tienen el deber de enfrentarse a corta distancia con su adversario, aquellas cuya maniobra está condicionada por la dureza del terreno, de la meteorología y de la capacidad destructiva de armas de su contrincante, no tuvieron otro cometido más que avanzar ordenadamente para alcanzar sus objetivos. Y si en algunos casos parecía que deberían entrar en combate, antes de que fuera preciso se actuó, preferentemente, con los medios aéreos que contaban con una absoluta libertad de acción.

Las clásicas artillerías cañón, concebidas y preparadas para proyectar proyectiles sobre los objetivos, fueron sustituidas por nuevas plataformas de lanzamiento de tales proyectiles: los aviones. Los carros de combate, cuyas corazas protegían y sus cañones que aumentaban la potencia de fuego de las infanterías, fueron sustituidas por nuevos medios que pro-

porcionaban los fuegos a tal distancia que no necesitaban de corazas: los aviones. Si bien hubo boots on the ground, los combates terrestres fueron mínimos debido a la intensa campaña de fuegos de nivel operacional y a la total superioridad aérea.

La nueva forma de guerra, permitida por la asimetría entre el poder militar de los ejércitos aliados y de los posibles enemigos y la credulidad en la desaparición de la posibilidad de un enfrentamiento simétrico después de la disolución del Pacto de Varsovia, quedó reflejada en el llamado nuevo Concepto Estratégico de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) del 7 de noviembre de 1991. En su apartado número 47, al determinar las características de las fuerzas convencionales, de forma totalmente explícita, atribuye la menor importancia a las fuerzas terrestres y la máxima a las aéreas (4).

Sustituida en diciembre de 1992 la operación Restore Hope liderada por Estados Unidos en Somalia por la Misión ONUSOM II, las tropas americanas mantuvieron una Fuerza de Reacción Rápida (NRF), en las cercanías de Mogadiscio, en apoyo a UNOSOM. Entre los días 3 y 4 de octubre tuvieron lugar los incidentes conocidos como la batalla de Mogadiscio, por desarrollarse en sus calles, en los que fueron derribados dos helicópteros Black Hawk en una operación cuya finalidad era apresar a varios lugartenientes del general Aidid.

En la operación, tipo raid, que consiguió detener a 24 sospechosos, incluidos dos de los principales ayudantes del general Aidid, perdieron sus vidas 18 soldados estadounidenses y 75 resultaron heridos. Fue capturado un piloto americano siendo liberado el 14 de octubre de 1993. Los cuerpos sin vida de los soldados estadounidenses estuvieron sujetos a actos de escarnio público y las escenas fueron emitidas por los canales de televisión de todo el mundo

(4) Fuerzas terrestres, esenciales para mantener o recuperar el territorio. La mayoría estará normalmente en estados inferiores de disponibilidad y, en general, se hará un mayor uso de la movilización y reservas... Fuerzas navales, que debido a su inherente movilidad, flexibilidad y resistencia, son una importante contribución a las opciones de respuesta de crisis de la Alianza... Fuerzas aéreas, cuya capacidad para cumplir sus funciones fundamentales tanto en operaciones aire independientes como combinadas –interdicción aérea y apoyo aéreo ofensivo– así como para contribuir a la vigilancia, reconocimiento y operaciones de guerra electrónica, es esencial para la eficacia general de las fuerzas militares de los aliados. Su papel en el apoyo a las operaciones en tierra y mar, requerirá adecuadas capacidades de transporte a larga distancia y de repostaje.

Numéricamente las bajas fueron pocas, pero las escenas resultantes del trato vejatorio dado a los muertos fue otro colapso del que aprender. Estados Unidos reforzaron su NRF con una fuerza conjunta consistente en fuerzas aéreas, navales y terrestres equipadas con tanques M1A1 y vehículos de combate Bradley y el presidente Clinton, anunció la intención de retirar sus fuerzas de Somalia el 31 de marzo de 1994.

El periodista Mark Bowden en el año 1999 publicó el libro, escrito en forma de novela, a raíz de los hechos acontecidos Black Hawk Down: una historia de la guerra moderna y fue llevado a la gran pantalla por Ridley Scott en el año 2002 con el nombre Black Hawk Down.

La globalización y del *post-heroic leadership* al *post-heroic warfare*

En febrero de 1994, John W. Huey, nacido en 1948 en Atlanta, –que fue oficial de Inteligencia en la U.S. Navy, director de la revista de negocios Fortune, director de editorial de Time Inc. y desde el año 2006 su editor jefe– publicó en la revista Fortune un artículo al que denominó «The New Post-Heroic Leadership».

Hablando de los problemas con los que se enfrentaba la dirección de la gestión de empresas y de las soluciones que se presentaban como novedosas decía:

«La presión requiere pasar de las palabras a los hechos. Llámelo como mejor prefiera: liderazgo posheroico, liderazgo servidor, liderazgo distribuido, o liderazgo virtual.»

Parece que se decanta por la primera opción pues sigue su artículo denominando al nuevo estilo posheroico, afirmando que los líderes posheroicos no esperan resolver todos los problemas por sí mismo... y tras describir sus cualidades dice:

«El líder posheroico todavía requiere muchos de los atributos que habían distinguido a los mejores líderes, inteligencia, compromiso, energía, poder de convicción, integridad. La gran diferencia radica en que espera esas cualidades de cada miembro de la organización.»

No voy a entrar, ahora, en la discusión de las ideas que propugno. Tan sólo decir que la «idea» de llamar «posheroico» al estilo de liderazgo que propugnaba para el siglo XXI tuvo «garra», y gusto para hablar de «guerra».

Así, en mayo de 1995, Edward N Luttwak, publicó en *Foreign Affairs* un artículo al que tituló: «*Toward Post-Heroic Warfare*» (5), que concluye diciendo:

«Las actuales circunstancias requieren algo más que un nuevo concepto de guerra, una nueva mentalidad que inyecte un realismo no heroico en el quehacer militar precisamente para superar una excesiva timidez en el uso de medios militares.»

Entre el 29 de agosto y el 20 de septiembre de 1995, la OTAN llevó a cabo la operación *Deliberate Force*, campaña aérea ofensiva contra las fuerzas serbias de Bosnia-Herzegovina como consecuencia, principalmente, del cerco al que estaba sometido Sarajevo, de sus ataques a los enclaves musulmanes de Srebrenica, Zepa y Gorazde –declarados áreas seguras bajo protección de Naciones Unidas– y de su actitud agresiva contra los observadores de las Fuerzas de Protección de Naciones Unidas (UNPROFOR).

El 20 de diciembre de 1995, seis días después de los Acuerdos de Dayton, la OTAN, integrando a UNPROFOR, constituyó la Fuerza de Implementación (IFOR) de la OTAN, a la que se autorizó a recurrir al uso de la fuerza siempre que resultase necesario. IFOR, operación capítulo VII de la Carta de Naciones Unidas consecuencia de de la resolución 1031 de 14 de diciembre, «fue la primera operación de respuesta a crisis en la historia de la Alianza».

El 12 de agosto de 1996, Luttwak publicó otro artículo con el título «*A Post-Heroic Military Policy: The New Season of Bellicosity*».

«La guerra fría hizo cautas a naciones que temían una escalada incontrolable. Ahora que las confrontaciones son menos proclives a ser incontrolables, aparece una nueva era de la bellicosidad. Los militares americanos atrapados en el modo de pensar de la guerra fría, no lo han percibido. Se está gastando demasiado en los tres Ejércitos en unidades que causan bajas, en una era en la que

(5) Edward Luttwak, nacido en Rumania, y se formó en Italia e Inglaterra doctorándose en la Universidad Johns Hopkins. Profesor en el año 1975 de la Georgetown University, ha sido miembro del Grupo de Estudios de Seguridad Nacional del Departamento de Defensa, asesor del Consejo de Seguridad Nacional, del Departamento de Estado y de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire de Estados Unidos y de varios países aliados, así como de de instituciones y corporaciones financieras internacionales. En el año 2008 fue nombrado *Senior Advisor* del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de Washington D.C.

la oposición política a las bajas hace estas unidades inadecuadas para el combate. Los ejércitos deben reconsiderar sus prioridades y dedicar sus presupuestos a armas como rayos láser de alta tecnología, aeronaves antirradar y misiles de crucero que pueden hacer la guerra menos letal para los estadounidenses.»

La Alianza, ante la imposibilidad de que el Consejo de Seguridad determinara por resolución intervenir militarmente en el conflicto de Kosovo tras el fracaso de la Conferencia de Rambouillet, intervino en el conflicto entre el 24 de marzo y el 10 de junio de 1999 llevó a cabo la operación Allied Force. La campaña se desarrolló en tres fases: la primera tuvo como objetivo destruir las Fuerzas de Defensa Aérea yugoslavas, la segunda fase se centró en la destrucción de las fuerzas militares del Ejército yugoslavo para impedir sus acciones en Kosovo y la última fase tenía como misión destruir objetivos tácticos y estratégicos en todo el territorio yugoslavo. Unos 600 aviones aliados realizaron una 38.000 salidas.

Un aspecto clave debatido durante la cumbre de Washington de la Alianza Atlántica, de 24 y 25 de abril, fue la actuación militar de la OTAN sin mandato de la Organización de Naciones Unidas.

El día 3 de junio el Parlamento y el Gobierno de Belgrado aceptaron el Documento en el que se establecían las condiciones para cesar los bombardeos, presentado por el representante de la Unión Europea y por el representante especial de la Federación Rusa. El 10 de junio el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó la resolución 1244 por la que se autorizaba el despliegue de una Fuerza Multinacional (KFOR) liderada por la OTAN ... y entraron las fuerzas terrestres en Kosovo.

Seguramente ninguna de las tradicionales superpotencias o grandes potencia europeas tenían intereses vitales en los territorios de la antigua Yugoslavia. Sin embargo, en otros tiempos, las superpotencias, aún en el caso de que no hubieran existido estos intereses, no habrían considerado el desmoronamiento de Yugoslavia como un problema difícil del que en principio era conveniente distanciarse de forma oportuna, sino como una oportunidad que debería ser aprovechada. Bajo el pretexto propagandístico de sentirse obligadas a defender las etnias arrolladas y bajo el supuesto objetivo de querer imponer nuevamente la ley y el orden, habrían intervenido con el fin de conseguir nuevos ámbitos de influencia, tal y como lo hicieran en sus tiempos las verdaderas superpotencias.

El globalismo económico logró que gran parte de los intereses no vitales de varias potencias no fueran sólo coincidentes, sino que fueran compartidos, lo que alejó de la escena las guerras entre potencias regionales, originadas tanto por la apetencia de disfrutar de unas zonas de influencia, como por el interés en impedir que otra competidora disfrutara de ellas, caso que a tantas guerras condujo sobre el solar europeo hasta mediados del siglo XX.

El éxito, en el ámbito de la seguridad, de la Unión Europea no fue tan parco como nos lo presentan algunos analistas, que le critican su inacción en este campo, al no haber sido capaz de llevar a la práctica ni Política Exterior de Seguridad Común (PESC) ni la Identidad Europea de Seguridad y Defensa. Tendrían razón si sólo fueran válidos los análisis en «voz activa», pero no la tienen si se analizan los sucesos en «voz pasiva». ¿Qué hubiera ocurrido en Europa por causa de la crisis en la antigua Yugoslavia, si los intereses económicos de las clásicas potencias europeas no hubieran estado interrelacionados por medio de la Unión Europea? ¿Qué hubiera ocurrido si unas hubieran apoyado a unos... y otras a otros?

El globalismo económico también condujo a que potencias no vinculadas mediante tratados, se abstuvieron de tomar acción –aunque no partido– en crisis que eran fuente de enfrentamientos en el pasado. La precaria situación de la economía rusa, necesitada de la inyección financiera de Occidente, evitó que la oposición a las decisiones occidentales sobre las crisis en la antigua Yugoslavia fuera más allá de la condena a tales acciones. ¿Qué hubiese ocurrido si Rusia no se hubiese sentido vinculada a la financiación occidental?

También las alianzas militares jugaron un papel decisivo, no sólo por su acción sobre los riesgos y amenazas directas (visión en «voz activa»), sino también por mantener del mismo lado a todas las potencias que, de no haber mantenido un vínculo entre ellas, podrían haber tomado parte en distintas partes, valga la redundancia, en los conflictos regionales (visión en «voz pasiva»). El globalismo en lo militar también resultó positivo.

La globalización de la información y su influencia en las opiniones públicas, dispuestas a criticar las acciones militares unilaterales de una nación, aunque sea la propia, llevó a las superpotencias a la búsqueda de aliados para realizar aquéllas. La presión de las opiniones públicas (visión en «voz pasiva») favoreció la globalización de las acciones militares, con lo que se «democratizó» en cierta medida la toma de este tipo de deci-

siones. Pudimos prever que las coaliciones multinacionales o las alianzas permanentes serían las que, lideradas por una nación con algunas de las anteriores características de superpotencia, y a ser posible amparadas por un mandato supranacional –deseable de Naciones Unidas, o de un grupo ad hoc, como el grupo de contacto– o por decisión del Consejo Político de una Alianza, realizarían las acciones militares pertinentes a sus intereses.

Las grandes potencias, como primer horizonte, no pudieron consentir la culminación de un proceso de depuración étnica en Kosovo, al igual que, como segundo horizonte –y en cierto modo mantenido oculto por el primero–, no pudieron permitir la consolidación de un régimen dispuesto a, paso a paso, convertirse en una potencia regional que pudiera desestabilizar el delicado equilibrio balcánico.

En el transcurso de la crisis se vio que la «voz activa» del globalismo económico, como recurso para acabar con la crisis no era resolutivo: las sanciones económicas no surtieron los efectos deseados. Tampoco funcionó la «voz activa» de los actores transnacionales: no se consiguió un acuerdo en Naciones Unidas lo suficientemente convincente para los agentes de la crisis.

Por ello, la alianza militar tuvo que actuar en «voz activa», aprovechando los beneficios pasivos del globalismo antes descritos. Analicemos como:

- La Alianza Atlántica anunció desde el primer momento que no consideraba entre sus planes la utilización de fuerzas terrestres para hacer frente a las agresiones en la antigua Yugoslavia. Rusia, se opuso al uso de la fuerza por parte de la Alianza, pero no manifestó en ningún momento, su intención de utilizar la propia: ni para presionar a Milosevic, ni para disuadir a la Alianza de utilizar la suya.
- El motivo por el cual no se tomó ninguna medida respecto a una intervención terrestre contra las atrocidades cometidas en la antigua Yugoslavia, similares a las de la Segunda Guerra Mundial, es indiscutible: ningún gobierno estaba dispuesto a arriesgar en los combates la vida de sus soldados.
- La falta de disposición para acoger bajas de vuelta a casa, ni se limita a las democracias, ni se puede achacar a la presión de los medios de comunicación. Cuando la URSS intervino en Afganistán en una clásica aventura de superpotencia, era todavía una dictadura intacta y totalitaria. Los observadores extranjeros estaban sorprendidos por la estrategia minimalista de los soviéticos sobre el teatro de operaciones afgano.

Se ofrecía como justificación el argumento de que los mandos militares desconfiaban de sus fuerzas, formada por soldados pertenecientes al servicio militar obligatorio y con una formación insuficiente. Sin embargo, la causa real era otra: el cuartel general soviético estaba sometido a una presión constante por parte de Moscú con el fin de evitar, por encima de todo, mayores bajas, debido a las airadas reacciones de familiares y amigos. Se comprobó que la propia población no estaba dispuesta a tolerar las bajas

- No fue el impacto de los informes ofrecidos por televisión la explicación a la negativa a aceptar incluso el más reducido número de bajas en combate. La URSS jamás permitió que su población tuviera acceso a imágenes de televisión relacionadas con la guerra, tal y como fueran emitidas en Estados Unidos. No obstante la reacción de la población soviética acerca de las bajas en Afganistán, fue básicamente idéntica a la de los norteamericanos en la guerra del Vietnam. Aunque el número de bajas a lo largo de muchos años no alcanzaran el total de las bajas registradas en un solo día en guerras anteriores, las consecuencias eran, no obstante, extremadamente traumáticas.*

La primera década del siglo XXI

Si decía anteriormente que bajo el punto de vista estratégico-político, para algunos, para muchos, la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 marcó el fin del siglo XX, también digo que para otros, para muchos, el siglo XXI, comenzó el 11 de septiembre de 2001 con un brutal atentado a las Torres Gemelas. La gran convulsión, que «vivió» en directo gran parte de la humanidad, fue «un punto de inflexión» en el discurrir un tanto errático de la percepción de seguridad de los años noventa.

Después de la negativa del régimen talibán a dejar de acoger a Al Qaeda, el 2 octubre de 2001 el presidente Bush aprobó el concepto de la operación Libertad Duradera y determinó que las acciones de combate en Afganistán debían empezar el 7 de octubre, 26 días después de los ataques sobre Nueva York y el Pentágono.

La campaña estuvo basada en el amplio uso de los fuegos operacionales sobre Kabul, Kandahar, Jalalabad, los campos de entrenamiento afganos, las defensas antiaéreas, los centros de mando, control y comunicaciones, la destrucción de todo tipo de defensas. Un amplio empleo

de grupos opositores afganos, en particular con la Alianza del Norte con amplio apoyo de fuegos de aviación y un limitado uso de fuerzas terrestres. Así, la Task Force Dagger, estaba formada básicamente por el V Grupo de Fuerzas Especiales (aerotransportado), proporcionando la NRF un Batallón de la I División de Ligera de Montaña. Intervinieron también las Unidades Expedicionarias de marines XVI y XXVI y fuerzas del Reino Unido, Canadá y Australia.

Hasta el 19 de octubre no se infiltró el primer equipo de Servicios Especiales que penetró en Afganistán y el 9 de noviembre, para hacer frente a un posible intento talibán de recuperar la ciudad Mazar-i-Sharif, por vía aérea, unos 1.000 soldados de la X División de Montaña, que proporcionaron el primer punto de apoyo sólido desde el que poder llegar a Kabul y Kandahar.

Por la tarde del 13 de noviembre, caía Kabul. El 25 de noviembre una fuerza compuesta por un millar de marines, transportada en helicópteros CH-53E Super Stallion y aviones C-130, estableció la base de operaciones avanzada Camp Rhino a 35 millas al suroeste de Kandahar, primer punto de apoyo estratégico de la coalición en Afganistán. El 26 de noviembre, después de nueve días de intensos combates y bombardeos estadounidenses, se rindió Kunduz a las fuerzas de la Alianza del Norte. El 7 de diciembre, los talibán abandonaron Kandahar. El 17 de diciembre se tomó el último complejo de cuevas en las montañas de Tora Bora. El 22 de diciembre, a los 78 días de inicio de las operaciones, tuvo lugar en Kabul la ceremonia de toma de posesión del gobierno interino afgano.

Contado con los grupos opositores afganos, en particular con la Alianza del Norte, no conllevó un elevado número de bajas, habiendo perdido la vida 12 soldados estadounidenses. Otro éxito de los fuegos operacionales, y del empleo de muy escasas fuerzas terrestres sustituidas por nativos de la zona como tropa de Infantería. Sin embargo, el informe que realizó el Ejército de Estados Unidos decía:

«Fuerzas del Ejército de Estados Unidos, en estrecha colaboración con unidades afganas aliadas, fueron decisivas en la derrota de los talibán y de sus aliados de Al Qaeda y en la liberación de Afganistán en pocas semanas a finales de 2001... Sin embargo, no debe extrapolarse demasiado de la fácil derrota de los talibán. Estados Unidos tuvieron una gran ayuda de sus aliados de la Alianza del Norte, que tenían sus propios objetivos políticos en

mente. Eran, en esencia, un Ejército de Tierra suplente que resultó bastante eficaz cuando se les proporcionaron elementos de coordinación y de apoyo aéreo. Estas condiciones son tan exclusivas, que se debe ser receloso en aplicar al por mayor cualquier “nuevo modelo” de guerra, sin tener en cuenta todos los elementos específicos de cada situación.»

Y en enero de 2002, Edward N. Luttwak publicó el libro titulado: Strategy: The Logic of War and Peace, en el que desgrana sus puntos de vista desde la gran estrategia a la táctica. Examina el papel del poder aéreo en la guerra del Golfo de 1991 (en cuyo planeamiento participó) y muestra la emergente guerra posheroica llevada a cabo en Kosovo en el año 1999, una guerra en la que no perdió la vida ningún soldado americano.

Decidida la ocupación de Irak y el derrocamiento de Saddam Hussein y conocedores de las capacidades militares de Irak, la fase planeamiento, preparación y despliegue de una fuerza compuesta por 248.000 soldados de Estados Unidos, 45.000 británicos, 2.000 australianos y una unidad de fuerzas especiales polacas, duró nueve meses.

A las 5:34 horas de Bagdad, del 20 de marzo de 2003, comenzaban los fuegos operacionales de la OIF (Operation Iraqi Freedom) que culminó el 30 de abril contabilizando 173 bajas mortales y 540 heridos por parte de la fuerzas de la coalición.

Si bien OIF contó con el dominio de la «tercera dimensión» que permitió un exhaustivo empleo de los fuegos aéreos, a diferencia de la operación Libertad Duradera de Afganistán sí desarrolló una amplia maniobra terrestre en la que participaron cuatro Divisiones de Estados Unidos y una del Reino Unido operando de sur a norte; una Brigada de Estados Unidos, junto con un número de milicianos kurdos iraquíes estimado en unos 70.000, operando de norte a sur; y fuerzas especiales de Estados Unidos operando de oeste a este.

La superioridad aérea por parte de la coalición fue total y la interdicción aérea se centró sobre las fuerzas de la Guardia Republicana iraquí y las fuerzas regulares que defendían los anillos alrededor de Bagdad. Se cita como una historia de éxito de la interdicción aérea la realizada sobre las fuerzas las Divisiones Hammurabi, Nabucodonosor y Al Nida de la Guardia Republicana durante su redespiegue, después del 25 de marzo, desde el sur de Bagdad hacia Karbala, al Hillah y Al Cut, cuyos movimientos

fueron bombardeados por B-52 de Estados Unidos (lanzando bombas de 500 libras) y Tornados británicos (6).

¿Qué han tenido en común Afganistán e Irak?: el dramatismo de las fases subsiguientes a las operaciones militares de la invasión y consecución de los objetivos encomendados a las fuerzas operativas.

Sabíamos cómo sería y cuanto tiempo duraría una acción militar combinada de las naciones libres para, de una manera rápida y eficaz, poner fin a un enfrentamiento armado, desmantelando las fuerzas militares del contrario o interponiéndose entre las fuerzas en oposición. Preveíamos que una fase de estabilización, normalmente larga, comenzaría y que requeriría medios civiles y militares para garantizar la reconstrucción, el desarrollo y la reconciliación, pero... no sabíamos cómo se desarrollaría.

Y desde la experiencia, vemos que el esfuerzo multidisciplinar –denominado Comprehensive Approach– de esta fase dura una década, o más, y que requiere un esfuerzo sostenido, continuado y firme, en el que vivimos altos y bajos y fracasos tácticos que son percibidos frecuentemente como retrocesos estratégicos.

El enemigo convive y se confunde con las gentes a las que protegemos y nuestras sociedades conviven con sus militares en operaciones a través de los medios de comunicación. Nuestras gentes en la retaguardia pueden dudar, sentirse cansadas por la duración de la misión, tristes por las bajas de soldados y civiles, dolorida por la miseria que día a día observa en los medios.

Y debemos preguntarnos: ¿recordarán las opiniones públicas el motivo que originó la intervención de una fuerza militar? Y si no lo recuerdan... ¿tendrán la fortaleza suficiente los gobiernos para recordárselo y convencerla? Y... ¿será un grave problema para las alianzas y coaliciones la convivencia en un mismo teatro de acciones de combate con otras de estabilización, de acciones muy violentas con bajas propias y enemigas al mismo tiempo que se llevan a cabo acciones de apoyo a la población? ¿puede ello conducir a la opinión pública a una cierta confusión, y pensar que en la misma operación haya «buenos y malos», soldados que ayudan y soldados que matan, militares que buscan la paz y otros que anhelan la guerra? Esta simplificación, seguramente exagerada para resultar más

(6) CONETTA, Carl: *Project on Defense Alternatives Briefing Memo #30*, Source, 26 de septiembre de 2003.

comprensible, es muy dañina para la moral de las fuerzas desplegadas y para la cohesión de las alianzas.

El llamado concierto de las naciones debe fijar cuál es el estado final que pretende conseguir para ese territorio y esa población, y las fuerzas militares deben cargar sobre sus espaldas la parte, que no el todo, que como elemento de estabilización les corresponde ejecutar en concurrencia con otros actores de las sociedades de las que ellas son parte.

Las Fuerzas Armadas deberán contar en todo momento con plena legitimidad, tanto entre las opiniones públicas nacionales como en los escenarios en que se interviene. Y deben dar la máxima importancia a su «estrategia de comunicación» y a los mensajes que transmiten. Este aspecto es vital y debería formar parte de los Conceptos Estratégicos, como creo que también deberían figurar las pautas estratégicas que permitieran deslindar los campos de responsabilidad de los actores. No debería ser posible que la viabilidad del empeño internacional de configurar espacios gobernables recayera en un solo agente de estabilidad.

A pesar de todo, los ejércitos deben seguir trabajando, recordar la situación original del conflicto y mirar hacia adelante, al fin deseado y, los soldados de ayer y los soldados de hoy estar convencidos de lo que estamos haciendo vale la pena y así ser capaces de motivar a los soldados de mañana. La Alianza está conduciendo una guerra en la que no se prevén bajas propias... ¿a costa de...?

En Kosovo depuró el más fuerte: fusilamientos, expolios, violaciones, expulsiones. En Libia reprime el más fuerte. Y tantos en... Se sufrirá lo que se deba sufrir, y lo harán los que están sujetos directamente a la crisis. Ayudaremos a quienes podemos acoger, ganaremos sin bajas propias y, después, restauraremos la situación. La pregunta es... ¿podremos restaurar el sufrimiento?

No es este el lugar ni el momento de realizar un estudio de factores a posteriori para elaborar posibles líneas de acción sobre las que ya es imposible decidir. Pero habrá quién –algún Estado con pretensiones de ser potencia regional, de ser líder de otra forma de cultura, basada en una escala de valores con distinta visión de los derechos humanos– sí estará analizando el presente para sacar conclusiones sobre las capacidades que Occidente es capaz de poner en juego para hacer prevalecer los principios sobre los que tiene fundamentada su civilización. Su conclusión puede ser el descubrimiento de una vulnerabilidad

Los principios del «arte de la guerra»: «voluntad de vencer», «libertad de acción» y «capacidad de ejecución» ¿pueden estar condicionados por la previa decisión de no arriesgar al combatiente? Si un Estado, o un grupo de Estados de igual cultura, no quieren hacer frente a las pérdidas que conlleva el uso de la violencia –uno de los conceptos básicos que conferirían el estatus de superpotencia– ¿podrá ser considerada como tal y hacer uso de la fuerza para conseguir intereses no vitales?

Y si no puede encontrarse ningún sustituto de las grandes potencias, el mundo entero tendrá que habituarse a las consecuencias. Violentos disturbios, que no podrían contenerse con la sola intervención de unos llamados «medios quirúrgicos», tendrán, más tarde o más temprano, determinadas consecuencias, entre ellas: refugiados y nuevos puntos de partida de la criminalidad internacional y terrorismo.

¡No bajas!... pregunto: ¿una nueva vulnerabilidad? Una vulnerabilidad... afirmo: es un riesgo.

El 30 de abril de 2007, Thomas O'Dwyer (7) en un artículo titulado: «Israel's post-heroic disaster», comenta y analiza el Informe del Comité Winograd sobre el desastre de Israel en la «segunda guerra del Líbano» del año 2006, estimando que culpa a todo el establishment, ya que considera que:

«El primer ministro Ehud Olmert actuó precipitadamente al conducir el país a la guerra sin un plan» «Un grave error de falta de criterio, responsabilidad y precaución.»

El ministro de Defensa Amir Peretz «no tiene conocimientos ni experiencia en asuntos diplomáticos, militares y de gobierno. No tiene conocimientos en el uso de los ejércitos como herramienta para conseguir objetivos. Sin embargo, tomó las decisiones sin consulta, y no dio suficiente peso a las opiniones contrarias. Dejó de cumplir su papel, y no actuó en base de un plan estratégico.»

«El Ejército israelí, no estaba preparado para una guerra.»

Afirma O'Dwyer que varios comentaristas han considerado que la incompetencia política durante la segunda guerra del Líbano fue muy similar a la del año 1982, pero que entonces al menos el Ejército supo cómo actuar

(7) Periodista que ha vivido 20 años en Oriente Medio (Reuters bureau chief, foreign editor del *Jerusalem Post*, y columnista del *International Herald Tribune's Ha'aretz*).

en las batallas terrestres. Y considera que las lecciones más importantes pueden ya haberse aprendido fuera de las fronteras de Israel, principalmente la lección de que la era del invencible Israel está ahora en completa retirada ante la era del misil y de lo que el intelectual palestino Edward Said llamó las realidades «posheroicas» del Estado «posisionista».

Sheikh Hassan Ezzeddine, funcionario político senior de Hizbollah, dijo respecto al Informe Winograd:

«Prueba que nuestro enemigo puede ser derrotado y que el sendero de la resistencia puede llevar a la victoria. ¿Qué imagen más convincente de victoria puede haber que la del propio enemigo admitiendo que hizo una “guerra chapuza”?»

Y en el año 2011...

El diseño de la intervención en el conflicto libio autorizada por la resolución 1973 del Consejo de Seguridad, aprobada el 17 de marzo, contempla tres líneas de actuación con medios militares:

- La protección de los civiles, autorizando a adoptar todas las medidas necesarias, para proteger a los civiles y las zonas pobladas por civiles que estén bajo amenaza de ataque, excluyendo el uso de una fuerza de ocupación extranjera de cualquier clase en cualquier otra parte del territorio libio.*
- El establecimiento de una zona de prohibición de vuelos a fin de ayudar a proteger a los civiles.*
- El cumplimiento del embargo de armas, reforzando el embargo de armas dictado en la resolución 1970.*

Responde plenamente al modelo «posheroico» de hacer la guerra, preconizado por Edward N. Luttwak en un artículo al que tituló: «Toward Post-Heroic Warfare», definido también como la estrategia de la distancia: utilización procedimientos del llamado nivel operacional (de fuegos, exclusiones y embargos) y medios que eviten el llamado boots on the ground. Las acciones de combate acarreadas por la primera se puede considerar como de «voz activa» (actuación con iniciativa en la decisión), las correspondientes a las otras dos las podemos considerarlas como de «voz pasiva» (actuación por decisión provocada).

«Ese es el tipo de liderazgo que hemos mostrado en Libia», dijo el presidente Obama en su discurso sobre Libia del día 28 de marzo dirigido a

la Nación, pronunciado en la National Defense University de Washington, D.C., resumiendo previamente cuanto había ocurrido respecto a la crisis libia diciendo:

«Estados Unidos ha trabajado con nuestros socios internacionales para movilizar una amplia coalición, asegurar un mandato internacional para proteger a los civiles, detener el avance del ejército, evitar una masacre y establecer una zona de exclusión aérea con nuestros aliados y socios.»

«Además, hemos logrado estos objetivos de forma coherente con la promesa que hice al pueblo estadounidense al comienzo de nuestras operaciones militares. Dije que el papel de Estados Unidos sería limitado; que no pondríamos tropas terrestres en Libia; que focalizaríamos el uso de nuestras capacidades únicas en el comienzo de la operación y que transferiríamos la responsabilidad a nuestros aliados y socios. Esta noche, estamos cumpliendo esa promesa.»

Respecto a las promesas del papel limitado y la ausencia de tropas terrestres podemos encontrar dos motivos. Tal vez, le aconsejé no utilizar fuerzas terrestres en apoyo a los llamados rebeldes libios, el análisis realizado por el Ejército de Estados Unidos tras la campaña de 2001 de la operación Libertad Duradera en Afganistán. Tal vez pudiéramos encontrar la causa en las consecuencias letales de las fases subsiguientes a las invasiones de Afganistán –sobre 1.500 bajas– y de la OIF, cuya fase de invasión, 19 de marzo a 30 de abril, causó 139 bajas estadounidenses y que actualmente sobrepasan las 4.000. O en una combinación de ambas, pues dijo el presidente en su discurso:

«Como comandante en jefe no tengo responsabilidad mayor que mantener seguro a este país. Y ninguna decisión pesa más sobre mí que cuando decido desplegar a nuestros hombres y mujeres de uniforme.»

Podemos encontrar el motivo de la promesa de focalizar el uso de las capacidades al comienzo de la operación, en la confianza adquirida en las operaciones llevadas a cabo desde la operación Tormenta del Desierto.

La voluntad de cumplir la promesa de transferir la responsabilidad a los aliados y socios, la podemos observar en la estructuración de la organización del mando de la JTF Odyssey Dawn. Se nombró comandante de la JTF Odyssey Dawn al comandante de la U.S. Naval Forces, África de

AFRICOM que es a la vez comandante del Allied Joint Force Command, Nápoles de la OTAN.

El 24 de marzo, cuando los aliados OTAN decidieron asumir la responsabilidad de hacer cumplir el mandato correspondiente a la zona de prohibición de sobrevuelos, el teniente general canadiense Charles Bouchard, segundo jefe del Allied Joint Force Command, Nápoles de la OTAN fue nombrado comandante de la JTF Unified Protector, que pasó a comprender las misiones de embargo de armas y prohibición de sobrevuelos y que amplió sus cometidos a los tres días, cuando los aliados OTAN decidieron tomar a su cargo todos los aspectos de la operación militar en Libia.

El presidente Obama quiso finalizar su discurso explicando, dijo, lo que esta acción en Libia dice sobre el uso del poder militar y un más amplio liderazgo de Estados Unidos en el mundo bajo su Presidencia. Recordó que nunca dudará en utilizar la fuerza de forma rápida, decisiva y unilateralmente cuando sea necesario para defender a su pueblo, su patria y a los aliados y principales intereses de Estados Unidos.

Sin embargo, afirmó, habrá veces, en las que la seguridad de Estados Unidos no esté directamente amenazada, pero sí sus intereses y sus valores. En tales casos, estimó que no se debería tener miedo a actuar, pero que la carga de acción no debe ser sólo de América sino que la tarea de Estados Unidos es movilizar a la comunidad internacional para la acción colectiva. Y contradiciendo las afirmaciones de algunos, expuso que el liderazgo estadounidense no es simplemente una cuestión de actuar por su cuenta y soportar toda la carga. Afirmó que el liderazgo real crea las condiciones y coaliciones para que otros también actúen; para trabajar con los aliados y socios para que así asuman su parte de carga y paguen su parte de los costos y se demuestre que los principios de justicia y la dignidad humana son apoyados por todos. «Ese es el tipo de liderazgo que hemos mostrado en Libia», dijo.

Y dando por supuesto que incluso actuando como parte de una coalición, los riesgos de cualquier acción militar serán altos, dijo:

«Donde un pueblo lucha para ser libre encontrará un amigo en Estados Unidos. En última instancia es esta confianza, estos ideales, la verdadera medida del liderazgo americano.»

Toda su disertación sobre el liderazgo me parece inspirada en cuanto en el año 1994 inició John W. Huey, en su artículo «The new post-heroic lea-

dership y continuó» <http://money.cnn.com/magazines/fortune>, Edward N. Luttwak, en sus artículos de 1995: «Toward Post-Heroic Warfare» y de 1996 «A Post-Heroic Military Policy: The New Season of Bellicosity», citados anteriormente.

Por fortuna, el presidente Obama no calificó al tipo de liderazgo precognizado como posheroico, ni a la operación como posheroica, pues aún cuando no utilizó la palabra héroe durante su discurso, sí rindió homenaje a los militares de Estados Unidos «que, una vez más, han actuado con valentía, profesionalismo y patriotismo», dijo.

Parece que tras el calificativo dado por Luttwak a un modelo de guerra con primacía de los fuegos operacionales, en la que se trata de obviar poner boots on the ground con la finalidad de evitar bajas, las palabras héroe o heroico están vetadas a los militares en campaña, no así para otros que cumplen con su obligación, algunas veces con riesgo de (o costándoles) la propia vida y otras no, como hizo el presidente Obama el 23 de febrero cuando calificó de heroico al trabajo realizado por el personal del servicio exterior al hacer todo lo posible para proteger a los ciudadanos estadounidenses evacuándolos del país.

Del título y del desarrollo del temario

Considero que no se puede hablar a los soldados de guerras posheroicas: todo soldado mandado a la guerra tiene el derecho y el deber de comportarse con valor y, en casos extremos, llegar al valor heroico.

Considero que se ha dado una patente exagerada al título que se dio a un propugnado estilo de liderazgo empresarial (liderazgo posheroico), utilizándolo para dar nombre a un tipo de guerra facilitada por la tecnología actual que ha permitido aumentar las distancias entre los bandos enfrentados, a la vez que ha producido una gran asimetría de los medios militares en las zonas de operaciones previsible, permitiendo evitar bajas en combate, modificando el modus operandi en los conflictos armados.

Considero que nuestra actual cultura reconoce el heroísmo como una muestra de valor altruista, a la vez que obvia la exaltación del heroísmo entre sus conciudadanos de uniforme que están dispuestos a derramar hasta la última gota de su sangre en el campo de batalla.

Considero, sin embargo, que en fases de estabilización de zonas, las distancias de posibles riesgos se han acortado tanto, que han llegado

al cuerpo a cuerpo insidioso, conduciendo a situaciones militares en las que el valor heroico es parte del bagaje de todo soldado.

Considero que ciertamente ha cambiado el paradigma militar al uso durante el siglo XX. El llamado «arte operacional» ha pasado a ser la piedra angular del arte militar. La táctica, de la que su principal actor era la fuerza terrestre y dentro de ella la Infantería que con sus capacidades de fuego, movimiento y choque, resolvía el conflicto mediante la ocupación de los objetivos clave, procura obviarse pues los gobiernos no soportan el desgaste que ello representa en las sociedades avanzadas.

Por todo ello y por cuanto he citado anteriormente, tras un intenso análisis y debate de grupo decidimos proponer un cambio de título a la Monografía en el que se obviara la yuxtaposición de las palabras «guerra» y «posheroica». Nos pareció más adecuado, y así lo propusimos y se aceptó, el de: «En una sociedad posheroica: la transformación del paradigma militar».

Nos propusimos analizar la evolución de distintas facetas de la época que discurre entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el primer año de la segunda década del siglo XXI, con la finalidad de llegar a conclusiones sobre cuáles son «los tiempos que corren» y cuáles los motivos que los conformaron, para así comprenderlos y poder establecer los actuales modelos de conflictos en los que puede ser necesaria la intervención militar y, consecuentemente, determinar cuál es el actual paradigma militar conveniente y cómo hacer para que sea comprendido tanto por militares y como por civiles, de forma que los primeros mantengan no sólo sus capacidades técnicas, sino también las elevadas cualidades morales necesarias para ser soldados y los segundos comprendan, apoyen y admiren a quienes están siempre prestos a ser salvaguarda de los valores e intereses de la sociedad de la que son parte.

Comenzaríamos el trabajo con el siguiente temario, distribuido entre los componentes del grupo de trabajo de acuerdo con sus campos de conocimiento y experiencia, que trabajarían con plena libertad intelectual, incluso para elegir título del mismo una vez concluido:

- Tema 1: «Evolución del paradigma sociopolítico internacional. Su influencia en la percepción de los conflictos», asignado a doña María Dolores Algora Weber, profesora en la Universidad CEU San Pablo.*
- Tema 2: «Evolución de la tipología del conflicto», asignado a don José Romero Serrano, coronel de Infantería DEM.*

- Tema 3: «La influencia de las organizaciones internacionales en la evolución del paradigma militar», asignado a doña Elena Gómez Castro, diplomática.
- Tema 4: «Evolución de la estrategia y la transformación de las Fuerzas Armadas», asignado a don Juan Antonio Moliner González, general de división del Ejército del Aire.
- Tema 5: «El paradigma militar parte de la cultura. La retaguardia y su relación con el soldado», asignado a don Javier Hernández-Pacheco, catedrático en la Universidad de Sevilla.

Mensualmente, nos reuniríamos para contrastar opiniones y debatir los pareceres de cada miembro del grupo sobre los trabajos de todos los demás. A principios de julio cada responsable de un tema debería remitir al resto de componentes del grupo de trabajo su aportación, para comenzar a elaborar borradores de conclusiones de grupo. Si debíamos cambiar el título general: así lo propondríamos.

Cada autor dio al capítulo de esta Monografía elaborada el título que figura y que se exponen a continuación.

CAPÍTULO PRIMERO

ORDEN Y DESORDEN INTERNACIONAL EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

ORDEN Y DESORDEN INTERNACIONAL EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

Por MARÍA DOLORES ALGORA WEBER

No hay ninguna época en la Historia que no esté influenciada por los hechos sucedidos en la inmediatamente anterior, incluso aquellas en las que los cambios acelerados han llevado a considerar un periodo como revolucionario han estado determinadas por las herencias del pasado. Éste es el caso de la evolución experimentada en las últimas décadas. Tanto es así, que se ha optado por acuñar y admitir de forma generalizada en la historiografía el género designado con el término de «Historia del presente», que si bien a primera vista pudiera entrañar para algunos una cierta contradicción, sin embargo, resulta lógico a la hora de entender y explicar las grandes transformaciones que han determinado nuestra época.

Esto se debe no sólo a la rapidez con la que se suceden los acontecimientos, sino a su vez, a la inmensa información que se tiene de ellos y la velocidad con la que se transmiten. En un mundo audiovisual, interconectado y globalizado, como es el actual, estas circunstancias con frecuencia invitan a olvidar la memoria de los tiempos pasados. Como si fuera posible desligar el presente de lo que ya ha existido anteriormente, o dicho de otra forma, como si la Historia no tuviera nada que decir de las sociedades de hoy en día.

Sin embargo, será difícil encontrar algún historiador, sociólogo o politólogo que pueda admitir una ruptura completa de la sociedad actual

respecto a los procesos del pasado que la han originado. A pesar de la escasa percepción que se tiene de ello, la Historia tiene un peso muy importante en el mundo en que vivimos. El valor que ha adquirido el conocimiento de lo inmediato lleva a la marginación del conocimiento histórico, contribuyendo a una percepción de la realidad tan simplificada, que resulta de difícil comprensión, y mucho más, de difícil previsión. Por eso iniciamos este capítulo, analizando cómo ha ido evolucionando la sociedad internacional desde la segunda mitad del siglo XX.

A ello añadimos, que en una *Monografía* dedicada al estudio de la transformación del paradigma militar, hasta el punto de permitirnos calificar el presente de «cultura posheroica», lo primero que se debe reseñar es que la evolución de la sociedad internacional ha ido acompañada de una evolución en los conflictos armados. Cada época ha respondido a una sociedad internacional diferente, en la que las guerras de cada momento han sido resultado de las características de esa sociedad y ello ha influido en su concepción y desarrollo. Sin embargo, la relación entre sociedad y conflictos, no sólo ha actuado en esa dirección, sino que de igual manera, éstos han influido en el devenir del orden mundial.

Dicho lo anterior, el objeto central de este capítulo será la explicación de esa evolución de la sociedad internacional, de tal manera que permita entender la interacción entre sociedad y conflictos para poder, a raíz de ello, analizar en los restantes apartados cómo es el paradigma militar del presente.

Los antecedentes históricos: la sociedad internacional contemporánea como contexto de las «nuevas guerras» o «guerras modernas»

El devenir de los acontecimientos de la «Historia del mundo actual» –como también se designa a lo acontecido a partir de la Segunda Guerra Mundial– ha ocasionado un orden mundial que se podría describir en torno a tres grandes fases: la guerra fría, los años noventa y el inicio del siglo XXI.

Remontarse a los albores de la Edad Contemporánea, a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, para explicar el orden mundial actual no es del todo necesario. A pesar de ello, si más allá del relato de los hechos concretos, lo que se persigue es entender las características definitorias de la sociedad contemporánea, entonces sí resulta revelador recordar algu-

nos de los factores que marcaron la contemporaneidad. Especialmente, si tenemos en consideración, que la Segunda Guerra Mundial significó el fin de un orden internacional, que a lo largo de los años había repetido los mismos parámetros desde el siglo anterior y que ya entraron en ese proceso de cambio al inicio del siglo XX.

Los orígenes de la Edad Contemporánea se establecen en lo que E. Hobsbaum vino a considerar como la «teoría de la doble revolución», encarnada en lo económico por la Revolución Industrial y en lo político por la Revolución Francesa. Ambas fueron resultado de la irrupción en la sociedad internacional del pensamiento liberal, que condujo al capitalismo y a los sistemas democráticos después de décadas de evolución.

En el mundo contemporáneo acabó por consolidarse aquel orden procedente de la Paz de Westfalia, dando lugar a una sociedad internacional fundamentada en los Estados y la no injerencia como base esencial de la soberanía nacional. Una concepción del orden que vino acompañada de una paralela transformación del modo de producción, pasando del clásico mercantilismo moderno, asociado al sistema gremial y manufacturero, al industrial. La industrialización permitió un incremento del volumen del comercio mundial que adquirió un carácter revolucionario y terminó por desplazar a las antiguas potencias modernas, tales como España, Portugal o Flandes, sustituyéndolas por las nuevas contemporáneas, como fueron Reino Unido y Francia.

Esta evolución económica sólo fue posible por la evolución ideológica, protagonizada por esa nueva clase burguesa que terminó con la sociedad estamental. La nueva sociedad contemporánea burguesa acabó por sustituir el poder autocrático del monarca por la soberanía nacional, siendo ésta la semilla del pensamiento que Napoleón difundió por una extensa parte del continente europeo. Esta realidad también explica la aparición de nuevos Estados como fueron Italia y Alemania.

Pero frente a este orden contemporáneo, simultáneamente la pervivencia del Antiguo Régimen en los imperios de Europa Oriental permitió la coexistencia de una sociedad aristocrática, anclada en un modo de producción feudal. De esta forma, el colapso del Gran Imperio ruso pudo retrasarse en el tiempo y, cuando llegó, condujo a otras realidades sociales completamente diferentes: el absolutismo fue sustituido por un sistema comunista. Ello supuso una brecha profunda respecto a la sociedad que estaba gestándose en Europa Occidental.

A pesar de la excepción rusa, el nacimiento del orden contemporáneo dio lugar a un mundo de Estados bastante homogéneos en su concepción y valores. Un mundo en el que las relaciones internacionales se basaban en sistemas de alianzas, encaminadas únicamente a la defensa de cada una de las soberanías y del reconocido prestigio internacional, como mejor instrumento para garantizar la integridad territorial.

En esta sociedad internacional todavía pervivía entre los Estados un concepto clásico de la guerra, fundamentalmente caracterizada por su simetría. Esta simetría no se refiere al equilibrio de los medios, entre los que incluso se podía producir una superioridad en el empleo de la fuerza en alguno de los bandos, sino que se refiere también a la similitud en el rango de los actores. Éste era el perfil de las guerras que se desarrollaban en los campos de batalla.

La progresiva expansión y acceso de los poderosos Estados europeos a la industrialización desencadenó otro proceso histórico, asociado al liberalismo e igualmente determinante: el imperialismo colonial. El traslado del sistema capitalista a los territorios del continente africano y asiático se convirtió en el eje central de las políticas de las potencias que entonces dominaban el escenario internacional. Como lo definiera Lenin, una «guerra de rapiña y explotación» en la que ningún territorio del planeta quedó sin dueño. De este proceso nacieron los grandes imperios coloniales de las potencias industrializadas, siendo el británico y el francés los más extensos y destacados. Por su parte, la Alemania de Bismarck experimentó un crecimiento similar, sostenido por la fortaleza del Segundo Imperio. No fue hasta los años en torno al cambio de siglo, cuando emprendió su expansión exterior, trastocando las ambiciones de las ya potencias coloniales. En esta etapa de plenitud se fijaron los pilares de la nueva economía capitalista, lo que impulsó la evolución hacia los gobiernos democráticos, quedando ligados ambos factores.

La necesidad de resolver los problemas derivados del volumen y tráfico comercial generado por el imperialismo, que a su vez fue el mejor aliado que pudo encontrar el avance tecnológico, dio lugar a la aparición de comisiones técnicas internacionales. Ello vino a unirse a la progresiva tendencia a la celebración de conferencias internacionales que experimentó la sociedad internacional a lo largo del siglo. Posteriormente, la combinación de estos dos elementos estuvo en el origen de las primeras organizaciones internacionales.

Las mismas ideas revolucionarias que dieron pie a los cambios en el continente europeo condujeron a la construcción del Estado liberal en Norteamérica. Estados Unidos, como consecuencia de la Doctrina Monroe, se mantuvo al margen de los asuntos internacionales durante gran parte del siglo XIX. Al contrario que la mayoría de los Estados europeos centró el esfuerzo de su crecimiento económico y fortalecimiento político en factores internos, como fueron unos abundantes recursos naturales y una considerable mano de obra fruto de la inmigración europea.

Sobre estas bases prosperó el mito finisecular de la superioridad anglosajona: el «nuevo imperialismo», que se instaló por completo en el pensamiento político norteamericano. No fue casualidad que en la última década del siglo, Estados Unidos iniciase su proyección exterior como gran potencia, interesándose por el continente iberoamericano y el océano Pacífico. La mejor expresión de su penetración la encontramos en las colonias españolas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Con ello, no sólo se agotó el Imperio español, sino que desde entonces, quedó abierta la puerta al intervencionismo internacional.

Al término de la centuria el mundo se había transformado por completo. Se mantenían las tensiones internacionales, que en pocos años derivaron en la creación de alianzas que acabaron por enfrentar a los Estados. A ello se habían sumado los efectos de la segunda fase de la Revolución Industrial.

Este nuevo impulso en el desarrollo de la industrialización trajo las «nuevas guerras», que representaron el origen de lo que durante mucho tiempo se ha entendido como las «guerras modernas». La producción armamentística se multiplicó y perfeccionó su eficacia, pero lo verdaderamente transcendental fue que desplazó los conflictos del campo de batalla hacia un escenario más amplio. Esto dio lugar a la «guerra total», en la que la población civil pasaba a sufrir de forma directa los efectos del conflicto. En este sentido, el empleo de la aviación para el bombardeo de las ciudades fue uno de los elementos más representativos en la transformación de las guerras.

Otros progresos como el telégrafo o los trenes permitieron desplazar las tropas a largas distancias (1), ocasionando una organización –una

(1) PÉREZ TRIANA, Jesús Manuel: *Guerras posmodernas*, pp. 25 y 29, Ediciones El Cobre, Barcelona, 2010.

maquinaria militar— mucho más compleja. Ya nada tenía que ver con las guerras napoleónicas. Por el contrario, todo empieza a estar más conectado con el actual concepto de los conflictos armados. A pesar de todo, los actores seguían siendo los mismos: los Estados.

Por tanto, básicamente lo que se observa es una diferencia en el ejercicio de la violencia, siendo el empleo de la fuerza cada vez más técnico y brutal. Sin embargo, el ritual del conflicto seguía siendo el mismo: combatientes uniformados enfrentados hasta alcanzar un alto el fuego, que de forma definitiva, llevase a la negociación de unos acuerdos de paz, que ponían fin a la guerra.

Este orden mundial, que se había gestado durante el siglo XIX, era el existente cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Fue también ése el mundo que empezó a desmoronarse en el periodo de entreguerras y que definitivamente fue interrumpido a partir de la Segunda Guerra Mundial. Realmente, éste es el punto de partida que utilizaremos para entender el orden actual, pero no se puede obviar la procedencia de aquella sociedad internacional, que a mitad del siglo XX, se vio abocada a una nueva etapa en su evolución como fue la guerra fría.

En definitiva, la Edad Contemporánea se caracterizó por el fortalecimiento del papel de los Estados en la sociedad internacional, tal y como lo concebimos hasta el presente. Es ahora en la actualidad, cuando empiezan a cuestionarse los límites de las competencias del Estado como actor internacional. Asimismo, la contemporaneidad dio lugar al mundo industrial en el que el desarrollo inusitado de las tecnologías no ha frenado su progreso desde entonces.

Detrás de la evolución de estos dos factores: Estado y tecnología, está la explicación del orden mundial que llevó a la Segunda Guerra Mundial y, después, a la guerra fría. De la misma forma, en lo referente a los conflictos armados son también estos factores los que permiten comprender parte de las transformaciones experimentadas por aquellas entendidas como «guerras modernas» hasta llegar a las «guerras posmodernas», que les han sucedido en el tiempo. Además, asociado a ello, también se comprende un cambio en la percepción del sentido «heroico» de la actitud de los combatientes hacia una más propia de la cultura «posheroica», la que no deja de ser fiel reflejo de los cambios habidos en la sociedad internacional. Pasemos pues también a ver esta evolución.

El mundo de la guerra fría

Clausewitz describió la guerra como un «verdadero camaleón» siempre en proceso de cambio y adaptación (2). Según esta percepción, las condiciones sociales, las relaciones políticas, el progreso tecnológico y el cambio cultural son los factores que determinan las nuevas y diferentes formas del conflicto en cada momento. Para él, la guerra era un instrumento para el gobierno. Por su parte, R. Kaplan defiende el principio, un tanto incómodo para nuestras conciencias actuales, de que son los conflictos los que han hecho evolucionar a la humanidad (3). En otras palabras, a pesar de su carácter destructivo, la guerra incita al progreso. El siglo XX ha sido en buena medida muestra de esa interacción entre conflicto y sociedad, que ya advertíamos al empezar este capítulo.

El contexto histórico expuesto en el epígrafe anterior explica la entrada en la escena internacional de las que fueron las principales potencias directoras del mundo al término de la Segunda Guerra Mundial. De la misma forma, que permite entender, cómo este conjunto de procesos y factores ocasionó una nueva manera de hacer la guerra, dándole una dimensión completamente distinta. Los dos conflictos mundiales aceleraron la necesidad de lograr progresos tecnológicos que permitieran garantizar la superioridad militar, hasta el extremo de generar en los Estados una nueva mentalidad sobre el conflicto. En ello se encuentra la clave de su comportamiento a partir de los años cincuenta, lo que determinó el orden mundial de la guerra fría.

Las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial sobre el orden internacional se pueden resumir en dos grandes procesos: el fin del eurocentrismo en las relaciones internacionales, como resultado del ascenso de las dos superpotencias –Estados Unidos y la Unión Soviética– y el impulso del proceso de descolonización, que condujo a la aparición del Tercer Mundo.

El final de la contienda internacional estuvo marcado por la celebración de la Conferencias de Yalta y Potsdam, en las que los aliados tenían como objetivo el diseño del nuevo orden mundial. Recuérdese que el

(2) MÜNKLER, Herfried: «The wars of the 21st century», *Revista Internacional de la Cruz Roja*, volumen 85, número 849, p. 7, marzo de 2003.

(3) KAPLAN, Robert: *La anarquía que viene. La destrucción de los sueños de la posguerra fría*, pp. 187-203, Ediciones B, S. A., Barcelona, 1997.

destino había unido durante la guerra a grandes Estados, que poco tenían en común entre los elementos que los definían. De ello se explica que una vez terminado el enfrentamiento bélico, derrotados los regímenes totalitarios en Europa Occidental, quedaran pocos aspectos en los que pudieran llegar a entenderse los mandatarios directores del mundo de entonces.

La decisión de crear una organización internacional, que sustituyera en sus fines a lo que había representado la Sociedad de Naciones, fue prácticamente el último acuerdo alcanzado entre quienes habían formado un mismo bando en la guerra. Así, la Organización de Naciones Unidas vio la luz en junio de 1945, cuando todavía pervivía el «espíritu de entendimiento de Yalta».

El relevo de F. D. Roosevelt por H. Truman y la sucesión de W. Churchill por el primer ministro C. Atlee despejaron el terreno para el fortalecimiento de Stalin, quien había salido convencido de la guerra de que la victoria se había debido a su genio militar (4). En agosto de ese mismo año, el lanzamiento por parte de Estados Unidos de las bombas atómicas sobre Japón precipitó el final de los enfrentamientos, restando a la Unión Soviética el protagonismo que le hubiera correspondido como potencia en el extremo oriente asiático.

Desde entonces, se instaló un clima de malestar entre los dirigentes internacionales, que impidió incluso la firma de los tratados de paz en la Conferencia de París del año 1946. No se alcanzaron acuerdos que permitieran las paces con Japón, con Austria, ni con Alemania. Sí fue posible hacerlo con Italia.

La Declaración de la Europa Liberada, recogida en Yalta, volvió a ser motivo de fricción entre los antiguos aliados desde los primeros momentos de su aplicación. Dicho acuerdo, promovía la celebración de elecciones libres en los países de Europa Oriental, encaminadas a la instalación de gobiernos democráticos. El Ejército Rojo no se retiró de aquellos países al finalizar la guerra, con lo cual su presencia fue entendida por parte de los aliados occidentales como un elemento de coacción.

No obstante, más allá de elevar sus protestas, a la hora de las elecciones su posición no se tradujo en firmeza de cara al incumplimiento de

(4) MARTINEZ CARRERAS, J. U. *et alit: Historia del mundo actual*, p. 45, editorial Marcial Pons, Madrid, 1996.

lo que ello suponía respecto al compromiso de neutralidad acordado. Igualmente, la creación de la Kominform, la oficina encargada de conectar al Partido Comunista Soviético con los partidos del mismo signo en los países del Este, constituyó un instrumento más de presión.

La expansión ideológica del comunismo, con el reflejo territorial que estaba produciéndose en Europa Oriental, incitó a G. Kennan –entonces embajador norteamericano en Moscú– a transmitir al Departamento de Estado la necesidad de diseñar una «política de contención», que marcaría el perfil de la política internacional de Estados Unidos durante las siguientes décadas. Esta percepción se convirtió en el eje central de la conocida como Doctrina Truman, que en este contexto llevó a la sustitución de la flota británica por la americana y a la creación de bases militares en la región oriental del Mediterráneo a partir del mes de marzo de 1947.

Dos meses más tarde, a este instrumento político se añadiría otro económico con motivo de la emisión del Plan Marshall, destinado a financiar la reconstrucción de todos los países europeos que habían tomado parte en la guerra mundial. Nuevamente, las presiones soviéticas se encontraron detrás del rechazo de los países del Este a aceptar esta ayuda financiera.

La Unión Soviética fue dando muestras progresivas de su capacidad de influencia en los países europeos del Este. De todas las circunstancias a las que fueron asistiendo aquellos Estados, el golpe comunista de Praga en el año 1948 constituyó el elemento que en mayor medida alejó las posiciones aliadas.

En el mismo corazón de Europa, la «cuestión alemana» siguió siendo el eje central del desentendimiento aliado. A lo largo de los años posteriores, representó un microcosmos en el que nítidamente se reproducía el esquema internacional de la guerra fría. Entre los años 1948 y 1949, el bloqueo soviético de la ciudad de Berlín fue la puntilla que anuló las ya entonces escasas posibilidades de acercamiento entre los aliados. La creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), supuso una mayor implicación de Estados Unidos en la defensa de Europa Occidental.

Ciertamente es difícil entender a la luz de los antecedentes históricos señalados, cómo dos gobiernos tan distintos pudieron haber llegado a formar una coalición. F. Veiga lo achaca probablemente a la falta de co-

nocimiento mutuo en medio de las exigencias que imponían los acontecimientos bélicos (5).

En definitiva, en poco más de tres años, desde que terminara la Segunda Guerra Mundial, la sociedad internacional había quedado dividida en dos bloques decididamente antagónicos, incompatibles con la existencia del orden mundial que en los momentos finales del conflicto habían deseado los Estados vencedores. Este fenómeno vino a calificarse y difundirse a través de la prensa como la «guerra fría», prolongándose estas circunstancias durante las cuatro décadas siguientes.

Naciones Unidas no quedaron al margen de la confrontación ideológica internacional. Por el contrario, permanecieron siempre limitadas en su papel a la voluntad de las grandes potencias. Ello se debió a que a partir de Yalta, el sistema de voto en el Consejo de Seguridad –basado en el veto– les garantizó una posición privilegiada al haber soportado en mayor medida el peso de la guerra. De esta forma el Consejo de Seguridad se convirtió en el mejor instrumento para el reparto de influencias en el orden internacional en los años de la guerra fría.

La organización internacional también fue escenario de las continuas controversias gubernamentales que trajo el proceso de descolonización. Tras la guerra mundial, el agotamiento de las economías europeas impidió que se pudieran seguir manteniendo los imperios coloniales, en donde además los movimientos emancipadores habían adquirido un peso notable. Las potencias europeas se vieron obligadas a formular sistemas de descolonización, intentando procurarse los beneficios e influencia correspondientes a su condición de antiguas metrópolis.

La fórmula inglesa –basada en la asociación– permitió aplicar a las colonias asiáticas y africanas el modelo de la Commonwealth, creado inicialmente para los antiguos dominios. El resultado fue un éxito, no exento de excepciones, que ha proporcionado a la Corona británica una vinculación privilegiada con aquellos nuevos Estados independientes hasta la actualidad, ejemplos de ello son India y Pakistán. Sin embargo, las gestiones británicas no dieron resultados similares en la administración del mandato de Palestina, de cuyo fracaso también todavía perduran las consecuencias en un conflicto sin solución hasta el presente. Por su

(5) VEIGA, Francisco: *La paz simulada. Una historia de la guerra fría*, p. 45, Alianza Editorial, Madrid, 2008.

parte, el modelo francés –basado en la integración– no funcionó. En este caso, a pesar de los intentos de la Unión Francesa por institucionalizar los lazos coloniales, la realidad se tradujo en un proceso sangriento, que durante más de 15 años se despachó con los conflictos de Indochina y de Argelia.

De aquel impulso emancipador que recorrió todo el continente asiático y africano surgió el Movimiento de los No-Alineados a mitad de los años cincuenta. A pesar de su nombre, muy lejos de la deseada neutralidad, la mayoría de aquellos países acabaron en un proceso de neocolonialismo, que les impidió romper la dependencia de exterior y los condenó a situaciones prolongadas de subdesarrollo.

La confrontación ideológica del mundo sirvió como pretexto para el reparto de los nuevos Estados, casi involuntariamente distribuidos entre la influencia occidental y la soviética. Precisamente fueron estos países en los que tuvieron lugar los llamados «conflictos de baja intensidad», denominados de este modo por el contraste que éstos suponían respecto a la temida y nunca desatada «guerra nuclear» entre las dos superpotencias.

Paralelamente a todo lo anterior, este periodo también fue el momento en el que tomó forma el ideal europeo. Europa padeció más que ningún otro escenario los efectos devastadores de la Segunda Guerra Mundial. A la destrucción material que ocasionó el conflicto y la dramática cifra de unos 60 millones de muertos, en los años posteriores se sumaron los nuevos trazados de las fronteras y los desplazamientos de población desarraigada. Los Estados europeos conscientes de la transformación de su papel en el orden mundial se volvieron hacia sí mismos. Al amparo de la protección norteamericana, el capitalismo europeo se consolidó en el Mercado Común, cada vez más expandido y del que los gobiernos democráticos llegaron a hacer su seña de identidad. El impulso del neocapitalismo se puso entonces en marcha.

En la parte soviética, la organización del Consejo de Ayuda Mutua Económica y la firma del Pacto de Varsovia en 1955 pueden concebirse como el más evidente intento de emular la prosperidad y la seguridad de Europa Occidental. Sin embargo, los resultados que estas dos Organizaciones depararon a los Estados del otro lado del «telón de acero» distaron enormemente de los de la otra Europa.

Por tanto, el orden mundial de la guerra fría quedó definido por una sociedad internacional dividida en dos bloques jerarquizados y rígidos, en

la que la desconfianza mutua entre Estados Unidos y la Unión Soviética fue el perfil que caracterizó las relaciones internacionales de aquella época. Fruto de esa desconfianza fue la carrera de armamentos, que cada una de las superpotencias desarrolló con fines disuasorios respecto al bloque contrario. En este sentido, de forma similar, desempeñó un papel primordial el despliegue y perfeccionamiento de los servicios de inteligencia, que pretendían tanto minar al oponente desde dentro como salvaguardar la propia zona de influencia.

Todos estos procesos históricos confluyeron de forma simultánea en la guerra fría, cuya evolución estuvo determinada por las causas y consecuencias de grandes conflictos: los años cincuenta por la guerra de Corea, los sesenta por la «crisis de los misiles», el final de aquella década y los años setenta por la guerra de Vietnam y los años ochenta por la, ya primera, guerra de Afganistán. No fueron los únicos conflictos de aquellos años, ni mucho menos, el escenario mundial estuvo repleto de los «conflictos de baja intensidad» a los que ya se ha aludido antes. Sin embargo, los que aquí destacamos fueron buena muestra de lo planteado desde al inicio de este capítulo, pues determinaron la transformación del orden mundial como no lo hicieron los otros, pero a su vez, se vieron ellos perfilados por los avances de la sociedad internacional.

Esto nos permite recordar, que el objetivo de nuestro estudio no se ciñe exclusivamente al repaso de aquellos acontecimientos, sino al intento de descifrar la interacción entre sociedad y conflicto, que nos permita comprender como fue cambiando lo que se había llamado «guerras modernas». Así pues, procedamos señalando que una de las mejores fórmulas para analizar esta conexión, la encontraremos al referirnos al progreso científico y tecnológico durante este periodo. Desde el comienzo de la guerra fría, los conflictos forzaron el desarrollo de una tecnología que permitiera a cada uno de los bloques mantener la superioridad sobre el contrario.

En ocasiones fueron los fines bélicos los que impulsaron los avances en comunicaciones y tecnificación de los armamentos, pero, en otras fue al contrario, el uso civil permitió el traslado al conflicto de importantes hallazgos. Así, de forma un tanto paradójica, misiles e informática fueron dos campos ligados en su evolución durante aquellos años. Lo mismo cabría decir del desarrollo energético y armamentos o de los sistemas de comunicaciones. Sin la combinación de estos factores, gran parte del funcionamiento actual de nuestra sociedad hubiera sido imposible.

Son muchos los ejemplos evidentes que se pueden aportar a esta argumentación. La aparición de los ordenadores en la vida moderna afectó sin duda a la evolución de la guerra. En el año 1947, John von Neumann creó un programa de almacenamiento de datos, que facilitó cálculos mediante operaciones matemáticas que fueron utilizados en el cálculo de tablas de tiro, en el diseño de armas y aeronaves, en la gestión de personal y en el control de inventarios (6). De igual manera fueron significativos los adelantos en el desarrollo del *software* y equipos periféricos. El invento del transistor, también por entonces, constituyó otro hito en el campo electrónico.

En la guerra de Vietnam ya se utilizaron equipos pequeños y fiables. Otra innovación en los años sesenta fue el sistema de misil guiado ligado al radar. Su utilización se emprendió en la guerra del Yom Kippur en el año 1973, convirtiéndose en un arma eficaz tanto para los árabes, respaldados por los soviéticos, como para los israelíes y los norteamericanos. Por otra parte, de la misma forma que ocurrió en su uso civil en las grandes empresas y cadenas de producción, los ordenadores también sirvieron en el orden militar para reorganizar las estructuras de mando, la disposición de las fuerzas y el transcurso de las operaciones.

Paralelamente, el desarrollo de la energía nuclear gozó de un impacto similar al de la informática. Estados Unidos en los años cuarenta tomó el relevo a Alemania en las investigaciones nucleares de uso militar. Resultado de esa carrera armamentística fueron las bombas de Hiroshima y Nagasaki en el año 1945. Pero, sin ser comparables, tampoco conviene olvidar el lanzamiento soviético de su propia bomba en el desierto siberiano en el año 1949. Al fin y al cabo, era buena muestra del mensaje que mandaban al bloque occidental en unos momentos en los que se iniciaba la guerra fría. La posibilidad de una «guerra nuclear» fue el origen de la «estrategia de la disuasión», que dotó de carácter militar a la que anteriormente nos referimos como «política de contención».

La disuasión fue ligada al temor a la «destrucción mutua» –la Doctrina de la Destrucción Mutua Asegurada (MAD)– que cambió por completo las relaciones internacionales entre las superpotencias. Aun manteniéndose la bipolaridad, las condujo hacia cierto grado de flexibilidad (7). No sólo

(6) ORTI PÉREZ, Juan Manuel: «Antecedentes», en «Tecnología y Fuerzas Armadas», *Mono-grafía del CESEDEN*, número 94, pp. 19 y siguientes, Madrid, 2007.

(7) SODUPE, Kepa: «La teoría de la disuasión: un análisis de las debilidades del paradigma estatocéntrico», *Afers Internacionals*, número 22, p. 14.

fue significativa, después de la «crisis de los misiles» en el año 1963, la decisión del presidente Kennedy de la instalación del «teléfono rojo» en la Casa Blanca, sino mucho más, la firma de acuerdos limitativos de armas estratégicas y el desarrollo de sistemas defensivos a partir de entonces (8). Sin embargo, ello no impidió la dispersión de misiles nucleares por todo el mundo.

El desarrollo de la automatización igualmente afectó al ámbito de las comunicaciones, que pasaron por una evolución exponencial. Durante aquellas décadas se asistió a la comunicación por satélite –posibilitó la «guerra de las galaxias» en los años ochenta durante el mandato del presidente R. Reagan– y a la implantación de la fibra óptica que permitió la utilización de un gran ancho de banda en redes fijas. Las comunicaciones por radio de desarrollaron tanto en frecuencia modulada como en amplitud modulada. En definitiva se dotaron de rapidez y seguridad.

Todos estos avances que aportaron claras ventajas en el ámbito civil, también fueron aprovechados en lo militar. La «guerra electrónica» nació desde que se puso en funcionamiento el primer radar, siendo ya decisivo en la Segunda Guerra Mundial, pero no dejaron de beneficiarse de su uso todas las partes combatientes en el resto de los conflictos posteriores. A las técnicas para detectar radiolocalizadores, siguieron los sistemas de interferencias y a éstos, a su vez, otros para eludir las contramedidas enemigas. A ello se sumó el espectro infrarrojo, la electro-óptica y el láser. Los Servicios de Inteligencia, al igual que los conflictos, también se vieron afectados por estos avances tecnológicos, dando lugar a una mayor sofisticación y eficacia en sus procedimientos. El espionaje acabó convirtiéndose en uno de los elementos característicos de la guerra fría.

Por tanto, resulta evidente que de aquella necesidad de mantener la superioridad en caso de conflicto, obsesión de aquel periodo y fundamento de la disuasión, se impulsó o se aprovechó la evolución tecnológica. Sin embargo, no todo se tradujo en progreso. Precisamente, esta innovación fue la que introdujo definitivamente la asimetría entre los combatientes en las guerras de la segunda mitad del siglo XX.

La tecnología no fue siempre capaz de resolver los conflictos armados, en los que se dieron otras circunstancias ligadas al factor humano. Algunos ejemplos de ello fueron los casos del Vietcong contra los norteamer-

(8) ORTI PÉREZ, Juan Manuel: *opus citada*, pp. 24 y siguientes.

ricanos en Vietnam, las milicias del Vietminh que llevaron a la derrota de Francia en Indochina y los grupos terroristas en Argelia o el fracaso de la Unión Soviética en Afganistán fruto de los *muyahidin* y yihadistas. Pero han seguido produciéndose situaciones en las que la tecnología se ha mostrado inadecuada a la naturaleza de las operaciones. Esta asimetría ha causado enormes sufrimientos a las sociedades, pues esa misma tecnología en manos de insurgentes, guerrilleros o terroristas, las hace mucho más vulnerables a su actuación. De aquí proceden algunas enseñanzas que la guerra fría dejó al orden internacional de su posguerra.

La posguerra de la guerra fría

De igual manera que el inicio de la guerra fría no se puede determinar como si se tratara del estallido de un conflicto convencional, sino por un cúmulo de circunstancias que acabaron por hacer patente la hostilidad y el clima de amenaza internacional, tampoco se puede poner una fecha exacta a su final.

En el año 1989, dotada de un carácter simbólico y emocional excepcional, la caída del muro de Berlín puso en marcha un proceso que acabó cerrando un ciclo histórico en la sociedad internacional. A este acontecimiento le siguió el fin del «telón de acero», que permitió la apertura de las fronteras de los países de Europa del Este hacia la Occidental. Pero nada de esto hubiera sido posible sin las movilizaciones sindicales, que, a través de Solidaridad, L. Walesa había promovido desafiando al régimen comunista en Polonia a lo largo de aquella década. Ni hubiera ocurrido sin que el cardenal Wojtyła –Juan Pablo II– hubiera sido elegido papa en el año 1978 o sin que M. Gorbachov ocupara la Secretaría General del Partido Comunista Soviético a partir del año 1985.

En el año 1990, la reunificación de Alemania constituyó otro paso más en este proceso, lo que por fin permitió firmar el tratado de paz pendiente desde la Segunda Guerra Mundial.

Mientras se sucedían los cambios en el escenario europeo, también en el año 1990, estalló la segunda guerra del Golfo como consecuencia de la ocupación de Kuwait por parte de Irak. Sin saberlo entonces, este conflicto no hizo más que inaugurar la etapa convulsiva que caracterizó a la última década del siglo. El impacto de la guerra se produjo en varios sentidos.

En primer lugar, resultó ser la demostración evidente del avance de las tecnologías a favor del perfeccionamiento del armamento. Por tanto, lo que ya había sido patente en el periodo anterior, acabó por traducirse en una asimetría completa entre las partes enfrentadas. Pasó a considerarse como la primera guerra de «armamento inteligente», a cuya espectacularidad pudo asistir la opinión pública mundial a través de su transmisión por la cadena CNN. En otras palabras, aproximó el conflicto a los ciudadanos despertando a la sociedad internacional del letargo en el que había permanecido durante la guerra fría.

En segundo lugar, aquella guerra del Golfo tuvo otros efectos desconocidos hasta entonces. También fue la primera vez en la que unos Estados árabes, en una coalición junto a otros occidentales, se enfrentaban a otros países árabes. Esta circunstancia ocasionó una ruptura entre los Gobiernos del Magreb, de Oriente Próximo y de Oriente Medio que tardó años en superarse.

Con todo lo anterior, lo más importante de este conflicto fueron sus enseñanzas para el orden internacional. La primera fue que, dado el nivel del desarrollo armamentístico, la paz en la región únicamente podría ser mantenida en el futuro por la voluntad política recogida en acuerdos de paz. Y la segunda, que los acontecimientos de Oriente Próximo y Oriente Medio podrían convertirse en el epicentro del orden internacional, afectando fuera de la región a un número muy amplio de Estados en el mundo. Como fruto de estas conclusiones, en el otoño de 1991 tuvo lugar la Conferencia de Madrid que inauguraría el Proceso de Paz para Oriente Medio, estableciendo como base para las negociaciones las resoluciones de Naciones Unidas e implicando a todos los Estados afectados por el conflicto árabe-israelí.

En esos mismos momentos, en el mes de diciembre, se produjo la descomposición de la antigua Unión Soviética, tras las proclamadas independencias de las repúblicas asiáticas a las que siguieron en cadena las bálticas. Este proceso selló el final del enfrentamiento de las dos superpotencias del siglo XX.

Todos estos acontecimientos confirmaron lo que en meses anteriores el presidente G. Bush había definido como inicio del «nuevo orden mundial». Estados Unidos aparecía entonces como la potencia «vencedora» de la guerra fría, como la conductora de un orden internacional que se tornaba unipolar pero incierto.

Este orden de la posguerra de la guerra fría dio muestras inmediatamente de las consecuencias que traería la pérdida del equilibrio internacional que había prevalecido en las décadas anteriores. El vacío de poder dejado por la influencia soviética pronto empezó a alterar el escenario internacional.

La desaparición del bloque soviético también dejó su reflejo en Europa Oriental. Allí se asistió tanto a la instalación de nuevos gobiernos de transición hacia la democracia, tales como los casos de Hungría y de Polonia, como a la descomposición de las antiguas repúblicas. Entre éstas, la República de Checoslovaquia se dividió pacíficamente en dos nuevos Estados. Sin embargo, éste no fue el caso de Yugoslavia, que lo hizo en cinco Estados, dando lugar a diferentes situaciones.

La primera independencia en el contexto yugoslavo se produjo por parte de Croacia, reconocida inmediatamente por Alemania, a cuya iniciativa le siguieron el resto de los Estados de la Unión Europea. Este proceso generó el primero de los conflictos balcánicos en los que acabaría sumida la región. La emancipación incruenta de Eslovenia fue excepcional respecto a la violencia que vivieron el resto de las repúblicas. De todos, el caso más dramático fue el de Bosnia-Herzegovina, que se vio envuelta en una guerra civil entre los años 1992 y 1995. En el transcurso de estos conflictos, los casos de genocidio acabaron multiplicándose entre las facciones beligerantes.

Las guerras de los Balcanes infundieron unas nuevas pautas en el comportamiento de la sociedad internacional. De hecho, fue la primera vez que la OTAN tuvo que utilizar la fuerza para lo que había estado tan preparada durante los años de la guerra fría. No sólo actuaba entonces por primera vez, sino que además, lo hacía fuera de su ámbito territorial y con carácter ofensivo. El Concepto Estratégico de 1991, que había promovido el diálogo con los países del Este en su transición democrática, quedó más que obsoleto en poco tiempo.

Paralelamente en el cuerno de África también se dejó sentir de inmediato el vacío de la influencia soviética. En esta región se desencadenaron una serie de conflictos interétnicos, que empezaron por Somalia y continuaron por Ruanda-Burundi. Nuevamente la sociedad internacional se vio en el trance de dar respuesta a las múltiples matanzas, que acabarían por confirmar el genocidio como el instrumento más letal de las guerras de finales de siglo.

Además de éstos, otros conflictos como la guerra civil de Argelia o la de Chechenia, no dejaron de ser buena muestra del desequilibrio que había adquirido el mundo.

Y de nuevo en Europa, en el año 1999, la intervención en Kosovo fue un punto de inflexión, que junto a la demostrada superioridad norteamericana, dio lugar a lo que algunos autores se han referido como la «revolución en los asuntos militares». Este proceso reflejó la necesidad de adaptación del paradigma militar una vez más a otras «nuevas guerras». Esta vez a lo que ya ha venido a reconocerse como las «guerras posmodernas». En menos de una década había cambiado definitivamente el carácter de las guerras, así como la forma de reconducirlas hacia su final.

Desde entonces, la multiplicación de las misiones de mantenimiento de la paz también pasó a la lista de los rasgos característicos del nuevo orden internacional.

Todas estas guerras fueron acompañadas del «efecto CNN», lo que contribuyó una nueva manera de concebir su estrategia, al convertirlas en extremadamente mediáticas. A partir de aquellos años, ese mencionado despertar de la opinión pública ha condicionado la respuesta militar que la comunidad internacional ha venido dando a las intervenciones armadas.

Las sociedades se vieron en distinta forma envueltas en el conflicto. Las alejadas del escenario bélico asistieron como espectadoras cada vez más alarmadas ante el desarrollo de un combate completamente asimétrico; mientras que las sociedades involucradas, ante la misma visualización de la guerra, se vieron movidas por un odio ancestral hacia el contrario. De ahí, en repetidas ocasiones, la propagación del genocidio. Normalmente se trataba de sectores sociales, que estaban organizados en grupos, ya ni siquiera paramilitares, sino de manera completamente desmilitarizada, hasta entonces valiéndose de armamentos desfasados o rudimentarios, así como tácticas de ataque guerrilleras.

Fueron precisamente estos conflictos los que han llevado al desarrollo del concepto de la «injerencia humanitaria», que ha sido plasmado en el nuevo principio de la «responsabilidad de proteger», amparado por Naciones Unidas a partir del año 2005. Asimismo, la creación de una Corte Penal Internacional ha sido entendida como uno de los mejores instrumentos para su aplicación. Nunca otras circunstancias internacionales habían llegado a trastocar el terreno de la soberanía de los Estados en tal medida, desde que fuera consolidada en la época contemporánea.

Todos estos acontecimientos han dejado su huella en la concepción de los conflictos, pero también se ha traducido en la actitud de los combatientes, que nos interesa de forma especial en este capítulo.

El desequilibrio tecnológico de los conflictos de la posguerra fría ha dado lugar a una progresiva transformación del sentido heroico que pudiera tener la acción del combatiente. Este cambio se ha trasladado a la percepción que las sociedades tienen de las guerras tanto en el bando que goza de una enorme superioridad, como el que se encuentra en situación de debilidad. En el primer caso, la tecnificación cada vez más sofisticada del combate ha llevado a despersonalizar la acción del combatiente y con ello a imponer como objetivo el de «cero bajas» en el conflicto, que además es el único admitido por la opinión pública.

El combatiente ha ido perdiendo su identidad como tal, se ha ido diluyendo el sentido que encontraba en la muerte por una causa justa, en suma heroica. De forma similar, esta percepción se ha instalado en el lado de quienes padecen la desventaja tecnológica, pues se ha perdido el sentido al luchar contra un enemigo, que no ofrece posibilidad alguna de obtener una victoria. En definitiva, la asimetría entre los combatientes ha afectado directamente al factor psicológico del conflicto.

En el bando que goza de superioridad, el resultado ha sido un cambio de motivación frente a la guerra, pues ya no se aspira a un final heroico, sino a un beneficio de otro tipo, por ejemplo económico. Sin embargo, en el lado más frágil, lo que se ha producido es una desmotivación del combatiente frente a la guerra. Esto lleva a que la única forma de superar los efectos de la asimetría entre los bandos enfrentados sea desarrollando una táctica en el conflicto que no pueda ser combatida con la superioridad tecnológica. De ahí progresivamente se ha llegado a los conflictos en los que el terrorismo adquiere un valor esencial para el bando más débil, pues provoca la indefensión del tecnológicamente más fuerte.

En este caso, incluso hay una diferenciación en cuanto a la motivación, pues en todo terrorista persiste una clara percepción de heroicidad en su actuación. Se podría decir, que de algún modo, mientras que la tecnificación de la guerra ha propiciado el alejamiento de elementos intangibles como el liderazgo o la cohesión de grupo en el combatiente convencional, en el terrorista influyen valores que le permiten actuar en contra de su instinto de supervivencia. Esto significa una apropiación del efecto

sorpesa, lo cual termina con la lógica de la estrategia en el conflicto armado tradicional (9).

La combinación de estas dos circunstancias –asimetría tecnológica y «efecto CNN»– se hizo evidente en los acontecimientos que se sucedieron al empezar el siglo actual.

El mundo del siglo XXI

El siglo XXI se inició con un gran «desorden internacional», que en gran medida, mostró la incapacidad de Estados Unidos para garantizar el equilibrio de forma unilateral. En otras palabras, en la década de los años noventa, el perfil unipolar del orden mundial había empezado ya a dar muestras de su inconsistencia.

Realmente la nueva centuria no empezó con el cambio de siglo, sino a raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001 de Nueva York, desde los cuales el orden mundial se ha visto empujado hacia unos paradigmas completamente distintos. Ha sido nuevamente otro presidente norteamericano, esta vez, G. W. Bush –hijo–, quien ha convertido la lucha contra el terrorismo internacional en el eje central de la política de Estados Unidos, implicando en ello al mundo entero.

La lucha se ha transformado en una auténtica guerra abierta, generando un nuevo concepto de conflicto, el de la «guerra global». Y lo es, no sólo por la capacidad de perturbar a cualquier Estado, sino porque se vale de nuevas formas de ataque que afectan a la población en su conjunto como es el caso del terrorismo islamista. En definitiva, se ha producido un salto palpable de la defensa a la seguridad para garantizar el orden mundial.

La lucha contra el terrorismo presenta la dificultad de combatir al terrorista, que se encuentra envuelto o amparado por su entorno social. Ni siquiera la más avanzada tecnología resulta totalmente eficaz en esta tarea. Ello ha dado lugar en muchas ocasiones a la multiplicación de los llamados «daños colaterales», siendo nefasto, no sólo el resultado, sino su imagen ante la opinión pública. Paradójicamente, este impacto mediático, también es utilizado por los propios terroristas, que lo han

(9) LUTTWAK, Eduard K.: *Para Bellum. La estrategia de la paz y de la guerra*, pp. 8-12, editorial Siglo XXI, Madrid, 2005.

convertido en una parte esencial de su estrategia. Tampoco se puede obviar, para entender esta nueva forma de conflicto, la irrupción de una herramienta como Internet en el orden mundial.

En este contexto, el de la «era de la información», se ha disparado la percepción de algunas de las principales amenazas que viene padeciendo la sociedad internacional desde la década anterior. Un ejemplo: al final de la guerra fría el arsenal nuclear soviético quedó en buena medida fuera de control (10), lo que ha disparado la alarma ante el posible acceso a la bomba atómica por parte de algún grupo terrorista. Esta posibilidad no es una realidad excesivamente viable para la mayor parte de los expertos en la materia, aunque aparezca reproducida constantemente en los medios de comunicación, condicionando los comportamientos de la sociedad internacional. Sí parece más factible el empleo de explosivos convencionales para diseminar material radioactivo —«bombas sucias»—, o bien, el uso de componentes biológicos o químicos. Es aquí donde hay que enfocar la acción de seguridad más importante.

Por tanto, para explicar la «guerra global», no es sólo suficiente mencionar el amplio espectro de actores a los que ahora necesariamente hay que hacer referencia, sino todo un conjunto de elementos si cabe todavía más novedosos y complejos.

En medio del impacto recogido por todos los medios de comunicación del mundo, la respuesta inmediata a los atentados en Estados Unidos fue la guerra de Afganistán desde el año 2001. Este conflicto fue ampliamente justificado por la sociedad internacional. Sin serlo exactamente en su dimensión jurídica, esta intervención fue entendida como de carácter defensivo, al ser el territorio afgano donde Osama ben Laden, al amparo del gobierno talibán, asentó el santuario del grupo terrorista Al Qaeda.

A Afganistán le siguió la guerra de Irak en el año 2003. Este conflicto desató la división internacional, pues no gozó nunca de la justificación y aceptación del precedente. La sospecha de la lucha por los recursos energéticos planeó desde los primeros momentos de su planteamiento a través del enunciado «Eje del mal» del presidente G. W. Bush. La teoría del «choque de civilizaciones» pasó a ocupar un lugar central en el panorama geoestratégico mundial.

(10) ORTI PÉREZ, Juan Manuel: *opus citada*, p. 30.

En estos conflictos la asimetría ha llevado a sustituir la batalla por la masacre. Es el resultado de una asimetría radical en la que incluso la guerra ha perdido su orden. El final del conflicto no garantiza una posguerra pacífica, sino que alimenta un deseo de venganza, que da lugar a un círculo permanente de violencia. No hay acuerdos de paz, sino procesos de paz, en los cuales se enquistan conflictos que están en realidad sin cerrar. Es una situación de desgaste en la que se originan todo tipo de estrategias y acciones. El enemigo no acaba de estar vencido, pues no siempre está representado por una única autoridad. Por el contrario, ello induce a que permanezca su percepción amenazadora. En este contexto las normas del enfrentamiento son difíciles de establecer, dejando en una situación de debilidad a la parte armada de manera convencional, los ejércitos, frente a la más débil que se vale de la asimetría para sus acciones. En realidad, el enemigo no es ni combatiente ni excombatiente.

Otra observación que se debe resaltar es que los conflictos señalados han tenido como consecuencia que aquel «nuevo orden mundial» de los años noventa, en el siglo XXI definitivamente haya ido desplazando su atención hacia la región centroasiática y el Sahel africano, dejando al continente iberoamericano en una situación marginal respecto a las grandes decisiones que desde entonces rigen la sociedad internacional en su conjunto.

Estas guerras han dado lugar a que empiecen a despuntar potencias asiáticas, con un destacado potencial energético, cuyos dirigentes aspiran a hacer valer su voz en el escenario internacional. Estos Estados van creando un eje paralelo y desafiante para un orden mundial que sigue siendo, esencialmente norteamericano. Tal es el caso del presidente de Irán, M. Ahmedinayad o el de Venezuela, H. Chávez. En realidad, el comportamiento de estos países no representa más que un síntoma del relevo de los actores directores para el que debe prepararse la sociedad internacional del futuro. Asimismo, aún no representando el núcleo central de esta tendencia, estos dos Estados son significativos en cuanto a los nuevos ejes de alianzas que pueden mover el orden mundial en pocos años.

Por tanto, el viejo axioma de desarrollo energético y amenaza militar se ha recuperado de nuevo, pero con distintos actores en el escenario mundial. Desde el año 2005, Irán concretamente ha vuelto a suscitar reacciones internacionales más propias de aquellas épocas de la Doctrina MAD, que del orden presente. Ha despertado el miedo a un uso irracional del armamento nuclear. Precisamente en el convencimiento de que esto no sucedería, fue en lo que se basó el equilibrio entre los dos bloques de la

guerra fría. Esta percepción adquiere especial relevancia en una época en la que la amenaza bélica no se limita únicamente a los Estados, sino que como algunos autores señalan, se extiende al posible uso que de este armamento pudieran hacer a aquellos otros actores activos en la «guerra global», como acabamos de indicar.

Mientras los intentos de reconducir el orden mundial se concentran en Oriente Medio, el cuerno de África se va convirtiendo en otro de los escenarios en los que mayor número de riesgos y amenazas se acumulan para ese orden. Son las herencias del pasado no resuelto, pero también se añaden nuevos elementos que ya son característicos de la conexión entre conflicto y crimen organizado, que se ha ido instalando en la región.

Este panorama no deja de ser reflejo del orden impulsado por el mundo occidental. Sin embargo, en la primera década del siglo XXI, se ha ido configurando otro orden alternativo, que probablemente se acabará imponiendo. Es el orden multipolar en el que Estados Unidos se ve paulatinamente desplazado del centro. De manera notoria, desde que la crisis financiera internacional pusiera de manifiesto el agotamiento del sistema neocapitalista a partir de 2008, se ha producido la definitiva entrada en escena de los ahora llamados Estados BRIC (Brasil, Rusia, India y China).

Las relaciones entre estos Estados, así como las que mantienen con el resto de los países del mundo, progresivamente están alterando las fuerzas clásicas del orden internacional. Es especialmente relevante el caso de China, dado que en los últimos años, su apertura hacia el exterior la ha convertido en una gran potencia, no sólo asiática, sino mundial. Su vinculación con India constituye una fuerza emergente, tanto política como económica, que sin duda afectará al equilibrio internacional del futuro. Esta acción trasciende los límites continentales, proyectándose igualmente hacia África e Iberoamérica.

En medio de este mundo cambiante, desde la primavera de 2011, hemos asistido al estallido de un nuevo conflicto: la guerra de Libia. En éste, al igual que en el de Afganistán o en el de Irak, se resumen buena parte de las características anteriormente comentadas y de la evolución de la sociedad internacional. Son un buen ejemplo de lo que viene a llamarse la «guerra entre la gente» (11), en la que cualquiera, en su casa, en el

(11) SMITH, Rupert: *The utility of the force. The art of war in de Modern World*, pp. 3 y 17, Pinguin Books, Londres, 2005.

campo o en la calle forma parte de la batalla. La acción bélica puede estar orientada tanto a la defensa de los civiles como en contra de ellos. Ni siquiera es necesaria la existencia de un ejército profesional.

Pero la «guerra entre la gente» no es la única de nuestros tiempos, las tecnologías no han dejado de jugar su papel, lo que hace perfectamente compatible esta forma de guerra con lo que hoy podemos llamar la «guerra cibernética». En las primeras, los «combatientes» pueden llegar a valerse de los métodos propios de conflictos del pasado –por ejemplo, armas nucleares, biológicas y químicas–, mientras que en las segundas se valen de los avances más novedosos en el uso de las tecnologías. Ninguno de los dos tipos responde a los esquemas de los conflictos convencionales y los dos son formas de conflicto en los que el combatiente es básicamente anónimo. Son los nuevos conflictos del siglo XXI.

Los métodos organizativos y las tecnologías militares siguen teniendo un valor incalculable como instrumento de combate, sin embargo, los escenarios se han transformado por completo. Ahora el «teatro de operaciones» es global y cualquiera puede ser a la vez víctima o combatiente en éste. Eso no significa que hayan desaparecido las guerras o no se vayan a producir en el futuro, sino que el conflicto en muchas ocasiones se ha convertido en belicosidad permanente. Esta situación constituye un escenario de riesgos y amenazas directas y constantes en algunas partes de la sociedad internacional –por ejemplo, numerosos Estados del continente africano o de Oriente Medio–; mientras que para otras, esa presión es indirecta, pero no deja de constituir una amenaza igualmente por los efectos de la globalización sobre el orden mundial. Esto afecta claramente al paradigma militar. Un número considerable de las guerras actuales ya no son entre los Estados. A pesar de ello, no ha perdido vigencia la teoría clausewitziana, pues siguen siendo un instrumento de la política (12).

Las Fuerzas Armadas, por tanto, intervienen en lugares donde lo que hay no son bandos combatientes, sino gente combatiendo entre sí. No se trata si quiera de una cuestión de asimetría táctica u operacional, sino de la propia concepción del conflicto.

La separación entre conflicto y posconflicto se diluye en las sociedades actualmente afectadas por las guerras. Esto enlaza con otro concepto

(12) GARCÍA CANEIRO, J. y VIDARTE, F. J.: *Guerra y filosofía. Concepciones de la guerra en la Historia del Pensamiento*, p. 205, Ediciones Tirant lo Blanch, Valencia, 2002.

como es la «guerra de las tres manzanas» (13), en la que el combatiente a la vez que debe mantener sus funciones como tal, debe estar preparado para la reconstrucción y la ayuda humanitaria, en la que su acción se comparte con la de los actores civiles.

El despliegue de la fuerza, ya no comporta sistemáticamente el uso de la fuerza (14). En estas circunstancias el paradigma militar ha cambiado por completo en las relaciones internacionales. Ha evolucionado hacia lo que Luttwak ha llamado una «era posheroica» (15). En los años más recientes, este planteamiento ha orientado la definición del nuevo Concepto Estratégico del año 2010, con su elemento esencial del *Comprehensive Approach*, recogiendo y asumiendo como propias las llamadas «misiones integrales» de Naciones Unidas.

Como colofón final de todo lo expuesto en este capítulo podemos hacernos la siguiente reflexión. A pesar de que estas ideas puedan resultar válidas o apropiadas para el pensamiento occidental, la realidad es que cada vez de forma más evidente, hay que distinguir entre la visión occidental del orden mundial y el orden en sí mismo. La sociedad internacional responde a parámetros que pueden ser explicados y abordados desde otras posiciones y la globalización impide seguir considerando que la visión occidental del mundo lo representa. Las grandes potencias emergentes tienen su propio orden e interpretación. Los Estados asiáticos, africanos o iberoamericanos pretenden alcanzar un papel activo en ese orden. La superioridad tecnológica tiene serias dificultades para garantizar el fin de la belicosidad de esta era definida por una cultura posheroica para nosotros, pero acaso ¿es éste un concepto compartido por el resto de la sociedad internacional?

Quizás, el cambio del paradigma militar no deba orientarse a la ampliación de las misiones que correspondan a las Fuerzas Armadas en su contribución al orden internacional, sino al análisis riguroso de cómo son percibidos esos ejércitos en aquellos escenarios donde tienen que decidir y actuar. Si nuestras referencias proceden de nuestra propia evolución y experiencia en las últimas décadas, es probable que no sean

(13) KRULAK, GEN, Charles C.: «*The Strategic Corporal: Leadership in the Three Block War*», *Marines Magazine*, enero de 1999, en: http://www.au.af.mil/au/awc/awcgate/usmc/strategic_corporal.htm

(14) SMITH, Rupert: *opus citada*, pp. 4 y 271.

(15) LUTTWAK, Eduard N.: «*Toward Post-Heroic Warfare*», *Foreign Affairs*, volumen, 74:3, p. 109, mayo-junio de 1995.

trasladables a otros ámbitos internacionales. Considerar que estamos en una cultura posheroica por muy real que resulte para nosotros, no tiene nada que ver con lo que puedan entender sobre ella en Afganistán, Pakistán o Nigeria.

El mundo está lleno de «héroes» que entienden el «posheroicismo» occidental como un síntoma de debilidad. Por eso no entienden el *Comprehensive Approach*. Por eso consideran a las Fuerzas Armadas una parte más de esa «guerra entre la gente».

Por otra parte, las nuevas tecnologías son capaces de obtener un impacto superior al de la tecnología bélica convencional y los efectos sobre la opinión pública ocupan un lugar central en «el combate» del siglo XXI. Los conflictos ya no son dirigidos exclusivamente por los gobiernos, sino que en ello participan también otros actores personales, individuos o grupos, que en muchas ocasiones, ni siquiera responden en sus rivalidades a los límites fronterizos clásicos.

Por todo lo anterior, el orden mundial se ha venido a caracterizar por un gran desorden internacional.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA GUERRA ACTUAL Y EL ARTE DE LA DISTANCIA

LA GUERRA ACTUAL Y EL ARTE DE LA DISTANCIA

Por JOSÉ ROMERO SERRANO

El conflicto y la guerra

Una de las dificultades que nos encontramos en el momento actual es definir el tipo de conflicto al que nos enfrentamos. El presidente de este grupo de trabajo ha hecho un análisis impecable de la evolución del mismo a lo largo de estos últimos 60 años y nos da un punto de situación de la actualidad conflictiva internacional y las fuerzas que actúan, los intereses, y las formas de acción.

Los términos conflicto y guerra son utilizados de forma recurrente en la actualidad aunque la elección de uno u otro supone en muchos casos no sólo una diferenciación conceptual sino también un matiz ideológico e incluso un posicionamiento personal. Este hecho, en sí mismo, añade cierta confusión y complejidad e introduce un ruido interesado que complica la realidad violenta del conflicto.

Julien Freund, politólogo francés autor de *Sociología del conflicto* (1) define el conflicto como:

«El conflicto consiste en un enfrentamiento por choque intencionado, entre dos seres o grupos de la misma especie que manifiestan, los unos respecto a los otros, una intención hostil, en general a propósito de un derecho, y que para mantener, afirmar o restable-

(1) FREUND, Julien: *Sociología del conflicto*, Ediciones Ejército, Madrid, 1995.

cer el derecho, tratan de romper la resistencia del otro eventualmente por el recurso a la violencia, la que puede, llegado el caso, tender al aniquilamiento físico del otro.»

Es una definición extensa pero que encierra todas las claves del concepto. Sin embargo, lo que parece todavía más interesante para nosotros ahora es diferenciar lo que Freund cita como «polémico» y «agonal».

Polemos es un estado abierto de violencia, una declaración de guerra, donde las partes son identificadas como enemigos.

Agonal es un estado de rivalidad en el que queda excluida la violencia. Las partes son adversarias, existen vencedores y perdedores, pero se excluye el daño físico al otro durante la pugna o competencia.

La Polemología es la ciencia que estudia precisamente el fenómeno y las causas de la guerra. La idea que subyace detrás de todo su desarrollo se puede resumir en la frase «si quieres la paz comprende la guerra» (2).

La situación polémica puede virar hacia un enfrentamiento reglado o *combate* o también hacia una forma confusa e indeterminada, aunque pueda ser feroz y sangrienta igualmente, que Freund denomina «lucha».

La guerra ha sido definida de forma sencilla por Gaston Bouthoul, considerado como el padre de la Polemología, como una «lucha mortal entre sociedades organizadas».

La guerra, definida por Clausewitz, es:

«Un acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad.»

Suma a la definición de Bouthoul la finalidad, que no es otra que someter al enemigo según nuestros propios intereses.

Así, el conflicto *polemos* y la guerra tienen un significado equivalente en la mayoría de los casos y nos sirve aquí para el propósito de nuestro trabajo.

En la actualidad, se percibe la ausencia habitual de una declaración formal de guerra cuando las partes entran en una confrontación violenta. La guerra, entendida como manifestación soberana de los Estados, es rehuida o rechazada en su aspecto formal. Como curiosidad, Estados

(2) En alusión al adagio romano *si vis pacem para bellum*.

Unidos ha declarado formalmente la guerra sólo en cuatro ocasiones (contra México y España en el siglo XIX y las dos guerras mundiales). Sorprende, no obstante, que las sociedades occidentales a uno y otro lado del Atlántico muestren posturas diferentes a este respecto. Así, en un momento en que Estados Unidos sintió una agresión directa contra su territorio y su población tras el 11 de septiembre de 2001, no tuvo reparos en anunciar *America is at war*. Europa, en ausencia o sin percibir una agresión directa –a pesar de los atentados de Madrid y Londres–, evita una declaración ni tan siquiera cercana a la misma.

La forma esquivada de soslayar la «guerra» tiene que ver también con el tipo de conflicto al que nos enfrentamos, pues ya no existe esa alineación clásica de Estado-guerra-armisticio-reparaciones y compensaciones. Hacemos frente a situaciones nuevas, sin una relación necesaria causa-efecto, sin un desencadenamiento lineal y convenido de los acontecimientos. La guerra, más que nunca y en la idea de Clausewitz, es el reino de la incertidumbre.

Y volvemos sobre el principio. Si miramos hacia los últimos conflictos nos encontramos con una gran dificultad no ya sólo para comprenderlos, sino incluso para llegar a trazar, definir y retener sus características principales. Nos quedamos sin pautas para predecir qué es lo que va a pasar y cómo en el futuro inmediato. La realidad siempre nos sorprende.

El conflicto, como la guerra, adopta maneras camaleónicas. Se pueden establecer clasificaciones, del tipo guerra justa e injusta, conflictos de alta, media o baja intensidad, guerra total o limitada, conflicto convencional o irregular, u otras, con cualquier parámetro que queramos utilizar para realizar una comparativa. Sin embargo, existen mutaciones constantes durante el desarrollo de los mismos que dificultan cualquier encuadramiento, además de que clasificarlos no es el objeto de esta reflexión. Si entendiéramos los resortes del conflicto que viene y las estrategias a utilizar, borraríamos el factor incertidumbre y el cálculo nos facilitaría sobremanera las decisiones correctas de intervención.

Durante la guerra fría, los conflictos se desplegaron en tres campos muy bien diferenciados: el dilema nuclear; las guerras revolucionarias y de liberación nacional; y las guerras limitadas supervisadas por las dos grandes potencias.

La dialéctica nuclear era básicamente cuestión de dos, de las llamadas superpotencias (Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas

Soviéticas) Se dirimía al más alto nivel, de tal manera que se decía que la política estaba militarizada y la estrategia politizada. Matemáticos, filósofos, políticos, militares, formaban parte de ese reducido mundo que redactaba las doctrinas estratégicas (secretas) y jugaban con los factores de la disuasión.

Su objetivo principal, precisamente, era la «no guerra» y en realidad todos los planteamientos de la disuasión se hubieran considerados como fracasados en el momento en que el conflicto nuclear se hubiera desatado.

La disuasión nuclear, que llevaba aparejada una racionalidad dentro de la irracionalidad de la guerra y un entendimiento mínimo entre las potencias, abrió el camino a otros procesos como la distensión, el desarme y las medidas de confianza, sin olvidar la defensa de los propios ciudadanos (defensa y protección civil).

Toda una literatura estratégica se impuso en los centros de estudio y análisis de los países que accedieron al arma nuclear. Una terminología que descansaba en los más altos estamentos del poder político. Según se fueron sofisticando las opciones estratégicas y apareció la guerra nuclear como posibilidad real, toda la gama de respuesta –desde el nivel de intercambio nuclear sin restricciones hasta el uso de medios subversivos, pasando por opciones nucleares limitadas y respuesta convencional– necesitó de una debida atención. Así, todos los países importantes se dotaron de niveles de respuesta tanto en lo nuclear, lo convencional y ante los conflictos irregulares. Fue precisamente el factor de incertidumbre de la disuasión nuclear lo que mantuvo la situación de conflicto en niveles muy aceptables teniendo en cuenta la disposición de enormes arsenales y el ámbito mundial de confrontación.

Las guerras revolucionarias se solaparon con las de liberación nacional de los países de Asia y África, para en los años ochenta viajar hasta Centro y Suramérica. Los grandes líderes revolucionarios blandían doctrinas de guerra revolucionarias y esgrimían tácticas guerrilleras para los pasajes rurales y urbanos. La causa revolucionaria era el gran motor de la guerra y la asimetría entre las partes un factor inicial relevante.

Las guerras limitadas se jugaban con las dos superpotencias moderando su intensidad, duración y objetivos. Se les conocieron por la terminología de «guerra de representantes» y el caso árabe-israelí fue paradigmático.

En todo ese transcurso, ante la posibilidad de una guerra total con el componente nuclear en juego (conocida como «guerra espasmódica») se desarrollaron dos conceptos doctrinales que han perdurado hasta nuestros días: el conflicto limitado y el control de la escalada. El primero, nacido en la guerra de Corea (1950-1953) pretendía establecer límites a la acción bélica, en términos de espacio, duración, medios y objetivos. El segundo, parte esencial de la estrategia flexible desarrollada en los años sesenta, proponía una intervención gradual en el conflicto, con una serie de descansos en esa escalera figurada de la escalada para la reconsideración sobre la marcha de las hostilidades. La guerra de Vietnam (1962-1973) fue el escenario de este tipo de implicación por parte de Estados Unidos.

Estos dos conceptos, que en la actualidad parecen tan evidentes, no lo fueron entonces e implantarlos supuso una fricción interesante. Cuando los norcoreanos cruzaron el paralelo 38 para anexionarse Corea del Sur, la reacción por parte del general MacArthur, a la sazón comandante operacional de las fuerzas del Pacífico, fue actuar con la contundencia de una guerra total, implicando si fuera necesario a los nacionalista chinos, provocando a Mao en su frontera, o amenazando con el uso de la bomba atómica. Sólo el presidente Truman pudo retomar la dirección estratégica de las operaciones destituyendo al héroe americano. No permitió la subordinación de la gran estrategia a la estrategia militar y quiso limitar la guerra, que definió aquí como «una mala guerra, en un mal sitio y en un mal momento».

El término escalada o respuesta gradual vino impuesta por el cambio de estrategia americana y de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), al pasar de una disuasión máxima basada en una respuesta masiva y al instante, con todos los medios (respuesta masiva) ante cualquier transgresión por parte del enemigo a otra gradual acorde con el nivel de agresión o de amenaza. Este giro fue el resultado de la «crisis de los misiles cubanos» (1962).

En definitiva, conflicto limitado y respuesta graduada han pasado al acervo del conflicto actual, como luego veremos.

Los últimos 30 años han visto surgir conflictos entre Estados, la mayoría ligados a una delimitación fronteriza, de alcance limitado, porque el hecho de utilizar medios militares en un combate reglado supone en definitiva cierta sofisticación que está al alcance de pocos países. Por

ese motivo, la mayoría de los Estados sólo tienen capacidad militar para actuar de forma limitada en su entorno más inmediato. De igual manera, se han desatado conflictos intraestatales, normalmente más sangrientos y feroces, y que han superado en número al anterior (3).

Es cierto que la proyección estratégica, en determinado armamento, misiles de largo alcance o incluso el uso del terrorismo, pueden llevar la devastación hacia la retaguardia de los países que por geografía se consideran seguros respecto al enfrentamiento (4). Pero este efecto y capacidad se muestra en la realidad como limitada. Todavía tenemos vivas esas imágenes de Sadam Hussein atacando con misiles *Scud* el corazón de Israel en 1991, pero su efectividad, que no el impacto psicológico, fue muy limitado. Así, el ámbito del conflicto sigue estando limitado por un entorno espacial.

Sin embargo, lo que los medios de comunicación sí que han favorecido es que el alcance de conflicto, cualquiera de ellos, «pueda» tener un ámbito global e inmediato, e incluso cercano e intrusivo. También es cierto lo contrario. Conflictos que no tienen un seguimiento informativo no existen para la opinión pública, la sociedad global, o pasan a engrosar aquellos denominados como «conflictos olvidados».

El impacto informativo puede llevar al interior de nuestras casas la dolorosa realidad de la guerra. Para nuestras generaciones, la guerra de Biafra (1967-1970) –coincidente con la de Vietnam– marcó un hito del espanto ante los efectos de la guerra, al visualizar a aquellos niños famélicos, con enormes barrigas y ojos grandes, comidos por las moscas y condenados a morir.

Los medios, en definitiva, tienen una gran capacidad de movilización y urgen a los líderes políticos a actuar en alguna dirección.

El dominio de la tecnología es un factor de primera magnitud tanto en el planteamiento como en el desarrollo del conflicto. Decía Marx que un arma nueva era mejor que una genial estrategia. La tecnología interviene en todas las fases de un enfrentamiento: durante el planeamiento y la obtención de inteligencia, en las acciones militares ejecutivas, y en la fase de estabilización. La tecnología otorga una gran ventaja al que la posee.

(3) Vienen a ser el 80% del total.

(4) El ataque del año 2001 sobre Nueva York hizo añicos el concepto de «invulnerabilidad territorial americana».

Un efecto inmediato de la guerra del Golfo (1991) fue el descubrimiento por parte del mundo árabe del enorme *gap* tecnológico entre las sociedades occidental e islámica. Las consecuencias de esta realidad y la frustración aparejada, según muchos autores, influyeron en el movimiento Al Queda para lanzar sus ataques sobre Occidente.

La tecnología ha originado un histórico debate sobre la prevalencia de los valores morales o del poder de la técnica muy interesante para este trabajo. A raíz de la guerra franco-prusiana (1870) la Doctrina Francesa viró hacia la preeminencia de la moral de combate y la ofensiva a ultranza de la mano de autores como Du Picq y el mariscal Foch. La Primera Guerra Mundial vino a demostrar lo contrario, o al menos que ignorar los avances de la tecnología podía llevar al desastre. Los héroes quedaron atrapados en las alambradas o también sesgados por las ametralladoras.

En la guerra naval y la guerra aérea, una tecnología superior impide de forma categórica que las fuerzas enemigas salgan de puerto o que los aviones despeguen de sus bases. En suma, inmoviliza al enemigo en sus refugios.

Otro factor sobre la tecnología es la fascinación que crea, especialmente en sectores industriales y de investigación. *La Revolution on Military Affairs* que se originó en Estados Unidos en la década de los años noventa venía de la mano de estos grandes desarrollos tecnológicos.

En definitiva, lo que venimos a decir es que la sofisticación de un combate reglado pone en inferioridad de forma inmediata al menos dotado, proporcionando en no pocas ocasiones un conjunto de blancos fáciles de batir para un Estado o coalición de mayor nivel tecnológico. Sin embargo, la victoria militar que facilita no es definitiva cuando el oponente no la asume y acepta la continuación del enfrentamiento con otras formas de lucha.

Desde el punto de vista militar, parece aceptado hablar de un conflicto de tipo convencional, de fuerza contra fuerza, que tiende a hacerse limitado; y otro irregular, que muestra desequilibrio en cuanto a fuerzas, tiempos, medios y procedimientos y voluntades de las partes (veremos en el epígrafe «La guerra convencional y la guerra irregular», p. 94).

En cualquier caso, establecer dos campos para el estudio del conflicto es siempre arriesgado. Cuando al general De Gaulle se le prevenía de

que la guerra en Argelia (1960) era de una naturaleza distinta a la vista hasta entonces, el general respondió:

«Sólo conozco dos tipos de guerra, de posición y de movimientos.»

Esto indica, primero, que es difícil establecer modelos, y, segundo, que es más difícil aún entender los cambios.

La clave actualmente reside en cómo fluctúa el conflicto entre ambos modelos. Así, las fuerzas convencionales a menudo dejan sus posiciones y recurren al combate irregular, y las fuerzas irregulares, a su vez, tienden a organizarse en fuerzas regulares, pues ésta es en definitiva su ambición y aspiración. Esta dinámica es la base de la asimetría cambiante de los conflictos.

La primera observación que hacemos es que el elemento militar prefiere desenvolverse en el primer modelo, el combate reglado y desdén el segundo, no sólo porque su formación profesional ha tendido al uso científico de la guerra, sino también porque el «honor del guerrero» (Ignatieff) es soslayado por el combatiente irregular. El irregular no entiende los parámetros limitativos de la disciplina, la conducta militar o el uso regulado de la violencia.

Dice Clausewitz:

«La virtud militar es tanto más necesaria cuanto más desordenada sea la lucha y más dispersas estén las fuerzas.»

En el primer modelo –el combate regular–, los ejércitos occidentales, como hemos dejado entrever, despliegan toda su superioridad militar, en este caso operacional, batiendo al enemigo desde lejos, con armas de precisión y largo alcance. En el segundo, es inevitable recurrir al contacto, a la táctica irregular.

En suma, el primer caso revaloriza el arte operacional mientras que en el segundo se presupone la táctica. Táctica viene *de tacto*, contacto, proximidad, y supone también un desgaste psicológico mucho mayor en el combatiente.

El arte operacional implica una distancia para llevar a cabo la maniobra y un tiempo para el desarrollo de los acontecimientos tácticos.

Una vez explicados estos conceptos de conflicto y guerra, y su vertiente convencional e irregular, no debemos olvidar que el final de la guerra fría abrió un nuevo aspecto del conflicto, nos referimos al control de crisis, o

crisis management, que ha originado toda una literatura sobre el tema y apuestas organizativas de mando y control.

En esta línea, podemos decir que el conflicto se manifiesta de muchas maneras. La guerra fría en sí misma, como un estado de tensión convenido en cierta manera, ha sido una de ellas. La disuasión, esto es, la voluntad y la disponibilidad de una fuerza que evite en el contrario una actitud o acción por temor a la represalia, es otra de ellas. Es mostrar la fuerza para no usarla. La intervención militar directa, el uso de la fuerza, de forma evidente lo es. Y también debemos referirnos a la distensión, un estado de comunicación que favorece poder alcanzar un acuerdo. De hecho, como comentaba el pensador italiano Carlo Jean (5), toda acción militar lleva aparejada una invitación al entendimiento pues supone una situación de enfrentamiento forzada y una reconsideración de los posicionamientos. Y también el ya mencionado de gestión de crisis, que recobró su valor con el nuevo Concepto Estratégico de la OTAN de 1991, donde se explicaban que los riesgos iban a ser multidireccionales y complejos y se debía recurrir a esta herramienta para su gestión.

El conflicto, como hemos mencionado, en su acción directa y desde el punto de vista militar puede tomar una forma convencional o una de tipo irregular, aunque sea de forma inicial. La irregular, por el uso de tácticas rudimentarias en muchos casos, se ha identificado como la herramienta idónea para una guerra revolucionaria, aunque por ambas formas, o su combinación, se puede llegar a esta modalidad de lucha y finalidad de cambio político y social que comporta.

El conflicto suele terminar ya sea por una victoria militar, el agotamiento de las partes que se avienen a un acuerdo de compromiso, o la mediación internacional o participación de un tercero.

Este último es un campo completo para la participación de fuerzas multinacionales en el marco de las organizaciones internacionales. En este sentido, el propio Luttwak se muestra renuente, al considerar que en muchos casos la participación internacional lo que hace es dilatar innecesariamente el resultado natural del conflicto. Lo cita en un artículo que titula: «Las guerras deben llegar a su fin», refiriéndose a conflictos enquistados administrados por la sociedad internacional pero no resueltos al fin y al cabo.

(5) JEAN, Carlo: *Guerra, Strategia e Sicurezza*, editorial Laterza, Roma, 1997.

El pensamiento final sobre todo lo anterior quizá radique en que existen muchas manifestaciones sobre el conflicto y la forma de gestionarlos, y que todas deben ser tenidas en cuenta y saber que pueden jugar su papel en un momento dado en el mundo actual.

Luttwak y lo posheroico

El artículo de Edward Luttwak «A Post-Heroic Military Policy» apareció en la revista *Foreign Affairs* (julio-agosto de 1996).

El argumento era sencillo. Finalizada la guerra fría, los militares y estrategias americanos debían ver nuevas formas de afrontar los conflictos que irremediablemente surgirían al liberarse las ataduras que impusieron las dos superpotencias. Estados Unidos, como gran potencia, tenía la responsabilidad y capacidad de intervenir en aquellos conflictos que no amenazaran sus intereses vitales. Así, en un alarde de fuerza, después del éxito de la guerra del Golfo (1991), Estados Unidos desembarcó en Somalia. Aquí, la experiencia de verse atrapados a corta distancia por un enemigo irregular que les produjo bajas causó pánico entre los americanos. Estos dos conflictos, Irak y Somalia, le hicieron reflexionar a Luttwak. Necesitábamos, se decía, una política militar posheroica tanto para las guerras convencionales (aviones, tecnología y carros de combate superiores) del tipo Irak, como para los conflictos irregulares (Somalia) Necesitábamos «combatir en condiciones posheroicas», sin contacto con el enemigo, ya que un factor que nos limitaba es la baja tolerancia hacia las bajas propias (lo llamaría más tarde, «zero-casualties» war).

Una observación importante es hacer una diferenciación entre condiciones de combate posheroicas y mando posheroico, lo que abre de por sí dos líneas de trabajo distintas: el liderazgo posheroico (comentado en el introducción) y la guerra posheroica.

En este sentido viene al caso un libro de John Keegan: *The Mask of Command* (6) que hace referencia al tipo de mando en operaciones. El objeto del libro es conocer quién está detrás de esa máscara del mando que los comandantes se otorgan en el combate. Para Keegan, el mando heroico por excelencia lo representa Alejandro con su actitud de comba-

(6) KEEGAN, John: *The Mask of Command*, Jonathan Cape Ltd, UK, 1987. Keegan indaga en los estilos de mando, desde el preheroico, hasta el posheroico.

te al frente de sus tropas. Curiosamente, y dentro de una posición más calmada y oriental, Sun Tzu advierte que el valor (que impulsa al héroe hacia la hazaña) es una cualidad entre otras para un general, pero no la más importante.

La estructura jerárquica del mando y la figura de un mando supremo –elevado por la propia organización– propician la aparición del líder carismático. No es usual, más bien anecdótico, los intentos de constituir mandos asamblearios, tipo miliciano; un mando conciliar al estilo de la mesa redonda, en una estructura militar. El líder carismático no es necesariamente heroico, pero puede crearse una aureola y dotarse de una máscara del mando que le propicie un mismo resultado. La figura de Rommel o de Patton al frente de sus unidades acorazadas, o Millán Astray en punta de lanza de su infantería legionaria, impasibles ante los riesgos físicos, les han proporcionado esa impronta heroica con idénticos resultados de emulación por parte de sus subordinados.

En nuestra cultura occidental, la figura del héroe, la hazaña y el valor están presentes en el centro mismo de nuestra civilización y desde muy antiguo. Como cita Fuller:

«Maratón –490 a. C.– fue el dolor que acompañó el nacimiento de Europa»; y «No existen en la Historia dos batallas más portentosas que Salamina y Platea; forman los pilares del templo de las épocas futuras, sobre los que descansa toda la arquitectura de la historia de Occidente» (7).

Es decir, que nos remontamos a este pasado heroico, construido sobre batallas gloriosas, mitos y leyendas de héroes y dioses, para encontrar las raíces de nuestra cultura occidental. Es el mismo Keegan el que sostiene que la guerra trasciende del campo político para situarse en el campo cultural.

También encontramos una referencia sobre los estilos de mando en las obras de Alonso Baquer (8), enumerando el de tipo heroico, organizativo, intelectual y técnico. Éstos son desarrollos naturales de los militares de carrera, iniciados como mandos heroicos de pequeñas unidades y evolucionando hacia estilos más complejos en los empleos superiores.

(7) FULLER, general J.F.C.: *Batallas decisivas del mundo occidental*, Ediciones Ejército, Madrid, 1979.

(8) ALONSO BAQUER, Miguel: *El militar en la sociedad democrática*, editorial Eudema, Madrid, 1988.

De aquí, podemos deducir que un mando posheroico operacionalmente orientado sigue necesitando a nivel táctico subalternos (potencialmente) heroicos.

Distintos tipos de conflictos

Desde un punto de vista occidental, desde nuestra atalaya, tenemos delante una serie de conflictos de los últimos 20 años que nos pueden dar luz sobre las características de los mismos y ese rasgo camaleónico que hemos identificado en cada uno de ellos (que decíamos en el epígrafe «El conflicto de la guerra», p. 77).

Irak (1991), reproduce el éxito del modo de guerra americano. Guerra industrial con aporte de tecnología y guerra de maniobra. Es en definitiva el cénit del despliegue logístico y la excelencia del arte operacional, con bajas propias mínimas. Estados Unidos lidera una coalición bajo los auspicios de Naciones Unidas dentro de la cooperación internacional recién instaurada por el presidente Bush (9). Vemos actitudes heroicas en el rescate de tripulaciones y de rehenes.

Bosnia-Herzegovina (1995), es el modelo de conflicto denominado de «limpieza étnica» con aceptación velada del resultado del mismo por las partes enfrentadas. El general Mourillon decía:

«Seamos pragmáticos y traslademos a la mesa de negociación los resultados de los combates.»

La estrategia aérea fue entendida por sí sola como definitiva para sellar el resultado del conflicto y dar paso a un proceso de negociación (Acuerdos de Dayton). Sirvió de referencia para el tipo de «guerra entre la gente» definido por R. Smith (10). Trauma occidental ante la actitud «no heroica» de las tropas de Naciones Unidas en la matanza de Srebrenica.

Kosovo (1999), reabre el debate sobre la necesidad de la alternativa terrestre para alcanzar la decisión. Nueva prueba de la «estrategia de decapitación aérea». Ejemplo para muchos de conflicto post heroico. El resurgimiento de la «injerencia humanitaria» se presenta como el motivo fundamental para la intervención internacional en el conflicto, sentando

(9) Ante la Asamblea General de Naciones Unidas un cambio de paradigma, de la «era de confrontación hemos pasado a una de cooperación», octubre de 1990.

(10) SMITH, Rupert: *The Utility of Force*, Penguin, Londres, 2005.

un modelo para el futuro. Esta causa se perfilará con mayor precisión en el concepto Responsabilidad para Proteger (R2P).

Afganistán (2001), exhibe el uso inteligente del bombardeo de precisión y las fuerzas especiales en apoyo a una de las partes (Alianza del Norte). Sin embargo, el enemigo (insurgente) se adapta y vuelve con relativo éxito con nuevas formas para combatir. Apenas contamos con unos cuantos héroes anónimos de las operaciones especiales.

Irak (2003), representa el triunfo de la estrategia *shock and awe* y la guerra preventiva. La fase posconflicto engulle y difumina el éxito militar. Se evita mostrar las bajas pero se publican las listas y detalles de los caídos en campaña (*Roll of Honour*). No se mencionan las figuras heroicas.

Israel-*Hizbollah* (2006), despliega la dialéctica de lucha entre la estrategia irregular contra la estrategia convencional. La psicología de la victoria juega un papel fundamental. Israel se siente derrotada y es muy crítica con la forma en que se condujo la guerra por su parte. Una guerra sin héroes; ausencia de los mismos.

Libia (2011, por definir, pero trata de buscar una solución al estilo de Afganistán en el año 2001: apoyo internacional a las tropas rebeldes con acciones aéreas, zona de exclusión, embargo marítimo y el uso de asesores sobre el terreno. Un ejemplo claro de limitación del conflicto en cuanto a zona de operaciones, aislamiento internacional, objetivo y medios y alcance de las operaciones. También sirve de ejemplo sobre la implicación gradual de medios y reconsideración de objetivos.

Libia, después de las guerras en Afganistán e Irak donde se hizo un uso amplio del despliegue de tropas (*boots on the ground*), trata de recuperar el modelo más efectivo de intervención limitada para proteger a la población civil (R2P) (11). Este conflicto puede abrir una década donde las fuerzas terrestres occidentales se retiren a sus cuarteles y se haga un máximo empleo del arte operacional y el uso de la distancia.

Del estudio somero de estos siete conflictos deducimos que la intervención internacional ha tratado de ser definitiva en su fase militar (con estrategias variadas) fulminando a las fuerzas oponentes –como Irak (2003), Afganistán (2001)– para abrir otra fase distinta con entidad en sí

(11) Aunque en realidad ha ido más allá de lo aprobado en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (resoluciones 1970 y 1973).

misma, que es la fase posconflicto. En ésta, lo ideal es que los aspectos civiles tomen progresivamente prevalencia sobre el militar. Una finalidad atractiva o *end state* que valga para el conjunto de la población se muestra como definitiva a la hora de hacer efectiva una estrategia de salida. Ocurrió en Malasia, durante el estado de emergencia, con la promesa de independencia, y ha ocurrido en Bosnia-Herzegovina con su incorporación a las estructuras europeas; y en Kosovo con un estatuto de independencia aceptado a regañadientes por la comunidad internacional.

Sin embargo, en otras ocasiones –en esos mismos siete ejemplos– hemos visto el uso de la fuerza por parte de fuerzas internacionales en el intermedio o casi al final de la fase inicial de las hostilidades, para asentar definitivamente la paz sobre un modelo de territorio aceptado como viable, Bosnia-Herzegovina (1995) o Kosovo (1999) Aquí la fase posbélica ha estado exenta –casi– de violencia abierta, lo que parece sin duda el caso más favorable.

Paradójicamente, algunas de estas fases posconflicto parecen más violentas y sangrientas que la inicial de combate. Fue el caso de Irak (2003), o la propia Afganistán actual.

El comportamiento heroico también ha sido tratado de forma muy diferente, desde la labor de un equipo de rescate de una tripulación en Irak o la liberación de un soldado rehén, hasta la labor anti o no heroica de un contingente de soldados (Srbrenica), los héroes anónimos en Afganistán o los cotidianos en Irak, o los ignorados en Israel.

Otra característica muy notable es que algunos de estos enfrentamientos internos, que antaño eran controlados o delimitados por actuaciones exteriores con mínima implicación directa (Congo, por ejemplo, con Kabila), ahora se tornan como piel vuelta y al entrar en la capa de la globalización engullen a las fuerzas externas y sus intervenciones con resultados inciertos. Afganistán o Irak son buenos ejemplos. Se sabe cómo se empieza, pero nunca cómo se termina, ni por cuánto tiempo se permanece (12).

El estudio del conflicto nos trae un interesante ejercicio intelectual para comprender su evolución. Muchos autores se han aventurado a ello. La forma más sencilla y exitosa quizá vino de la mano de los Toffler, con

(12) Esto es común casi a todas las guerras. La Primera Guerra Mundial o la guerra de Corea se presumían finalizadas por Navidad del año 1914 y del 1950 respectivamente.

sus tres olas. Allí definían tres eras a lo largo de los tiempos materializadas por la azada, la fábrica y el ordenador, o dicho de otra manera, la era agrícola, la industrial y la era de la información. Otros pensadores, aduciendo cambios vertiginosos en los tiempos actuales, marcan una cuarta generación, la de la globalización. Cada transición a una nueva era viene impulsada por una revolución en los asuntos militares. Todas tienen sentido, cuando menos didáctico, y nos iluminan para entender el nuevo tipo de guerras que se despliegan en la actualidad.

Lo que sí acarrea la globalización es una reflexión sobre la validez del carácter trinitario de la guerra; esto es, la relación entre pueblo, gobierno y ejército para hacer frente a un conflicto. Una relación que fue desempolvada durante la guerra de Vietnam –recuperando a Clausewitz– para explicar la quiebra de la armonía entre estos tres parámetros dentro de una nación, pero que no parece tener la misma trascendencia en estos conflictos modernos multinacionales y complejos.

Las experiencias en el conflicto para poder teorizar sobre el mismo son fundamentales. El citado Rupert Smith sirvió a lo largo de 10 años en Bosnia y de allí dedujo el nuevo tipo de guerras que según él estaba emergiendo (teoría no aceptada plenamente por sus compañeros en el Reino Unido), *war amongst the people* (guerra entre la gente).

Smith basa su teoría en seis postulados sencillos:

1. Los fines por los cuáles luchamos son cambiantes.
2. Luchamos entre la gente (incluida la de las retaguardias y los medios de comunicación).
3. Nuestros conflictos tienden a prolongarse en el tiempo.
4. Luchamos para no perder la fuerza (salvaguardarla).
5. Siempre encontramos nuevos usos para armamentos antiguos.
6. Las partes son principalmente no estatales.

También, en un nivel más táctico, los *marines* de Estados Unidos popularizaron el sistema de los «tres bloques», donde en uno se combatía, en otro se mediaba y en el tercero se repartía ayuda humanitaria, y nunca sabías en principio, en cuál debías hacer qué cosa.

En definitiva, disponemos de visiones, esquemas, teorías y elementos que combinados nos sirven para entender mejor este nuevo tipo de conflicto al que nos enfrentamos. Quizá no exista un modelo definido y cada uno, cada conflicto, como siempre ha existido, sea único, singular e irrepetible. Sin embargo, en su conjunto, encontramos pautas que aparecen

de forma recurrente en cada uno de ellos, o en varios, y nos sirven para apostar por una estrategia acertada. Esta diversidad hace necesario estudiarlos y tratarlos mediante una visión global «holística» y multifuncional, lo que se ha venido en llamar un *Comprehensive Approach* o Enfoque Integral.

Referencias: teoría de la guerra justa

El intervencionismo occidental y el Derecho de «injerencia humanitario» han desempolvado de nuevo las ideas sobre la guerra justa y otro término que, por migración sajona, gusta referir entre la gente, la «buena guerra».

El filósofo y jurista holandés Hugo Grotio fue el pionero en el Derecho de la Guerra y fundador del Derecho Internacional moderno. A él le debemos esa diferenciación de rigor entre «el Derecho de la Guerra y el Derecho en la guerra». Su pensamiento estuvo precedido de los de San Agustín y Santo Tomás de Aquino y el de los juristas españoles Vitoria y Suárez.

De todos es conocido que a la declaración de guerra justa, llamada *ius ad bellum* o Derecho a hacer la guerra, se le pedía una causa justa, una autoridad legítima, un objetivo correcto, que fuera el recurso último, el uso proporcionado de la violencia y unas altas probabilidades de éxito que condujeran al final de las hostilidades. Estas condiciones se extienden luego en la forma de librar las acciones de guerra para que sigan cumpliendo las condiciones de la guerra justa: es el *ius in bellum*. Hay que utilizar la violencia con sentido de la necesidad, de la proporcionalidad y de forma discriminada para que no afecte a quienes no son combatientes. Acciones que deben finalizar con una paz justa. Una de sus consecuencias es respetar las Convenciones de Ginebra sobre el trato a los combatientes, a los prisioneros y a la población civil (13).

En cierta manera, esta teoría clásica de la guerra justa ha sido sobrepasada por una terminología moderna implementada a través de Naciones Unidas; nos referimos a la R2P recogida en la cumbre de la Organización

(13) FISHER, David: *Morality and War; Can War be Just in the 21st Century*, Orford University Press, 2011.

de Naciones Unidas (ONU) del año 2005. R2P entiende que cuando un poder estatal abusa y reprime a sus ciudadanos, en lugar de protegerlos, la comunidad internacional debe asumir ese cometido enfrentándose al tirano y evitando su actuación (14).

Estas circunstancias deben ser tenidas siempre en cuenta en todos los conflictos actuales pues son premisas básicas para decidir sobre su legalidad-legitimidad (informando a la ciudadanía), el planeamiento de las operaciones y su ejecución.

El otro término citado es el de «la buena guerra» que sin duda proviene del inglés *good war* y la refieren así cuando se dan y ven las condiciones para ganarla, aunque la misma no esté exenta de dificultad. «La buena guerra» no tiene nada que ver con la finalidad, ni los objetivos, sino con la posibilidad real de alcanzar la victoria.

Good war surge por oposición a *bad war*. El presidente Truman durante la guerra de Corea entendió con claridad que aquella era una mala guerra que no se podía ganar.

La tercera referencia que no se debe obviar es el Derecho de los Conflictos Armados. Vienen a definir los usos y costumbres de la guerra de obligatoria observancia.

Finalmente, otro factor en la guerra que debemos tener en cuenta es aludir a la legalidad y la legitimidad de las acciones durante la misma. En la actualidad, la eliminación del líder de Al Qaeda (Osama ben Laden en 2011) ha traído de nuevo el debate de si algunas acciones militares son o no legales y de si son o no legítimas, y sobre la misma consideración de la figura de «enemigo» (combatiente no-combatiente, amigo-enemigo, inocente-criminal).

Todos estos factores se combinan de forma que provocan la aceptación o el rechazo social hacia los conflictos y las intervenciones militares y son referencias obligatorias sobre las que se contrastan las operaciones militares durante el planeamiento y ejecución de las mismas.

(14) Viene así definido en Naciones Unidas: «*Clear and unambiguous acceptance by all governments of the collective international responsibility to protect populations from genocide, war crimes, ethnic cleansing and crimes against humanity. Willingness to take timely and decisive collective action for this purpose, through the Security Council, when peaceful means prove inadequate and national authorities are manifestly failing to do it.*»

La guerra convencional y la guerra irregular

Hasta aquí hemos revisado la naturaleza violenta del conflicto, algunos factores que entran en su desarrollo (intervención militar, disuasión, etc.), las premisas modernas del Derecho de los Conflictos Armados para hacerlos aceptables entre la población, las formas de guerrear (estrategia), factores imperantes como la globalización.

Desde el punto de vista militar, está generalmente aceptada una diferenciación entre conflictos convencionales e irregulares, dependiendo básicamente de los medios y las formas de guerra. En su naturaleza, no siempre es tan evidente. El carácter de una guerra considerada en su conjunto como convencional, como ha sido la Segunda Guerra Mundial, puede tener en sí misma un trasfondo revolucionario auspiciado por otros elementos de lucha distintos al convencional. Michael Howard lo expresa así:

«Fue una guerra revolucionaria contra las sociedades radicalmente contrarias y extrañas a los valores que el Partido Nazi profesaba. La victoria militar era un paso preliminar para la transformación política y social, y el Ejército fue sólo un instrumento entre muchos en las manos del cirujano político» (15).

Otro factor de la guerra en el ámbito del espíritu del soldado radica en dar a éste una oportunidad para un comportamiento heroico, si la ocasión se presentase. La posibilidad de una muerte absurda aterroriza al militar, y la guerra posheroica puede crear esta posibilidad que no es teórica ni propia de nuestros días solamente:

«Por primera vez en la guerra moderna sufrimos la cruel pérdida de soldados hasta entidad batallón –y no en la batalla– sin tan siquiera tener la posibilidad de disparar un solo tiro o asaltar la posición a la bayoneta» (16).

En definitiva, en cualquier tipo de guerra, ya sea convencional o irregular, el reconocimiento del héroe colma la ambición del soldado. El heroísmo es la premisa de su condición. Por ejemplo, a resueltas de la guerra de Afganistán (1979-1989) una de las unidades más condecoradas del Ejér-

(15) HOWARD, Michael: *The causes of war*, p. 120.

(16) Sir Henry Newlot, describiendo la pérdida de unos 900 soldados de un transporte británico hundido por un submarino alemán en la Primera Guerra Mundial, privándolos así de cualquier posibilidad de muerte heroica.

cito soviético fue la compañía IX del Regimiento 345 de paracaidistas. Su jefe recibiría la más alta condecoración de su país: la medalla de «Héroe de la Unión Soviética».

Si en el nivel del combate el soldado necesita el estímulo del comportamiento heroico (también como parte de su supervivencia) y éste no se le puede negar, en el nivel de la guerra en su conjunto, y Luttwak lo exponía así, la guerra debía dirimirse en condiciones posheroicas, y la política militar y de armamentos debían moverse también en esa misma dirección.

La guerra convencional

En la actualidad, los ejércitos modernos occidentales se siguen preparando para ambas eventualidades, la convencional y la irregular, y lo que es más importante para poder cambiar de procedimientos de acuerdo con la actitud del enemigo y de la situación.

Un ejército regular, como lo define Rupert Smith, es aquél que presenta un cuerpo militar estructurado, con una jerarquía responsable, un estatuto legal para llevar armas y un código de disciplina, un presupuesto para la adquisición de material y honorarios para el personal.

La guerra convencional o tradicional es el objeto fundamental de estudio en las academias militares y las escuelas de guerra de todo el mundo. Se estudian doctrinas, armamento, estrategia, tácticas y procedimientos. El enfoque a nivel de pequeña unidad es la táctica, pero en los estudios superiores el objeto es el arte operacional.

En los textos, y está aceptado, el arte operacional viene definido como:

«El nivel de planeamiento de la guerra que trata de las campañas y las operaciones principales para conseguir los objetivos del teatro de operaciones del nivel estratégico; es el nivel intermedio que integra los esfuerzos tácticos y los acontecimientos en una campaña.»

En definitiva es un nivel intermedio entre la táctica (dimensión humana del combate, como lo refiere Luttwak) y la estrategia; o dicho de otra manera, entre el pensamiento y la acción.

Decía Clausewitz que:

«La estrategia tiene como medio la victoria, esto es, el éxito táctico; y como fin, lo que debe llevarnos a una paz inmediata.»

La victoria, en la visión del militar prusiano, implica la derrota del ejército enemigo y de su voluntad de lucha, por lo que la paz es un estadio consecuente que siempre vendrá impuesto por el vencedor.

La victoria pertenece al campo de la estrategia militar mientras que lograr las condiciones de la paz pertenece al campo de la gran estrategia.

Aquí hay dos apreciaciones inmediatas: una es el significado de la victoria, hoy en el mundo actual del conflicto. La segunda es la necesidad que ha surgido de marcar ese nivel operacional como nuevo entre la táctica y la estrategia que refiere el autor prusiano.

La victoria ha sido considerada tradicionalmente como el fin de la campaña y el paso previo y necesario para el establecimiento de las condiciones de paz. *Victory Frist* fue la condición *sine qua non* para trazar la paz sobre los escenarios de la Segunda Guerra Mundial. En los conflictos actuales la victoria con frecuencia se soslaya y en todo caso se sustituye por un neutro «fin» de las operaciones militares.

Siguiendo a Luttwak, el nivel operacional ha surgido ante la mayor complejidad y dimensión de las acciones militares y tiene que ver en esencia tanto con el desarrollo y dirección de las operaciones (enfoque anglosajón) como con el margen de maniobra (enfoque ex soviético y germánico) que es el matiz fundamental del arte operacional; la amplitud y libertad de acción para planear y conducir las operaciones.

El país que marca la referencia para el estudio de la Doctrina Militar es sin duda Estados Unidos. Tras la convulsión que siguió a la guerra de Vietnam, Estados Unidos revisaron todos sus planteamientos, desde la supresión del servicio militar obligatorio, fortalecimiento del *leadership*, reconsideración del carácter trinitario de la guerra (Clausewitz) y formulación de la nueva Doctrina Weinberger (17), completada con la Doctrina Powell de «fuerza decisiva».

(17) Secretario de Defensa durante los años ochenta en Estados Unidos. Su política tiene seis puntos muy conocidos:

1. Estados Unidos no deberían comprometer tropas para combatir en el exterior, a menos que se considere vital para los intereses nacionales o de sus aliados.
2. Si se decide emplear tropas de combate en una situación determinada, debería hacerse decididamente y con la intención de ganar.
3. Si se decide comprometer las fuerzas en combates en el exterior se debe contar con objetivos políticos y militares claramente definidos.
4. La relación entre los objetivos y las fuerzas comprometidas –tamaño, composición y despliegue- debe evaluarse constantemente y ajustarse de ser necesario.

Con esta Doctrina Estados Unidos entró en la guerra de Irak (1991). El resultado fue un éxito fulgurante de la maniobra operacional aliada. Operaciones muy complejas que habían sido ensayadas previamente constituyendo mandos conjuntos en la isla de Granada (1983) y sobre Panamá (captura de Noriega en el año 1999).

Una preparación adecuada para el enfrentamiento convencional es lo que se le exige al estamento militar. A este respecto es interesante traer aquí la opinión del general Wesley Clark en su libro: *Winning Modern Wars* (18) quien refiriéndose al *US Army* en sus acciones en Irak (2003) dice que actuó conforme a las directrices de su Doctrina Militar, básicamente resumidas en las *deep, close and rear operations*, las denominadas «operaciones decisivas» y los cinco conceptos del *Joint Vision 2010*:

«*Full spectrum dominance, precision strikes, dominant manoeuver, full dimensional protection, and focused logistics.*»

Estos postulados doctrinales dentro de la estrategia operacional *shock and awe* dieron la victoria militar a las fuerzas americanas. Quedaba, no obstante, la parte que no se había trabajado, la fase de posconflicto, la reconstrucción de Irak, y más aún, la que se había obviado, *the real war*, la guerra contra el terrorismo, que la actuación (no justificada según Clark) en Irak había desviado de su objetivo real.

Y aquí hacemos un inciso pues surgen de nuevo dos conceptos a debate o revisión, la victoria, y la terminología de la guerra.

En palabras del general Clark:

«*Victory means not the defeat of the opposing army but rather winning the follow-through operation to accomplish the aims and intent of the plan*» (19).

Como me comenta Javier Pacheco, el problema surge cuando el *opposing army* no es el enemigo real, y cuando la trinidad pueblo-ejército-gobierno está descompuesta en el bando contrario. La victoria parece

5. Antes de que Estados Unidos comprometa fuerzas de combate en el exterior, debe existir una seguridad de que se contará con el apoyo razonable del pueblo estadounidense y de sus representantes en el Congreso.

6. Por último, la Doctrina Weinberger señalaba que el uso de la fuerza debía ser el último recurso.

(18) CLARK, Wesley K., general: «*Winning Modern Wars*», *PublicAffairs*, Nueva York, 2003.

(19) «La victoria no significa la derrota del ejército oponente sino más bien ganar la operación subsiguiente para conseguir los objetivos y el propósito del plan.»

estar más allá de la victoria militar propugnada por Clausewitz y debe buscarse en una segunda fase. Esta victoria quizá trascienda de la estrategia militar y se desplace al ámbito de la gran estrategia.

We cannot claim victory anymore, –en el sentido fulgurante y definitivo de victoria militar, victorias que sólo son posibles sobre ejércitos operacionalmente aniquilables– con voz trémula expresaba el embajador americano en la guerra de Irak. Todo a lo que podemos aspirar es un *end state* que sea aceptado por la comunidad internacional. La victoria, como vemos, en términos clausewitzianos es muy difícil e improbable en la actualidad.

Cuando Clausewitz hablaba de los términos guerra absoluta y guerra real se refería al despliegue de la acción violenta. En el término absoluto no existirían límites al empleo de la fuerza. En la guerra real se imponen factores moderadores. John Keegan (*Historia de la guerra*) habla de guerra real, como aquella originaria, propia de la guerra tribal, donde predomina el alarde, el rito y la supervivencia; y de guerra verdadera, como la forma especializada que busca la decisión mediante un enfrentamiento directo con las fuerzas enemigas en una batalla campal. Esta última es la que los ejércitos occidentales pretenden en sus enfrentamientos, la maniobra que busca la batalla decisiva.

No obstante, la búsqueda de esa batalla decisiva no está en el afán profesional por llegar al combate próximo y sangriento, por librar el resultado de la operación en el campo de la táctica. Mas al contrario; las escuelas de guerra, basados en pensadores clásicos como Mauricio de Sajonia, han tratado de fomentar el espíritu de victoria mediante la maniobra magistral que haga inútil el enfrentamiento táctico, pues la posición de ventaja obtenida implicaría una derrota inevitable para el contrario de producirse aquél.

Quizá, en la actualidad, esa posición de ventaja, que antes se entendía geográfica y ligada a las líneas de comunicaciones del enemigo, se gana con el dominio del *tempo* de la maniobra, impidiendo al enemigo pensar, desorientándolo sobre nuestra posición real y haciendo que tome sus decisiones tarde y desacertadas, pues las fuerzas propias ya se encuentran en otra fase de la batalla u otra posición. Esto es lo que sucedió básicamente en Irak (2003).

Así, lo ideal para los países occidentales sería situarse próximos a la guerra real de Clausewitz o Keegan, donde el nivel de violencia desatado fuera el mínimo y especialmente causara muy pocas bajas propias y es-

casas colaterales. Las bajas conducen a un estado de ánimo negativo en todas las partes que actúan en el conflicto. En la actualidad, por ejemplo, el tema más sensible en las operaciones en Afganistán son las bajas no justificadas.

Es cierto que la guerra lleva asociado este calificativo de mortal. Sir Basil Liddell Hart hablaba de la Primera Guerra Mundial como *the real war* si solo por el impacto tan tremendo que tuvo en tantos millones de personas (*great war*, como también es conocida). En la actualidad, un número de bajas elevado sería insostenible para la mayoría de los países occidentales, aunque el grado de aceptación de las mismas no es homogéneo, como sabemos.

La guerra convencional tenía unos presupuestos que ya no son válidos, o lo son de forma limitada. Es bien conocida la anécdota de la guerra franco-austriaca en el norte de Italia en el año 1859 y la realidad y efecto de una derrota militar:

«He perdido una guerra, debo entregar una provincia.»

En la guerra de las Malvinas se llegó a una conclusión similar. He perdido una guerra, debo retirarme de los territorios ocupados y renunciar a ellos.

En definitiva, lo de ayer ha perdido vigencia y significado. No hay victoria militar resolutiva (en la mayoría de los casos), el tema de las bajas es muy sensible, y no hay un efecto inmediato o ganancia como finalización de las operaciones militares. Como podemos anticipar, en la actualidad, en las guerras modernas y globalizadas, la victoria militar sólo abre una segunda fase –la de posconflicto– en muchas de las situaciones estudiadas, donde se tratará de llegar a un estado final aceptable para las partes. Una fase de gran complejidad, duración prolongada, incertidumbre, potencialmente reversible y episodios potenciales de violencia. Las bajas son consideradas en cualquier acción militar y los errores pueden provocar cambios significativos en la estrategia.

Lo que las fuerzas militares han conseguido en sus estadios iniciales del enfrentamiento como es mantenerse alejado del contacto y combatir en condiciones posheroicas –a través de una progresión que nos ha llevado desde la profesionalidad, la sofisticación de la técnica–, la creación de mandos conjuntos y eficientes, la organización logística y el dominio de la maniobra operacional con una tecnología superior, se torna en la fase de estabilización o posconflicto en otro estadio en el que los soldados se mezclan entre la gente e inician otro tipo de actividades militares

con una gran exposición y una reducida protección, y en el que se evidencia una validez relativa de esas estructuras y pautas pensadas para las operaciones principales de combate.

En suma, la ferocidad, intensidad y duración de esta fase posconflicto, el acierto en conformar las condiciones idóneas de la misma, va a marcar en gran medida el éxito o el fracaso del conflicto en su conjunto.

La guerra irregular

A la guerra irregular se le reconoce con distinta terminología. Guerra de guerrillas, *small wars*, conflicto de baja intensidad, insurgencia, guerra partisana, terrorismo, guerra revolucionaria. Ciertamente cada uno tiene un matiz diferenciador.

Guerra de guerrillas se refiere a una serie de procedimientos, un tipo de lucha que utiliza básicamente emboscadas, golpes de mano, hostigamientos. Guerrilla es una partida de hombres y tiene un carácter eminentemente rural.

Small wars toma la referencia de la expansión colonial del Imperio británico y la popularizó Calwell en su libro de igual título hacia finales del siglo XIX.

El combate de baja intensidad (*Low Intensity Conflict*) es una aproximación americana de finales de los años setenta para definir las guerras subversivas del entorno centroamericano, principalmente:

«Es un tipo de conflicto no convencional en que las fuerzas militares –de Estados Unidos– no despliegan como tales y el esfuerzo se hace mediante instructores y consejeros. Se ofrece reconstruir las Fuerzas Armadas para la lucha irregular a la vez que se refuerzan los proyectos sociales como la reforma agraria, las elecciones libres y la ayuda social.»

Es un tipo de conflicto que muchas veces no ha sido bien entendido quizá por ese mismo aspecto encubierto característico de su naturaleza.

Insurgencia es una denominación británica para definir:

«Los movimientos organizados diseñados para derrocar un gobierno constituido mediante la subversión y el conflicto armado.»

Guerra partisana evoca una figura romántica, el partisano, el resistente frente a un ejército de ocupación.

Terrorismo es un acto, una táctica o incluso una estrategia en sí misma, que busca por sus acciones crear resultados psicológicos muy superiores al daño físico objetivo.

Guerra revolucionaria es la que tiene por finalidad derribar un gobierno y provocar un cambio político y social. Es el uso de la violencia para conseguir un cambio político. En definitiva, fenómenos todos ellos de lucha y combate no reglado.

Un aspecto que llama inmediatamente la atención del lector es que esta terminología va ligada a un opuesto, esto es, contraguerrillas (*great wars*), conflictos de media y alta intensidad, contrainsurgencia, contra terrorismo y guerra contrarrevolucionaria.

Es decir, que esta realidad hace buena la definición de guerra como un enfrentamiento armado en una dinámica de acción-reacción, una dinámica que citaba ya el mismo Clausewitz y que por su naturaleza tiende hacia los extremos.

Sin embargo, otro enfoque nos llevaría a ver la guerra irregular como un monólogo desinteresado por el guión del contrario (el poder establecido), sólo atento a imponer su discurso y postulados. El irregular suele imponer los términos del conflicto mientras que al ejército regular no le queda más que ajustar las reglas de enfrentamiento. Se trataría de actuar de forma insistente, simultánea y planificada en los diversos planos de la lucha: el psicológico, el social, el económico, el político y el militar desdeñando las reacciones, a veces tímidas, del componente regular.

Este enfrentamiento irregular o guerra asimétrica genera también una disonancia entre una parte que actúa de forma limitada y otra, la débil, que lo hace de forma total. Para la parte fuerte, el enfrentamiento supone unos intereses en juego que no siempre son vitales, mientras que la parte débil pone en juego el propio sentido de su comunidad o la supervivencia. Sin embargo, en ocasiones, ambas partes saben que el enfrentamiento comporta la desaparición del otro, como fue el caso de las guerras revolucionarias en los tres continentes (Asia, África y América) al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

Esta visión también es propia de un enfrentamiento regular, como el definido entre Grecia y Persia durante las guerras médicas. Lo que para Persia era una guerra de fronteras, para Grecia lo fue por su supervivencia. Después, Alejandro Magno, invertiría esa asimetría.

En cualquier caso, en todos los casos, la guerra sigue siendo un enfrentamiento de voluntades. En la guerra irregular el centro de gravedad para la causa rebelde no es el grueso del ejército enemigo sino la voluntad de la población para seguir apoyándole. Para el lado instituido como gobierno y su ejército regular, aunque la clave del éxito esté en separar a los rebeldes de la población que les apoya, el centro de gravedad radica en muchos casos en destruir la guerrilla.

Si al hablar del combate convencional mencionábamos la figura del ejército regular, aquí, en este caso, ¿quiénes son las fuerzas en presencia? Salta a la vista que es un grupo variado, normalmente desestructurado, por lo menos en los estadios iniciales del conflicto, agrupados en torno a guerrillas, columnas y partidas si operan en campo abierto, o células si lo hacen en un entorno urbano; milicias si tienen un componente ideológico o religioso, rebeldes o luchadores por la libertad si tienen un fuerte componente político o social. Grupos unidos por lazos de afinidad y una idea fuerza o sentimiento común, y con una organización muy laxa y flexible.

Puede haber en muchos casos un factor de clandestinidad. Schmidt además menciona ese carácter telúrico, de vinculación a la tierra, tan propio de un movimiento guerrillero.

Estos grupos, en procesos evolutivos, pueden adquirir una organización paramilitar muy próxima o casi idéntica a un ejército regular.

Un factor que los identifica y diferencia de forma definitiva respecto a un ejército es el estatuto legal y un código de conducta del que carecen, y que es tan similar en todos los ejércitos. Tienen un ideario, una toma de decisiones y unas conductas reguladas por un mando de tipo asambleario o, por el contrario, por las decisiones de una élite dirigente revolucionaria (vanguardia).

Están reunidas alrededor de una causa; batir un gobierno, expulsar al ocupante o invasor, poner orden en un caos interno existente, implantar una ideología o cambio social. Una vez conseguido el objetivo, se transforman en otra cosa, se disuelven, o adoptan una forma institucionalizada en caso de victoria.

Curiosamente, en muchos casos, esta causa o idea fuerza se difumina con el tiempo, pierde importancia o se transforma, y lo que impera por encima de todo es la propia dinámica del movimiento.

Sus procedimientos son sencillos y siempre buscan el punto débil del contrario. Saben que se pueden enfrentar contra un ejército regular o

mercenario (Rodesia y Libia) o una formación multinacional (Irak y Afganistán), o contra otro tipo de milicias o irregulares (Somalia, Ruanda y Burundi). La casuística es grande. Pueden aceptar como resultado un *status quo*, si con ello consiguen una zona liberada donde poder desarrollar una actividad económica, o buscar la «victoria o muerte» como única posibilidad si se trata de una revolución.

Su lucha no tiene frentes ni retaguardias. Su base de operaciones está en la población. La estrategia está diseñada sobre la base de acciones tácticas, y una acción limitada en este campo puede tener un impacto estratégico muy notable, o definitivo (pensemos en la toma del Palacio Nacional por la guerrilla nicaragüense del «Comandante cero» en los años ochenta).

Estas reflexiones nos muestran que lo más habitual es situarnos frente a conflictos mixtos, con componentes o fases convencionales e irregulares. Los estudiosos tratan de darnos una terminología para comprenderlos, como ya hemos mencionado: guerra de los tres bloques; «guerra entre la gente», «guerras de la cuarta generación». Un paradigma militar, mapa, o diseño, que nos ayude a comprender el nuevo tipo de conflicto.

Sin embargo, es el término «asimétrico» el que tiene una amplia aceptación porque siempre, en cada conflicto moderno, encontramos una asimetría relevante, aunque sólo sea porque una parte quiere imponer o alcanzar la paz y la otra pretende perpetuarse en estado de guerra. La asimetría es un componente más de un haz todavía más poderoso. La globalización, cuyos efectos no son todavía conocidos en su totalidad.

Para finalizar, de nuevo, mencionamos, la necesidad de estudiar el conflicto en detalle pero en toda su globalidad, las conexiones entre las partes y su posible extensión (el *Comprehensive Approach* ya citado) en la convicción de que esta aproximación es una visión obligada de ese haz poderoso. La globalización es una *megatrend* –como la han definido algunos estudios prospectivos– y en definitiva impone esa visión integral del fenómeno de la guerra moderna.

Las capacidades militares y el *know how*

En la «guerra verdadera» que refiere Keegan, los ejércitos occidentales se dotan de una serie de capacidades militares para preparar un eventual enfrentamiento.

No todos los ejércitos tienen las mismas capacidades, por supuesto. Es más, sólo unas pocas naciones en Occidente pueden optar por disponer de capacidades convencionales de amplia gama. Fuerzas Armadas que tengan una fuerza anfibia y un grupo aeronaval, y una fuerza aérea que proporcione superioridad y acción al suelo, más transporte. Un ejército que disponga de medios acorazados, artillería de campaña y antiaérea, especialidades de ingenieros y comunicaciones, logística sofisticada. Se ha venido en llamar una fuerza equilibrada (*balance force*). La mayoría de las naciones, sin embargo, deben optar por ofrecer unas especialidades y confiar en alianzas regionales para su seguridad. Desarrollan fuerzas ligeras, medios de ingenieros, pero renuncian a su fuerza aérea o naval.

La capacidad militar se ha generalizado como un modo de cuenta de la potencia de un ejército occidental. En las organizaciones internacionales como la OTAN, se han normalizado y dedicado mucho esfuerzo por su implementación llegando a ese concepto de «Planeamiento Basado en Capacidades.»

Su estudio nos sirve como elemento de análisis del *know how* de los ejércitos. Capacidad es un conjunto de sistemas que asentados sobre una doctrina y sus principios pretenden conseguir un efecto militar.

En realidad, se identifican áreas de capacidades, y aunque su estudio puede variar de país a país y con el tiempo, estas siete nos sirven como ejemplo:

- Mando y control.
- ISTAR (*Intelligence, Surveillance, Targeting, Acquisition and Reconnaissance*).
- Superioridad en el enfrentamiento.
- Movilidad y proyección.
- Sostenibilidad.
- Supervivencia y protección.
- Acción del Estado.

Dentro de cada área se pueden identificar un número variable de capacidades. Para el planeamiento, y sólo con este fin, cada capacidad origina un objetivo y de este se desprenden unas necesidades concretas. Resulta evidente que esta cuestión es decisiva para hacer las correspondientes asignaciones presupuestarias. Priorizar, invertir y obtener en definitiva unas fuerzas equilibradas.

Debemos incidir que para la resolución de los conflictos las organizaciones internacionales gustan referir y diferenciar entre capacidades civiles y militares, incluso tendiendo hacia una especialización (ha sido el caso de la Unión Europea y las capacidades civiles: Policía, Administración y justicia, frente a una mayor disposición también de capacidades militares de la OTAN).

Aquí, en definitiva, se trata de ver qué capacidades son actualmente utilizables en el conflicto y cuales están reservadas para los enfrentamientos más improbables. También, qué capacidades favorecen ese desarrollo que hemos visto hacia el combate en condiciones posheroicas y cuáles cobran una segunda prioridad. Está claro que todas aquellas capacidades que proporcionen superioridad en el enfrentamiento o supervivencia, ISTAR y protección están en la línea de un combate posheroico. También debemos citar que aquellas capacidades a las que se renuncia o quedan en segunda prioridad repercuten de forma negativa para mantener el *know how*. Ese grado de conocimiento (*expertise*) se pierde y en caso necesario resultaría difícil recuperarlo.

El paradigma militar posheroico

Algunos autores mirando hacia el pasado, sobre la evolución de la manera de hacer la guerra (*warfare*) identifican que en los 200 últimos años se pueden señalar tres grandes modelos: «el del arte operacional», válido durante todo el siglo XIX, basado en los textos de Clausewitz y Jomini y el movimiento de los ejércitos sobre los teatros de operaciones geográficos. Su objetivo político sería el gobierno enemigo y el militar la destrucción de sus ejércitos; «el modelo logístico», basado en los postulados americanos (y rusos) del aporte de medios de producción y logísticos a la campaña, los grandes despliegues y acumulación de materiales propios de las dos guerras mundiales para derrotar al contrario por aplastamiento (guerra de desgaste).

El objetivo es la totalidad de la población enemiga y su capitulación, la rendición incondicional. Cuando estos autores escribían (20), el tercer modelo era «el indirecto», auspiciado por el general Beaufre. Ante la parálisis creada por la disuasión nuclear, el enemigo, los contrarios se movían por medios indirectos, principalmente la insurrección y la guerra

(20) HAMON, Leo: *La estrategia contra la guerra*, editorial Guadarrama, Madrid, 1969.

revolucionaria, la presión indirecta y diplomática, la propaganda y las acciones limitadas. Su objetivo, la infiltración, la influencia, el apoyo de la población y el derribo de gobiernos contrarios. El final de la guerra fría sepultó este modelo y ha dado paso a otro que aquellos autores de 1960 no podían entrever. Es un modelo de «gestión de conflictos internacionales con un amplio espectro de combinatoria» (21). Se trata de actuar mediante países coaligados de forma gradual y limitada, a la carta pero concertados, en un mundo globalizado manteniendo la guerra fuera de nuestras fronteras, con la idea de alcanzar una paz concreta basada en el ideal de seguridad, de justicia o de libertad, con dosis elevadas de proteger poblaciones indefensas (R2P).

De lo expuesto hasta ahora en este capítulo se divisan dos vertientes:

1. En esta primera se recogen las características de los nuevos conflictos, las nuevas guerras del siglo XXI.
2. Así hemos visto que la geografía en los nuevos conflictos todavía importa. Aunque la tecnología, el terrorismo, y sobre todo los medios de comunicación modifican todo ese espacio del conflicto, llevándolo *ante portas* en muchas ocasiones, la distancia del conflicto a nuestro espacio natural de vida todavía es importante. La idea es alejar la guerra lo más posible.

Si admitimos la terminología imperante de conflictos de cuarta generación caracterizados por el factor de la globalización vemos que hay aspectos del conflicto (no todos) que entran en esa capa de globalización y se miden allí en el terreno de la diplomacia, la acción internacional, el apoyo a una causa, la injerencia humanitaria, la propaganda. Otros aspectos permanecen en el ámbito de lo local, como puede ser el enfrentamiento táctico o las represalias (muy evidente en Libia en el año 2011). Por supuesto, no todos los conflictos entran en esta dinámica. Muchos quedan aislados, no informados u olvidados.

Otro factor que está aceptado es la asimetría en la mayoría de los casos. Esto viene motivado por diferentes factores:

- De entrada hay una diversidad de actores y con también diferentes intereses en juego.
- Asimismo, los conflictos se enfrentan en diferentes niveles de la estrategia, y de forma distinta. Puede ser equilibrado en el nivel de la gran

(21) Una propuesta del autor de este capítulo.

estrategia, la de los resultados finales, con un enfrentamiento diplomático equilibrado, pero puede ser desnivelado en el nivel operacional o el táctico y técnico (22) (pensemos el conflicto Israel-*Hizbollah* en el año 2006).

- Asimetría en los valores en juego, en los fines, los medios utilizados, los tiempos y la duración que cada parte decide emplear, las voluntades. Como hemos dicho, en muchas ocasiones una parte apuesta por la paz y por alcanzar un acuerdo viable mientras que la otra se esfuerza en mantener un estado de guerra permanente, casi como un *modus vivendi*.
- Los conflictos son multifacéticos y se disputan en el campo social, militar, económico, humanitario y político, no de forma secuencial sino simultánea y acumulativa. Esto implica que se deben afrontar en el amplio espectro de los mismos, en la idea del *Comprehensive Approach*.
- Sólo se usa, en algunos casos y por una de las partes, una fracción del poder militar y con restricciones de uso. El conflicto se limita en el campo de la violencia y con el empleo de soldados profesionales por una parte (siguiendo estrictas reglas de enfrentamiento), mientras que la otra utiliza milicias o combatientes irregulares en una concepción de lucha total. La entrada suele ser también graduada, aumentando en intensidad la respuesta según la situación.
- Algunas capacidades se muestran críticas: inteligencia, comunicaciones, operaciones especiales y supervivencia. Otras permanecen en los arsenales occidentales para los casos menos probables.
- El carácter trinitario de la guerra queda en entredicho o se muestra insuficiente. Las sociedades en conflicto actuales presentan estructuras descompuestas donde no se producen esos flujos de comunicación e influencia entre el poder político, el pueblo y los ejércitos, que es propio de los Estados-Nación. Por otra parte, también la dimensión del conflicto ha rebasado el ámbito nacional en las sociedades occidentales. A veces, la voluntad de la coalición (cohesión) es más importante que el propio apoyo nacional.
- El conflicto se dirime tanto en el ámbito convencional como irregular; se dirime tanto en la fase de las operaciones militares como en la de posconflicto (o estabilización), y en él juegan todas las facetas que hemos citado de intervención militar, distensión, disuasión, negociación y control de crisis.

(22) Luttwak nos habla de cinco niveles de la estrategia: la gran estrategia, la del teatro de operaciones, la operacional, la táctica y la técnica (de los armamentos).

– También observamos que el desarrollo doctrinal y tecnológico de los ejércitos nos ha llevado a las sociedades occidentales a modos de combate posheroicos, aunque, paradójicamente, muchas sociedades nacionales hayan aceptado con resignación un elevado número de bajas cuando se percibe la oportunidad y legitimidad de la intervención.

Sin embargo, esta enumeración de características no debe llevarnos a una situación confusa en un mar de factores. La definición de este nuevo tipo de guerras, y siempre desde una perspectiva occidental, implica que hay una disparidad entre los objetivos de nivel político, normalmente acordados vagamente en sesiones ejecutivas multinacionales, que tienden hacia fines relativos a valores universales o que figuran en la cultura de esta civilización occidental (democracia, derechos humanos, libertad e igualdad) y el uso del elemento armado, con una aportación medida, gradual y escueta en medios militares –a veces raquíta y peligrosa–, dispuestos rotacionalmente en largos periodos de tiempo sobre el teatro de operaciones.

El resultado que se puede esperar es una sensación de frustración por una parte entre la sociedad que ve que no se alcanzan los objetivos y se dilata la acción en el tiempo, y por otra, entre los militares que suponen una indefinición en los mismos o los tachan de ambiguos, o demasiado abstractos y de que no se les dota de los medios que necesitan para alcanzarlos y cumplir su misión (plantear una *good war*).

Aunque el más perverso de los escenarios y común en tantos casos, es que esas sociedades se acaben desentendiendo del conflicto. La misma sociedad se aleja de la muralla y del foso defensivo (José Bada) y no se implica con los fines sino que actúa como mera espectadora o a veces ni tan siquiera eso, sino que los medios de comunicación se desligan de la información y esta desaparece.

En la segunda vertiente nos centramos en cuál es la actuación militar durante los mismos y si podemos hablar de un comportamiento posheroico en el nuevo paradigma militar.

Hay, afirmamos, un nuevo paradigma militar, marcado por la actuación de un soldado profesional en conflictos globalizados y asimétricos, remotos y en condiciones cambiantes. No hay victoria militar –aunque sí en una fase de operaciones principales– sino una situación final deseable que se alcanza tras una elaborada y peligrosa fase posconflicto. No se espera una actitud heroica.

El militar, en este nuevo tipo de conflictos tiene una actuación difícil, que además se gradúa en el tiempo y en el que debe adaptarse a la situación y a un enemigo cambiante.

Un factor a considerar es el definido por R. Smith: se actúa con la preocupación constante de salvaguardar la fuerza. Trasciende en la forma de enfrentamientos de una parte heroicos contra otra parte protegida, la occidental, entendida como «no heroica» y que impone limitaciones a su intervención.

Otro factor comprobado es que cuando se entra en acción decisiva, el más alto nivel de la estrategia puede definir límites muy precisos y estrictos a su actuación. Es más, el mando al más alto nivel (político o estratégico) puede supervisar hasta los más pequeños detalles y tomar las decisiones –tácticas– directamente sobre el campo de batalla.

También el militar sabe que su misión se desarrolla en un tiempo inferior a la duración del conflicto (rotaciones de seis meses o un año). Es un profesional en una reparación temporal donde puede regresar en fases sucesivas.

El soldado profesional está situado en el nivel operacional del enfrentamiento; sin embargo, la propia dinámica de la «lucha entre la gente» especialmente en la fase posconflicto y formas consiguientes como el combate y control en zonas urbanas le conducen sin remedio al nivel de la táctica.

Las distintas operaciones militares de los últimos 20 años nos han mostrado distintos tipos de heroísmo. Algunas operaciones han favorecido el héroe que arriesga su vida en un rescate o liberación de rehenes, o el héroe anónimo de las operaciones especiales, o el «no héroe» del contingente de Naciones Unidas en Srebrenica, o la ausencia de héroes en una guerra considerada como fracaso (Israel en el año 2006). En todo caso, el heroísmo siempre anida en la dimensión humana del combate.

La acción heroica, cuando se produce, viene de la mano del antiguo paradigma de la guerra colonial (el socorro a una posición amenazada), o de la guerra industrial (la actitud de liderar el ataque a una trinchera como en las Malvinas) o de un nuevo paradigma humanitario (apoyo, con riesgo personal, a una población refugiada).

Es evidente la convivencia de un mando heroico a nivel pequeña unidad con otro de tipo organizativo o técnico en el nivel superior de la estrate-

gia militar. Sin embargo, una vez concluida una primera fase (si la hay) de operaciones principales, el dispositivo operacional da paso a otro de tipo administrativo y de control del territorio, donde la posibilidad del comportamiento heroico queda más difuminado.

Finalmente, la acción de mando post heroica se mueve por un lado, entre la moderación política y el refrenamiento de las sociedades occidentales, la supervisión constante y próxima de la dirección de las operaciones, el encasillamiento estricto de las reglas de enfrentamiento; y por otro, la brutalidad del combate con enemigos que luchan en entornos de guerra total y convicciones heroicas (o proto heroicas como el suicidio).

En suma, la sofisticación del modo de hacer la guerra en Occidente ha experimentado un giro desde su concepción antigua y heroica, basada en el choque frontal de la falange frente al uso del arco (el combate a distancia) propio de la cultura oriental a otra donde se bate al enemigo desde lejos, con precisión y evitando el contacto. Esta progresión mencionada que nos ha llevado desde la profesionalidad, a la mejora de la técnica, la creación de mandos conjuntos eficientes, una organización logística y un dominio abrumador de la maniobra operacional apoyada en una tecnología superior, sitúa «el guerrear» –la estrategia– en el próximo horizonte como el arte de la distancia (23) en todo su esplendor.

Situados en un nuevo espectro del conflicto con un alto grado de combinatoria, donde se fijan objetivos de alto contenido ideológico y abstracto acordados vagamente en sesiones ejecutivas multinacionales, en el que se detallan unos medios militares operando de forma gradual y limitada, esperando de cada acción una reconsideración estratégica, un avance que no siempre llega. Una intervención que se acentúa como no heroica en lo posible y a la que se suman esos nuevos actores (24) que dan mayor complejidad al conflicto y a la coordinación de las acciones.

Un conflicto globalizado –aunque no en todos sus niveles– y complejo por definición, asimétrico en cuanto a los valores en juego y los procedimientos, lejano y próximo, donde el militar actúa de forma convencional e irregular, hace de mediador, facilitador y proporciona seguridad. Un militar que no sólo combate –con el heroísmo requerido– sino que opera y lo hace de muy diferentes maneras. Un militar con criterio y vocación universal.

(23) En la idea del general Alonso Baquer, «la estrategia como el arte de la distancia».

(24) Organizaciones no gubernamentales, organizaciones internacionales y compañías privadas de seguridad, observadores, fuerzas nativas en entrenamiento, etc.

CAPÍTULO TERCERO

¡A MÍ LA LEGIÓN!

¡A MÍ LA LEGIÓN!

Por MARÍA ELENA GÓMEZ CASTRO

El nuevo mundo y el uso de la fuerza

El nuevo mundo al que dio paso el fin de la guerra fría ha traído consigo el desasosiego, la sorpresa y la sensación de vulnerabilidad. Quienes allá por el año 1989 quisieron ver únicamente el fin de un sistema profundamente injusto, olvidaron que con la injusticia se iba también la relativa estabilidad. Ralph Dahrendorf en sus *Reflexiones sobre la revolución en Europa*, ya advirtió:

«La guerra fría era mucho más que fría, era gélida. Había congelado las grandes corrientes históricas que discurrían por Europa y con el deshielo se han reabierto las grandes fallas y la Historia ha comenzado a fluir de nuevo con una fuerza desconocida.»

El corto siglo XX –de 1914 a 1989– estuvo marcado por la supervivencia. Tanto la Primera como la Segunda Guerra Mundial y, más tarde, la guerra fría fueron en esencia guerras de supervivencia entre Estados, alianzas de Estados o superpotencias. Más que un espacio para la negociación o para la política, había un control del espacio ideológico y geográfico, sin reconciliación aparente; todo ello sobre la base de una eficaz política de una disuasión, cuyo punto álgido se alcanzaría con la Doctrina o de la Destrucción Mutua Asegurada (MAD).

El año 1989 marcó el fin de un siglo XX convulso, y el principio de una era de esperanza. En Europa y en el resto del mundo. Un sueño de libertad y

prosperidad que hoy, contemplando el mapa y los mercados financieros, parece algo ingenuo. Recuerdo aquellos momentos y las discusiones a las que dieron pie en las aulas de la facultad de Derecho en Salamanca. Como seguramente muchos de ustedes, sentí euforia al ver caer el muro de Berlín, consternación ante la invasión de Kuwait, ante la situación en Somalia... Más tarde llegarían Ruanda, Srebrenica, Kosovo, Sudán, Irak, Costa de Marfil, volverían Afganistán, Líbano, Somalia, con su «exportación» de la violencia a los mares, las tragedias del Congo y de Liberia, persistirían los «conflictos congelados».

También los riesgos y amenazas se extenderían, rompiendo las barreras tradicionales de la soberanía y las fronteras estatales. Estados Unidos, España o Reino Unido serían escenario del Horror con mayúsculas, y el terrorismo, cambiaría para siempre el concepto de poder y marcaría un punto de inflexión en el orden internacional. Vulnerabilidad e interdependencia marcan el nuevo siglo. Contrariamente a lo que pensaba Luttwak en el año 1995, los Estados marginales, o mejor, los actores marginales, sí representaban una amenaza para Estados Unidos y para sus intereses primordiales.

La seguridad se convierte en indivisible y aparece como la responsabilidad de todos respecto a todos, una empresa obligatoriamente común que ha de ser abordada globalmente y en la que todos los actores, estatales y no estatales, tienen un papel que jugar. Las amenazas se vuelven difusas, y no necesariamente afectan a la integridad territorial de los Estados, sino a la seguridad de sus ciudadanos, y a la de otros países; los conflictos entre Estados se convierten en la excepción y el paradigma de la guerra industrial da paso a otro nuevo, el de la guerra entre las gentes. Por otra parte, y a diferencia de lo que ocurría con las guerras industriales, los riesgos provienen fundamentalmente de los «Estados fallidos o frágiles», de las dictaduras en descomposición.

La «primavera árabe» ha vuelto a suscitar un sinfín de interrogantes acerca del papel de la comunidad internacional, y ha acelerado la reflexión sobre la responsabilidad de proteger y sus implicaciones, sobre:

«La necesidad de una intervención urgente por parte de la comunidad internacional cuando la muerte y el sufrimiento afectan a un gran número de personas y cuando el Estado, nominalmente responsable, es incapaz o no desea corregirlo» (1).

(1) ANNAN, Koffi: «Two concepts of sovereignty», *The Economist*, 18 de septiembre de 1999.

Ante estas situaciones, que el general británico Rupert Smith ha dado en llamar «guerras entre las gentes» (por oposición al paradigma de la guerra industrial interestatal), se produce cada vez con mayor frecuencia un llamamiento a la acción y también cada vez más esta acción se traduce en operaciones militares. De ahí que este capítulo lleve por título «¡A mí la Legión!».

Ya imaginará el lector que se trata únicamente de una licencia literaria –y algo provocativa– para llamar su atención. En realidad, la genial idea partió de uno de los componentes del grupo de trabajo durante nuestros debates y, como puede apreciarse en el índice, otros dos suscribimos la iniciativa.

Terminado este breve inciso, regreso a la cuestión. Una vez desencadenado el conflicto armado, y especialmente cuando se produce dentro de un mismo Estado, las vías del diálogo, la política y la diplomacia se estrechan hasta casi desaparecer y entonces «el último recurso», la fuerza, aparece como el único capaz de frenar y evitar el sufrimiento y la muerte de civiles. Luttwak describe con acierto cómo la guerra fría fue un eficaz inhibidor de conflictos y cómo una vez finalizada se ha disuelto la cultura de la restricción disciplinada del uso de la fuerza. También que la agresión no recibe castigo y, lo que es más importante, que los vencidos quedan abandonados a su suerte (lo cual no ocurría durante la guerra fría, pues cualquier rincón del mundo tenía un valor estratégico para una de las dos potencias y recibían la ayuda de una u otra) (2).

Por ello hoy, a la luz de las numerosas operaciones en curso, ya sean de la Organización de Naciones Unidas (ONU), Unión Europea, Alianza Atlántica, el uso de la fuerza parece revelarse como uno de los pilares, no el único, ni siquiera el determinante, pero sí quizás el más demandado del ejercicio de la responsabilidad internacional. Este fenómeno –conviene mencionarlo– no sólo deriva de las deliberaciones en los principales organismos internacionales y regionales, sino que responde de una forma creciente a la movilización de la vergüenza que los medios de comunicación dirigen y frente a la cual las opiniones públicas reaccionan. No lo hacen siempre, y tampoco parecen existir patrones geográficos, de

(2) Como apuntan Camilleri y Falk en su obra: *¿El fin de la soberanía?:* «Ambas superpotencias normalmente se sentían obligadas a responder a los movimientos de la otra para no dar la impresión de que abandonaban a sus respectivos clientes o aliados.» Edward Elgar Publishing Ltd., p. 147.

la naturaleza de la crisis, etc. que justifiquen la movilización, pero no hay duda de que, cuando lo hacen, la respuesta internacional se acelera o se produce. El caso más reciente es el de Libia, y las decisiones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas; las actuaciones subsiguientes hablan por sí mismas.

En el contexto actual, la comunicación, ha adquirido una nueva dimensión. La prensa sigue relatando hechos, incitando a la reflexión o impulsando la acción, pero la estrategia de comunicación forma parte ya esencial de toda operación militar. Las coaliciones, alianzas u organizaciones que llevan a cabo una intervención realizan cada vez mayores esfuerzos por dar a conocer sus objetivos, los hechos que acaecen en el área de operaciones, las actuaciones, la evolución de la situación y los riesgos existentes. La comunicación es hoy determinante en el éxito de las operaciones y una estrategia clara en este campo debe existir antes incluso de comenzar la intervención. La función de información regular y de explicación pública no necesariamente debe ser asumida por el militar –ocupado en otras tareas–, pero será preciso asegurar un flujo de información regular, adecuada y rigurosa de lo que sucede sobre el terreno –algo que sólo puede aportar el militar sobre los aspectos operativos–, para proyectarlo *in situ* y a nivel estratégico.

El paradigma de «las guerras entre las gentes» hace necesario ganarse a esas mismas gentes entre las que se actúa. Para ello, resulta esencial saber explicar lo que se está haciendo. La llegada de extranjeros armados suscita en mayor o menor medida reticencia entre las poblaciones locales (mayor cuanto más alejadas estén de los grandes núcleos urbanos) y su presencia a lo largo del tiempo genera malestar. También, por cierto, a las opiniones públicas de los países que aportan medios humanos y materiales para gestionar el conflicto. De manera recurrente, el apoyo de estas últimas a las intervenciones suele ser inversamente proporcional a la duración de los conflictos.

Este nuevo tipo de conflictos, unido a la creciente conciencia de responsabilidad compartida en la solución de los mismos, tanto en el nivel político internacional como en el nacional, así como el nuevo concepto de «seguridad», han influido decisivamente en la evolución de los ejércitos, especialmente los occidentales. Los ejércitos nacionales ya no sólo se preparan para asumir las tareas tradicionales de la defensa estática y geográficamente delimitada del propio territorio y sus ciudadanos. Hoy, en coordinación con otros ejércitos –en el caso de los países occiden-

tales fundamentalmente en el seno de la Alianza Atlántica y de la Unión Europea–, articulan procedimientos de actuación conjunta –tanto a nivel estratégico-militar como operacional–, mejoran la disponibilidad de capacidades, establecen mecanismos para fomentar el Investigación y Desarrollo (I+D) en Defensa y el desarrollo de programas conjuntos, a la vez que crean sinergias para poder hacer más con menos.

En definitiva se busca lograr la disponibilidad, capacidad de despliegue, interoperabilidad y sostenibilidad de los medios y capacidades necesarios para garantizar esa Seguridad con mayúscula. En este campo, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) ha sido desde su creación, el eje central de la transformación del paradigma militar y, en parte gracias a ella, la Unión Europea ha podido establecer y desarrollar en apenas una década una política de seguridad y defensa creíble y eficaz. Europa, el sueño tantas veces anhelado a lo largo de la Historia, surgió paradójicamente de su destrucción. Es quizás el mayor logro del siglo XX y también el gran desafío del actual, porque la compleja realidad de nuestro tiempo se empeña en desafiar las ideas de los padres fundadores. Pese a todo, el proyecto sigue adelante y parece salir reforzado de cada una de las crisis a las que ha sobrevivido. Por ello, y porque siempre he pensado que una Europa fuerte significa una Europa mejor para quienes vivimos en el Viejo Continente, dedicaré gran parte de esta reflexión a su papel en la gestión de crisis y al desarrollo de sus capacidades militares.

La conciencia de la responsabilidad compartida está produciendo un nuevo fenómeno, el de la apertura a la participación de terceros de las operaciones lideradas por la OTAN o por la Unión Europea (es evidente que las de Naciones Unidas están abiertas a la participación de todos). Los casos de Fuerza de la Unión Europea (EUFOR) *Althea*, Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (ISAF), Fuerza Marítima Europea (EUNAVFOR) *Atalanta* o *Protector Unificado*, ilustran bien esta tendencia que probablemente seguirá consolidándose en el futuro. Aunque su participación plantea ciertos problemas al chocar el principio de autonomía de decisión tanto de Unión Europea como de OTAN con los deseos de los países terceros de participar activamente en la fase toma de decisiones (*decision making*) y no sólo en la formulación de las mismas (*decision shaping*), lo cierto es que pone de manifiesto un creciente compromiso y refuerza la eficacia en la gestión de crisis. Más aún, los formatos ampliados acrecientan la legitimidad de las intervenciones, algo esencial

en casos como el de *Unified Protector* en Libia, al aportar confianza a aquéllos que pudieran albergar reticencias sobre las razones de algunos países unidos en alianzas u organizaciones a la hora de actuar.

Así pues, como consecuencia de la proliferación de conflictos armados en todo el mundo, con independencia de su naturaleza y alcance, la comunidad internacional hace un uso creciente de los medios y capacidades militares para evitar el sufrimiento de las poblaciones y en aras de la protección de los derechos humanos. El uso de la fuerza no ha dejado de ser por ello un último recurso, pero en ocasiones –como cuando la decisión es adoptada por una coalición de países– suscita dudas sobre su legitimidad. El propio secretario general de la ONU, Kofi Annan, planteaba el dilema del denominado «intervencionismo humanitario» en septiembre de 1999:

«Por una parte, ¿es legítimo que una organización regional haga uso de la fuerza sin un mandato de Naciones Unidas?; por otro lado ¿puede permitirse que existan violaciones masivas y sistemáticas de los derechos humanos, con graves consecuencias humanitarias sin tomar acción?»

Los casos de Kosovo y Ruanda escenificaron ambas opciones. En estas guerras entre las gentes –me refería a ello anteriormente– la actuación militar constituye sólo uno de los elementos de respuesta de la comunidad internacional. La solución siempre será política y por ello, toda intervención debe servir a una estrategia política global. Javier Solana decía al recibir el Premio Extraordinario de Defensa en el año 2010 y refiriéndose a las operaciones-misiones Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD) de la Unión Europea que éstas sirven para abrir un espacio para la política.

Como ya he mencionado, tras muchos de estos conflictos subyacen «Estados fallidos» o regímenes autoritarios en descomposición, sin instituciones adecuadas por lo que la estabilidad –menos aún la paz– no puede surgir automáticamente cuando se ha logrado controlar la violencia. Empieza entonces la gran tarea de construir un país, articular las estructuras del Estado, crear canales de expresión ciudadana, lograr, en fin, un verdadero Estado de Derecho, capaz de garantizar un futuro a sus ciudadanos. Pero la responsabilidad de la comunidad internacional no se agota en proteger los derechos humanos allí donde existan violaciones. También existe antes, para prevenirlas, y después, para que no vuelvan a ocurrir:

«El mejor momento de tratar un problema es en el instante en que surge, antes de que se consoliden las posturas (idealmente, antes de que nadie se haya percatado de que existe un problema)» (3).

Pero no resulta fácil realizar una alerta temprana eficaz y menos aún lograr influir en las decisiones de los gobiernos en esta fase. A menudo, existen indicadores de elementos potencialmente desestabilizadores dentro de los países, pero esos elementos suelen estar presentes en mayor o menor medida en todos los Estados. Es cierto que los mecanismos de reacción son muy distintos en Estados democráticos con instituciones sólidas y cauces de diálogo y expresión ciudadana adecuados y en aquellos que carecen de ellos, pero no parece realista, incluso en estos últimos casos, determinar cuándo o si esos problemas darán lugar a una crisis, y eventualmente a un conflicto. Al menos esa es mi experiencia en la crisis de Costa de Marfil, que comenzó con el golpe de Estado de diciembre de 1999.

La alerta temprana es posible, pero los mecanismos para atajar los problemas antes de que produzcan una crisis son, sin duda más difíciles de articular. Quizás en este campo, las organizaciones regionales y subregionales podrían desempeñar un papel creciente no sólo limitado a la prevención –pilar esencial de la seguridad–, sino también en la gestión de las crisis y los conflictos. El liderazgo de la Liga Árabe en la crisis libia, que ha facilitado y acelerado la toma de decisiones en el seno del Consejo de Seguridad, y la participación de algunos de sus miembros en la operación *Protector Unificado* es un buen ejemplo de la importancia de la implicación regional.

Los medios para lograr la resolución de los conflictos son muchos –resumidos hoy en la noción de las tres *Ds*: *Diplomacia*, *Defensa* y *Desarrollo*–, pero también dispersos y ello mengua su eficacia. El mantra de nuestro siglo parece ser el «enfoque integral», pero el modo en que nos organizamos internacionalmente dificulta enormemente el objetivo. Los medios están desagregados, sometidos cada uno a regulaciones propias (algo, por otra parte esencial para la seguridad jurídica) y a procedimientos de decisión que en muchos casos siguen siendo nacionales. Si a ello se añade la urgencia impuesta por cada una de las crisis, entonces parece inevitable la existencia de ciertas duplicaciones y solapamientos entre

(3) SOLANA, Javier: «Cinco lecciones sobre diplomacia global», *Financial Times*, 21 de enero de 2009.

los actores, las agencias y la asistencia en sí. Frente a este fenómeno, de difícil solución, quizás sólo quepa, por un lado establecer criterios de actuación que atenúen los efectos perniciosos de las posibles duplicaciones, y por otro, exigir la apropiación (*ownership*) por parte de los estados beneficiarios y su responsabilidad (*liability*). A fin de cuentas, la comunidad internacional podrá crear el espacio para la política, pero, como apunta Javier Solana:

«Que la política funcione es algo que nadie desde fuera puede conseguir; sólo lo pueden hacer los ciudadanos locales» (4).

Y este último punto suscita la cuestión del alcance de la responsabilidad de la comunidad internacional. En el caso de las operaciones militares, salvo en contadas ocasiones, como operaciones «puente» (véase *Artemis*, EUFOR República Democrática del Congo o EUFOR Chad) no pueden planearse sobre la base de un límite temporal, sino conforme a un objetivo deseado (*end state*). Los conflictos hoy tienden a prolongarse en el tiempo:

«Puesto que se busca alcanzar una situación que debe ser mantenida hasta que se produzca un acuerdo o un resultado definitivo, lo que puede suponer años o décadas» (5).

Por ello, es preciso garantizar la continuidad del esfuerzo y que cada país asuma su propio reparto de la carga, aportando los medios –humanos, materiales y financieros– que sean necesarios. En este campo queda sin duda mucho por hacer. Mientras siga manteniéndose el principio de que los gastos los asume quien incurre en ellos (*costs lie where they fall*), quienes deseen ejercer su parte alícuota de responsabilidad, deberán, no sólo enviar a sus hombres y mujeres de uniforme –más todo el material y los equipos necesarios– sino también asumir los costes (una suerte de *bis in idem*).

Antes de terminar este apartado, me gustaría referirme, fuera de la gestión de crisis, a la actuación de medios y capacidades militares en emergencias y catástrofes. Cuando ocurren catástrofes naturales o provocadas por el hombre, a menudo hay que movilizar una gran cantidad de recursos; asegurar que lo que los Estados miembros aportan es lo que se necesita; evitar duplicidades y hacerlo en el menor tiempo

(4) SOLANA, Javier: «Cinco lecciones sobre diplomacia global», *Financial Times*, 21 de enero de 2009.

(5) SMITH, Rupert: *The Utility of Force*, p. 17.

posible. En este sentido, los medios y capacidades militares, por su capacidad de despliegue, por su disponibilidad y por los medios de los que disponen, son especialmente idóneos para complementar los esfuerzos de protección civil y ayuda humanitaria en los Estados afectados. Ejemplos recientes de intervenciones exitosas en este campo han sido el *tsunami* del océano Índico del año 2004, y el terremoto que asoló Haití. Este fenómeno, que probablemente se consolidará en los próximos años, está incidiendo ya en el modelo de las Fuerzas Armadas y en algunos países, como España, ha llevado a la creación de una unidad especial, Unidad Militar de Emergencias especializada en este tipo de actuaciones.

Por lo tanto, son un útil importante, pero, como en el caso de la gestión de crisis, su activación estará determinada por la confluencia de varios factores: la voluntad del país afectado, las necesidades existentes en el ámbito de la protección civil y de los actores humanitarios. No debe olvidarse que los medios y capacidades militares complementan a los medios y capacidades civiles. También en este campo son, pues, un último recurso.

La responsabilidad de proteger

La década de los años noventa en la que proliferan los conflictos armados dentro de los Estados, con grave impacto sobre las poblaciones civiles, obliga a reorientar el concepto de protección de los Estados, predominante durante la guerra fría, hacia la protección del individuo. La aparición de un amplio espectro de nuevos actores no estatales, combinado con los fenómenos de su interacción con los propios Estados, la interdependencia consiguiente y la globalización han suscitado nuevos problemas y preocupaciones en la comunidad internacional. También ha desembocado en un replanteamiento de la propia noción de soberanía, de modo que, como apuntó Koffi Annan en 1999:

«Los Estados son ahora generalmente concebidos como instrumentos al servicio de los pueblos y no al contrario» (6).

En otras palabras, se afianza el concepto de «la soberanía como responsabilidad», que desde años antes había venido defendiendo Francis

(6) ANNAN, Koffi: «Dos conceptos de soberanía», artículo aparecido en la revista *The Economist*, 18 de septiembre de 1999.

Deng (7), y según el cual el ejercicio de la soberanía entraña obligaciones permanentes frente a los ciudadanos, lo que garantiza al Estado ciertos privilegios internacionales.

El concepto de la soberanía estatal aparece, pues, limitado en el nuevo siglo: por la globalización y sus efectos en ámbitos hasta entonces prerrogativa exclusiva de los Estados, en segundo lugar, por procesos de integración internacional y regional y cuyo ejemplo más notable es el proceso de construcción europeo, en el que los Estados miembros ceden progresivamente poderes de decisión sobre materias hasta entonces reguladas exclusivamente por cada uno de ellos; finalmente, por la nueva elaboración doctrinal de la soberanía como responsabilidad, cuyo incumplimiento podría conducir a una intervención internacional.

En este contexto, los derechos del individuo adquieren una mayor relevancia y se sitúan en un primer plano tanto en la esfera nacional como en la internacional. Como apuntó el entonces secretario general de la ONU, Kofi Annan, en un artículo publicado en septiembre de 1999:

«Cuando leemos la Carta hoy somos más conscientes que nunca de que su objetivo es proteger a los seres humanos individuales.»

Días más tarde, plantearía a la Asamblea General:

«Si la intervención humanitaria es un ataque inaceptable a la soberanía estatal, ¿cómo deberíamos actuar ante una Ruanda, ante una Srebrenica, ante violaciones graves y sistemáticas de derechos humanos que afectan a todos los preceptos del género humano?» (8).

La respuesta al dilema humanitario reviste gran complejidad. El fin de la guerra fría creó expectativas sobre el nuevo papel de Naciones Unidas en el mundo posbipolar en el establecimiento de un multilateralismo eficaz, capaz de garantizar la paz, el respeto de los derechos humanos, y un desarrollo sostenible en el mundo. Así pues, se espera que actúe. Pero conviene recordar que en el tipo de conflictos actuales, generalmente de naturaleza intraestatal, la intervención implica tomar partido por una de las partes y en el caso de decidir hacer uso del Capítulo VII,

(7) DENG, Francis M. *et al*: *Sovereignty as Responsibility: Conflict Management in Africa*, Brookings Institution Press, Washington, D.C., 1996.

(8) «*If humanitarian intervention is, indeed, an unacceptable assault on sovereignty, how should we respond to a Rwanda, a Srebrenica, to gross and systematic violations of human rights that affect every precept of our common humanity?*»

es bueno recordar que como afirma Rupert Smith (9) «no hay un campo de batalla determinado donde se enfrentan los ejércitos, tampoco hay necesariamente ejércitos, «al menos no en todas las partes en conflicto» «el enemigo está entre la gente». Ello genera enormes dificultades para la actuación militar y entraña importantes riesgos tanto para los hombres y mujeres de uniforme que son desplegados, como para las gentes que habitan los países afectados. En estas circunstancias, siempre existirán consecuencias no deseadas, daños personales y materiales difícilmente cuantificables *ex ante*. De ahí el dilema.

Desde entonces, sucesivos informes han plasmado una reflexión seria sobre la naturaleza, contenido y alcance del concepto y resoluciones del Consejo de Seguridad como la 1970 y 1973 (referentes a Libia) o la 1975 (relativa a Costa de Marfil) han consolidado *de facto* esta responsabilidad.

El Informe de la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía Estatal, publicado en diciembre de 2001 bajo el título: «La responsabilidad de proteger» fue el primer gran Documento de referencia sobre el asunto. En el año 2004 el Panel de Alto Nivel del secretario general de la ONU elaboró un informe y el propio secretario general apela a los gobiernos a apoyar el concepto en uno propio:

«Un concepto más amplio de la libertad: seguridad y derechos humanos para todos» (10).

En la cumbre del Milenio de 2005, el Documento final (11), aprobado por los jefes de Estado y de Gobierno el concepto de la responsabilidad de proteger quedó acuñado en términos generales. Se adquiere, así, y por primera vez un compromiso político firme de todos los Estados. De acuerdo con el mismo, «cada Estado individual tiene la responsabilidad de proteger a sus poblaciones del genocidio, los crímenes de guerra, la depuración étnica y los crímenes de lesa humanidad». Asimismo se estipula que «la comunidad internacional, a través de Naciones Unidas también debe contribuir a proteger a la población»:

«En este contexto, estamos dispuestos a adoptar medidas colectivas, de manera oportuna y decisiva, por medio del Consejo de Seguridad, de conformidad con la Carta, incluido su Capítulo VII,

(9) *The Utility of Force. The Art of War in the Modern World*, p. 3, Penguin Books 2006.

(10) *In Larger Freedom: Towards Development, Security and Human Rights for All* (A/59/2005).

(11) Documento final de la cumbre Mundial 2005 (A/60/1), párrafo 139.

en cada caso concreto y en cooperación con las organizaciones regionales según proceda, si los medios pacíficos resultan inadecuados y es evidente que las autoridades nacionales no protegen a su población del genocidio, los crímenes de guerra, la depuración étnica y los crímenes de lesa humanidad.»

Este compromiso político ha dado paso a esfuerzos complementarios para la institucionalización y definición operativa, que hoy continúan. Entre ellos destacan el Informe del secretario general de la ONU de principios de 2009 «Hacer efectiva la responsabilidad de proteger» (12), en el que prevé una estrategia con tres pilares: la responsabilidad que incumbe al Estado (respecto a todos los que se encuentren en su territorio); la asistencia internacional y la formación de capacidades (que podría consistir en alentar a los Estados a que cumplan sus obligaciones, ayudarlos a ejercer dicha responsabilidad, a incrementar su capacidad de hacerlo y cuando se encuentren en situaciones de tensión antes del estallido de la crisis o el conflicto) y, en tercer lugar, la respuesta oportuna y decisiva (de la comunidad internacional con medios pacíficos –previstos en los Capítulos VI y VIII de la Carta–, o incluso haciendo uso de la fuerza, es decir del Capítulo VII, tal y como quedó reflejado en el Documento final de la cumbre Mundial de 2005). Un año después el secretario general elaboraría un segundo Informe «Alerta temprana y evaluación y la responsabilidad de proteger» (13), que incide en los aspectos de alerta temprana, la información y la rapidez de acceso a la misma a fin de evitar los cuatro supuestos contemplados en la responsabilidad de proteger.

Probablemente los resultados de estos esfuerzos no se estén produciendo al ritmo inicialmente esperado, en parte debido la sensibilidad de aquellos Estados, que ven amenazado el principio de no injerencia en los asuntos internos. Pero es posible que la fuerza de las circunstancias –la crisis libia– acelere *de facto* el proceso. Las resoluciones 1970 y 1973 serán, sin duda un referente, tanto en el aspecto jurídico, como práctico y operativo de cara al futuro (14). Y del resultado final se extraerán, sin

(12) (A/63/677) de 12 de enero de 2009.

(13) (A/64/864) de 14 de julio de 2010.

(14) Aunque no son las únicas resoluciones del Consejo de Seguridad que incluyen la responsabilidad de proteger, pues también figura en la 1676 de 28 de abril de 2006 relativa a la protección de civiles en conflictos armados, o en resoluciones recientes de conflictos prolongados en el tiempo y que ya habían sido objeto de resoluciones previas del Consejo de Seguridad: Sudán, resolución del Consejo de Seguridad 1706 de 28 de abril de 2006, y Costa de Marfil, resolución del Consejo de Seguridad 1975 de 30 de marzo de 2011.

duda, lecciones que marcarán el rumbo de los debates sobre esta cuestión e, idealmente, podrá lograrse que la Asamblea General adopte una resolución de carácter sustantivo, que incorpore los postulados de los Informes del secretario general anteriormente mencionados.

La gestión de crisis y la transformación del paradigma militar: «el arte de la guerra» en nuestro mundo

El contexto ya descrito del siglo XXI y la necesidad creciente de abordar muchos de los conflictos existentes con operaciones militares, ha provocado un cambio importante en la estructura y funciones de los ejércitos, algo que se constata fundamentalmente en los países pertenecientes a la Alianza Atlántica y a la Unión Europea.

Los nuevos teatros de operaciones obligan a llevar a cabo misiones de diversa naturaleza, en entornos variables, con frecuencia lejanos y ello difiere notablemente de las funciones de seguridad territorial y estática. Tampoco los enfrentamientos se producen en un campo de batalla; con frecuencia, ni siquiera entre ejércitos al uso. Finalmente, ningún país –ninguna organización internacional– puede afrontar en solitario la tarea.

Los ejércitos por ello deben, por un lado, elaborar y adoptar doctrinas conjuntas y, por otro, garantizar una mayor capacidad de despliegue, con medios más ligeros y unidades adaptadas, prever capacidades de reacción rápida interarmas, como por ejemplo los denominados *battlegroups* (Agrupaciones Tácticas de unos 1.500 efectivos con elementos de apoyo). Además, la necesaria interoperabilidad requiere no sólo de una formación de características similares y la realización regular de ejercicios conjuntos (*LIVEX* o *CPX*), sino también, lo que es más importante, del desarrollo de una planificación coordinada de los medios y capacidades disponibles a nivel nacional y la articulación de sistemas de estandarización y certificación conjuntos.

MacArthur decía que la historia del fracaso en la guerra puede resumirse en dos palabras: demasiado tarde. Demasiado tarde en comprender el propósito mortífero de un enemigo potencial, demasiado tarde en la preparación, demasiado tarde en reunir todas las fuerzas necesarias, demasiado tarde en comprometerse con los amigos. En definitiva, se fracasa cuando se carece de la inteligencia adecuada, falta el planeamiento, la generación de fuerzas es deficiente y la voluntad política dubitativa.

Y eso, con todos los avances tecnológicos y la mejora en el equipamiento de los ejércitos, sigue siendo la base del éxito de la actuación militar.

Por eso, comparto la opinión de quienes piensan que el paradigma militar se ha transformado –especialmente en el mundo occidental–, pero no ha surgido uno nuevo. La idea de un nuevo paradigma militar articuló las discusiones durante el primer lustro de los años noventa en Estados Unidos, con el telón de fondo de la guerra del Golfo de 1991, una supuesta revolución militar posmoderna y el consiguiente nuevo paradigma militar. Más concretamente, se identificaba con quienes defendían el poder aéreo como el elemento central de la guerra o el combate del futuro, un poder cuya eficacia, rapidez y limitación exponencial de las bajas residía en la combinación del armamento de precisión, los Sistemas de Inteligencia, Vigilancia, Captación de Objetivos y Reconocimiento (ISTAR) y la supresión de las defensas aéreas.

También Luttwak deja traslucir este pensamiento en el artículo que publicó en la revista *Foreign Affairs* (mayo-junio en 1995). Luttwak considera que en el contexto que describe (según el cual un puñado de «Estados marginales» –*rogue states*– o desórdenes internos de ciertos países no suponen una amenaza para Estados Unidos o sus intereses primordiales), podrían realizarse intervenciones con, virtualmente, cero bajas en las filas estadounidenses haciendo uso del nuevo armamento existente (fundamentalmente aéreo) si se modificara adecuadamente el planeamiento militar. Para ello, sería preciso ser modesto en los objetivos y conformarse con resultados limitados.

La reciente intervención en Libia, vuelve a poner sobre la mesa este tipo de guerra –la a mi juicio desafortunadamente denominada posheroica–, pero sigo pensando que representa la excepción que confirma la regla y que, en definitiva, el conflicto libio se está ganando en tierra. A fin de cuentas, ningún conflicto puede terminarse exclusivamente desde el aire o la mar. Como siempre, es la ocupación del terreno físico la que resulta determinante (con el apoyo, eso sí, también de los medios aéreos y navales).

Respecto a los avances tecnológicos, no cabe duda de que si los conflictos se produjeran entre Estados, con campos de batalla determinados y nivel de fuerzas similares, la disponibilidad de los nuevos equipos y armamentos otorgarían una clara ventaja comparativa. Sin embargo, en el tipo de los conflictos actuales, éstos pierden gran parte de su valor como consecuencia de la asimetría en los actores, en las tácticas y

proce-dimientos, y en los medios. Sirva como ejemplo, el relato del periodista Sebastian Junger en Afganistán:

«Por cada ventaja tecnológica de los americanos, los talibán parecían tener una ventaja equivalente o una contramedida. Los helicópteros *Apache* proporcionan imágenes térmicas que revelan el calor corporal en las montañas, por lo que los talibán logran desaparecer cubriéndose con mantas en rocas calientes. Los americanos también utilizan aviones no tripulados para localizar al enemigo, pero los talibán también pueden hacer lo mismo observando a las bandadas de cuervos volando en círculos sobre las posiciones americanas en busca de restos de comida...» (15).

Quizás por ello quepa preguntarnos ¿nos estamos preparando mejor para el futuro equivocado?

Y antes de abordar la transformación del paradigma militar en relación con la Alianza Atlántica y la Unión Europea, permítanme una breve reflexión sobre la incómoda terminología de lo posheroico. Durante las reuniones preparatorias de esta *Monografía* y como bien ha explicado el general Miró Valls en su «Introducción», p. 9, esta cuestión ha ocupado gran parte de nuestro debate. En realidad, ninguno pensábamos que hoy exista una era o cultura posheroica. De hecho, hablábamos, de la necesidad de buenas dosis de altruismo y con frecuencia heroicidad en numerosos oficios y en variadas circunstancias de la vida y lo poco oportuno que resultaba, de primeras, el uso de la expresión en el ámbito militar.

No pretendo hacer un panegírico de lo que significa ser militar (entre otras cosas porque alguno me consideraría poco neutral), pero sí me permito robarle algunos párrafos más a un periodista (16) para ilustrar la manera de conducirse del militar en el teatro de operaciones:

«Realmente constituimos una hermandad. Ser capaz de salvar la vida de cualquiera de ellos, para que puedan vivir compensa. Cualquiera de ellos haría lo mismo por mí; la coreografía siempre requiere que cada hombre tome las decisiones no sobre la base de lo que es mejor para él, sino de lo que es mejor para el grupo. Si todos lo hacen así, la mayoría del grupo sobrevivirá. Si no la hace ninguno, la mayoría del grupo morirá. Esencialmente, en eso consiste el combate.»

(15) JUNGER, Sebastian: *War*, p. 83, Fourth State, Harper Collins Publishers, 2011.

(16) *Ibidem*, pp. 246 y 120.

Por esta manera de actuar del militar («contra el espíritu de supervivencia del ser humano») y por la entrega de la que hacen gala muchos otros profesionales en sus oficios respectivos, parece poco prudente hablar de posheroico. Por muy moderno o ingenioso que pueda parecer el término.

La Alianza Atlántica y la transformación del paradigma militar

La Alianza Atlántica ha constituido el pilar del paradigma militar en el área transatlántica desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. El conflicto bélico marcó el principio de la cooperación estructurada y reglada entre ambas orillas en el ámbito de la defensa y aportó la estabilidad necesaria para la reconstrucción del Viejo Continente. Cuatro décadas más tarde, la caída del muro de Berlín y el fin de la guerra fría simbolizaba, en parte, el éxito de la Alianza. Paradójicamente, fue su existencia y no su uso la que determinó ese éxito.

La OTAN realizó –sigue realizando– una labor extraordinaria:

- En el ámbito del desarrollo, transformación y modernización de las Fuerzas Armadas de los países miembros y también de aquellos que aspiran a serlo en el futuro (mediante planes de acción *ad hoc*, los planes de acción para la adhesión).
- En el establecimiento de una verdadera cultura de trabajo conjunto de las Fuerzas Armadas de todos los aliados (la estructura de mandos ha sido clave en este proceso).
- En el diálogo constante y permanente en el área transatlántica no limitado a cuestiones militares o de defensa que ha logrado consolidar, y ello a pesar de la variedad e incluso oposición de puntos de vista entre los países miembros. Un diálogo que, tras la guerra fría se ha abierto a terceros, ya sea de forma bilateral (Consejo OTAN-Rusia, la Comisión OTAN-Ucrania y la Comisión OTAN-Georgia) o multilateral (la Asociación para la Paz, el Diálogo Mediterráneo y la Iniciativa de Cooperación de Estambul).
- En la articulación de mecanismos de diálogo, cooperación militar «Berlín Plus» e intercambio de información con la Unión Europea (muy útiles en los estadios iniciales de las operaciones PESD *Concordia* y *Althea* en los Balcanes)
- En la gestión de crisis más allá del espacio OTAN: en Kosovo, Afganistán, las aguas frente a las costas de Somalia y Libia.
- En la adaptación a las cambiantes circunstancias del siglo XXI: ya fueran de naturaleza interna con las sucesivas ampliaciones hasta alcan-

zar hoy los 28 miembros; ya fueran externa, lo que se ha materializado, entre otros documentos, en tres Conceptos Estratégicos 1991, 1999 y 2010.

Desde el punto militar, además, la OTAN ha sido la gran impulsora –al menos de forma metodológica y armonizada– de la transformación de la defensa, es decir, de la integración de los cambios tecnológicos, organizativos y doctrinales experimentados por las Fuerzas Armadas en el nuevo entorno estratégico, a fin de poder afrontar los riesgos y amenazas actuales y futuros.

De unas fuerzas tradicionalmente estáticas –basadas en la protección del territorio nacional– se va avanzando hacia otras cada vez más expedicionarias (incluso estableciendo un porcentaje de fuerza que ha de ser desplegable en los ejércitos de todos los aliados), se flexibilizan progresivamente los procedimientos de actuación a la vez que se crean Fuerzas de Reacción Rápida, NRF (*NATO Response Force*) y se sigue trabajando, en fin, por redefinir estructuras y cometidos a fin de adaptarlos a los desafíos del siglo XXI. Como estipula el último Concepto Estratégico, del pasado mes de noviembre:

«A fin de llevar a cabo todo el espectro de las misiones de la OTAN tan efectiva y eficazmente como sea posible, los aliados acometerán un proceso continuo de reforma, modernización y transformación» (17).

La dimensión de planificación de la defensa constituye la clave para el mantenimiento de una capacidad militar adecuada a nivel nacional, que garantice la interoperabilidad y consiguientemente la capacidad de actuar colectivamente cuando sea necesario. Siempre conforme al principio rector de la solidaridad entre aliados.

Los medios y capacidades son nacionales –salvo excepciones como estructuras de mando y control y algunos medios de alerta temprana...–, pero las necesidades de la Alianza, como organización cuya función primordial sigue siendo la seguridad colectiva, guían las decisiones en los distintos Estados. El intercambio de información sobre los planes nacionales, la fijación de objetivos sujetos a actualizaciones periódicas

(17) «*In order to carry out the full range of NATO missions as effectively and efficiently as possible, Allies will engage in a continuous process of reform, modernization and transformation.*»

y el análisis y previsión en campos como la logística, estandarización, certificación de unidades, etc. constituyen una aportación esencial de la OTAN a las necesidades actuales de gestión de crisis.

La Alianza debe aportar estabilidad, también fuera del área definida en el Tratado de Washington. Al mismo tiempo, debe contribuir de forma eficaz a la gestión de crisis en el área euroatlántica, proporcionando una respuesta militar autónoma, adecuada, solidaria y en tiempo oportuno. Ello, sin embargo, no debe convertirla en el «gendarme mundial»; sino en uno de los elementos –esenciales, eso sí– del multilateralismo efectivo. La ONU ha sido y debe seguir siendo el pilar del orden mundial y el garante primordial de la paz y la seguridad internacionales.

En fin, la OTAN debe seguir siendo un foro de diálogo entre los aliados sobre todas aquellas cuestiones vinculadas a la seguridad; y también debe asegurarse que actúa hacia afuera en sinergia con el resto de los actores y organizaciones internacionales, especialmente con la ONU y la Unión Europea.

La Unión Europea como actor global

La envergadura del conflicto balcánico en el corazón mismo de Europa puso en evidencia el gravísimo déficit histórico de la comunidad: la ausencia de una PESD frustrada en los albores mismos del proyecto.

Habría que esperar al siglo XXI para que la Unión Europea terminara con la paradoja del uso de mecanismos de actuación exterior, fundamentalmente políticos, diplomáticos y económicos, pero sin «músculo» para asumir sus responsabilidades en la escena internacional. Y es que en el ámbito de la gestión de crisis, la política sin una dimensión militar y civil no es seria.

Y hoy, salvado ese déficit, la Unión Europea constituye una herramienta única al poder abordar las crisis internacionales de forma global o integral, combinando la diplomacia, la seguridad y el desarrollo.

Desde el año 2003, la Unión Europea ha lanzado 24 operaciones militares o misiones civiles, en los Balcanes, en el Cáucaso Sur, en Oriente Medio, en África y en Asia. Algunas han sido relativamente simples, otras muy complejas por la lejanía de los teatros y las dificultades del terreno. También por el entorno de seguridad. Considerando la juventud de la PESD, hoy ya Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD), es

preciso reconocer que los logros han sido más que notables. Europa, además, ha demostrado que no es sólo un poder suave, un *soft power* y que es capaz de asumir sus responsabilidades.

Europa actúa porque lo deciden los 27 y deja de actuar cuando sólo uno así lo decide, y cuando actúa lo hace mejor cuanto mejores son las capacidades que se ponen a su disposición. La dificultad estriba en conciliar la voluntad política de actuar con la contribución de medios.

Hoy la PCSD es un hecho y el Tratado de Lisboa, ofrece una base institucional que supera los antiguos «tres pilares», así como la posibilidad de aquellos Estados miembros que lo deseen, puedan fortalecer su aportación en este ámbito mediante la cooperación estructurada permanente y las cooperaciones reforzadas.

En este contexto, la Unión logrará consolidar su papel en el mundo si logra: contar con un entramado institucional, unos procedimientos de decisión y un liderazgo a nivel europeo; disponer, además, de las capacidades adecuadas y con la preparación necesaria, y, finalmente, coordinar y utilizar todos los medios disponibles para asegurar una estrategia de salida (tanto los existentes dentro de la Unión Europea, como los de otros actores presentes en los distintos teatros de operaciones).

En el ámbito del desarrollo de capacidades, el Objetivo 2010 (*Headline Goal 2010*) ha sido un buen referente para los trabajos de la Unión Europea en esta década. El Catálogo de Fuerzas ha revelado unas carencias significativas y esenciales para el desarrollo de las operaciones, como son helicópteros o transporte estratégico. Y no existen capacidades excedentarias en otros países fuera de la Unión Europea, como lo prueba el hecho de que la OTAN tiene el mismo problema.

Probablemente, esta situación sólo pueda mejorarse mediante la cooperación entre países y el desarrollo de programas conjuntos. Iniciativas como la del A-400M podría convertirse en un referente en este sentido.

Por otra parte, la Agencia Europea de Defensa (EDA) está llamada a jugar un papel fundamental en este campo si se superan los escollos existentes en la aprobación de su presupuesto. Porque si no se logra aprobar unos presupuestos para la EDA que sean consecuentes con el objetivo y el nivel de ambición que marcan los Estados miembros, probablemente no podrá hacer mucho. Tampoco podrá hacerlo si, no logramos coordinar esfuerzos en el desarrollo de los grandes proyectos industriales.

En cuanto a proyectos e iniciativas, sería útil avanzar en el mercado europeo de equipos de defensa y deberá estudiarse y, a medio plazo, eventualmente articular, un fondo común de inversión para I+D en Defensa que permita un avance equilibrado.

Más importante es la capacidad de respuesta rápida. A fin de cuentas, y como decía el general MacArthur, demasiado tarde es lo que determinará nuestro fracaso en el exterior. Europa cuenta con las Agrupaciones Tácticas de Combate, los *battlegroups*.

Es verdad que no se han utilizado hasta la fecha, y que hay un gran interrogante sobre la posibilidad de desplegarlos en esos cinco más diez días de los que se habla en el concepto (o que por lo menos tengan la capacidad inicial en el teatro de operaciones). Es verdad también que no han sido probados, y que ello ha desembocado en un debate sobre el sentido de estos *battlegroups* y sobre la oportunidad de mantenerlos; también se están registrando problemas para cubrir las sucesivas rotaciones y lograr mantener dos *battlegroups* preparados simultáneamente en turnos de seis meses. Pese a todo, yo considero que las estructuras y las fuerzas están para ser utilizadas cuando sea necesario y cuando las circunstancias así lo aconsejen.

¿Se pueden mejorar algo? Probablemente sí. Quizás sería bueno contar con un sistema de certificación europeo y no sólo de carácter nacional, algo que existe por ejemplo en la Alianza Atlántica con la NRF.

En segundo lugar, haría falta facilitar las estructuras de mando y control. Cada uno de los *battlegroups* tiene que aportar también su propio cuartel general y eso supone una gran dificultad añadida. Para solucionarlo habría una solución relativamente fácil: el uso del Centro de Operaciones (OpsCen), que existe dentro del Estado Mayor de la Unión Europea, como Cuartel General preferido. Esta opción sería viable si se incrementaran ligeramente los efectivos actuales y se flexibilizara el procedimiento de activación (hoy sometida a decisión *ad hoc* del Consejo).

Y finalmente, hay un último problema y es el de la financiación común. El principio en la Unión Europea es que, como dicen los ingleses *costs lie where they fall*, o lo que es lo mismo, el que genera el gasto lo asume. Cuando se habla de una responsabilidad de la Unión Europea, parece poco lógico que, salvo unos gastos comunes (apenas el 10% de los gastos totales de las operaciones), el peso del coste recaiga fundamen-

talmente en los Estados miembros que se muestran más generosos en el envío de sus Fuerzas Armadas y los correspondientes medios y también capacidades.

Por lo tanto, también ahí hay un campo en el que debería seguir desarrollándose la reflexión y en el que probablemente todos deberíamos hacer mayores esfuerzos.

Dicho esto, quizás la carencia más importante de la Unión Europea hoy sea la de una estructura clara de mando y control. Y digo clara, porque hasta el momento se han realizado operaciones militares, pero se han utilizado soluciones no europeas: el recurso a los mecanismos de «Berlín Plus» de la OTAN y el uso de cuarteles generales nacionales.

Los mecanismos de «Berlín Plus», establecidos con la OTAN en el año 2003, han permitido el acceso de la Unión Europea a sus capacidades de planeamiento; de mando y control, y de algunos medios (transporte estratégico), en las operaciones *Concordia* en la antigua República Yugoslava de Macedonia y *Althea* en Bosnia-Herzegovina.

Sin embargo, en el estadio actual de desarrollo de la PCSD, parece poco apropiado que la Unión Europea tenga que depender de las capacidades que le preste la OTAN, y personalmente creo que esta opción, definida y utilizada cuando la PESD echaba a andar, no volverá a utilizarse.

También se ha recurrido a alguno de los Cuarteles Generales nacionales predefinidos, de los que hasta el momento se han utilizado tres: el francés, en Mont Valérien, en varias ocasiones; el alemán, en Potsdam, una vez (EUFOR República Democrática del Congo), y finalmente Northwood, para la operación EUNAVFOR *Atalanta* en curso. El uso de este último reviste una importancia especial, pues ha marcado la verdadera implicación de Reino Unido en la PESD.

Pero, insisto, ninguna de estas dos soluciones es plenamente satisfactoria. Una por desfasada y otra por complicada. El uso *ad hoc* de estructuras nacionales provoca grandes problemas: primero, de aportación de personal de aumento de los Estados miembros y segundo, de ausencia de una cultura de trabajo conjunto conforme a los procedimientos de la Unión Europea. Hay que reconocer que uno de los grandes logros de la estructura de mandos de la OTAN ha sido, precisamente, el haber creado una verdadera cultura de trabajo conjunto de las Fuerzas Armadas de todos los aliados. La Unión Europea necesita, pues, un cuartel

general, no sólo para actuar sino para asegurar que las Fuerzas Armadas no tengan que improvisar cada vez que se lanza una operación.

Y, finalmente, se cuenta con el centro de operaciones, aunque por su limitación, sólo podría ser activado –previa decisión del Consejo– para operaciones de un número de efectivos no superior al de un *battlegroup*.

Todas estas capacidades tienen, además, que ser capaces de trabajar juntos y ello se consigue a través de la formación, en las academias militares y en la realización de ejercicios conjuntos. En cuanto a la formación, es especialmente relevante lo que se ha dado en denominar el «Erasmus Militar», un proyecto del que España ha sido pionera y que sería bueno se consolidara en el futuro.

Durante el desarrollo del *MILEX 08*, cuyo Cuartel General de la fuerza se estableció en Bétera, se constató de que los militares de los países europeos no entendían bien el proceso de toma de decisiones, las instituciones participantes, etc. Es cierto que los procedimientos de la Unión son complejos, distintos de los de la Alianza Atlántica y, también por ello es preciso que, desde las Academias, empiecen a familiarizarse con lo que es esta PESD.

También los ejercicios son esenciales para poder trabajar juntos. El ejercicio *Azor* de helicópteros, que organizó España durante la Presidencia española de la Unión Europea es un buen ejemplo de cómo debemos proceder en el futuro; con formatos amplios que permitan la participación de terceros Estados dispuestos a contribuir a las operaciones PCSD.

Les decía también al principio que, además del entramado institucional, de los procedimientos y de las capacidades, es preciso asegurar la coordinación y el uso óptimo de todos los medios disponibles, o lo que es lo mismo, lograr el Enfoque Global o Integral. En la Unión Europea queda aún mucho por hacer en este campo: tanto a nivel interno –institucional, de capacidades y de las diferentes políticas–, como externo, con otras organizaciones o actores que se encuentren en los mismos escenarios de conflicto.

A nivel interno e institucional, la desaparición de los pilares, la figura reforzada del alto representante, el establecimiento del Servicio Europeo de Acción Exterior, así como la incorporación a este último de las estructuras de gestión de crisis –la Dirección de Planeamiento de Gestión de Crisis (CMPD); la Capacidad de Planeamiento y Conducción Civil

(CPCC), el Estado Mayor de la Unión Europea (EUMS)– son elementos esenciales en el progreso de la Unión hacia ese enfoque integral.

También la cooperación e interacción cívico-militar debe seguir mejorando. El caso de Somalia es paradigmático. Se ha puesto en marcha una operación militar, EUNAVFOR *Atalanta*, en las aguas frente a las costas de dicho país, pero con ello se ataca únicamente el síntoma de la enfermedad. Por eso, la Unión Europea ha abordado el problema desde todos los ámbitos: el desarrollo de capacidades judiciales y penitenciarias regionales, ayuda al desarrollo, formación y entrenamiento de las Fuerzas de Seguridad somalíes con la misión EUTM en Somalia... Se ha marcado el rumbo futuro de la acción exterior de la Unión Europea y las lecciones aprendidas que puedan extraerse permitirán seguir mejorando los resultados.

Y aunque el éxito no sea una cuestión aritmética, sólo si se trabaja coordinadamente en todos los frentes y con todos los medios disponibles, lograremos acercarnos al mismo y asegurar una estrategia de salida de los teatros de operaciones.

En cuanto a las políticas, una vez desaparecidos los «pilares», y mejorado –al menos jurídicamente– la relación interinstitucional, deberían experimentar una mayor coherencia y abordar todas las dimensiones de los problemas.

En cuanto a las capacidades y el enfoque global, en situaciones de emergencia o catástrofe, la Unión Europea debe ser capaz de movilizar los medios y capacidades necesarias, incluidas las militares, y articular unos mecanismos de coordinación y de financiación adecuados.

En el año 2006, los mecanismos de coordinación de crisis intentaron garantizar un proceso de decisión rápido y una coordinación adecuada de las contribuciones de los Estados miembros. Pero la entrada en vigor del Tratado de Lisboa, con el nuevo marco institucional y, sobre todo, la cláusula de solidaridad, hace ahora necesario volver a plantear también la cuestión.

Por otra parte, la Unión Europea no es el único actor internacional capaz de contribuir a la solución de los conflictos o de paliar los efectos de las crisis.

Con la Alianza Atlántica la Unión está trabajando cada vez más, y resulta difícil concebir un escenario en el futuro en el que las dos no estén pre-

sentos. La cooperación es, pues, obligada. «Berlín Plus» es el pasado, es un marco que ha sido útil, pero que está superado y es claramente insuficiente.

A pesar de su juventud, la Europa de la Seguridad y la Defensa ha demostrado su capacidad y ya no necesita recurrir a los medios y capacidades de la Alianza. Además, cuando nació «Berlín Plus», se partía del principio de que la Unión Europea no estaría en un teatro de operaciones donde la OTAN estuviera desplegada. Afganistán, Kosovo y las aguas frente a las costas de Somalia han roto con ese principio, y cada vez más nos encontraremos en los mismos lugares, ya sea con sendas operaciones militares –como en las aguas frente a las costas de Somalia–, ya sea con una operación militar una –Fuerza Multinacional (KFOR) de la OTAN o ISAF– y civil la otra –Misión por el Estado de Derecho en Kosovo o Misión de Policía de la Unión Europea en Afganistán. Necesitamos trabajar juntos, desde luego para asegurar los mejores resultados posibles, pero también, porque de ello depende la seguridad de los hombres y mujeres desplegados allí, especialmente cuando una misión civil que se desarrolla simultáneamente a una operación militar en un entorno de seguridad muy volátil, como es el caso de Afganistán.

«Berlín Plus» no sirve para esta cooperación, y tampoco parece adecuado seguir articulando soluciones *ad hoc* sobre el terreno. Quizás una de las cuestiones pendientes más importantes en las relaciones Unión Europea-OTAN sea precisamente la articulación de unos mecanismos escritos que permitan en el teatro de operaciones que militares y civiles trabajen juntos, y sobre todo que se aporten las capacidades y los medios que unos necesitan y los otros tienen.

También la Unión Europea y la OTAN deben consolidar la cooperación militar-militar. Las capacidades nacionales son las mismas para todos: ONU, Unión Europea y OTAN, y, especialmente en un contexto de crisis económica como el actual, debe asegurarse un uso óptimo de las mismas. Los esfuerzos que Unión Europea y OTAN despliegan actualmente en aras de la seguridad de las aguas frente a las costas de Somalia demuestran que es posible trabajar de forma armoniosa, sin necesidad de lanzar operaciones paralelas. EUNAVFOR *Atalanta* y los Grupos Marítimos Permanentes de la Alianza están realizando una importante contribución a la seguridad de la mar. Probablemente haya margen para mejoras, especialmente el diseño de mecanismos operativos escritos para asegurar la eficacia, pero, constituye un buen punto de partida para el futuro.

Con Naciones Unidas, la Unión Europea trabaja muy bien. Ha sabido responder con celeridad y flexibilidad a las peticiones de la ONU y la cooperación ha sido un éxito.

El 31 de agosto de 2004 el entonces secretario general, Kofi Annan, asistió al Consejo de Asuntos Generales y Relaciones Exteriores extraordinario de la Unión Europea para solicitar medios y capacidades de la Unión Europea para ampliar la Fuerza Provisional de Naciones Unidas (FINUL), la misión establecida en Líbano. Y la Unión Europea respondió de forma inmediata, sin establecer una operación PESD en paralelo. España, Francia, Italia, y otros, respondieron de forma inmediata ante la grave situación que se vivía en Líbano y pusieron a disposición de la ONU los efectivos, medios y capacidades necesarios.

En otras ocasiones, la Unión Europea ha lanzado operaciones propias a fin de completar temporalmente los esfuerzos de la ONU o para reforzarlos en ocasiones puntuales. Así, en el año 2003, Naciones Unidas pidió a la Unión Europea que aportara efectivos adicionales en la República Democrática del Congo, tras las masacres ocurridas en Bunia, en la región de Ituri mientras generaba y desplegaba las fuerzas suficientes para controlar la situación. Y la Unión Europea puso en marcha la operación *Artemis*. También lo hizo más recientemente con EUFOR Chad/República Centroafricana, en la frontera entre ambos países durante 12 meses. Y se reforzó a la MONUC, de nuevo en la República Democrática del Congo, con ocasión de los comicios del año 2006, mediante el lanzamiento de la operación EUFOR República Democrática del Congo.

Este modelo de cooperación ha demostrado ser ya un éxito y tiene el valor añadido de aprovechar la interoperabilidad y la existencia de una doctrina conjunta.

Quo vadis

Hoy no hay amenaza ni lo suficientemente pequeña, ni demasiado lejana. Tampoco soluciones fáciles y rápidas a los conflictos y siempre serán políticas, por más que en ocasiones haya de recurrirse a la intervención militar.

Sobre los principios que deberían presidir las decisiones sobre el uso de la fuerza, los propuestos por la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía Estatal, creada por Canadá en el año 2000 y cuyo Infor-

me se publicó en diciembre de 2001, podrían ser una buena referencia. De acuerdo con el mismo, el uso de la fuerza debería, respetar los principios siguientes: decisión adoptada por la autoridad correcta, justa causa, intención correcta, último recurso, medios proporcionados y perspectivas razonables. Es preciso que exista legitimidad en las intervenciones y que éstas se enmarquen en la legalidad internacional.

El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas tiene una responsabilidad fundamental, es la autoridad correcta e idealmente debería ser la única que decidiera las intervenciones en los conflictos. La Carta de Naciones Unidas debe ser leída con nuevos ojos, de modo que el Consejo de Seguridad debe no sólo interpretar generosamente el significado de su función de «tratar aquellas cuestiones que constituyan una amenaza para la paz y la seguridad internacionales», sino también asumir la responsabilidad de proteger. Moralidad (18) y legalidad deben ser las dos caras de una misma moneda en toda intervención.

Y las decisiones deben ser adoptadas como se debe, sin prisa pero sin pausa. No cabe duda de que cuando hay una decidida voluntad política, los procedimientos se aceleran por sí solos, la generación de fuerzas resulta más sencilla y los tiempos pueden reducirse, pero el planeamiento de las operaciones –más ahora cuando la actuación militar debe enmarcarse en una estrategia integral– no debe improvisarse. El análisis de la situación sobre el terreno, de los riesgos y amenazas, la determinación de los apoyos existentes y, en función de ellos, del objetivo final deseado no puede realizarse de la noche a la mañana. Y a ello hay que añadir que los escenarios de conflicto suelen presentar un sinfín de problemas básicos, entre los que abundan: ausencia de carreteras, pistas de aterrizaje, electricidad, comunicaciones; los alimentos y el agua potable es escasa y apenas alcanzan para cubrir las necesidades de las poblaciones locales. De ahí la necesidad de no confundir los plazos de preparación indispensables con retrasos injustificados en la actuación.

Por otra parte, cuando el uso de la fuerza sea necesario, éste deberá enmarcarse en una estrategia integral, capaz de dar respuesta a las necesidades sobre el terreno. No sólo se trata de poner fin a la violencia, sino de sentar las bases para que no se reproduzca, lo que implica el establecimiento de estados viables en todos los campos. La redacción

(18) «Cualidad de las acciones humanas que las hace buenas», *Diccionario de la Real Academia Española*.

de esta estrategia presenta numerosos desafíos por el complejo entramado institucional a nivel tanto internacional como nacional. A ello hay que añadir las dificultades sobre el terreno cuando existe un entorno de seguridad muy deteriorado o volátil, en cuyo caso, los medios y capacidades militares habrán de asumir, además de las tareas habituales en este tipo de escenarios, otras adicionales como la protección de los actores no militares desplegados sobre el terreno. La articulación de mecanismos de cooperación no está exenta de complicaciones, como lo demuestran los casos de Afganistán entre ISAF y EUPOL, y, en menor medida, en Kosovo entre KFOR y EULEX.

Por otra parte, si como parece deducirse de la casuística reciente, los conflictos –y por ende las amenazas– surgirán con mayor probabilidad en «Estados fallidos» o en dictaduras en descomposición, una vez restaurado el orden, las Fuerzas Armadas seguirán teniendo un papel importante que desempeñar en el periodo de posconflicto. Además de la continuación temporal de su misión como garantes iniciales de la seguridad y el orden público (en tanto en cuanto no existan estructuras locales capaces de hacerlo), las Fuerzas Armadas pueden contribuir de forma eficaz a los procesos de desarme (mientras que la desmovilización y la reinserción pueden ser llevados a cabo por organismos civiles) y a la reforma del sector de seguridad, y, por la tanto, al establecimiento y consolidación del Estado de Derecho. Ejemplos de ello son EUFOR *Althea*, KFOR, MONUC-MONUSCO-EUSEC y UNIFIL.

Y la responsabilidad habrá de ser ejercida cada vez por más actores. Con independencia de la organización que ejerza el liderazgo:

«Hay momentos en la Historia en que los asuntos de uno se convierten en los asuntos de todos, cuando la vida o la muerte depende de una elección que nadie con vida puede evitar hacer. Estos momentos ocurren raramente en la Historia, momentos de decisiones inevitables, pero éste es uno de ellos.»

Corría el año 1941 cuando la periodista Dorothy Thompson pronunció estas palabras.

«Lo excepcional ayer, se ha convertido en la norma hoy.»

CAPÍTULO CUARTO

HÉROES O VILLANOS. LA TRANSFORMACION EN LAS FUERZAS ARMADAS

HÉROES O VILLANOS. LA TRANSFORMACION EN LAS FUERZAS ARMADAS

Por JUAN ANTONIO MOLINER GONZÁLEZ

Introducción

Definitivamente héroes. Sólo así se puede calificar a los militares españoles que han dado su vida lejos de España en las misiones de paz. Esos hombres y mujeres, que han fallecido cumpliendo su deber en operaciones de mantenimiento de la paz lejos de la Patria y alcanzaban la cifra de 165 en noviembre de 2011, son el ejemplo heroico de la transformación experimentada (muchas veces con sacrificio, a veces con sufrimiento) por nuestros Ejércitos y Armada. Esos militares, al igual que muchos otros heridos y mutilados, estaban convencidos de que la misión ordenada era justa y eran plenamente conscientes de que cumpliendo con su deber y las órdenes recibidas, podían entregar su vida en defensa de la seguridad de los españoles, aunque fuera a muchos kilómetros de distancia de su tierra. Esa entrega final supone un acto heroico. Por eso, aunque no sean ilustres conocidos, siguen siendo héroes. Como lo son otros que seguirán arriesgando su vida con toda honorabilidad en las guerras, conflictos y misiones de mantenimiento de la paz en que se vean comprometidos.

Y también lo son todos los seres humanos que arriesgan sus vidas para proteger o auxiliar a otros. Entre ellos hay muchos ciudadanos y no todos son militares. Pero los militares han sido por tradición, y quieren

seguir siendo, punta de lanza de ese grupo de ciudadanos, de servidores públicos (1) con uniforme militar que han hecho de las armas los instrumentos de su oficio, con una permanente vocación de heroicidad.

Cuando pensábamos que avanzaríamos hacia la desaparición de las guerras y las luchas armadas, tras el fin de la guerra fría, la humanidad continúa afrontando conflictos bélicos en casi todos los ámbitos geográficos.

En el pueblo descansa la soberanía nacional y de él emanan los poderes del Estado, actor básico, aislado o en el marco de organizaciones internacionales, que tiene la competencia exclusiva sobre la Defensa en nuestro mundo occidental. La Defensa, aunque va siendo progresivamente incluida en el concepto más amplio de seguridad, implica la utilización de la fuerza militar. Que a su vez requiere de la existencia de ejércitos. Ejércitos que no desean ni promueven las guerras y que como institución, en las sociedades occidentales como España, están comprometidos solidariamente al servicio de la paz, la libertad, la justicia y la democracia.

Éstos son los valores sobre los que se asienta hoy en día la seguridad y que es necesario remarcar, pues, como punto de partida, constituyen los principios éticos esenciales que deben guiar la actuación de los militares españoles, junto a la inviolable dignidad de la persona humana (2).

Volviendo a ese concepto tan dinámico de la seguridad, se observa que también ha sufrido una profunda transformación en el pasado reciente y hoy ha ampliado notablemente su campo de aplicación. Desde unas concepciones iniciales en las que era el Estado el único actor de referencia y donde se identificaba la Defensa con la Seguridad Nacional y éstas a su vez con las capacidades militares, se ha ido transitando hacia un concepto expansivo y multipolar de seguridad, que influye en cada vez mayores ámbitos de nuestra vida social y donde se engloba no sólo la Defensa a través de los medios militares, sino que incluye muy diferentes capacidades civiles, llegándose en algunos casos a hablar de una seguridad integral que incluiría la Defensa, además del desarrollo, los derechos humanos y la democracia.

(1) *Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas*, artículo 5, Real Decreto 96/2009, 6 de febrero de 2009.

(2) *Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas*, artículo 15, Real Decreto 96/2009, 6 de febrero de 2009.

En todo caso, sigue siendo un concepto de difícil precisión, con diferentes concepciones doctrinales y académicas, por no mencionar que incluso con diferencias culturales, pues muy probablemente lo que interpreta como seguridad un europeo no es lo mismo que lo que requiere para sí un africano. La seguridad hoy no se consigue normalmente a través del tipo de guerras gloriosas del pasado, pero sigue necesitando acciones heroicas en el presente.

Tampoco se puede pasar por alto la creciente sensación de que la soberanía nacional está evolucionando desde posiciones de respeto absoluto en los asuntos internos del Estado soberano, hacia concepciones –Responsabilidad de Proteger (R2P), asistencia humanitaria, intervención humanitaria–, donde diferentes tipos de intervención externa, reduciendo el respeto a la soberanía estatal, se abren camino de la mano del respeto a los derechos humanos esenciales:

«Para convertirse (esa soberanía estatal) en algo menos importante, y las normas internacionales adquieren cada vez más legitimidad, poder y status» (3).

Esa responsabilidad de proteger es la que ha invocado el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, por ejemplo, en el caso del dictador libio Gadafi, al ejercer el poder de forma tiránica y masacrar a su propio pueblo cuando éste demandó libertad y reformas sociales.

Por todo esto, algunos elementos que habían pasado desapercibidos o con una limitada influencia en el análisis del devenir de los conflictos, alcanzan ahora consideración de esenciales. Pueden citarse, sin que la relación sea exhaustiva: la relación de las Fuerzas Armadas con la sociedad; su organización y las estrategias que la guían; la legitimidad y no sólo la legalidad de la causa; la extraordinaria influencia de la opinión pública en la política de seguridad y defensa como política de Estado y la consecuente necesidad de explicar esta claramente a los ciudadanos.

Las Fuerzas Armadas son las de la sociedad en la que están, con su cultura, y en la que se desarrollan, en cada contexto histórico, unas interrelaciones sistémicas y complejas. A diferencia de los países subdesarrollados, donde las Fuerzas Armadas suelen estar ligadas a estructuras sociales concretas y particulares: una etnia, una religión, un territorio, etc., y no al Estado en su conjunto, en las democracias occidentales los

(3) MATLARY, Janne: *Derechos Humanos depredados*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 2008.

ejércitos responden a una política de defensa que, como auténtica política pública para el funcionamiento global del Estado, está al servicio de todos los ciudadanos.

Esa política de defensa a la que contribuyen las Fuerzas Armadas está a disposición de los nacionales de dentro y de fuera de las fronteras. Es la idea apuntada por Javier Solana con ocasión del premio extraordinario Defensa recibido en noviembre de 2010, al indicar que el objetivo de todas las misiones de mantenimiento de la paz es «abrir un espacio funcional para la política» (4) y para que ésta promueva y alcance la paz.

Del mismo modo, la legalidad y la legitimidad se convierten en objeto de conflicto, en instrumento en cuyos ámbitos y concepciones se lucha para alcanzar la victoria o para imponer la paz, lo que plantea, o puede plantear, dudas al militar que como ser humano dotado de conciencia moral tiene que estar imbuido de la justicia de su causa.

Nuestro mundo globalizado permite que la información y las redes de comunicación global alcancen en tiempo real todos los públicos y confines del planeta. Así, es una realidad la apertura de la información y los medios de comunicación a los teatros de operaciones y la consecuencia es la gran influencia que tienen los hechos que en ellos suceden, y como nos los cuentan, en las opiniones públicas, sobre todo aunque no sólo, de las democracias occidentales. Y de aquéllas en las elecciones, esencia de nuestro sistema democrático representativo para acceder al poder político con la legítima ambición de desarrollar unas determinadas políticas diferentes de otras, aunque es en las de seguridad y defensa donde los elementos de estabilidad deberían ser más numerosos, diríase que mayoritarios.

El presente capítulo, en el marco del esfuerzo conjunto de este grupo de trabajo de civiles y militares, intenta colaborar en la comprensión (y ya se anticipa que la necesidad) de la transformación permanente de las Fuerzas Armadas en nuestra Sociedad, para adaptarse a la tarea de contribuir a esa seguridad integral, que al final redundará en la seguridad de los ciudadanos y, en definitiva, en la seguridad del ser humano.

Aunque se pueda argumentar sobre la existencia, como concepto, de los paradigmas y su mayor o menor perdurabilidad, lo cierto es que los cambios habidos en el paradigma (arquetipo o modelo ideal) de la segu-

(4) SOLANA, Javier: *Revista Española de Defensa*, número 257, noviembre de 2009.

ridad, en el estratégico, pero también en el paradigma doctrinal y en el de la organización de los ejércitos, han producido, en fin, cambios en el paradigma de la profesión militar y del profesional de la milicia.

Como consecuencia, los ejércitos, que son los que utilizan, y han de continuar utilizando, sus capacidades militares mediante el empleo de la fuerza militar de que disponen y siguiendo las doctrinas y procedimientos que les son específicos, no han tenido más remedio que adaptarse al compás de los cambios sociales y culturales.

Pero, sobre todo, se pretende apuntar como también se tiene que transformar el espíritu y la disposición moral de los militares para afrontar con su tradicional disposición de sacrificio y entrega, los nuevos caminos del héroe, a veces por algunos malinterpretado villano, en estos tiempos de mutación y cambio.

Estrategias y discursos estratégicos

Actualmente la estrategia abarca más allá del ámbito militar y se ha generalizado su aplicación de forma utilitarista a cualquier actividad social, desarrollándose discursos estratégicos que emplean conceptos y términos anteriormente limitados al campo de la estrategia militar original.

Aunque es difícil partir de una concepción de estrategia, dadas las diversas interpretaciones de este concepto y lo complejo de delimitar el término, hoy en día avanzan las que consideran a la estrategia como un proceso instrumental, como una herramienta conceptual con la finalidad de alcanzar unos determinados objetivos, y no sólo en el campo militar.

Se plantea en el complejo mundo global de nuestros días el concepto de «desconcierto estratégico», pero se siguen desarrollando (quizás por ello) Estrategias de Seguridad, como la recientemente aprobada Estrategia Española de Seguridad en España. En ellas se recogen escenarios y actores, riesgos y amenazas, intereses y valores, objetivos y medios (todos ellos elementos que forman parte de los diferentes tipos de estrategias), con mucha mayor amplitud que en las Estrategias de Defensa y por supuesto, que en las Estrategias Militares, que han dejado no ya de ser las únicas, sino las principales.

Precisamente, un hecho que nos indica que el cambio y la mutación en estos comienzos del siglo XXI es enorme, que hay una gran necesidad de

adaptarse y afrontar los nuevos riesgos y amenazas aparecidos y emergentes, se advierte en la profusión en los últimos tiempos de estrategias de seguridad, de estrategias de defensa, incluyendo las militares, y de otras estrategias sectoriales. Tanto los Estados, como las organizaciones internacionales con funciones en la Seguridad y la Defensa, han sentido recientemente esa necesidad de ajustarse a los cambios y los nuevos desarrollos, a veces tremendamente acelerados, de nuestro mundo global y de aquí los nuevos discursos estratégicos y las nuevas estrategias.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial y de forma acelerada a finales del siglo XX, predomina la tendencia en la que los sujetos estratégicos buscan la seguridad a través de estructuras comunes internacionales, regionales y subregionales, adaptando los esfuerzos individuales, independientes y estrictamente nacionales a los marcos supraestatales, donde también hay que incluir las coaliciones de intereses, dado que nuestro mundo está irrevocablemente interconectado.

Esa especialización de las estrategias y la búsqueda colectiva de la seguridad, ha producido que no sólo los países, sino también las organizaciones colectivas de seguridad y defensa, adapten e implementen documentos que tienen en cuenta las nuevas tendencias estratégicas y que implican un cambio de paradigma.

Repasemos brevemente las más recientes de algunos países de «nuestro entorno estratégico»:

- En junio de 2008 el presidente francés presentó el: Libro Blanco francés sobre Defensa y Seguridad Nacional (5). Con una perspectiva de 15 años, redefine la Defensa y Seguridad Nacional incluyendo como los medios militares y civiles habrán de afrontar todo el espectro de riesgos y amenazas.
- El presidente de la Federación Rusa aprobó el 12 de mayo de 2009: La Estrategia de Seguridad Nacional de la Federación Rusa hasta 2020 (6). En lo que se refiere a la Defensa Nacional y las Fuerzas Armadas, pretende ser la base de la revisión de la Doctrina Militar rusa y establece la necesidad de una reestructuración, optimización y desarrollo de las estructuras y organizaciones militares, incluyendo el sistema de gestión de personal y el desarrollo de la industria de defensa.

(5) *The French White Paper on defence and national security*, junio de 2008.

(6) *The Russian Federation National Security Strategy through 2020. Presidential Edict*, número 537, 12 de mayo de 2009.

- Estados Unidos hizo pública su nueva Estrategia de Seguridad Nacional el 27 de mayo de 2010 (7) sustituyendo a la anterior de 2006. Basada en un enfoque global, pretende que diplomacia, defensa y desarrollo (las tres *D,s*) coordinen sus recursos para la defensa y promoción de los intereses de seguridad de Estados Unidos. En febrero de 2011, el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor de Estados Unidos emitía la Estrategia Militar Nacional de Estados Unidos (8). Reconociendo como el mayor activo estratégico unos ejércitos formados totalmente por voluntarios, reconoce la necesidad de encontrar formas innovativas y asequibles para obtener todas las capacidades necesarias para completar esta estrategia.
- El Reino Unido publicó en octubre de 2010 su Estrategia de Seguridad Nacional y una Revisión de la Estrategia de Defensa y Seguridad (9). En ellas, además de avanzar el carácter futuro de los conflictos y otras consideraciones, establece un nuevo enfoque en las doctrinas, organización y empleo de las Fuerzas Armadas, en el desarrollo de capacidades y equipamientos y en las futuras tareas a desarrollar con el horizonte del año 2010.
- Finalmente, hemos de mencionar a España, pues el 24 de junio de 2011, el Consejo de Ministros aprobaba por primera vez en nuestro país la Estrategia Española de Seguridad (10). En ella la Defensa se inserta en el marco más amplio de la seguridad y se reconoce la necesidad de respuestas interactivas civiles y militares. Se otorga un papel relevante a los Ejércitos y Armada para hacer frente a los diversos riesgos y amenazas, y se enfatiza la importancia de la prevención de conflictos y la necesidad de que las Fuerzas Armadas estén adecuadamente instruidas y equipadas ante la eventual necesidad de tener que recurrir al uso de la fuerza. Muchas de esas concepciones se adelantaban en el Documento del Estado Mayor de la Defensa: «La fuerza conjunta ante los retos del futuro» (11) que analiza el entorno estratégico mundial heterogéneo y cambiante.

(7) *National Security Strategy*, President of the United States, mayo de 2010.

(8) «The National Military Strategy of the United States of America», *Redefining America's Military Leadership*, Washington, D.C., 8 de febrero de 2011.

(9) *A strong Britain in an Age of Uncertainty: The National Security Strategy* y *Securing Britain in an Age of Uncertainty: The Strategic Defence and Security Review*, HM Government, octubre de 2010.

(10) Estrategia Española de Seguridad: «Una responsabilidad de todos», aprobada por acuerdo de Consejo de Ministros de 24 de junio de 2011.

(11) «La fuerza conjunta ante los retos del futuro. Preparándonos para las operaciones hasta el 2030», Estado Mayor de la Defensa, septiembre de 2009.

En cualquier caso, España tiene un compromiso estratégico, que hay que ajustar en cada momento a las circunstancias económicas y de todo tipo, de acuerdo con sus responsabilidades solidariamente adquiridas y su peso específico en la escena mundial, y ello le obliga a participar en misiones de paz y a colaborar en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacional.

Conviene también realizar un breve repaso, como se ha indicado, a las estrategias de las organizaciones multinacionales de seguridad y defensa. Entre ellas y aunque es mucho más que una organización de seguridad y defensa, la Unión Europea se encuentra en la necesidad de reformular el interés global europeo y por ello aprueba su estrategia en el año 2003, revisándola en el año 2008 y proponiendo, por primera vez, un concepto integral de la seguridad. Sin embargo, después de una época de cierta ambición estratégica que llevó a la Unión a levantar toda una serie de estructuras civiles y militares de planeamiento, incluida una Agencia Europea de Defensa y a poner en marcha 24 operaciones civiles y militares, ahora, cuando se ha aprobado el Tratado de Lisboa y los instrumentos con que cuenta Europa para dejar oír su voz en el mundo son los más adecuados, se pone en duda el futuro estratégico de Europa. Y no sólo por la profunda crisis económica y financiera que atraviesa.

Con la crisis económica, o quizá por ella, el aislamiento y encerramiento en sí mismo de los países europeos agrava los problemas estructurales que exigen reconsiderar la soberanía nacional y la regla de la unanimidad, y se produce una renuncia a la ambición colectiva, esto es, estratégica, que debe afrontar la Unión Europea poniendo en valor la modernidad del proyecto político europeo y la relevancia de Europa, no sólo como polo de influencia en la globalización, sino como espacio político donde se defienden y promueven determinados valores asociados a la libertad, la democracia y los derechos humanos que se consideran irrenunciables.

La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), por su parte, acuerda su nuevo Concepto Estratégico en 2010. En él se promueven unas Fuerzas Armadas más flexibles, desplegables y sostenibles e introduce la creación de capacidades civiles «apropiadas pero modestas», intentando maximizar la coherencia y eficacia del esfuerzo internacional en este campo. Actualiza y adapta, con una visión moderna y flexible, las amenazas emergentes y la necesidad de hacer frente de forma eficiente

a las crisis, planteando de forma decisiva el Enfoque Integral (*Comprehensive Approach*), que es el paradigma estratégico considerado más actual para hacer frente a las operaciones de gestión de crisis.

El problema de la transformación se considera en tal medida, que la propia Alianza Atlántica mantiene en su nueva estructura, reformada en junio de 2011, la denominación de uno de sus dos mandos supremos como el de «Transformación».

Vemos, pues, como se siguen produciendo esas adaptaciones estratégicas, ese cambio en el paradigma de la seguridad, cuya razón última hay que buscarla en la evolución de los riesgos y las amenazas. La naturaleza de las amenazas que deben enfrentar los ejércitos cambia, también las respuestas cambian. La búsqueda de alternativas pacíficas a los conflictos es un esfuerzo que debe ser impulsado, de igual modo que hoy día es absolutamente necesaria no sólo la legalidad, sino imprescindible la legitimidad cuando la fuerza tiene que ser empleada.

Además, suele ocurrir que hay más retos que recursos, por lo que, en ocasiones, hay que renunciar ante importantes desafíos y realizar esfuerzos de priorización para atender los compromisos adquiridos y los que surgen de forma imprevista. Por otro lado, aunque persisten riesgos nacionales, de diferente naturaleza según los países, y que no se pueden desdeñar, otros riesgos se convierten en desafíos transnacionales a la seguridad de los Estados. El terrorismo, la proliferación de armas, las vulnerabilidades energéticas o los ataques cibernéticos son ejemplos de amenazas transnacionales a las que es necesario afrontar en cada momento, con determinación y teniendo en cuenta sus condiciones específicas, haciendo énfasis no sólo en las tradicionales ideas de la prevención, la disuasión y la defensa, sino introduciendo y enfatizando nuevos elementos como la *resiliencia* o resistencia adaptativa (12).

Esta noción novedosa, mezcla de capacidad de recuperación, resistencia y elasticidad, es la capacidad de asumir con flexibilidad situaciones límites y sobreponerse a ellas, y también se emplea en las relaciones geoestratégicas de nuestro mundo global al referirse a esta nueva disposición ante los retos, riesgos y amenazas a afrontar.

(12) GÓMEZ DE ÁGREDÁ, Ángel: «Globalización y resistencia adaptativa», *Boletín de Información del CESEDEN*, número 316, Madrid, 2010.

Elemento esencial en los discursos estratégicos, y que aún permanece, ha sido el concepto de disuasión, también en proceso de revisión y cambio. La tradicional «disuasión por represalia» que alcanzo su máximo exponente con la disuasión nuclear tras la Segunda Guerra Mundial durante la guerra fría, no está ya a la orden del día. Esa paz fría alcanzada con la disuasión producida por la «destrucción masiva», no funciona en nuestra época. Ante las nuevas amenazas estratégicas, a los actores no estatales que las ejercen y con las que influyen en los problemas globales, no se les disuade con la represalia, pues los terroristas de Al Qaeda, los piratas en el Índico, los criminales transnacionales, o simplemente los *hackers*, no son Estados tradicionales y no se dejan disuadir. En este contexto va surgiendo progresivamente el concepto de «disuasión por negación», en el que podrían entrar, por citar algún ejemplo, la ciberdefensa (13) o los nuevos sistemas de defensa antimisiles.

Todo esto nos lleva a considerar que se va imponiendo una reflexión estratégica en la que la noción de defensa no es algo aislado y debe asociarse, inevitablemente, a otros conceptos que se desarrollan al ampliarse el de seguridad. Así, se hace prospectiva de futuro planteando incluso cambios en las denominaciones, pero que son realmente transformaciones conceptuales. ¿Llegaremos algún día a ver Ministerios de Seguridad y Defensa o Ministerios de Defensa, Desarrollo y Diplomacia?

Al final, los cambios que se van produciendo no sólo condicionan el modelo de Fuerzas Armadas, sino que nos obligan a considerar que los medios militares, los Ejércitos y Armadas, la defensa en su sentido tradicional, tampoco son ya, en muchas ocasiones, los principales instrumentos a la hora de plantear la seguridad. Así, emergen otras herramientas como los programas de reconstrucción, el fomento de las medidas de desarme, la no proliferación de determinados sistemas de armas o incluso la diplomacia y el desarrollo, y por tanto los ejércitos deben adaptarse y transformarse a estas nuevas realidades. Pero en todo caso, las Fuerzas Armadas y los militares que las componen no pueden perder el norte de su imprescindible papel de punta de lanza en la Defensa Militar.

(13) Muestra de la enorme importancia que se da a esta amenaza es la reciente «Estrategia Internacional para el Ciberespacio» de Estados Unidos de Norteamérica, publicada en mayo de 2011.

Organización de los ejércitos. ¿Se necesitan cambios?

Cuando los medios para la seguridad y defensa podían abordarse sin restricciones económicas y apoyarse en los ingenios más modernos y avanzados tecnológicamente, no era tan necesario, como lo es en la época que vivimos de amplias restricciones presupuestarias, predecir las nuevas amenazas y establecer los recursos para hacerles frente.

El acceso por parte de los actores que amenazan la paz y la seguridad a capacidades militares de alto poder destructivo y que antes estaban fuera de su alcance, y el refuerzo que supone el que esos individuos y grupos, normalmente no estatales, están dotados de una alta motivación, hace de ellos fuente potencial y real de amenazas.

Las líneas que separan la seguridad interior de la Defensa y Seguridad Nacional, se hacen difusas, los conflictos se prolongan, la transición entre la fase de conflicto y la de posconflicto es más borrosa y la definición de la victoria, en muchas ocasiones, resulta complicada. Recordemos la guerra de Irak, donde se consigue la «victoria» en tres semanas, para luego estar varios años luchando contra la insurgencia; o Afganistán, conflicto que dicen que no se puede ganar, entre otros factores por la incidencia de factores culturales y elementos asimétricos.

Ante todo ello, las Fuerzas Armadas han de modificar el paradigma estructural y organizativo en que se sustentaban. La modificación de las fases bélicas de cobertura, movilización y reacción se ha transformado y los despliegues de fuerzas han de ser rápidos y prolongarse considerablemente, complicando y dificultando la gestión de los recursos humanos y económicos.

En el campo operacional hay que recurrir, por un lado a tácticas asimétricas para hacer frente a adversarios que rehúyen el contacto directo y, por otro, desarrollar sistemas defensivos de armas de alta tecnología que contrarresten otros de la misma calidad, como los sistemas guiados de precisión de gran potencia, por no citar los ciberataques, de Estados o grupos irregulares, de impredecible poder destructivo. Las Fuerzas Armadas no sólo han de «disuadir por represalia», sino que han de dotarse de medidas de defensa y protección que produzcan «disuasión por negación». En este campo donde la necesidad de información e inteligencia aumenta decisivamente, ésta se convierte en necesidad estratégica para lograr libertad de acción y maniobra.

No menor es la transformación del paradigma que exige la participación en crisis y conflictos donde la actuación se lleva a cabo en estructuras multinacionales con otros ejércitos y con organizaciones y elementos civiles, con la consiguiente reducción de la cohesión cultural, las dificultades lingüísticas y una menor coherencia doctrinal. A este respecto, es esencial una coordinación cívico-militar que debe comenzar en el planeamiento (recordemos las estructuras cívico-militares que tiene la Unión Europea en funcionamiento desde hace tiempo), continuar en el empleo (a través de las unidades y células cívico-militares), y llegar a la transferencia de responsabilidades, donde los civiles toman la responsabilidad política y de decisión en ese ámbito, pero no deben relevar a los militares en el mando operacional (14).

Las nuevas operaciones, incluso en el campo logístico, demandan transformaciones, introduciéndose conceptos como la externalización de industrias civiles para mejorar la eficiencia. Se trata de establecer una auténtica colaboración con organizaciones que participan en la misión por su capacidad de proyección exterior, que son auténticos compañeros de viaje en riesgos y objetivos comunes a alcanzar (15).

Muchas veces la diferencia entre actividades militares y no militares es muy difusa y esto complica las pautas de actuación a que estaban acostumbradas las Fuerzas Armadas. Su instrucción y adiestramiento debe contemplar estos novedosos aspectos, pues no sólo han de afrontar operaciones de combate, sino de estabilización y reconstrucción.

Son los nuevos paradigmas que dan legitimidad a las actuaciones de nuestros militares, para las que seguimos necesitando héroes entrenados y adaptados en sus funciones tradicionales, pero también en las nuevas, y extraordinariamente motivados en cumplir su misión.

Entre los principios doctrinales que ya impregnan la actuación de nuestros militares en operaciones y misiones en el exterior, cabe mencionar la primacía adquirida por los derechos humanos y la sujeción a la autoridad

(14) El pasado 7 de julio de 2011 se ha celebrado un seminario organizado por CITpax con el título: «La aportación del sector privado y de las multinacionales a la construcción de la paz», parece buena muestra de la importancia que se le da a la empresa privada para que ejerza su: «responsabilidad social empresarial» obteniendo beneficios y también legitimidad social.

(15) BONELLI: «Apoyo logístico en operaciones. Una mejora continua», *Boina Negra*, revista Paracaidista del Ejército, número 264, octubre-diciembre de 2010.

política y el mando civil. Así, las Reglas de Enfrentamiento (ROE) evolucionan en determinados escenarios, aproximándose en ciertas ocasiones más a las de la policía que a las de fuerzas en combate.

Conviene extenderse un poco sobre las ROE y la influencia que ejercen en la transformación del paradigma militar. Se han definido como el medio por el que el nivel político autoriza y limita el empleo de la fuerza en las operaciones militares.

Nacidas en el seno de la OTAN en plena guerra fría, para permitir a los pilotos que vigilaban el espacio aéreo aliado, disponer de instrucciones precisas ante posibles violaciones armadas del mismo y evitar conflictos diplomáticos y de toda índole, son hoy un medio esencial para dotar al combatiente de normas inspiradas en el derecho y la moral.

En su origen han influido diversas causas: los avances tecnológicos en los sistemas de armas que disminuyen el tiempo de reacción, la complejidad de las relaciones internacionales y el deseo de evitar consecuencias indeseables, y el respeto al Derecho Internacional y los Tribunales ante los que Estados e individuos deben responder.

Los principios de las ROE son claros: sencillez, brevedad, concreción y rigurosidad, y pueden abarcar y comprender un amplio espectro, desde normas muy restrictivas en misiones de mantenimiento de la paz, en las que sólo la autodefensa puede estar permitida, a normas más permisivas en conflictos abiertos, pero en ambos casos basadas en los principios de necesidad y proporcionalidad.

Se apoyan en dos aspectos: el legal, fundamentado en disposiciones del Derecho de los Conflictos Armados, la legislación nacional y otros tratados internacionales; y el moral, pues deben ajustarse a los principios mencionados de necesidad y proporcionalidad. Ambos dotan de legitimidad al que utiliza sistemas de armas que tienen un poder letal, aunque en ningún modo son una limitación al derecho básico y esencial de autodefensa y protección, según las leyes nacionales e internacionales.

En todo caso, esa evolución de las ROE deberá tener en cuenta que mientras unidades de los Ejércitos y la Armada desarrollen operaciones militares de combate, éstas serán letales y en ellas no se «leen los derechos al enemigo» mientras se arriesga la vida.

De la mencionada precedencia que han adquirido los derechos humanos, así como la autoridad y los objetivos civiles, un buen modelo es

el ejemplo de los equipos de reconstrucción provincial de Afganistán, donde fuerzas militares se implican junto a agencias civiles en proyectos civiles, desde promoción de la salud hasta educación. Otro ejemplo podrían ser las denominadas *engagement brigades* (16), unidades militares que tendrán capacidades que abarcarán desde el uso de la fuerza hasta proporcionar asistencia humanitaria y, en el medio, capacidad de respuestas a desastres naturales o causados por el hombre o apoyo en lucha contra criminales o contención de disturbios. Se tratará, en muchos casos, de actuar (además) como policía que como militar.

Lo anterior está directamente relacionado con la importante cuestión, en discusión, sobre si los actores militares deben prestar ayuda humanitaria, o son otros actores humanitarios quiénes deben hacerlo y ser los militares quiénes proporcionen las condiciones para que esa intervención humanitaria pueda tener lugar.

Mientras se discute por la conveniencia de una separación de conductas y responsabilidades entre civiles y militares en los conflictos, éstos gracias a su organización, capacidad inmediata de respuesta y entrenamiento para afrontar el riesgo, se siguen comportando de forma heroica en misiones humanitarias, dando su vida si es necesario (como los militares españoles en Haití) y proporcionando todo tipo de ayuda a seres humanos que padecen y están en grave riesgo, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras.

Ejemplo del cambio de paradigma en las Fuerzas Armadas es la Unidad Militar de Emergencias (UME). Con la tradicional eficacia y eficiencia que la organización militar imbuye en sus miembros, la UME ha mostrado su heroísmo abnegado y sacrificado, su valor y capacidad en el salvamento de seres humanos en territorio nacional y en el extranjero, siendo un modelo en imitación en diversos países y un activo frente a problemas que hoy son, sin ningún género de duda, problemas que afectan a nuestra seguridad.

Todo ello demuestra que se ha ensanchado el papel del militar, que tiene que asumir no sólo las responsabilidades propias de su condición esencial y primordial de combatiente, sino también las que se derivan de sus nuevos cometidos y tareas como cooperante, asistente, o incluso, y a veces al mismo tiempo, como agente policial. Se podría concluir que el paradigma militar no cambia, se amplía.

(16) KALDOR, Mary and BEEBE, Shannon: «The ultimate weapon is no weapon. Human security and the new rules of war and peace», *Public affairs*, Nueva York, 2010.

Otra transformación en el paradigma organizativo de los ejércitos se produce en relación con las estructuras de mando y control. Éstas han ido adquiriendo gracias a la tecnología, verdadero motor de transformación, tal grado de perfección, que la improvisación y el despliegue creativo del líder militar se reduce, con lo que sus posibilidades de iniciativas heroicas también se modifican, al estar más controlado en todos sus movimientos y actividades. Recuérdese la operación de Estados Unidos en la muerte de Osama ben Laden, con el comandante en jefe de ese país observando su desarrollo (¿supervisándola?), como ejemplo de una progresiva pérdida de influencia de los mandos en los escenarios del conflicto y la guerra.

Las Fuerzas Armadas se estructuran desde una sociedad que tiene unas posibilidades específicas de desarrollar y generar unas capacidades para atender unas necesidades concretas. La evolución tecnológica proporciona unas capacidades, que cuando las Fuerzas Armadas las incorporan, son los propios ejércitos y sus estructuras quienes resultan modificados, haciendo evolucionar sus tácticas, sus sistemas logísticos y sus estrategias, y también los propios parámetros psicológicos y morales de sus miembros, de los militares.

Así, se perfeccionan los sistemas para acelerar la protección del combatiente, tanto por la presión de una opinión pública que no acepta pérdidas, como por la dificultad de reemplazar al más valioso elemento de las Fuerzas Armadas: el ser humano. Es el nuevo principio de «bajas cero» incorporado hace una década y que ha impulsado el desarrollo de equipos individuales inteligentes, desde robots hasta dispositivos electrónicos de ciencia ficción.

Por cierto, desarrollos tecnológicos en los que sólo la cooperación internacional permitirá a España no perder el tren de la actualidad. Algunos incluso se plantean para el futuro guerras que se acercan más a nuestro concepto actual de videojuegos. A pesar de ello, y como muestra Afganistán en nuestros días, la supremacía tecnológica no detiene el goteo de bajas causado, entre otras causas, por las bombas caseras (que son cada vez más sofisticadas) de los talibán, lo que continúa exigiendo mantener en el militar la disposición heroica, de naturaleza psicológica y moral, para el cumplimiento de su misión.

Pero esos cambios, que llegan de la mano de las nuevas capacidades, también modifican a los soldados y su comportamiento en combate, imponiéndoles conductas y actitudes que se añaden a las que en otros momentos se consideraban actos de valor heroico y distinguido. No im-

piden al militar demostrar su heroísmo, pero éste se expresa, a menudo, de otras formas y maneras, además de las tradicionales.

Muestra de ello es otro principio que ha transformado la actuación militar en los nuevos conflictos como es el de los «daños colaterales», y que afecta a la nueva composición y nuevas tácticas de los ejércitos. Sobre todo en esos conflictos de media y baja intensidad contra combatientes con amplia iniciativa, que mantienen oculta y modifican su identidad, que actúan con normas y valores diferentes, sin respeto por las Convenciones de Ginebra y en donde su consideración por la población civil y su protección es algo ilusorio.

De aquí va surgiendo la necesidad de dotar a nuestros combatientes de amparo legal a la hora de distinguir a un enemigo que se camufla con civiles y oculta sus medios armados en lugares protegidos por el Derecho Internacional Humanitario (DIH). Pero también obligará a tomar todas las precauciones para evitar bajas civiles hasta extremos ahora insospechados, aumentando las capacidades psicológicas para contener reacciones impulsivas o evitando infligir un daño excesivo en relación con los objetivos militares a la hora de destruir un objetivo.

En ese proceso está llamada a ocupar un papel esencial la enseñanza, la instrucción y el adiestramiento militar. La importancia de la enseñanza y la formación se ha puesto de manifiesto con anterioridad al mencionar la necesidad de entrenamiento conjunto civil y militar, sin olvidar el papel instrumental que ya juega la enseñanza militar como medio diplomático, de cooperación y de diálogo.

Finalmente, es necesario mencionar en este breve análisis de los cambios que habrá de contemplar el nuevo paradigma organizativo de las Fuerzas Armadas, la necesidad de contar con una adecuada gestión estratégica de la información, comprendiéndola en toda su plenitud, incorporándola desde el planeamiento con flexibilidad y adaptación, estableciendo canales adecuados y relaciones eficaces entre los ejércitos y los medios de comunicación, para lo que resulta imprescindible que los militares desarrollen habilidades comunicativas. Sólo así conseguirán el apoyo de la opinión pública, esencial para alcanzar legitimidad y merecer la consideración de héroes, su aspiración en esa sociedad de la que provienen y a la que sirven.

La transformación de las Fuerzas Armadas exige cambios orgánicos y doctrinales, impone nuevas misiones, demanda mejores instrumentos

y reclama apertura de las mentalidades, y con ello las Fuerzas Armadas se adaptan a las modificaciones de las últimas décadas, por lo que habrá que encajar las novedades tecnológicas, sociales y culturales en un sistema eficiente. Son las tres *Ts* (*Tecnología, Talento y Tolerancia*), esta última definitivamente una categoría moral.

En ese camino de «crisis positiva» (17) están desde hace tiempo las Fuerzas Armadas españolas que gozan, como institución, de la más alta consideración entre los españoles, tal y como revelan las últimas encuestas sociológicas.

Se necesitan todos esos cambios y se necesita adaptar las mentalidades para un permanente proceso de transformación y renovación, pues «el cambio y la adaptación constante están en la naturaleza de toda institución militar» (18). Es la innovación del mundo civil y empresarial para adaptarse a la sociedad y servir con más eficiencia y rigor.

Todos esos cambios modifican la forma de afrontar y gestionar los conflictos, las estructuras militares y la disposición psicológica de los soldados y marineros ante el combate. Y también cambian las conductas en misiones de combate y de apoyo al combate, y por supuesto, en misiones de paz. En ellas, las formas heroicas que se producían con los medios y formas de hacer la guerra en épocas anteriores son muy diferentes de los conflictos y operaciones actuales y no impiden al militar demostrar su valor heroico, pero éste se expresa, además, de otras maneras.

La profesión de militar en el siglo XXI

Los militares son unos ciudadanos que, a semejanza de otros profesionales de diferentes colectivos sociales, arriesgan sus vidas para proteger o auxiliar a otros. También que han hecho de su profesión una permanente vocación de heroicidad. No son «villanos» animados de un «impulso belicoso» como dice Bouthoul en su *Tratado de Polemología* (19), ni afrontan los combates con el uso desenfrenado e incontrolado de la violencia. Por el contrario, hay en las Fuerzas Armadas españolas un

(17) MARTÍNEZ PARICIO, Jesús: *Congreso de Historia de la Defensa*, Instituto «Genertal Gutiérrez Mellado», Madrid, 2007.

(18) RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, José Julio: *Reflexiones sobre el presente y futuro de las Fuerzas Armadas*, clausura del XI Curso de Estado Mayor en el CESEDEN, 24 de junio de 2010.

(19) BOUTHOU, Gaston: *Tratado de Polemología*, Ediciones Ejército, Madrid, 1984.

afán permanente por aplicar unos sólidos principios y convicciones morales, apoyados en una formación que impregna el respeto al DIH y los convenios internacionales relativos al Derecho de la Guerra.

Nuestros militares del siglo XXI no persiguen la gloria personal cuando se enfrentan en guerras, conflictos, misiones de mantenimiento de la paz u operaciones de ayuda humanitaria. Pero sí se desvelan en desarrollar una capacidad para asumir el riesgo que implica la profesión, basándose en una intensa instrucción y entrenamiento. Es esa capacidad la que les lleva a arriesgar las vidas plenamente conscientes de su justa causa y firmemente decididos a cumplir su misión en todo tipo de operaciones, desde las humanitarias hasta las de combate, en su esfuerzo por promover la paz y la seguridad.

Esas son algunas de las formas que adopta el comportamiento heroico en esta época. Y ese sentimiento heroico, entrenando y desarrollando la capacidad psicológica y la disposición moral para asumir los más graves riesgos, teniendo presente las virtudes fundamentales de disciplina, valor y obediencia (20), es el que impulsa al soldado, llegado el caso, a dar su vida si fuere preciso en el cumplimiento del deber justo, esto es, a ser un héroe.

Pero parece que hay cierta desaprobación social si de la guerra se trata (y también si utilizamos el término conflicto bélico o incluso si empleamos el de misión de paz), lo que nos llevaría a considerar que los héroes (¿o villanos?, pensemos en lo que puede significar el general Mladic para el pueblo serbio o para la comunidad internacional que surgen de los conflictos y guerras no son los más bienvenidos.

Son los cambios en las sociedades, es el desarrollo que trae el concepto de seguridad humana, con un tipo de héroe que tiene por mandato esencial ayudar a la humanidad. Porque el héroe es de una determinada sociedad o del mundo, no en abstracto, y necesita la identificación de los ciudadanos a los que sirve, que deben conocer y apoyar las operaciones que realizan, si de militares hablamos, sus Fuerzas Armadas. Por esto nuestra Ley Orgánica de la Defensa Nacional establece que la participación de las Fuerzas Armadas españolas en operaciones en el exterior, tiene que aprobarla el Parlamento, alcanzando así legitimidad pues ese es el órgano que representa al conjunto de los ciudadanos.

(20) *Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas*, artículo 17, Real Decreto 96/2009, 6 de febrero de 2009.

Y luego, al mirar atrás, sentirse orgulloso de los valientes. En este contexto plantean precisamente las Fuerzas Armadas sus actos de «Homenaje a los caídos», recordando a los que quizá no buscaron ser héroes, pero lo fueron cumpliendo su deber.

Precisamente esos cambios sociales de valores e intereses, son los que nos vuelven a remitir a la opinión pública que tanto afecta a los combatientes, pero sobre todo a las sociedades de donde aquellos proceden. Si desde Clausewitz el choque psicosocial que producía el elevado número de bajas tenía una influencia decisiva en el resultado de la guerra, en nuestros tiempos no hacen falta tantas bajas (realmente con pocas es suficiente) para producir unos impactos también decisivos en las sociedades. Así, la influencia de la opinión pública en las decisiones de los líderes políticos es hoy día esencial y el choque psicosociológico que se recibe cada vez que en una misión de mantenimiento de la paz o de apoyo a una catástrofe humanitaria, hay fallecidos, resulta muy determinante en la determinación y vigor con que se alienta la continuidad o el regreso de nuestros soldados. En consecuencia, para que surjan algunos héroes, el conjunto del grupo, toda la sociedad, tiene que estar dotado de una gran motivación moral, convencidos de la legalidad y legitimidad de su causa y transmitirlo a los que se envían al frente de combate, que necesitan contar con el apoyo de «su gente», de sus conciudadanos.

Los ejércitos están formados por seres humanos que, al prepararse para hacer la guerra, se cuestionan sobre ella. Preguntarse por la guerra, entre otros sentimientos y sensaciones, lleva al militar a cuestionarse sobre la legitimidad del ejercicio de la fuerza y la violencia en grado sumo, lleva a preguntarse por una realidad en la que seres humanos matan y mueren.

Y esto nos lleva al importante campo de la ética y la moral militar. Cualquier planteamiento que desde la ética aplicada al ejercicio de una profesión se lleve a cabo en nuestros días, se encuentra con dos problemas generales:

1. El acelerado proceso de cambio y transformación que invade todos los dominios de una sociedad humana global.
2. La adaptación de los valores propios de cualquier sector o grupo profesional a los generales de la sociedad.

El cambio, la globalidad, en nuestra reflexión ética, hace preciso que se acepte que lo que en un momento histórico es asumido por una colectividad, puede no serlo unos años después (¿servicio militar?). Tampoco

co una conducta (o su omisión), aceptable éticamente en un momento dado tiene porque serlo en otras circunstancias o lugares. Aunque sin duda son ejemplos en los que existe discusión y diferentes perspectivas, en esta línea tenemos los actuales conceptos de «responsabilidad de proteger» y el «principio de injerencia humanitaria», que comienzan a cuestionar, desde una dimensión moral con rasgos y mínimos culturales comunes a toda la humanidad, como la justicia y los derechos humanos básicos, el que hasta ahora ha sido inviolable «principio de no injerencia en los asuntos internos de un Estado».

Parece, pues, que pudiera considerarse que el código moral militar es la traslación a la profesión militar del código moral y cívico no sólo de la sociedad a la que el militar pertenece, sino cada vez más de amplios conjuntos de la sociedad internacional. El relativismo ético de nuestra época, las diferentes concepciones culturales y étnicas, la falta de definición precisa de los derechos humanos básicos, hacen muy difícil plantear, en todo caso, un código moral militar universal en el tiempo y en el espacio.

En cuanto al segundo problema citado anteriormente y constatado que el cambio (incluso en el paradigma), además de un imperativo para las Fuerzas Armadas, es un ejercicio intelectual que requiere un proceso de adaptación y educación permanente, un ajuste de la mentalidad del militar, hay que decir que las funciones militares deben aportar un servicio a la colectividad y esto exige incorporar a esas funciones los hábitos y valores que realmente respondan a las necesidades de esa sociedad.

El código moral de la profesión militar en España, con la especificidad, cultura y tradiciones propias de esa profesión, debe estar armonizado con el de la sociedad en que se ejerce y tener el referente cultural más amplio de nuestro mundo occidental. Y como el cambio, la transformación, también afecta a los valores, hay que someterlos a revisión y crítica, tanto porque no son fines en sí mismos sino pautas de conducta para la acción profesional, como porque la seguridad y la defensa no son algo exclusivo del militar profesional, son tareas de todos. O al menos también deben serlo.

El día 13 de diciembre de 2006 el jefe de Estado Mayor de la Defensa se congratulaba de la noticia referente a la inclusión en el currículo de la asignatura «Educación para la ciudadanía», de contenidos relativos al concepto de defensa, el papel de las Fuerzas Armadas y la paz, y los conflictos en el mundo. Papel que desde hace mucho tiempo desempe-

ña la Institución militar buscando un mundo más justo y seguro. El 24 de junio de 2011, España aprobaba su primera Estrategia de Seguridad y su subtítulo reza: «Una responsabilidad de todos». Es toda la sociedad española, con sus militares al frente decididos a servir apoyándose en sus valores morales y con responsabilidad ética, quienes deben involucrarse en conseguir esa paz y seguridad anheladas en el incierto mundo actual.

Por tanto valores y principios del código moral militar no deben ser islas en el sistema de relaciones morales de una sociedad, no son distintos. Unos son esenciales en el código de conducta de una profesión y otros en el de otra.

Lo que sí se defiende es la existencia de una reflexión ética específica centrada sobre todo en las funciones exclusivas de la profesión militar y que tiene en el combate su último y más específico exponente. Esto es la ética militar y es lo que se quiere decir cuando se expresa que la profesión militar «imprime carácter», o que la formación del militar contribuye a crear una mentalidad profesional, ya que la naturaleza de la función combatir posibilita reflexionar sobre el ejercicio profesional del militar, como dice Hungtington:

«La ética militar, en consecuencia, es un patrón constante por el cual es posible juzgar el profesionalismo de cualquier cuerpo de oficiales –“personalmente se opina que militares sería una más adecuada expresión”– en cualquier momento y lugar.»

Similar a la reflexión deontológica que se plantean también en otros quehaceres sociales.

Se abre con fuerza en los últimos años una tesis que tiene grandes repercusiones desde el punto de vista ético, y de la ética militar, además de muchas otras consecuencias para las relaciones internacionales, el Derecho, la política y la humanidad. Podría plantearse de esta manera:

«Ante graves crisis humanitarias, ante la comisión de crímenes de genocidio y lesa humanidad, la comunidad internacional debe intervenir, si es necesario, con la fuerza armada.»

Así, la actuación internacional en Libia se ha apoyado en una resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que recoge expresamente esas ideas incluidas en el concepto de R2P.

Inmediatamente se argumenta que esa afirmación va en contra de la Carta de Naciones Unidas, donde un importante principio es la absten-

ción de recurrir al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado. Por otro lado, en la Carta también existe el Capítulo VII por el que el Consejo de Seguridad puede dar su autorización sobre el reconocimiento de una agresión y para el restablecimiento de la paz y la seguridad internacionales.

Pero la realidad nos muestra la ocurrencia de tremendos genocidios en Ruanda, o crímenes contra la humanidad en la antigua Yugoslavia o las terribles crisis de seguridad y humanitarias que afectaron y aún afectan a miles de personas en Darfur (Sudán) y Somalia.

Sin embargo, varias razones de peso deben argumentarse a favor de otras posturas posibles de la comunidad internacional que no sean la de la pasividad e indiferencia ante el genocidio o los crímenes de guerra.

La primera que se postula es que las propias Naciones Unidas son las que deben velar por los derechos humanos, y esto en todo el mundo. Respetando el Derecho Internacional, pero tomando las medidas que en cada circunstancia sean eficaces.

Otra razón a tener en cuenta es que la propia injerencia por razones humanitarias en los asuntos internos de Estados soberanos, en los casos que se han mencionado, es un deber de humanidad y un derecho de los que sufren, no suficientemente regulado, y que constituye una excepción al principio de no injerencia. Recuérdese que en el Protocolo segundo de la Convención de Ginebra se dice que:

«En los casos no previstos por el derecho vigente, la persona humana queda protegida bajo la salvaguarda de los principios de humanidad y las exigencias de la conciencia pública.»

Por otro lado, la opinión pública es inmensamente mayoritaria en la no aceptación de crímenes que atentan gravemente a los derechos humanos y que pueden seguirse casi en directo por los medios de comunicación de nuestro mundo global y para los que demanda soluciones. También habría que añadir, que lamentablemente no siempre los medios de comunicación prestan atención, o dan continuidad en sus informaciones, a guerras y conflictos que se congelan u olvidan, hurtando a la sociedad la posibilidad de reaccionar. Tal es la importancia de la opinión publicada.

Además, el principio de no-injerencia no puede ser una carta de impunidad para conductas que atentan gravemente contra los derechos huma-

nos, no puede ser un principio de impunidad de gobiernos que perpetran una política de maltrato brutal de sus propias poblaciones (Gadafi parece un caso claro).

Finalmente, es de la incumbencia de todo Estado el respetar los derechos humanos y el individuo que los viole podrá ser objeto de medidas diplomáticas, económicas o de cualquier otra índole.

Dicho lo anterior, hay que significar inmediatamente que es necesario adecuar la legalidad para satisfacer el imperativo moral de evitar las crisis que afectan a la humanidad. Para ello, y a pesar de las imperfecciones del organismo de gobernanza global que es la Organización de Naciones Unidas y las razonables críticas que se hacen a su Consejo de Seguridad, cualquier intervención ha de estar apoyada por ella. España, entre muchos otros países, se ha autoimpuesto, y así lo recoge la Ley Orgánica de la Defensa Nacional, que la participación de nuestras Fuerzas Armadas en misiones en el exterior que no estén directamente relacionadas con la defensa de España o del interés nacional, cumpla ciertas condiciones, entre ellas que se base en una resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y en cualquier caso:

«Que sean conformes con la Carta de Naciones Unidas y que no contradigan o vulneren los principios del Derecho Internacional Convencional que España ha incorporado a su ordenamiento» (21).

En esta defensa del principio de injerencia por razones humanitarias, el principio del valor superior de la dignidad humana y los derechos humanos básicos contenidos en la Carta de Naciones Unidas son los que se erigen en valores morales de alcance global.

Pero también esa dimensión global de ciertos valores se cuestiona desde un relativismo cultural que exige respetar los valores morales y sociales de cada cultura, nación o sociedad. Este principio, que presenta una especie de asimetría de valores, también es cuestionable. No se puede, por ejemplo, defendiendo valores de un grupo social que promueve una sociedad agraria, primitiva y absolutamente igualitaria, como hicieron los «Jémeres Rojos», exterminar a todas las personas que tenían estudios, para lograr esa equiparación.

La diversidad cultural hay que respetarla, salvo que se utilice para agredir de forma masiva los derechos humanos, la dignidad básica de la

(21) Ley Orgánica 5/2005 de la Defensa Nacional, artículo 19.

condición humana. Por esto no parece que pueda respetarse ninguna diversidad cultural que torture, mutile, viole, lapide o gasee a seres humanos. Y esto sin ninguna pretensión de tener la superioridad moral por la pertenencia a una cultura o civilización. Es la moral común al ser humano, su dignidad esencial y los derechos humanos básicos.

La ética que justificará el uso de la fuerza militar en el futuro, y ya empieza a usarse como justificación, se basará en un juicio final que es el argumento del derecho y la razón. Las Fuerzas Armadas, y los militares que las forman como sujetos individuales, intervendrán ejerciendo la violencia de forma racional para que se ponga fin a la violencia irracional y no yendo más allá de lo necesario para garantizar la vuelta a la paz (22). Éstos serán los escenarios del «héroe» dispuesto a dar su vida cumpliendo su deber de militar.

Para lograr garantizar esos principios morales y como quiera que lo que se hace cumplir es el derecho y no la moral, se necesita un orden jurídico internacional basado en unos principios éticos, por mínimos que sean, de alcance global (23). Pasos muy importantes en ese sentido son la creación y puesta en marcha tanto de los Tribunales Internacionales de Justicia *ad hoc* para juzgar los crímenes cometidos en Ruanda y la antigua Yugoslavia, como la Corte Penal Internacional de La Haya.

Pero además de las misiones llamadas de paz, en las que crecientemente intervienen las Fuerzas Armadas, el militar profesional español debe estar preparado para hacer la guerra.

Parece oportuno recalcar, una vez más, que el militar se prepara, además de para realizar otros cometidos, para, llegado el caso, defender, «incluso con la entrega de la vida cuando fuere necesario» (24), las poblaciones, intereses y valores de la sociedad a la que pertenece.

El militar profesional tiene que estar adaptándose a los tiempos, como cualquier ciudadano, y tiene que estar en un permanente proceso de

(22) «El aire en la guerra comienza a ser paz», acoge entre sus estrofas el *Himno* del Ejército del Aire español.

(23) La Estrategia Europea de Seguridad pone de manifiesto el «compromiso de respetar, defender y *desarrollar* el Derecho Internacional». El desarrollo del Derecho va ligado a la evolución de cambios morales. Éstos, cuando se producen, requieren un enorme esfuerzo psicológico de adaptación y transformación.

(24) *Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas*, artículo 3, Real Decreto 96/2009, 6 de febrero de 2009.

«Transformación», pero tiene claro, o debe tener claro, que su función sigue siendo, además y desde antes, la de un «guerrero». En este sentido, el cambio de paradigma ha de conservar ciertos elementos esenciales, pues podría, si no es así, considerar legítima desde un punto de vista ético sus actuaciones en ciertas misiones y tener reparos cuando tuviera que hacer el uso adecuado de la violencia en guerras o conflictos bélicos, digamos más tradicionales y que se recogen en la propia Constitución española.

La conducta bélica se puede entender como aquella en la que se desarrollan operaciones militares que implican la utilización de sistemas de armas que pueden producir muertes entre las filas enemigas y también entre las propias.

Para el militar que da órdenes, para el jefe, el dilema ético básico que plantea esa conducta es conjugar por un lado su responsabilidad por la vida de sus subordinados, y por otro, la necesidad de cumplir la misión encomendada. Para el militar que las recibe y ha de cumplirlas, la cuestión ética crucial es resolver el conflicto entre el principio de humanidad, con las restricciones que conlleva en el uso de la violencia letal, y la obligación de cumplir su misión y la lealtad defendiendo a sus compañeros. Es en este último compromiso hacia el que «está y padece al lado», donde se simboliza el conjunto de ciudadanos compatriotas por los que el militar, llegado el caso, está dispuesto a sacrificar su vida.

La humanidad continúa, de momento, teniendo que hacer frente a situaciones y a conflictos bélicos, sean éstos en misiones de mantenimiento de la paz, sean guerras declaradas conforme al Derecho Internacional. Y también a catástrofes y graves crisis humanitarias.

En la guerra, los militares causan bajas al oponente cuando defienden su vida y cuando buscan alcanzar la victoria, que se presupone un bien superior al daño que se causa, pues la defensa de ciertos principios a veces puede producir la justicia de ciertas guerras. Éstas deben estar apoyadas moralmente en la imposibilidad de lograr una solución pacífica, la existencia de una causa justa, la toma de decisión por una autoridad legítima, la intención recta en el deseo de soluciones justas, y la utilización de medios proporcionales.

En la realidad del fenómeno bélico, las Fuerzas Armadas deben ajustar su comportamiento a un código legal que se recopila en el Derecho de Guerra o Derecho de los Conflictos Armados, o más recientemente denominado como DIH.

Existe todo un conjunto de normas, protocolos y convenciones internacionales e internas que tienen por fin intentar que en las guerras se proteja a las víctimas y otros bienes o regular la neutralidad. Normas, en fin, que suponen una regulación de la conducta del combatiente y que están basadas en principios morales que permiten justificarla éticamente.

En España tenemos la ventaja de disponer de un código, un conjunto de reglas o preceptos que integra en un cuerpo coherente el ordenamiento moral al que han de ajustar su conducta los militares (25). Como tal, constituye un marco de referencia de derechos y obligaciones, una regla que impulsa «el exacto cumplimiento del deber inspirado en el amor a España, y en el honor, disciplina y valor» (26). El disponer de tan magnífica referencia para el buen razonar ético y mejor comportamiento moral, nos da una gran ventaja sobre los ejércitos de muchos países que no tienen nada similar e incluso sobre muchas profesiones en nuestro país. En ese código moral del militar español se puede considerar un orden jerárquico «de índole ético-moral», no jurídico, y que podría estar constituido (se aventura como elemento para la reflexión y la contrastación) por: *Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas*, Ley Orgánica de la Defensa Nacional, Constitución española, Carta de Naciones Unidas y Ley de la Carrera Militar.

A los militares profesionales nos atañe no sólo difundir, sino conocer con detalle y formarnos en sus principios, contenidos y aplicación. Desde el primer centro de instrucción hasta el último día en el ejercicio de la profesión, el militar tiene la exigencia ética de profundizar y alcanzar rigor en el conocimiento del Derecho de la Guerra y los conflictos mediante la enseñanza recibida en academias, la instrucción practicada en las unidades, los cursos de perfeccionamiento concurrenidos en centros de enseñanza, el entrenamiento en ejercicios y la permanente preparación individual y colectiva. O sea, la búsqueda de la excelencia a través de la formación y competencia profesional (27).

(25) MOLINER GONZÁLEZ, Juan Antonio: «La educación en los valores de la moral y la ética militar en las Fuerzas Armadas Españolas», *Revista de Aeronáutica y Astronáutica*, número 764, Madrid, 2007.

(26) *Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas*, artículo 1, Real Decreto 96/2009, 6 de febrero de 2009.

(27) *Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas*, artículos 25 y 26, Real Decreto 96/2009, 6 de febrero de 2009.

Salir de la perplejidad

El tradicional concepto de espacio humanitario de la guerra tradicional en la que hay dos Estados que combaten uno contra otro y donde, en teoría, se podrían respetar las reglas del DIH, no existe ni se espera en las guerras y conflictos del siglo XXI.

Los nuevos riesgos y amenazas han modificado dramáticamente los discursos estratégicos que buscan la seguridad de los ciudadanos, cambiando el paradigma organizativo de las Fuerzas Armadas y, sobre todo, el uso de la fuerza militar.

Para salir de la perplejidad que causa no tener claro si la sociedad los considera héroes o villanos, del cierto desorden, turbación y perplejidad moral que siente el soldado que se encuentra en medio de un episodio bélico en cualquier tipo de conflicto actual, las Fuerzas Armadas y los militares de la cultura posheroica deberán adaptar sus mentalidades para afrontar procesos permanentes de transformación.

Al mismo tiempo, tendrán que integrarse en la sociedad del conocimiento para formarse y capacitarse en varios frentes. Por un lado, psicológica y axiológicamente para ajustar su conducta en combate a las normas éticas y morales de la sociedad a la que sirven, tan interconectada en sus valores y principios con otras sociedades de este mundo global que les ha tocado vivir, así como con los valores y principios desarrollados desde las organizaciones internacionales que confieren legitimidad, y no sólo legalidad, a la promoción de la seguridad y la defensa, y a la búsqueda de la paz y la libertad.

Por otro lado, tendrán que capacitarse técnicamente para gestionar guerras, conflictos y crisis en las que organizaciones, estructuras y personas civiles desempeñarán, al lado de los militares, un papel esencial en la búsqueda de la victoria o la resolución. Para ello, además, deberán afrontar con empatía cultural su interacción, como aliados y también como enemigos, con países distintos y distantes social y culturalmente (*cross-cultural competence*), reaccionando eficazmente a idiosincrasias, a usos y costumbres en ocasiones muy alejados de los aprendidos e interiorizados en la propia sociedad (por no mencionar las capacidades lingüísticas).

Los militares, hombres y mujeres que ejercen su profesión en las Fuerzas Armadas, están dotados de razón y emoción. Y por ello deben buscar

los fundamentos morales y éticos de su comportamiento profesional y su vocación de héroes, deben indagar por las justificaciones legales y legítimas en el uso del poder letal y de destrucción que la comunidad social ha confiado en sus manos.

Las Fuerzas Armadas españolas disponen de un código moral basado en las *Reales Ordenanzas* y además tienen que adaptarse a los valores y principios consolidados en su tiempo. De esa forma, sus decisiones y su conducta, en la guerra y en la paz, se someterán a unos estándares morales que justifiquen plenamente su comportamiento desde el punto de vista ético, se convertirán en insignes valientes plenamente aceptados por su sociedad concreta y en su momento histórico concreto. Y así, podrán trascender el presente e instalarse en el futuro imperecedero del héroe.

CAPÍTULO QUINTO

OFICIAL Y CABALLERO. EL PARADIGMA MILITAR EN UNA CULTURA POSHEROICA

OFICIAL Y CABALLERO. EL PARADIGMA MILITAR EN UNA CULTURA POSHEROICA

Por JAVIER HERNÁNDEZ-PACHECO

Definiendo lo posheroico

Es difícil seguir el rastro a las palabras, y sobre todo localizar su origen preciso. El caso es que la idea de «posheroicidad» ha surgido recientemente con pretensiones de caracterizar nuestra cultura, no pocas veces a partir de una sensibilidad pacifista, y en cualquier caso como horizonte de convivencia en el que la prosperidad y reconocimiento de los individuos, no depende ni remotamente del ejercicio de virtudes heroicas. Entendemos por tales aquellas en las que para realizar el bien de la comunidad esos individuos «deben» poner en riesgo sus propias vidas.

No quiere decir que no haya heroísmo, incluso exigible en determinadas circunstancias. Bomberos de Nueva York subiendo por las escaleras mientras se derrumbaban las Torres Gemelas; o en estos mismos días operarios de centrales nucleares en grave crisis tratando desesperadamente de evitar una fusión del núcleo radioactivo, son ejemplos palmarios, que ciertamente merecen, y fácilmente obtienen, el máximo reconocimiento de la opinión pública. Pero efectivamente ese heroísmo representa un horizonte moral remoto, que no forma parte de la *paideia* o educación posmoderna; y que queda relegado al ámbito literario o sobrevive como recuerdo de tiempos pretéritos, efectivamente «heroicos», en algunos grupos escultóricos que adornan las decimonónicas plazas de nuestras ciudades.

Primero fue John Keegan en 1987 (1). Después de analizar las distintas formas de liderazgo militar (heroico en Alejandro, antiheroico en Wellington, no-heroico en Ulyses Grant, y falso-heroico en Hitler), concluye Keegan que la posibilidad de una guerra nuclear exige al liderazgo actual, que ya no es militar sino político, la substitución radical de ese paradigma por otro posheroico:

«*Mankind needs (...) a change of heart. It needs an end to the ethic of heroism in its leadership for good and all. Heroism, as we have seen, is not a necessary constant in the way that societies work. Heroism is an irrational and emotional response to challenge and to threat (...).*»

El segundo autor relevante en este cambio de sensibilidad es Luttwak (2), en su trabajo con el título: *Toward a post-heroic warfare* (3), publicado en 1994, curiosamente después de la primera guerra del Golfo. Ya no se trata sólo de un nuevo estilo de liderazgo: es la guerra misma la que se ha hecho «posheroica», allí donde las sociedades desarrolladas pueden verse obligadas a intervenciones militares, en un contexto en el que los intereses en juego no constituyen una amenaza radical de los modos de vida de esas sociedades.

De modo entonces que la acción militar se ve esencialmente restringida por la exigencia de bajas mínimas, no sólo propias sino incluso ajenas. La sociedad consiente la posibilidad de una guerra —dicho sin mucha exageración— con tal de que no aparezcan muertos en el telediario. El inherente riesgo en el empleo de las armas tiene entonces que verse compensado por una abrumadora superioridad tecnológica, que permita acciones militares cuasiquirúrgicas, de la menor intrusividad y la mayor precisión posibles.

Debemos añadir, por último, que este nuevo, posmoderno, modo de acción militar, parte, al menos como paradigma, de la renuncia a una concepción imperialista de las relaciones geoestratégicas, en las que se tratase de aniquilar las capacidades defensivas del enemigo, a fin de imponerle una voluntad infinitamente expansiva. La guerra deja de

(1) *The mask of command*, Londres, 1987.

(2) En las reuniones de este grupo de trabajo, ha sido el coronel José Romero quien nos ha señalado los trabajos de Keegan y Luttwak como especialmente relevantes para delimitar con precisión esta idea de «posheroicidad».

(3) *Foreign affairs*, 1994. En el contexto más amplio de una teoría política *cf.* también en la literatura española el trabajo de INNERARITY, D.: «La política en una sociedad posheroica», *Claves de la Razón Práctica*, número 180, marzo de 2008.

ser una puja de voluntades antagónicas; una lucha que pretendiese la imposición de una voluntad victoriosa sobre otra vencida. La intención militar, dominada principalmente por la idea de paz, renuncia incluso a «vencer», a fin de dejar abierta la posibilidad de «convencer», *to win hearts and minds* (4). En definitiva, el modelo que aquí entra en juego es el de intervenciones asimétricas, que se limitan a acciones de contrainsurgencia, cuando no de mera gendarmería, y que siempre deben poder ser percibidas como «humanitarias».

La asimetría consiste no solamente en la superioridad tecnológica y logística de una de las partes, sino también en su superioridad moral, que procede precisamente de ese carácter «posheroico» de su acción; allí donde, por el contrario, el enemigo suple su deficiencia tecnológica con un compromiso «heroico» con valores nacionales y posiblemente religiosos, que dan un carácter absoluto e ilimitado a su lucha. A una lucha que en el desprecio de la propia vida y por supuesto de la de un enemigo que se percibe como amenaza mortal, tiende a superar todo límite y se extiende más allá de lo que se entiende por «humanidad». El terrorismo suicida se convierte en el contraparámetro asimétrico de la posheroicidad. Poshéroses contra héroes sería el esquema vigente de las guerras posmodernas, que sustituye al antiguo de buenos contra malos.

Porque, además, todo ello se complica en la interpretación posmoderna de la posheroicidad, que impone ahora, además, una actitud de relativismo cultural. Así, esa superioridad no puede hacerse explícita, ni en el desprecio moral del «enemigo», ni siquiera en la subjetiva convicción de dicha superioridad moral, que tendríamos que calificar de etnocéntrica. Ya no vale la lucha de «civilizados» contra «bárbaros», que caracterizó a la expansión imperial de la república romana, o a la globalización colonial de las potencias europeas del siglo XIX.

No se trata de una responsabilidad histórica de los más desarrollados, que se viesen obligados a imponer unos estándares globales de decencia inter e intranacional. Ese sería un modelo *neocon*, algo así como una reedición no racista, pero sí efectivamente etnocéntrica, de «The White Man's Burden», que cantase Rudyard Kipling en alabanza del Imperio británico (5). Por el contrario, nosotros somos posheroicos también

(4) Cfr. DICKINSON, Elizabeth: «A Bright Shining Slogan: How “hearts and minds” Came to Be», *Foreign Policy*, 24 de agosto de 2009.

(5) «The White Man's Burden», *McClure's Magazine*, número 12, febrero de 1899.

porque renunciamos a la pretensión de imponer como valor universal esa renuncia al absolutismo moral. Y ocurre entonces que forma parte de la nueva acción estratégica la renuncia a la legitimidad de ejercicio. No intervenimos porque «debamos» hacerlo desde una idea superior de humanidad. Curiosamente entonces, las intervenciones posheroicas requieren para su justificación no de razones morales, sino de «intereses» que pertenecen al orden del pragmatismo geoestratégico y del oportunismo político; intereses siempre medidos por la posheroica cuestión de los «costes» y «beneficios», humanos y económicos, de la intervención. Somalia, Yemen, Ruanda, Darfur, Corea del Norte, por supuesto Bahrain, no. Libia, Yugoslavia, Afganistán, Irak, sí (o tampoco, según la oportunidad política del momento). Y *a posteriori* se busca la sanción, formal que no moral, de unas Naciones Unidas, cuyo Consejo de Seguridad ha sido el epítome histórico de inmoralidad pragmática en los últimos 60 años.

A mi modo de ver, éste es, y queda así bien definido como posheroico, el complicado modelo de la geoestrategia posmoderna, desde la que se define operacionalmente determinadas intervenciones militares. Naturalmente, el modelo es flexible y se ajusta con rapidez a condiciones históricas ellas mismas fugaces y cambiantes. La posheroicidad que Keegan alaba en la brillante gestión por el presidente Kennedy de la crisis de los misiles del año 1962, es muy distinta de la posheroica vergüenza que por ejemplo supusieron ciertos capítulos de la descolonización. La posheroica cobardía de Srebrenica y Ruanda, acompaña a la decidida intervención a favor del débil en Kuwait y a la promoción de un Estado cuasibandido en Kosovo.

A veces, los cálculos de las posheroicidad salen mal, y nos encontramos con muy complicadas operaciones en Irak y Afganistán, que requieren de mucho heroísmo para llevar a un término mínimamente razonable lo que comenzó con posheroicas intenciones, supuestamente baratas. Y por supuesto hay quien se sale del guión y se va al Atlántico Sur a luchar una muy costosa guerra por cuestiones de principio, donde lo que está en juego son, no los intereses, sino la autoconciencia nacional ligada al sentido de la justicia.

Se trata de un modelo que tiene, como todos, ventajas e inconvenientes. Hubiese venido bien para evitar la catástrofe humanitaria e histórica, y el inmenso error militar, que supuso la Primera Guerra Mundial; que fue probablemente la guerra menos justificada y la más innecesaria de la historia de la humanidad, y la de más catastróficas consecuencias. Pero

hubiese resultado también fatal que Churchill no se hubiese dejado guiar en el año 1940 por sus lecturas de sir Walter Scott; o Truman y MacArthur en Corea en 1950, aunque luego el mismo Truman en contra de Mac Arthur, destinado como todos los héroes *to fade away* (6), terminó esa guerra en un armisticio posheroico.

Sin embargo, en este grupo de trabajo promovido por el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional se nos ha propuesto que reflexionemos sobre las repercusiones que tiene este planteamiento, por así decir cultural, sobre lo que también se denomina «paradigma militar», para ver si la citada cultura «posheroica» requiere la transformación de dicho paradigma. Una cultura posheroica exige un liderazgo (más) político (que) militar igualmente posheroico. Pero la cuestión que se nos plantea es si este cambio de paradigma estratégico e incluso operacional alcanza también en su raíz a la forma básica de la autoconciencia militar. Dicho de otra forma: ¿deben las guerras posmodernas, no solamente ser dirigidas, sino también ejecutadas de forma posheroica? Más provocativamente expuesto, ¿tienen que ser los soldados posmodernos igualmente poshéroes? Ello supondría evidentemente la revisión radical del modelo moral que a lo largo de milenios ha definido, no la guerra, sino la milicia, en la forma de una tradición que nos liga con Leónidas y los 300 lacedemonios, muertos en las Termópilas guardando la retirada y posterior reagrupamiento de los helenos que luego en Salamina y Platea salvaron frente a los persas las libertades de Occidente (7).

Tradición que enlaza directamente, no ya con las ordenanzas de Carlos III, sino con las *Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas* de 2009, que continúa diciendo en su artículo 90 que «el que tuviera orden de con-

(6) Son las palabras finales del discurso de despedida del general MacArthur ante el Congreso de Estados Unidos, en lo que se considera uno de los ejemplos de la retórica norteamericana: «*I am closing my 52 years of military service. When I joined the Army, even before the turn of the century, it was the fulfillment of all of my boyish hopes and dreams. The world has turned over many times since I took the oath on the plain at West Point, and the hopes and dreams have long since vanished, but I still remember the refrain of one of the most popular barrack ballads of that day which proclaimed most proudly that "old soldiers never die; they just fade away"*». And like the old soldier of that ballad, I now close my military career and just fade away, an old soldier who tried to do his duty as God gave him the light to see that duty. Good Bye.» TORRICELLI, Robert G.; CARROLL, Andrew and GOODWIN, Doris Kearns: *In Our Own Words Extraordinary Speeches of the American Century*, Paw Prints, 2008.

(7) Herodoto, VII-VIII.

servar su puesto a toda costa, lo hará» (8). Dado que se sobreentiende que estamos hablando del coste definitivo de la propia vida y la de aquellos bajo su mando, resulta que el heroísmo sigue siendo el presupuesto elemental del compromiso militar, entendiendo por dicho heroísmo la disposición que se expresa en el vigente juramento a la bandera, de, «si preciso fuera, entregar (la) vida en defensa de España» (9).

Desde este punto de vista una primera consideración nos lleva a concluir que el presente discurso sobre posheroicidad puede resultar sumamente confuso. Entiendo que requiere de una mayor precisión conceptual, justo allí donde se trata de ver la conexión de esa posheroicidad con el sentido histórico, moral y antropológico de lo que podemos entender como «paradigma militar».

De Aquiles a Clausewitz: una más cuidadosa determinación del modelo «heroico»

Yo pienso que nos enfrentamos aquí a una muy distorsionante y dañina ambigüedad. El que empieza a hablar de posheroicidad es John Keegan, autor que se mueve en parámetros definidos por una muy basta formación clásica. Para él ese modelo «heroico» lo encarna Alejandro Magno, y sus referentes son los héroes o semidioses homéricos, fundamentalmente Aquiles, que alcanzaban la inmortalidad mediante la muerte en la lucha individual con otro héroe que presentase en forma de desafío un inaceptable límite a su honor, que no consistía en otra cosa que en su pretensión de ser absoluto, hijo de los dioses. Se trata de un horizonte «agónico», en el que esa ambición «olímpica» tiene siempre que resolverse como lucha (por ejemplo, efectivamente, en las olimpiadas, en las que el vencedor se ve coronado por el laurel de los dioses).

Eso, ser un dios en la Tierra, es lo que define la pretensión histórica de Alejandro Magno. Y por eso tiene que llevar la lucha hasta el confín del universo, porque no puede aceptar frente a él un poder que lo limite y cuestione su ansia de divinidad. La caricatura de este modelo homérico la encontramos en la tendencia al «duelo» de los pistoleros de *saloon*, que cuando se encuentran con otro que pone en duda su supremacía,

(8) Real Decreto 96/2009, de 6 de febrero, por el que se aprueban las *Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas*.

(9) Artículo 7, Ley de la Carrera Militar 39/2007, de 19 de noviembre.

los dos deciden que el Oeste *ain't big enough for the both of us*. Naturalmente, como en Aquiles, esa pasión por lo ilimitado —los griegos la llamaban *hybris*— define el marco de la necesaria derrota. Al final, como advierte al joven el viejo pistolero que supo retirarse a tiempo, siempre hay otro «más rápido». Los griegos sabían que la pretensión heroica terminaba sin remedio en la tragedia.

Volviendo al ámbito castrense, la extensión de este paradigma heroico a la guerra en general, constituye de algún modo la obra teórica de Karl von Clausewitz. Cuando Clausewitz afirma que la guerra es la continuación de la política por otros medios, eso no significa —porque es una obviedad— que la guerra tiene un sentido gubernativo y está sometida al impulso político que se proyecta militarmente; mucho menos —aunque puede ocurrir— que la guerra tenga que estar políticamente limitada. Más bien se trata de entender la esencial continuidad entre gobierno y acción militar en el contexto de la institución moderna del Estado.

Porque como muy bien señala Hegel, esta institución, esencialmente revolucionaria, resulta de la masiva movilización de la voluntad popular. Esta movilización —*le peuple en armes*— necesariamente se proyecta en el horizonte histórico y geoestratégico de una forma «heroica», en el sentido anteriormente expuesto. El pueblo tiene que hacerse «imperial»; y el Estado es el medio de su infinita extensión —totalitaria hacia dentro y efectivamente imperialista hacia fuera—; de modo que la guerra, no sólo es la continuación de la política por otros medios, sino también la continuación «natural» de dicha política, constitutivamente expansiva, y que necesariamente tiene que entrar en colisión con los expansionismos vecinos. El cambio en nuestra heráldica nacional de la leyenda *Non Plus Ultra*, por la simple afirmativa *Plus Ultra*, da testimonio también de este planteamiento.

Por eso, un gobernante no es nada sin un ejército a sus órdenes. La Paz de Westfalia supone en Europa el fin de las guerras civiles de religión, por el procedimiento de proyectar hacia fuera la violencia. Como señala Kant (10), la pacificación civil se logra trasportando a las relaciones interestatales, a las fronteras, el estado natural de guerra en el que necesariamente tienen que colisionar voluntades que pretenden hacerse infinitas (y que no están limitadas hobbesianamente por un Leviathan supraestatal). Esa continua lucha, no ya de los hombres, pero sí de las voluntades

(10) Cfr. *Zum ewigen Frieden. Ein philosophischer Entwurf*, zweite, erweiterte Auflage 1796.

soberanas que se encarnan en los estados absolutos, se conforma en un juego infinito de alianzas, pactos y traiciones; y se limita sólo circunstancialmente por las treguas en las que esa continua guerra descansa momentáneamente de sí misma. Quien haya jugado a *Risk* (curiosamente en otras variantes se denomina a ese juego «diplomacia»), entenderá cómo fuerza, azar e inteligencia confluyen, en una trinidad bélica que necesariamente se proyecta «polemológicamente» al entero universo. De hecho el inventor del juego, un francés, Albert Lamorisse, lo editó originalmente con el título: *La conquête du monde*.

El ejemplo perfecto de esta lucha, de la guerra total («ideal» es la expresión de Clausewitz), de esta pluralidad de voluntades con vocación imperial, es ciertamente la Primera Guerra Mundial. Es sorprendente cómo se inicia esa guerra a partir de la lógica que impone el proceso, más administrativo y logístico que propiamente militar, de «movilización general», que una vez iniciado por uno de los posibles contendientes, obliga a todos los demás a la declaración de guerra, so pena de verse en una situación estratégica de absoluta indefensión, y consecuentemente de derrota total (11).

Y sorprendente también cómo, una vez iniciada, la guerra no puede ser concluida, a pesar de que para todas las partes es evidente su irresolubilidad; y cómo continúa entonces en un espantoso forcejeo de voluntades políticas para las que no es posible ni la victoria ni la rendición, que en los dos casos tendría que ser absoluta, «heroica», de olímpicas proporciones. De hecho, la guerra terminó por un error táctico-político, en un armisticio, por el que al cabo de semanas resultó que, a causa de la desmovilización alemana que no de la derrota militar, había perdido absolutamente la guerra la potencia que meses atrás había estado cerca de ganarla.

Esta concepción clausewitziana, «heroica» y total, de la guerra, termina en tragedia; con toda necesidad lógica, además. Por supuesto en la tragedia humana que una ya muy desarrollada tecnología tuvo que infligir a contendientes atascados en el barro, de Flandes y de la impotencia militar que impuso a todo atacante la trinchera y la ametralladora. Fue algo así como la hipertrofia tecnológica del «duelo a garrotazos» que pintara Goya. Pero además, la guerra fue trágica, por así decir, conceptualmente, cuando la absolutización de su empíreo «heroísmo» inicial terminó haciendo de todo heroísmo..., estupidez; en una absoluta deshumanización, en la que los héroes de Verdún o del Somme se vieron reducidos,

(11) Cfr. también de KEEGAN, John: *The First World War*, Londres, 1998.

no ya a carne de cañón, sino a mero deshecho industrial, en una muerte sin gloria: la del soldado desconocido.

En esa guerra un Aquiles o un Lasalle eran imposibles e impensables: no pintaban nada. Ya había avisado la Guerra de Secesión americana, y lo confirmaron las trincheras de Francia: la exaltación industrial del heroísmo empíreo que produce la movilización general y la guerra total, termina definitivamente con la misma posibilidad de ese heroísmo homérico, e imposibilita en su raíz la guerra como épica. Termina, pues, y necesariamente, en el pacifismo posheroico, en el que sólo son antropológicamente viables los versos que maldicen todas las guerras (12).

Hasta que, como bien señala Keegan, la «heroica» movilización a favor de una voluntad bélica de las últimas posibilidades energéticas de la materia, acaba definitivamente con el heroísmo. Ciertamente las armas siguen siendo necesarias, y el cálculo político del infinito riesgo que supone su empleo. Pero el objetivo de esa deliberación ya no es, a lo Clausewitz, la aniquilación, a ser posible unilateral, de la voluntad del enemigo, sino *the mutual assured destruction* (13). No la victoria, sino la absoluta derrota de todos. Y así fue como las armas hicieron la guerra imposible, en un contexto tan posheroico por lo demás, que la misión del soldado, antes de morir como todos, no era otra que apretar botones. A la racionalidad sólo le quedaba anular el heroísmo, y burlarse de él como Kubrik en: *Doctor Strangelove*.

Sorpresa: la milicia fue siempre posheroica

De algún modo, el planteamiento «heroico» tenía que resultar *self defeating* y concluir en la exaltación moral del pacifismo en absoluto. Y allí donde ciertas guerras limitadas eran aún viables, de temer o necesarias, ese pacifismo resultaba para el político en el mandato:

«Si no puede prescindir de ellos, ¡al menos controle usted a sus héroes, y nunca se fie de ellos!»

La ya mencionada destitución de MacArthur por el presidente Truman en la crisis del río Yalú, obligando al héroe a retirarse y desvanecerse, to

(12) STEPHEN, Martin: *Never Such Innocence: A New Anthology of Great War Verse*, Londres, 1988.

(13) *Cfr. Getting Mad: Nuclear Mutual Assured Destruction, its Origin and Practice*, Edited by Henry D. Sokolski, Army War College's SSI (*Strategic Studies Institute*), noviembre de 2004.

fade away, inaugura la larga época, no sólo de liderazgo sino de *post-heroic warfare*. También por supuesto de la no menos posheroica sospecha moral sobre la profesión militar en general.

Pero hemos de volver a la cuestión planteada anteriormente: ¿nos obliga esto a una revisión, no solamente de las formas de liderazgo político y de operacionalidad bélica, sino también de un más radical paradigma militar? La respuesta parece tendría que ser positiva: no necesitamos héroes, sino «profesionales», o simples ciudadanos de uniforme, que van al cuartel, al campo de maniobras, o a servir a no se sabe qué —porque en un mundo posheroico ya no hay «patrias» por las que morir— no se sabe dónde, igual que otros van a la oficina.

Mas, ¿qué pasaría si el modelo «heroico», en el sentido de «homérico», que hemos descrito, no tuviese nada que ver con el «paradigma militar» que ha estado fundamentalmente vigente desde Leónidas, el griego, o Escipión, el romano, hasta nuestros días?

Cuenta Tito Livio (14) que en la campaña contra los latinos el cónsul Tito Manlio Torquatus dio las más estrictas órdenes, bajo pena de muerte, de que nadie luchase fuera de su puesto en las filas. Desafiado por un noble enemigo y pensando que no podía honorablemente rehusar, su hijo, movido por un falso sentido del honor (*vana imagine decoris in te movet*) entabló combate singular —típico de la épica homérica—. Y cuando volvió al campamento con los frutos de su victoria, se encontró con la inapelable justicia de su padre. Obligado a elegir entre la fuerza de la sangre y la disciplina militar sobre la que se sostenía el poder de la república, dice el cónsul, no pudo sino hacer ejecutar la sentencia, tan triste como fecunda para futuras generaciones. Y concluye Livio:

«La disciplina de Manlio fue considerada con horror, no sólo presente, sino para la más austera severidad de tiempos futuros (...). Mas esa severidad resultó provechosa para la lucha final cuando los romanos llegaban al campo de batalla.»

A renglón seguido, para que quede clara la moraleja, se detiene Livio a explicar con detalle la elaborada disciplina de la táctica manipular.

Probablemente la historia es falsa, pero cierta la eficacia pedagógica de su continua repetición en la tradición castrense romana. Porque ellos eran conscientes de que el poder militar de la república se sostenía, no

(14) *Liv.* 8, pp. 6-11.

en el espíritu heroico de la épica homérica, en la violenta afirmación del individuo en el desafío, sino en la consistencia con la que el *miles* romano entregaba su esfuerzo y su vida a la república como «servicio en las filas». El planteamiento es radicalmente posheroico: a Héctor y Aquiles, Manlio Torquatus los había ajusticiado, con todo cariño y respeto, en la persona de su propio hijo.

Por eso es también posheroico el sentido general de una milicia, que no es expresión de la absoluta voluntad de vencer, sino que está esencialmente limitada por la Ley. Este sentido posheroico y esencialmente restringido del poder militar, que así se refuerza en Roma, venía ya de Grecia. Y en el monumento que recordaba a los caídos de las Termópilas (por cierto no vencedores sino vencidos), no se ensalza su afán de victoria, ni su fuerza sobrehumana, ni siquiera su desprecio de la muerte, sino sencillamente eso:

«Viajero, si vas a Esparta, cuenta que aquí caímos defendiendo sus leyes.»

Militar no es el que lucha, sino el que sirve a la comunidad política, a la *civilitas*, de la que en último término, que no de su personal y olímpica *virtus* o *areté*, obtiene su fuerza. Por eso es la milicia, en efecto, una «profesión», a la que se accede en un juramento de servicio, como un «oficio». La transformación de los héroes en «oficiales», es lo que constituye la grandeza militar de Roma, y también su eficacia bélica.

De ahí, por cierto también, el *horror Caesaris* que caracteriza a la etapa final republicana. Cuando César cruza el Rubicón, contraviene la legalidad que impedía a los procónsules venir con sus legiones a Italia y a Roma (15). Él sabe que, apoyado en la autoestima e infinita autoconciencia que procede de sus victorias, cruzando el río prohibido está volviendo a las andadas del heroísmo homérico y emulando a Alejandro; sabe que conduce a la fuerza militar contra el poder legal del Senado y el pueblo de Roma; y que así está quebrando el límite que separa a la república de los bárbaros, y que su acción conduce por tanto a la guerra civil. Y cuando además pretende reconocer a su hijo y perpetuar en él su magistratura esencialmente militar; cuando pretende declararse dios, en virtud de esas victorias, los viejos romanos saben que se ha consumado la traición contra la república, y que el tirano es reo de muerte.

(15) SUETONIO: *De vita Caesarum, Divus Julius*, sect. 32.

La caballería y el paradigma militar

Además de por la citada «oficialidad», o si se quiere por el carácter «público» de su oficio, el paradigma militar aún contemporáneo en todas las Fuerzas Armadas que podamos considerar civilizadas, se define por la idea de la caballería. Así, como límite ideal y moral de la conducta, esa caballería viene determinada en el artículo 133 de los *Punitive Articles* del *United States Uniforme Code of Military Justice*:

«*Any commissioned officer, cadet, or midshipman who is convicted of conduct unbecoming an officer and a gentleman shall be punished as a court-martial may direct*» (16).

La traducción de *gentleman* al castellano es evidentemente «caballero». Con lo que podríamos generalizar y decir que se trata de poner como modelo las virtudes de una determinada clase social, de la que a partir del siglo XVII se nutren preferentemente los cuerpos de oficiales de las naciones europeas (17). Esas clases tienen sus raíces en la «polémica» historia de la Alta Edad Media, en lo que se llamó también la Edad de Hierro, posterior a las invasiones bárbaras y a la quiebra de la cultura urbana y de la idea clásica de civilidad que intentó restaurar Carlomagno.

Se trataba de la guerra de todos contra todos que define el «estado de naturaleza» hobbesiano, y en la que vinieron a poseer las tierras y emerger como señores en el dominio del resto de la población, aquellos más luchadores, más capaces de violencia y de prestar servicio militar a la cabeza jerárquica; a veces no por ser los más fuertes sino los más capaces de afrontar la última contradicción de la existencia que es la muerte; más capaces, por tanto, de heroísmo. Con la generalización del caballo como elemento de guerra, que ocurre tras la introducción del estribo por los hunos, ese animal, junto al armamento pesado que desde su altura se podía manejar, se convirtió en la imagen representativa de esta clase social emergente, de procedencia bárbara (francos, burgundios, germanos y normandos) de vocación evidentemente guerrera.

(16) La fuerza definitoria entiende el código que viene dada por la idea de *gentlemanliness*, en todo su sentido tradicional, que se perdería si se reajusta a las nuevas políticas de género. De modo que conserva esa denominación en su carácter moral que no biológico como válida para miembros masculinos y femeninos del cuerpo de oficiales.

(17) Ya debería hacernos reflexionar el hecho de que se ha conservado sin discusión en documentos legales esta terminología, en una sociedad como la norteamericana donde esas clases sociales de vocación tradicionalmente castrense, sencillamente no han existido nunca propiamente.

Naturalmente, nos las habemos, como en los tiempos homéricos, con una nueva edad heroica. Y de hecho ese paradigma encuentra su expresión en los mismos versos (fáciles de memorizar) de los poemas épicos, ahora de las *chansons de geste*, en los que juglares cantan esos hechos sobrehumanos de lucha y muerte que dieron a los señores su derecho a dominar. *Aristo-cracia*, originalmente gobierno de los mejores, se convirtió en la ley... del más fuerte y valiente «señor de la guerra».

Definiendo al militar como caballero, parece que recuperamos para el paradigma castrense ese ideal heroico-homérico. Apariencia tanto más consistente cuanto a finales del siglo XVIII confluyen dos corrientes que parecen consolidar esta imagen recuperada del *miles gloriosus* (18). Una de estas corrientes es lo que podríamos llamar la eclosión bélica del ideal revolucionario a partir del año 1792. Himnos marciales (*Marsellesa*), banderas y épica heroica; también la posibilidad de ascender por méritos de guerra desde las filas a los más altos grados militares; todo ello unido a la idea de una movilización de la voluntad general, como pueblo en armas, en una guerra absoluta de la que se esperaba algo así como la consumación de la Historia, ofrece el marco histórico del que Clausewitz sacó su idea de guerra total o ideal.

Por lo demás, las alusiones neopaganas a los dioses de la guerra eran constantes. Tanto más cuando sobre este planteamiento político incide la otra corriente estética del neoclasicismo, en la que esa retórica heroica estaba *ou ordre du jour*. La idea de una «gloria» alejandrina, en la que el soldado alcanzaba, en la vecindad de la muerte, una proyección infinita, se convirtió en patrimonio del imaginario tanto literario como castrense, para una juventud europea que iba a vivir de los años 1794 a 1815 una casi ininterrumpida Guerra de los Veinte Años.

¿No se recupera también, junto a ese ideal homérico, la idea de la caballería medieval, en la figura alegre, audaz, pendenciera, mujeriega, duelista y desvergonzada, valiente hasta la indisciplina, del «caballero del alto plumero», o mejor, del por doquier imitado húsar húngaro? Como nadie, encarna esa figura en las guerras napoleónicas Antoine Charles

(18) Hemos de recordar que *Miles Gloriosus* es el título de una famosa comedia de Plauto, en la que se ridiculiza la imagen del militar (supuestamente) heroico. Se pone así de manifiesto cómo en esas tempranas fechas, contemporáneas de las guerras púnicas, el paradigma militar romano había dejado atrás una visión homérica del heroísmo militar. *Cfr.* WEST, A. F.: «On a Patriotic Passage in the *Miles Gloriosus* of Plautus», *The American Journal of Philology*, número 8.1, p. 18, 1887.

Louis de Lasalle (19), legendario jefe de la caballería ligera de Napoleón. Se le atribuye el dicho, efectivamente «glorioso», de que el húsar que no está muerto a los 30... es una desgracia. Tras ímprobos esfuerzos, él lo consiguió en Wagram a los 34.

A Napoleón, un poco «heroico» él, le caía muy bien Lasalle, y le lloró sinceramente cuando murió. Cuentan que una vez le preguntó en una recepción en las Tullerías: «Lasalle, ¿cuándo te casas?» (su novia, una divorciada Berthier, era protegida de la corte imperial). «Sire, cuando tenga dinero para montar una casa». A lo que Napoleón, que gustaba de enriquecer a sus héroes, le contestó: «¿Y qué pasa con los 200.000 francos que te di hace poco?». Respuesta: «Con la mitad, Sire, pague mis deudas de juego, y el resto lo perdí jugando». El emperador se rió (y ordenó que le diesen otros 200.000, con los que ahora sí se casó). Pero en otra ocasión similar, en que Lasalle, consciente del favor imperial, le preguntó si le iba a nombrar jefe de caballería de la Guardia, el Emperador respondió: «Cuando dejes de beber, cuando dejes de fumar, y cuando dejes de decir palabrotas». A esas alturas Napoleón ya no necesitaba un héroe homérico, sino un caballero del Imperio, y para eso Lasalle no le servía, ¡y eso que, a diferencia de tantos «héroes» napoleónicos, él era noble de nacimiento! A pesar de lo cual era más bien un simpático golfo, cercano a figuras como el Tenorio; útil, si bien mandado y le daba por obedecer ese día. Pero absolutamente inválido como paradigma militar, que si encarnó poco después la figura tan atractiva y noble, también trágica, de un Charles de la Bédoyère, por ejemplo (20).

Y es que la «caballería» que se ofrece como paradigma moral de la oficialidad europea, tiene bastante poco que ver con húsares húngaros, cosacos del Don, garrochistas del bajo Guadalquivir, o cowboys de Wyoming (sería el equivalente cinematográfico más reciente). En general tiene poco que ver ya con los caballos, sino, todo lo contrario, con la cultura «cortés» que emerge en Europa a partir del siglo XII, no como exaltación, sino precisamente como transformación de las artes y virtudes marciales en el sentido de la reflexión racional capaz de limitar la guerra de todos contra todos. No define al «caballero» la brutalidad, sino la «gentileza», por eso es un *gentleman* o «gentilhombre». Y ésa es la referencia moral

(19) DUPONT, Marcel: *Le Général Lasalle, par Marcel Dupont*, Nancy-Strasbourg, París, 1929.

(20) DUPONT, Marcel: *Des rêves de gloire au peloton d'exécution. Charles de la Bédoyère, 1786-1815, aide de camp de l'Empereur*, J. Peyronnet et Cie, París, 1963.

que constituye el paradigma militar desde el siglo XVII hasta nuestros días; junto a la «oficialidad», esto es, al carácter «público» (romano) de la profesión de las armas. Paradigma que también desde este punto de vista caballeresco tiene un sentido absolutamente «postheroico», en la esencial limitación de una supuesta «gloria» homérica a la que se accedería en el ejercicio de la más extrema violencia.

Y es que el ideal de la caballería medieval surge paulatinamente a partir del afán de la Iglesia, desde el siglo XI al XV, de introducir restricciones a la ilimitada lucha de todos contra todos, y en todo tiempo y lugar; extrema violencia que caracterizó los tiempos oscuros poscarolingios de la Alta Edad Media. Eran tiempos en los que cualquiera capaz de defender un risco, ponía un peaje en un vado o un desfiladero; tiempos del *ius prima noctis*; de lealtades que lo mismo se juraban que se rompían; del puñal y el veneno contra primos y hermanos como medio de acceso a coronas y mitras; del rapto y violación (y asesinato del suegro) como vía al matrimonio. Los poderes morales de aquella sociedad estaban evidentemente a la defensiva, representados por la Iglesia (eso cuando no se sumaba con entusiasmo al general expolio). En medio de aquel marasmo, nos puede parecer ridículo, pero tenía sentido: los mandamientos se relativizaban para hacerlos «mínimamente» efectivos.

En vez del «no matarás» en absoluto, se restringía en «treguas de Dios» la furia asesina: y no se podía matar de viernes a domingo, o de Cuaresma a Pascua, o en lugar sagrado. Después, la prohibición tendía a generalizarse, intentando convencer a aquella gente que no se podía matar cristianos y robar cosechas de vecinos; y se intentaba así exportar el daño (era importante ofrecer alternativas) contra infieles sarracenos, mandando al guerrero, con algo de utilidad geoestratégica, a por el botín de caravanas orientales y a defender los Santos Lugares (21); y si acaso a saquear de paso Bizancio. Igual con las mujeres: se podía violar a hijas y casadas (ajenas), que tenían padres y maridos que las defendieran (aunque a éstos no se les podía matar en fin de semana), pero no a las viudas, que estaban desprotegidas, ni a las religiosas que tenían la más

(21) Cfr. MANRIQUE, Jorge: *Coplas a la muerte de su padre*: «El vivir que es perdurable / no se gana con estados / mundanales, / ni con vida deleitable / en que moran los pecados / infernales; / mas los buenos religiosos / gánanlo con oraciones / y con lloros; / los caballeros famosos, / con trabajos y aflicciones / contra moros. / Y pues vos, claro varón, / tanta sangre derramasteis / de paganos, / esperad el galardón / que en este mundo ganasteis / por las manos (...).»

alta protección de su divino esposo. Y venía luego el intento de generalización: la mujer, cualquiera en su debilidad, no podía ser forzada; y proteger su honra se convirtió en responsabilidad, ya no de padres, esposos o hermanos (del clan), sino de todo «caballero».

Y así se intentó transferir el erotismo desde el campo de la fuerza al de la poesía, que hacía a la mujer más inalcanzable cuanto más deseada. Lo que supuso por ejemplo una generalizada platonización del adulterio (todos los caballeros de la corte imperial estaban así enamorados de Isabel de Portugal, amada y fiel esposa de Carlos V). Y contribuyó a la pacificación de las relaciones sociales en ese ámbito «cortés»: los caballeros pasaron, de forzar por los caminos, a suspirar «gentilmente» por los corredores de palacio, en general beneficio del comercio y de las artes juglarescas.

Parecerá caricatura, pero funcionó, si no del todo sí en medida importante; y sobre todo a nivel de «paradigma moral», esto es, como el ideal que define lo correcto cuando uno se ajusta a él en una acción *becoming* a *gentleman*; y más todavía cuando uno, al revés, comete una «villanía». Si no nos hace mejores, el paradigma define el ámbito del honor y la vergüenza, y el mal como aquello que nos hace «impresentables»... en la Corte o sociedad de los «caballeros».

Pero esta especie de atemperamiento o incluso sublimación de las virtudes guerreras, ciertamente posheroico desde el punto de vista homérico, era todavía insuficiente. Era necesaria una más radical revolución moral, una inversión, si se quiere, del sentido mismo de la heroicidad: desde la guerra a la justicia. Se trataba de movilizar ahora esa dinámica marcial, el ejercicio y arte de las armas, a favor del bien y de la justa convivencia; desde la desintegradora exaltación olímpica de la individualidad, hacia la reafirmación reflexiva de la comunidad. Era necesario hacer de la caballería un ideal de virtud, no en el sentido de la fuerza militar, sino de la virtud cristiana, y en general de «humanidad».

El primer paso lo podemos reconocer, en el entorno histórico de las Cruzadas, en el nacimiento de las órdenes militares (22). Mientras que el caballero «heroico» desarrolla su afán violento de absoluta autoafirmación, de modo tal que descompone el cuerpo social; el monje-soldado da sentido de servicio a su *virtus* guerrera, a su habilidad militar, integrando

(22) CLAIRVAUX, Bernard de: *Éloge de la nouvelle chevalerie. Liber ad milites Templi de laude novae militiae. Œuvres Complètes*, volumen 31.

su fuerza en una comunidad que se afirma en la renuncia del individuo, mediante los votos monásticos de pobreza, castidad y obediencia. De este modo, esa fuerza individual se trenza por así decir en un proyecto ideal: de apoyo al peregrino, de sostén de los débiles en general, y de defensa hasta la muerte de los Santos Lugares, y luego en general de las fronteras de la Cristiandad; contra los sarracenos en Palestina y España, y contra los paganos eslavos en el Báltico. *Pauperes commilitones Christi Templique Solomonici*, es el título fundacional de la orden del Temple. Es curioso que mientras para el héroe homérico la riqueza como botín es el derecho adquirido en la lucha, el posheroico monje soldado entiende junto al esfuerzo y sacrificio castrense también la pobreza como el signo de autenticidad de su entrega (23).

Pero el paradigma que representaban las órdenes militares no dejaba, en todo su poder y fuerza ejemplar, de ser socialmente marginal. La inversión moral de la idea de caballería tenía que hacerse universal. Y ése fue el logro de lo que en general podemos llamar, junto a la cultura juglaresca provenzal, la antropología «artúrica» desarrollada por los normandos a partir de leyendas celtas (24).

Visto desde el punto de vista conceptual, el origen de lo que así podemos llamar «nueva caballería» no puede ser más «posheroico». El caballero «heroico» se arma a sí mismo; y obliga a los demás en virtud de su propia fuerza a reconocerle como tal. Ello ocurre cuando éstos, bajando por ejemplo sus pendones o sus armas, se rinden ante él. Ahora ocurre al revés: es el nuevo caballero el que se rinde. Hay en ello un punto penitencial: que se materializa por ejemplo en la noche de vigilia, incluso en el baño ritual. Se liga así un rito germánico de paso, de mayoría de edad, con la idea cristiana del renacimiento desde el pecado a una nueva vida sobrenatural. Pero más interesante es el acto por así decir militar de rendición, en el que el aspirante, de rodillas, pone su cabeza a disposición de la espada del señor. El gesto de éste de tocar con esa espada los dos

(23) Y como el que gasta menos de lo que ingresa se hace rico, vino a suceder que los templarios, receptores de ingentes donaciones y legados, le convirtieron en un inmenso poder más financiero que militar (muchos estudiosos buscan en el Temple un referente para el origen medieval de la Banca). Y ello provocó su trágico e ignominioso fin a manos del papa y del rey de Francia, que eran sus principales deudores. Cfr. BARBER, Malcolm: *The New Knighthood: A History of the Order of the Temple*, Cambridge, 1994.

(24) Cfr. KEEN, Maurice: *Chivalry*, New Haven, Londres, 1984.

hombros del neófito, es bien ilustrativo, algo así como cuando los lobos muestran la yugular al «macho Alfa»:

«Ahora si quiero te mato, y si no lo hago es porque te perdono la vida que me rindes, porque has dejado de ser mi enemigo.»

La asimetría es total: tú no me vas a hacer daño, y yo si puedo hacértelo a ti. Lo lógico sería ahora que este acto concluyese en el establecimiento de una relación de vasallaje, en la que el que se rinde entra en una relación de servicio con aquél al que se reconoce como héroe victorioso. Y de hecho así es como la época heroica se articula en el contrato feudal: tú, vencido, me reconoces como señor y me sirves; yo, vencedor, acepto tu servicio y homenaje, y correspondo con mi favor y protección. La época heroica de libertades plurales, necesariamente en lucha porque ninguna acepta el límite que la otra representa, se supera en la desigualdad jerárquica de señores y vasallos, en la que al final, al menos teóricamente, hay un solo soberano, es decir, una sola voluntad verdaderamente libre (25).

Pero precisamente en contra de este modelo feudal, aquí es donde se produce el milagro artúrico. Porque ahora no ocurre así. Antes bien, una vez que aquél entrenado en el ejercicio de las armas, ha rendido ante el rey su voluntad arbitraria, lo que éste hace no es confirmar la servidumbre a la que el aspirante está dispuesto, sino que justo al contrario, lo levanta, lo abraza, y en la presencia de la Corte, en el Camelot de los iguales, el rey lo declara, igual que él, señor y hombre libre. La voluntad de servicio se consume, pues, no en la servidumbre, sino en la liberación del que así entrega su fuerza a la comunidad que el soberano representa.

Ocurren ahora dos cosas, en su formalidad aparentemente contrapuestas. En primer lugar, al que así es reconocido como señor, se le ofrece ahora asiento a la Tabla Redonda. Es sabido que es redonda porque no hay en ella geográficamente presidencia ni prevalencia, es decir, porque en ella se renuncia al principio de jerarquía. Si es así, la idea artúrica de caballería no es de carácter feudal. Lo que tiene su «lógica». Porque esa mesa redonda es la representación física del «logos» mismo. Permitir a alguien sentarse en ella, supone admitir que tiene «algo que decir», que

(25) Cfr. HEGEL, G. W. F.: *Phänomenologie des Geistes*, B, IV. A: «Selbständigkeit und Unselbständigkeit des Selbstbewusstseins; Herrschaft und Knechtschaft», Ed. Suhrkamp, p. 145.

será escuchado; también de que ese discurso no tendrá más fuerza que la del argumento que cada cual sea capaz de presentar y en la medida en que sea aceptado por los demás. Ello, por lo mismo que uno se compromete a escuchar y atender el argumento que los demás igualmente pueden presentar, renunciando a imponer por la fuerza la conclusión. La voluntad que así emerge, procede de la deliberación, como una voluntad general, compartida por todos los que se comprometen en ese proceso dialógico.

Naturalmente —hay que insistir una y otra vez— se trata de un paradigma y como tal de un planteamiento completamente idealizado que tiene poco que ver con la factualidad histórica. Los caballeros medievales, como los maestros masones, los miembros de organizaciones no gubernamentales o los cardenales de la Iglesia católica, son luego como son, unos mejores que otros, y anclados todos por la realidad de la vida a los límites de la condición humana. Pero no es eso lo que nos interesa, sino el carácter formal de dicho paradigma, precisamente para reconocer en él la idea de una «ilimitada comunidad de comunicación libre de dominio», que es el principio de una razón práctica fundada en el reconocimiento que los sujetos libres hacen unos de otros como partícipes iguales en un proceso de autodeterminación deliberativa.

Pues bien, estas expresiones, pedantes en otros contextos, tienen apellidos bien determinados en el mundo académico, en concreto, los de la más «progresista» filosofía de Jürgen Habermas y K.-O. Apel, que son los adalides contemporáneos de una epistemología igualitaria y, si se quiere incluso, socialdemócrata (¡quién nos iba a decir que esto tenía que ver con el rey Arturo y el origen de la caballería!) (26). También hemos de reconocer aquí lo que Kant llama «el reino de los fines», que es la comunidad moral de los sujetos libres que se reconocen unos a otros como absolutos (como *seniores*, de dónde viene «senado» o consejo de los mejores). Ese reino de los fines es, por tanto, la «Corte»; pero que ya no es el conjunto cercano de los «súbditos», sino en el sentido que también resuena en las «cortes» medievales, como curia, consejo o concilio de los hombres libres, de los que «tenían algo que decir» y que aportar, como guerreros, como clérigos, o trabajadores; y que se reunían convocados por el rey para de-

(26) Cfr. HABERMAS, J.: *Theorie des kommunikativen Handelns*, Suhrkamp: Francfort a. M. 1981.

cidir sobre las cosas del común (27). Como se ve, la leyenda artúrica no es sino condensación de tradiciones milenarias que han contribuido igualmente a conformar instituciones históricas perfectamente reconocibles, al igual que teorías filosóficas contemporáneas progresistas e ilustradas. En concreto, está en la base de lo que va a ser el parlamentarismo y que se desarrollará en las teorías del «contrato social».

Interesa insistir en que estas instituciones «conciliares», por más que medievales, no son propiamente feudales. Es decir, no se articulan sobre la base del vasallaje y la servidumbre, sino, justo al revés, como asamblea de los hombres libres (28). De ahí que su raíz haya que buscarla en el Derecho germánico, tendencialmente igualitario y en cierta forma asambleario, anterior ciertamente a la consolidación de la idea de dignidad como extensión «heroica» del dominio sobre otros. Y esto es importante para entender a partir de aquí cómo el honor, que es el respeto y reconocimiento debido a los señores, en absoluto tiene ese sentido «heroico», es decir, no resulta del ejercicio de las armas, y menos del extremo y violento desafío del poder de otros. El honor no se conquista, sino que es lo que en la Tabla Redonda se da, y se recibe y acepta. La esencia del honor es el mutuo reconocimiento de los hombres libres, y por eso no se puede arrebatar, ni siquiera exigir; y por supuesto se pierde de inmediato en cuanto se confunde con la arrogancia. Sólo el que honra —así, por principio— es honorable. Lo contrario recibe el feo, castizo, bajo y vergonzoso nombre de «chulería».

Pero volvamos ahora a la ceremonia de ingreso en la caballería. Una vez levantado, abrazado y reconocido como igual, el rey ordena el siguiente paso: que se arme al ya caballero. Entender esto es de la máxima importancia para el propósito de nuestra reflexión acerca de la esencia caballeresca del paradigma militar: no se es caballero por portar armas, sino al revés. Dicho de otra forma, la caballería, a la que aspiramos precisamente rindiendo las armas ante el poder lógico y deliberativo de la comunidad (vale igual

(27) Sobre el origen de las instituciones parlamentarias occidentales y su primer antecedente en las Cortes de León del año 1181, *cfr.* KEANE, J.: *The life and death of democracy*, Simon & Schuster, Londres, 2009.

(28) Conocida es la fórmula que se atribuye para el juramento de los reyes de Aragón, a los que en el acto de la jura el Justicia, en nombre de las Cortes, así se dirigía al nuevo rey: «Nos que somos tanto como vos, pero juntos más que vos, os hacemos principal entre los iguales, con tal que guardéis nuestros fueros y libertades, y si no, no.» *Cfr.* QUINTO, Javier de (1848): *Discursos políticos sobre la legislación y la historia del antiguo Reino de Aragón. Del juramento político de los antiguos Reyes de Aragón*, edición facsímil, Zaragoza, 1986.

decir «del Rey», o «de la Ley», o «de la Justicia», o «de la Orden», o «de la Tabla»), es esencialmente posheroica, en el sentido de que supone una radical renuncia a la violencia: rendir las armas. Pero ahora resulta que es también pre heroica, porque las armas, rendidas y veladas, de alguna forma consagradas, son ahora otorgadas por la autoridad de la Orden a aquel que, por lo mismo que la reconoce como fuente que determina la Ley y la Justicia, compromete ahora su voluntad, hasta el extremo de la muerte, en defensa de ese ideal de justicia que la Tabla Redonda representa.

Nietzsche, veía en la ópera la encarnación estética del voluntarismo trágico, y se mantuvo fiel en su admiración mientras Wagner se dedicó a cantar las épocas heroicas de la primitiva Germania, sobre todo en el ciclo de los nibelungos. Y es que el heroísmo del superhombre que lleva al máximo la voluntad de poder, no se refugia en la eternidad, sino en la grandeza trágica del instante. El héroe homérico o de las gestas medievales, se sitúa más allá del bien y del mal, en un juego, más bien, de fuertes o débiles, de señores o esclavos. Alejandro o César, no fueron buenos o malos, sino grandiosos y geniales; vencedores. Y a la postre, por lo mismo, trágicamente vencidos.

Por eso Nietzsche se sintió tremendamente traicionado cuando Wagner compuso y estrenó el *Parsifal* (el *Percival* artúrico), que representa el ideal de la pureza caballeresca, sólo en virtud del cual es digno de emprender la peregrinación en busca de la fuente de eternidad que es el Santo Grial. Eso de que la caballería tuviese al final que ver con José de Arimatea y el recuerdo de la Última Cena, fue demasiado para quien se había empeñado en una exaltación de la *virtus* heroica, que efectivamente Nietzsche sólo podía entender como voluntad de poder y de conquista (29).

No vamos a entrar aquí en más detalles, por ejemplo en que si volvemos otra vez a nuestra ceremonia de investidura, vemos que quien ordena armar al caballero es el rey, mas quien le ciñe la espada es su dama. La mujer representa en este contexto la debilidad de la fuerza, pero a la vez la fuerza del ideal; y es la imagen redentora, que restablece la justicia dañada. Situada como pieza clave del edificio moral caballeresco, ella es símbolo de que la lucha para la que se rearma al caballero, ya no es la de los fuertes contra los débiles, sino la del bien contra el mal. Lucha que tiene justo el sentido contrario: el restablecimiento de la justicia, contra los fuertes y a favor de los desvalidos. Por eso D. Quijote manda a los

(29) Cfr. Nietzsche contra Wagner.

vencidos malhechores a Dulcinea, a que ella valide el perdón que sólo en su nombre él está dispuesto a concederles.

Lo que nos interesa, más bien, es ver la repercusión que este planteamiento antropológico tiene en el desarrollo del paradigma militar contemporáneo. En principio parece claro: la inversión del sentido de lo heroico que se manifiesta en estas imágenes hace que el caballero deje de ser una exaltación épica del poder y de la fuerza. De hecho, es reconocido como tal por sus iguales precisamente en la medida en que posheroicamente renuncia a la violencia como medio de resolver las disputas que entre ellos se puedan plantear. La fuerza de las armas se sustituye por la deliberación y la «gentileza» en el entorno de la Tabla Redonda y de la Corte.

Sin embargo, la Orden de Caballería es consciente de lo inestable de este proyecto político que pretende sustituir la fuerza por la Ley y la Justicia. No sólo porque fuera del entorno «cortés» sigue con plena vigencia el mal, como ley del más fuerte; también porque los mismos caballeros son de fiar sólo hasta cierto punto, y fácilmente decaerían de su compromiso con la Justicia, si la Tabla Redonda no fuese también una cofradía armada, de nuevo «heroica» en su compromiso por mantener contra la desintegradora voluntad de los malos el proyecto de convivencia reflexiva — democrática diríamos hoy — de los buenos. De ahí, no sólo el rearme del caballero, sino el sentido de «misión» de su servicio de armas.

El caballero es un «comisionado», un enviado del rey y de la Tabla Redonda, para andar por los caminos a «desfacer agravios, enderazar entuer-tos y proteger doncellas». Es fácil entender, pues, como el nuevo heroísmo caballeresco, posheroico en el sentido homérico-nietzscheano, tiene esencialmente un carácter «público». Incluso cuando va andante por los caminos, el caballero es el representante de una Orden, de la comunidad de los que participan del ideal de la Tabla. Es pues, además de caballero, de «hombre gentil», un «oficial» del rey, como tal nombrado con «despacho», «patente» o «comisión» (30).

(30) Es importante fijarse en esta síntesis de «oficialidad» y caballería, porque desligado de ese sentido público del servicio, los caballeros tardo medievales, sobre todo los segundones sin tierra de familias aristocráticas que iban de corte en corte ofreciéndose como mercenarios, se convirtieron en una plaga que asoló los caminos de Europa. La distancia que va entre un caballero errante y un salteador de caminos, es muchas veces mínima y de carácter puramente moral. En este sentido, la transformación de esta *gens de guerre* en *compagnies d'ordenance* es la difícil tarea de la «oficialización» y «militarización» más que «profesionalización» de los dedicados a las armas. Cfr. HOWARD, M.: *War in European history*, pp. 14-19, Oxford, 1976.

Profesionalidad y milicia

Podríamos intentar quemar etapas en nuestra reflexión y llegar a una rápida conclusión, diciendo que el paradigma castrense propio de nuestra cultura occidental es el resultado de una síntesis entre las ideas militares de «oficialidad» (es decir, del ejercicio de las armas como servicio «público») y de «caballeridad» (como un desinteresado servicio a lo justamente asumible por la comunidad política desde un presupuesto de universalidad, esto es, a los «intereses generales», frente al provecho individual). Semejante síntesis sería posheroica en el sentido expuesto. Por lo que podríamos concluir que, en función del paradigma —del modelo moral— que define la tradición castrense, nuestras instituciones militares están bien pertrechadas desde el punto de vista doctrinal para asumir sus responsabilidades operativas en una cultura «posheroica». Puestos a buscar un cierre conceptual, quizás podríamos añadir que esa síntesis queda bien resumida por la idea de «profesionalidad»: en un mundo posheroico los militares son los responsables, técnicamente competentes, del ejercicio de las armas, en el que asumen, según la naturaleza de ese ejercicio, las tareas que les encomienda la autoridad pública legítimamente constituida.

Sólo que semejante caracterización «profesional» a mí me parece insuficiente. Algo de nuestra milenaria tradición castrense se nos está escapando aquí, de modo que el paradigma queda por así decir infra-determinado.

Es necesario advertir que la idea de «profesionalidad» militar puede, según se interprete, resultar muy sospechosa. Es evidente que, a partir de las reformas de Mario, esta idea de dedicación profesional al servicio —siempre, no olvidemos, bajo sagrado juramento de fidelidad a la República— es consubstancial a la tradición que hemos recibido de Roma, que Keegan llama «la madre de todos los soldados». Sin embargo, en un fascinante trabajo sobre la experiencia militar española en las guerras de Flandes de los años 1568 a 1648 (31), González de León, pone en muy seria duda el posible sentido moral de la «profesionalidad» militar. De hecho en la Corona española esa profesionalización es un fenómeno que

(31) GONZÁLEZ DE LEÓN, Fernando: «Soldados pláticos y caballeros. The Social Dimensions of Ethics in the Early Modern Spanish Army», en TRIM, D. J. B. (ed.): *The Chivalric Ethos and the Development of Military Professionalism*, pp. 235-268, Brill, Boston-Leiden-Boston-Köln 2003.

parte de la conquista de Granada, se desarrolla en las campañas italianas del *Gran Capitán*, y se consuma en los Tercios del Duque de Alba. Esa profesionalidad viene también exigida por la tecnificación del arte de la guerra que resulta del desarrollo de las armas de fuego y de las fortificaciones. Y parece evidente que este planteamiento «técnico» facilita el ascenso de mandos, que ya no proceden de la aristocracia tradicional, sino de la misma tropa profesional.

Muchos capitanes, y maestros de campo, y hasta gobernadores de plazas, provienen de ese pueblo llano, y son promovidos por jefes militares como Fernández de Córdoba y Álvarez de Toledo para los que la eficacia militar era un valor supremo. De nuevo apunta aquí lo que luego se consumará en Clausewitz: la guerra total. La victoria es su única justificación. Estamos en los tiempos poscaballerescos en los que Cervantes escribirá, nunca sabremos hasta qué punto de burla, sobre D. Quijote, el caballero andante pero eterno derrotado, en absoluto «soldado *plástico*» que es como la literatura del momento llamaba también a estos militares «modernos».

¿Eran soldados posheroicos estos nuevos profesionales de la guerra? Es confuso, y la situación debía ser reflejo de tendencias contradictorias, en las que aparecen figuras como Garcilaso de Vega, modelo aún donde los haya del heroísmo caballeresco, junto a otras como la de Sancho Dávila, que fue más tarde la mano derecha del Duque de Alba para la represión de Flandes. Porque, si de profesionalidad se trata, lo primero que por entonces aprendía un soldado era a degollar. Y si la eficiencia victoriosa se convierte en el último valor, aquellos militares modernos vinieron a ser, desde los paradigmas caballerescos todavía vigentes, no heroicos pero sí terroristas. El acto militar más eficiente resultó ser el saqueo de plazas expugnadas, no sólo sin dar cuartel al enemigo, sino con garantías del seguro exterminio de la población civil. Así ocurrió que la primera «pacificación» de Flandes, ejecutada con este sentido moderno de la eficiencia, fue una victoria guerrera, una ruina política, un desastre humanitario..., y una vergüenza militar.

Por razones que no vamos a tratar aquí pero que tienen que ver con el fracaso político de la «profesionalidad militar» moderna (pensemos en los *condottieri* italianos, o en la dictadura militar de Cromwell en Inglaterra con su igualmente desastrosa pacificación «profesional» de Irlanda), a lo largo del siglo XVII volvemos a un renubilización de lo que por otra parte mantiene esa tendencia a la competencia técnica, pero recogiénola re-

flexivamente en un *ethos* caballeresco. Y ahí es donde cuaja verdaderamente el paradigma militar tal y como actualmente lo conocemos; en el que la caballería se profesionaliza, pero los profesionales se ennoblecen. Paradigma que, como todas las estructuras estables, tiene tres puntos de apoyo: el carácter público y disciplinado de la «oficialidad» romana, el sentido caballeresco y gentil de la nobleza medieval, y la tecnoeficiencia profesional moderna, desarrollada en el ámbito castrense precisamente por holandeses y suecos con la táctica de «orden cerrado» que sistematiza Maurice de Nassau (32).

Por eso, volviendo a Flandes, la situación había cambiado radicalmente una generación después. Donde había imperado el terrorismo de los sitios a sangre y fuego, Diego Velázquez puede pintar ahora la rendición de Breda como un hecho honorable, con tintes casi amistosos, donde los vencedores rinden homenaje militar a la valentía de los vencidos, que desfilan con armas, banderas y bagajes, ante la respetuosa mirada de sus adversarios. Spinola recoge las llaves que le entrega Justino de Nassau, y lo hace descubierto, inclinándose también ante él y poniéndole la mano en el hombro con un gesto familiar para no hacerle amargo el momento.

El arte representa aquí un paradigma, que se va a mantener vigente hasta el siglo XX, cuando Rommel lo primero que hacía cuando cogía prisionero a un general era invitarle a cenar (en el frente ruso ese paradigma militar se había roto por completo y se había hecho terrorista). Desde lo que *Las Lanzas* muestran, es impensable cómo Alba, sólo unos años antes, le había cortado la cabeza al conde de Egmont, caballero del Toisón de Oro, que había sido compañero suyo como jefe de la caballería en San Quintín. Ahora, por el contrario, la nobleza había triunfado sobre la eficiencia «heroica».

El doble sentido del heroísmo

Ahora sí podemos ir buscando las conclusiones. Tal y como lo hemos definido, el paradigma militar que cuaja a lo largo del siglo XVII y que *grosso modo* extiende su validez hasta nuestros días, bien puede ser el

(32) Cfr. ROBERTS, Michael: *The Military Revolution, 1560–1660*, Belfast, 1956, también ROTHENBERG, G. E.: «Maurice of Nassau, Gustavus Adolphus, Raimondo Montecuccoli and the “Military Revolution” of the 17th century», en PARET, P.; G. A. GORDON, G. A. and GILBERT, F. (eds.): *Makers of Modern Strategy* pp. 32-63, 1986.

instrumento para una política posheroica, de naturaleza ella misma pacifista, en el sentido, no del simple desprecio del paradigma militar, sino de que no entiende la guerra como la continuación natural de la política. Antes bien, desde este punto de vista la guerra tiene un carácter anómalo y excepcional, como una recaída en los modelos «heroicos» de la lucha de todos contra todos, modelos que deben ser evitados, a los que se desciende por así decir desde un nivel moral superior; modelos inhumanos de los que el combatiente debe intentar salir en la medida en que, y tan pronto como, pueda. Desde este punto de vista, el fin del aparato militar no es la victoria, sino el restablecimiento de la paz. Por otra parte, esa superioridad moral tampoco es algo de lo que el militar puede absolverse en el ejercicio de su profesión. Lo que quiere decir que no vale el eslogan «en la guerra como en la guerra». Antes bien, desde todos los puntos de vista, el mismo paradigma militar exige un límite en el ejercicio de las armas, que bien podemos llamar posheroico si entendemos el heroísmo como la búsqueda de la victoria a cualquier precio.

Pero hay otra forma, no homérica y clausewitziana de entender el heroísmo. Porque si la actividad militar tiene como fin la salvaguarda de las libertades de la patria y el mantenimiento frente a toda forma de violenta barbarie de un espacio reflexivo de dignidad humana (¡eso era Camelot como ideal!), sigue siendo necesario el ejercicio de las armas por aquellos que están comprometidos con ese ideal. Y ello requiere de un nuevo heroísmo, en la medida en que por defenderlo hemos de estar dispuestos al último sacrificio de la vida, propia y de aquellos que en un momento dado están a nuestras órdenes.

Porque el heroísmo es eso: la disposición a asumir la posibilidad de la muerte. En el primer caso de la épica homérica, asumir ese riesgo era lo que abría el camino de la gloria, como victoria indiscriminada sobre los últimos límites de la humanidad. Y el que no encuentra esos límites, los busca, porque no le vale la pena vivir sin ser un semidiós. Toreros, conquistadores, soldados de fortuna, himalayistas, piratas, e incluso señoritos aburridos que ya de madrugada, totalmente borrachos, juegan a la ruleta rusa (33). Desde este punto de vista, lo hemos visto, el paradigma militar es absolutamente posheroico; un oficial, además de caballero y experto en el mando y en la aplicación de sus armas, suele ser, y es bue-

(33) *Guerra y paz*, la película, comienza con una escena en la que Pierre Bezukov se avergüenza de que Andrei Bolkonsky no le deje imitar a Dolokhov en la hazaña de beber sin respirar una botella entera de vodka sentado en el alfeizar de una ventana.

no que sea, un honrado padre de familia, sin especial interés en imitar a Aquiles y Alejandro en una muerte gloriosa. Pero ahora de él se exige otro heroísmo: el de usar esas armas en situaciones de la mayor amenaza para su propia vida y en defensa de la comunidad a la que sirve, que al final, en su máxima extensión, no es otra que la humanidad, como ese espacio ideal en el que los peregrinos llegan a Jerusalén, las viudas están seguras y los pobres y débiles disfrutan en la cosecha del fruto de su trabajo.

También este heroísmo es, por así decir «extremoso». Pero de lo que se trata ahora, ya no es afirmarse a sí mismo en la victoria, sino de asegurar contra la fuerza extraña las posibilidades de supervivencia de la *res publica*. Hablamos, más que de victoria, de servicio. Y aquí el militar es pariente de otro tipo de héroes: bomberos, médicos que no abandonan a la población en una epidemia infecciosa, ingenieros que intentan desesperadamente controlar un reactor nuclear en crisis, guardias civiles que se juegan la vida por intentar sacar a un montañero de una pared, guardacostas que salvan náufragos en medio de la tempestad, misioneros o diplomáticos que arriesgan su salud, también su vida, en tierras extrañas, y tantos etcéteras como la vida misma ofrece en circunstancias difíciles en las que la existencia de muchos depende del voluntario sacrificio de algunos. No hace falta decir que si el paradigma militar es ciertamente posheroico en el primer sentido, el heroísmo en el segundo sentido es algo que al militar, como mínimo, «se le supone».

Igual como dos heroísmos, hay también dos sentidos del honor, también en cierta forma contrapuestos. Un fanfarrón heroico, el *miles gloriosus* de Plauto, tendrá el prurito de no deber nada a nadie, de pagar las deudas, sobre todo si son de juego, aunque sea luego un parásito social; aprenderá en el campo de batalla a no encoger la espalda cuando silban las balas cerca; y se batirá en duelo por una discusión insubstancial, sólo porque el otro le ha desafiado; aunque luego no le importe comprometer en un adulterio la buena fama de una familia, cuando no violar a una campesina o pegar a la propia mujer. Sobre todo ese honor será indistinguible de la arrogancia, porque consiste en el absoluto afán de no dejarse limitar, de vencer siempre, de estar por encima; y al final de despreciar al extranjero, al pobre y al perdedor.

Es curioso que, por el contrario, el honor caballeresco, que se reconoce en el otro a sí mismo; que consiste más en honrar que en reclamar honra («¡nunca fuera D. Quijote de damas tan bien servido...!»), tenga incluso un cierto regusto por la derrota. Quizás porque el ideal al que sirve el ca-

ballero, que es siempre una reivindicación, tiene un carácter contrafáctico, e incluso es más fuerte moralmente que los hechos que lo niegan. Por eso el caballero, tantas veces servidor de causas perdidas, sabe que no se trata de ganar, sino de tener razón; y que por eso vale más la honra que los barcos, o lo que es lo mismo, el derecho que la fuerza. Por eso el paradigma militar español, que bien podría lucir un Gonzalo Fernández de Córdoba (¡hay ciertos problemas de cuentas!), se ha visto más bien reflejado en los vencidos héroes de Trafalgar, y muy especialmente en los del 2 de mayo, que en contra de las órdenes de estricto acuartelamiento, salieron en defensa de su natural pueblo de Madrid, mientras —no se suele contar— 3.000 soldados de la guarnición, en cumplimiento de esas estrictas órdenes de su capitán general don Francisco Xavier Negret, contemplaban impasibles cómo una tropa extranjera (¡probablemente eran menos!) lo masacraba (34).

Termino con una propuesta práctica: en las planas mayores de las unidades de batallón para arriba, junto al jefe de la sección de operaciones, habría que situar a un «oficial pepito grillo», alto, con rasgos enjutos, uniforme retrasado de dos generaciones, extraño discurso y una ridícula prenda de cabeza; del que toda la plana mayor se tendría que reír cuando aconsejase lo que hay que hacer, pero al que habría que escuchar con el mayor respeto cuando dijese lo que un militar «jamás» debe consentir. Naturalmente es difícil, y siempre corresponde al mando, deslindar en las operaciones acción de omisión. Pero si se le hubiese dado al personaje ciertos derechos de veto, podemos estar seguros de que algunas (vergonzosas) cosas de nuestra historia militar no hubiesen ocurrido.

D. Quijote nunca hubiese permitido la aplicación del *Führers Kommissarbefehl* en el frente ruso, como de hecho no se aplicó, con grave riesgo para sus carreras e integridad física, por muchos comandantes. Pero tampoco se hubiera bombardeado Dresde (acción especialmente deshonrosa cuando, casi al mismo tiempo, había tripulaciones que con riesgo de su vida hacían dos y tres pasadas para intentar alcanzar objetivos estratégicos e industriales sin que las bombas cayesen sobre el centro de las ciudades), ni Hiroshima y Nagasaki, acciones expresamente dirigidas contra la población civil. Tampoco el mando militar se hubiera

(34) Cfr. SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *Historia General de España y América*, volumen 12, p. 175, *Del Antiguo Al Nuevo Régimen*, Madrid, 1981.

empeñado en el exterminio de la mejor juventud británica en la estúpida batalla del Somme. Por no mencionar el vergonzoso uso en nuestra guerra civil, fuera de todo paradigma honorable, de la justicia militar como instrumento de una masiva y brutal represión política (35). No hubiesen ocurrido *My Lai* o *Wounded Knee*. Tampoco se habría abandonado a su suerte a la población de Srebrenica, ni a los Tutsis de la *École Technique Dom Bosco* de Kigali en Ruanda (36).

En fin, el paradigma militar, si por un lado es posheroico en un sentido, a la vez que en otro da ese heroísmo por supuesto, es al mismo tiempo una instancia ideal de acendrada humanidad, que junto a muchos errores, se ha ido validando a lo largo de la Historia. De este modo ese paradigma es un depósito de reflexión antropológica que funciona críticamente desde un punto de vista ético, precisamente como freno a la idea de una guerra absoluta; de que —por cierto como en el amor— no todo vale en la guerra; y sobre todo en el entendimiento de que la última justificación de la guerra no puede ser otra que la paz.

Podría pensarse que ha de ser la política la que imponga un límite a un supuesto natural expansionismo de la acción militar. Pero hemos tratado en estas páginas de mostrar cómo esto no tiene por qué ser así. En primer lugar porque el paradigma militar viene definido por constricciones internas en el uso de la fuerza, en las que se muestra su esencial carácter

(35) No siempre y no por todos por igual. Por ejemplo, dentro de las terribles circunstancias, algunos oficiales, especialmente tradicionalistas, ligados a un *ethos* más «antiguo» que revolucionario, sí dieron ejemplo de humanidad (cfr. por ejemplo, CASTILLA DEL PINO, Carlos: *Pretérito imperfecto*, pp. 203, 208 y 210, Barcelona, 1997).

(36) El único héroe occidental de ese día fue un franciscano, que se negó a aceptar el sitio que le ofrecían en los camiones los soldados belgas (sí evacuaron a la población blanca), que se retiraban disparando al aire para apartar a los desesperados que sabiendo su destino intentaban cerrarles el paso. Al oficial al mando, que ejecutaba una ya poco honrosa orden de retirarse al aeropuerto, no le pareció interesante informar que en ese momento su compañía era lo único que separaba a 2.000 personas de una muerte a machetazos (les pedían que al menos los matasen los belgas con las ametralladoras que llevaban). Cfr. el testimonio del mismo general Romeo A. Dal-laire, jefe de la misión UNAMIR, cuando el batallón belga bajo sus órdenes se retiró, cumpliendo órdenes de su Gobierno, porque habían sufrido bajas en el cumplimiento de esa misión: «*I stood there as the last Hercules left... and I thought that almost exactly fifty years ago to the day my father and my father-in-law had been fighting in Belgium to free the country from fascism, and there I was, abandoned by Belgian soldiers. So profoundly did I despise them for it... I found it inexcusable.*» MEREDITH, Martin: *The State Of Africa*, chapter 27, Londres, 2005. Mala cosa si posheroicidad es lo que antes se llamaba cobardía frente al enemigo.

moral. Por eso, además, ese paradigma puede muy bien funcionar, o debería haber funcionado en muchos casos, como freno de imperativos políticos desbocados dirigidos a la idea de una «guerra total». «Yo esto a mis soldados no se lo puedo pedir, porque les daría vergüenza», sería una reflexión, que en algunos casos hubiese impulsado hacia la acción militar, pero que en muchos otros hubiese atemperado en un sentido posheroico muchas barbaridades de nuestra historia bélica.

EPÍLOGO

EPÍLOGO

Por CAYETANO MIRÓ VALLS

Recordará el lector metódico que al finalizar la «Introducción», p. 9, exponía cinco consideraciones, que en síntesis decían:

«Ha cambiado el paradigma militar al uso durante el siglo XX. El llamado “arte operacional” ha pasado a ser la piedra angular del arte militar. La táctica, de la que su principal actor era la fuerza terrestre y dentro de ella la Infantería –que con sus capacidades de fuego, movimiento y choque, resolvía el conflicto mediante la ocupación del los objetivos clave– procura obviarse, pues los gobiernos no soportan el desgaste que ello representa en las sociedades avanzadas.»

Se ha dado una patente exagerada al título que se dio a un propugnado estilo de liderazgo empresarial (liderazgo posheroico), utilizándolo para dar nombre a un tipo de «hacer la guerra» (*warfare*) facilitada por la tecnología actual que ha permitido aumentar las distancias entre los bandos enfrentados, modificando el *modus operandi* en los conflictos armados. Sin embargo, en fases de estabilización de zonas las distancias de posibles riesgos se han acortado tanto, que han llegado al cuerpo a cuerpo insidioso, conduciendo a situaciones militares en las que el valor heroico es parte del bagaje de todo soldado.

No se puede hablar a los soldados de guerras posheroicas: todo soldado mandado a la guerra tiene el derecho y el deber de comportarse con valor y, en casos extremos, llegar al valor heroico. Nuestra actual cultura

reconoce el heroísmo como una muestra de valor altruista, a la vez que obvia la exaltación del heroísmo entre sus conciudadanos de uniforme que están dispuestos a derramar hasta la última gota de su sangre en el campo de batalla.

Y decía también, que tras un intenso análisis y debate de grupo:

1. Decidimos proponer un cambio de título a la *Monografía* en el que se obviara la yuxtaposición de las palabras guerra y posheroica. Nos pareció más adecuado, y así lo propusimos y se aceptó, el de: «En una sociedad posheroica: la transformación del paradigma militar».
2. Nos propusimos analizar la evolución de distintas facetas de la época que discurrió entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el primer año de la segunda década del siglo XXI, con la finalidad de llegar a conclusiones sobre cuáles son «los tiempos que corren» y cuales los motivos que los conformaron, para así comprenderlos y poder establecer los actuales modelos de conflictos en los que puede ser necesaria intervención militar y, consecuentemente, determinar cuál es el actual paradigma militar conveniente, y cómo hacer para que sea comprendido tanto por militares y como por civiles, de forma que los primeros mantengan no sólo sus capacidades técnicas, sino también las elevadas cualidades morales necesarias para ser soldados y los segundos comprendan, apoyen y admiren a quienes están siempre prestos a ser salvaguarda de los valores e intereses de la sociedad de la que son parte.
3. Determinados los capítulos que nos conducirían a las conclusiones sobre el asunto, se distribuyeron entre los componentes del grupo de trabajo de acuerdo con sus campos de conocimiento y experiencia, que trabajarían con plena libertad intelectual, incluso para elegir título del mismo una vez concluido.

Pues bien, como habrá podido observar el lector, los componentes del grupo de trabajo, redactaron la parte que les correspondió de acuerdo con sus campos de conocimiento y experiencia, con plena libertad intelectual e incluso han elegido el título que les ha parecido más acorde con el punto de vista sobre el asunto que han tratado. Así:

- Doña María Dolores Algora Weber, profesora en la Universidad CEU San Pablo, que ha desarrollado el tema 1: «Evolución del paradigma sociopolítico internacional. Su influencia en la percepción de los conflictos», lo ha denominado: «Orden y desorden internacional en el mundo contemporáneo».

- Don José Romero Serrano, coronel de Infantería DEM, que ha tratado el tema 2: «Evolución de la tipología del conflicto», lo ha denominado «La guerra actual y el arte de la distancia».
- Doña Elena Gómez Castro, diplomática, que ha tratado el tema 3: «La influencia de las organizaciones internacionales en la evolución del paradigma militar», lo ha denominado «¡A mí la Legión!»
- Don Juan Antonio Moliner González, general de división del Ejército del Aire, que ha tratado el tema 4: «Evolución de la estrategia y la transformación de las Fuerzas Armadas», lo ha denominado «Héroes o villanos. La transformación en las Fuerzas Armadas».
- Don Javier Hernández-Pacheco, catedrático en la Universidad de Sevilla, que ha tratado el tema 5: «El paradigma militar parte de la cultura. La retaguardia y su relación con el soldado», lo ha denominado «Oficial y caballero. El paradigma militar en una cultura posheroica».

Los borradores de los capítulos fueron sometidos a debate por el grupo durante enriquecedoras reuniones y una vez finalizados, fue muy fácil establecer las siguientes conclusiones de grupo, puesto que como grupo había sabido poner en común los puntos de vista particulares para conformar un resultado colectivo.

El paradigma militar que ha extendido su validez hasta nuestros días, bien puede ser entendido como instrumento para una política posheroica, de naturaleza pacifista, que no entiende la guerra como la continuación natural de la política. Desde este punto de vista, el fin del aparato militar no es la victoria, sino el restablecimiento de la paz. No vale el eslogan «en la guerra como en la guerra», antes bien, el mismo paradigma militar exige un límite en el ejercicio de las armas, que bien podemos llamar posheroico si entendemos el heroísmo como la búsqueda de la victoria a cualquier precio.

Pero hay otra forma de entender el heroísmo. Porque si la actividad militar tiene como fin la salvaguarda de las libertades de la patria y el mantenimiento frente a toda forma de violenta barbarie de un espacio reflexivo de dignidad humana, sigue siendo necesario que el ejercicio de las armas sea empresa de aquellos que están comprometidos con ese ideal. Y ello requiere de un nuevo heroísmo, en la medida en que por defenderlo hemos de estar dispuestos al último sacrificio de la vida, propia y de aquellos que en un momento dado están a nuestras órdenes. Porque el heroísmo es eso: la disposición a asumir la posibilidad de la muerte.

Aunque existe toda una evolución desde las guerras napoleónicas (las «guerras modernas» en campos de batalla) a la Segunda Guerra Mundial (la «guerra total» afectando a la población de las ciudades), todos los conflictos se habían caracterizado por la simetría entre los actores principales (los Estados), lo que no impedía la superioridad de alguno de los bandos. En ellos, los combatientes se sentían motivados por el sentido heroico de su acción. Eran conflictos que terminaban con la firma de tratados, que permitían definir las condiciones y los valores del orden mundial venidero.

Durante la etapa de la guerra fría el miedo a la «guerra nuclear» impidió que las grandes potencias se enfrentaran abiertamente, dotando al mundo de equilibrio internacional, pero a su vez dio paso a los «conflictos de baja intensidad». Las guerras se tornaron asimétricas y la superioridad tecnológica dejó de traducirse en superioridad bélica. Ni la guerra de Vietnam para los norteamericanos, ni la de Afganistán para los soviéticos, respondieron a los parámetros clásicos de los conflictos de la primera mitad del siglo XX. Tampoco fueron igual para sus combatientes, pues la difícil percepción del enemigo, paulatinamente fue diluyendo el sentido heroico con el que habían luchado en las anteriores.

Tras el fin de la guerra fría, la década de los años noventa se caracterizó por el fin de aquel equilibrio, dando lugar al llamado «nuevo orden mundial». La guerra del Golfo y las que le sucedieron en los Balcanes, en el cuerno de África y la guerra de Kosovo fueron buena muestra de cómo se habían transformado los conflictos. Como algunos autores indicaron se había producido una «revolución en los asuntos militares», que inevitablemente conducía hacia un nuevo paradigma. Se iniciaban así las «guerras posmodernas» en el contexto también de una cultura «posheroica».

Los atentados del 11 de septiembre de 2001, que demostraron que no hay hoy amenaza ni lo suficientemente pequeña, ni demasiado lejana, no sólo fueron el inicio de la situación internacional del presente, sino también de un nuevo concepto de guerra vinculado a la acción del terrorismo islamista: la «guerra global». El orden mundial de la última década ha evolucionado hacia el desorden internacional. No sólo se asiste en el presente a un posible relevo de las potencias directoras del mundo, sino también de los criterios que rigen las relaciones internacionales y, por supuesto, de las guerras y sus combatientes. Éstas ya no son entre los Estados, sino entre la gente. El paradigma militar ha cambiado por completo.

El conflicto actual es un conflicto globalizado –aunque no en todos sus niveles y complejo cuya gestión y resolución se ha ido desplazando del ámbito particular de los Estados al de las organizaciones internacionales. Es asimétrico en cuanto a los valores en juego y los procedimientos, lejano y próximo por geografía y percepción, de alcance ilimitado de las operaciones y con influencia y participación de múltiples factores y actores que operan de forma simultánea y de objetivos de alto contenido ideológico. Ya no se trata de destruir al enemigo, sino de reconstruirlo de otra manera. Las soluciones ni son fáciles ni rápidas y siempre serán políticas, por más que en ocasiones haya de recurrirse también a la intervención militar.

Sobre los principios que deberían presidir las decisiones sobre el uso de la fuerza, los propuestos por la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía Estatal, creada por Canadá en el año 2000 y cuyo Informe se publicó en diciembre de 2001, podrían ser una buena referencia. Consecuentemente, el uso de la fuerza debería, respetar los principios siguientes: decisión adoptada por la autoridad correcta, justa causa, intención correcta, último recurso, medios proporcionados y perspectivas razonables.

El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas es la autoridad correcta e idealmente debería ser la única que decidiera las intervenciones en los conflictos y asumir la responsabilidad de proteger. Moralidad (cualidad de las acciones humanas que las hace buenas) y legalidad deben ser las dos caras de una misma moneda en toda intervención.

La guerra, las operaciones, son el reflejo de la gestión internacional del conflicto con un amplio espectro de combinatoria, de sucesos, acciones y actores que operan de forma simultánea, en la que se fijan objetivos de alto contenido ideológico, acordados de forma genérica en sesiones ejecutivas multinacionales en las que se detallan unos medios militares operando de forma gradual y limitada, esperando de cada acción una reconsideración estratégica, un avance que no siempre llega. Unas operaciones en las que se acentúa el carácter no heroico en lo posible, en las que el militar actúa de forma convencional e irregular, hace de mediador, facilitador y proporciona seguridad y en las que se suman nuevos actores civiles que dan mayor complejidad al conflicto y a la coordinación de los esfuerzos. Un militar que no sólo combate –con el heroísmo requerido– sino que opera y lo hace de muy diferentes maneras. En definitiva, unos combatientes que ya no luchan exclusivamente contra un enemigo

definido sino que operan en un entorno complejo, en un magma de múltiples factores y en un ambiente de «guerra entre la gente»

En este entorno, los actores y las organizaciones internacionales deben actuar sin dilación y trazar objetivos y límites a su actuación con rapidez y acierto. Deben respetarse los plazos de preparación indispensables para realizar el análisis de la situación sobre el terreno, de los riesgos y amenazas, la determinación de los apoyos existentes y, en función de ellos, del objetivo final deseado, teniendo en cuenta que, para no confundir los plazos de preparación indispensables con retrasos injustificados en la actuación, los escenarios de conflicto suelen presentar un sinfín de problemas básicos.

En la guerra actual, las acciones (*guerrear-warfare*) y el modo de hacer la guerra (la estrategia de operaciones) tienen que ver más que nunca con el arte de la distancia. La sofisticación del modo de hacer la guerra en Occidente –que ha evolucionado a partir de la profesionalidad, con la creación de mandos conjuntos eficientes, la organización logística y un dominio abrumador de la maniobra operacional apoyada en una tecnología superior– sitúan el guerrear y la estrategia en el próximo horizonte como el arte de la distancia en todo su esplendor, olvidando la concepción antigua y heroica basada en el choque frontal de la falange y sustituyéndola por otra en la que se bate al enemigo desde lejos, con precisión y evitando el contacto.

El elemento clave es la distancia a la par que salvaguardar la fuerza. Actuamos operacionalmente a distancia, nos protegemos cuando operamos entre la gente (revalorizamos el *situational awareness*) e incluso integramos fuerzas nativas para garantizarnos la seguridad táctica y la protección.

Cuando el uso de la fuerza sea necesario, éste deberá enmarcarse en una estrategia integral, capaz de dar respuesta a las necesidades sobre el terreno. No sólo se trata de poner fin a la violencia, sino de sentar las bases para que no se reproduzca, lo que implica la existencia de Estados viables en todos los campos. La materialización de esta estrategia presenta numerosos desafíos por el complejo entramado institucional a nivel tanto internacional como nacional. A ello hay que añadir las dificultades sobre el terreno cuando existe un entorno de seguridad muy deteriorado o volátil, en cuyo caso, los medios y capacidades militares habrán de asumir, además de las tareas habituales en este tipo de esce-

narios, otras adicionales como la protección de los actores no militares desplegados sobre el terreno.

Si como parece deducirse de la casuística reciente, las amenazas –y por ende, los conflictos– surgirán con mayor probabilidad en «Estados fallidos» o dictaduras en descomposición, una vez restaurado el orden, las Fuerzas Armadas seguirán teniendo un papel importante que desempeñar en el periodo de posconflicto. Además de la continuación temporal de su misión como garantes iniciales de la seguridad y el orden público (en tanto en cuanto no existan estructuras locales capaces de hacerlo), las Fuerzas Armadas pueden contribuir de forma eficaz a los procesos de desarme (hasta que la desmovilización y la reinserción puedan ser llevados a cabo por organismos civiles) y a la reforma del sector de seguridad, y, por la tanto, al establecimiento y consolidación del Estado de Derecho.

Los cambios habidos en el paradigma, (entendido como arquetipo o modelo ideal), de la seguridad, en el estratégico y también en el paradigma doctrinal y en el de la organización de los ejércitos, así como la irrupción de otras herramientas como los programas de cooperación, el fomento de las medidas de desarme, la no proliferación de determinados sistemas de armas o incluso la diplomacia y el desarrollo, han producido cambios en el paradigma de la profesión (paradigma militar) y del profesional militar (paradigma del militar), adaptándose a los cambios sociales y culturales que no sólo condicionan el modelo de las Fuerzas Armadas, sino que nos obligan a considerar que los medios militares, los Ejércitos y Armadas, la defensa, en su sentido tradicional, tampoco son ya, en muchas ocasiones, los principales instrumentos a la hora de plantear la seguridad.

En la dimensión humana del combate habita el espíritu del héroe, pero en la conducción de la guerra, en la dirección de las operaciones y en la política militar viramos en la actualidad hacia un nuevo paradigma militar posheroico. Las expresiones heroicas que se producían con los medios y formas de hacer la guerra en épocas anteriores, son tan sólo ocasionales en la actualidad. Sin embargo, los conflictos y operaciones actuales no impiden al militar demostrar su valor aunque sea de forma distinta a aquellas gestas heroicas precedentes.

El paradigma del militar actual es posheroico (un oficial, además de caballero y experto en el mando y en la aplicación de sus armas, suele ser,

y es bueno que sea, un honrado padre de familia, sin especial interés en imitar a Aquiles y Alejandro en una muerte gloriosa), y el heroísmo es algo que al militar, como mínimo, «se le supone», o lo que es lo mismo, el paradigma del militar posheroico da por supuesta la capacidad del valor heroico al militar. Pero, ahora, al profesional de las armas se le exige otro heroísmo, añadiendo conductas y comportamientos de utilización eficaz de otros instrumentos y herramientas a las armas tradicionales e inherentes a la naturaleza del soldado que, en situaciones de la mayor amenaza para su propia vida y la de la comunidad a la que sirve, siguen siendo las que le permiten defenderse con honor de forma valerosa.

Pero de lo que se trata ahora ya no es afirmarse a sí mismo en la victoria, sino de asegurar contra la fuerza extraña las posibilidades de supervivencia de la *res publica*. A la victoria debe acompañarla el servicio. Como el de esos otros héroes: bomberos que atacan un fuego que cerca un pueblo, médicos que no abandonan a la población en una epidemia infecciosa, ingenieros que intentan desesperadamente controlar un reactor nuclear en crisis, guardias civiles que se juegan la vida por intentar sacar a un montañero de una pared, guardacostas que salvan náufragos en medio de la tempestad, misioneros, voluntarios o diplomáticos que arriesgan su salud, también su vida, en tierras extrañas, y tantos etcéteras como la vida ofrece, en circunstancias difíciles, en las que la existencia de muchos depende del heroico y voluntario sacrificio de algunos.

De todos, sólo el militar ha hecho pública promesa de sacrificar su vida en defensa de las de los demás. Un militar con criterio, vocación universal y con acendrada disposición moral que junto a esa tradicional disposición de sacrificio y entrega, afronta los nuevos caminos del héroe, amplía sus comportamientos heroicos en estos tiempos de mutación y cambio. Por ello, las Fuerzas Armadas y los militares que las componen no pueden perder el norte de su imprescindible papel de punta de lanza en la defensa militar.

El paradigma militar, que viene definido por constricciones internas en el uso de la fuerza en las que se muestra su esencial carácter moral, es una instancia ideal de acendrada humanidad, que junto a muchos errores, se ha ido validando a lo largo de la Historia. De este modo ese paradigma es un depósito de reflexión antropológica que funciona críticamente desde un punto de vista ético, precisamente como freno a la idea de que «todo vale en la guerra»; y sobre todo en el entendimiento de que la última justificación de la guerra no puede ser otra que la paz.

Esa transformación del «paradigma militar» y del «paradigma del militar» puede causar perplejidad a los militares profesionales, cuando la Defensa Militar de una causa justa produce muertes que en otras instancias se tachan de injustas, a pesar del sacrificio heroico de la propia vida. Pero si el comportamiento bélico se adapta al Derecho de la Guerra, si se cumplen las normas que regulan la conducta del combatiente y que están basadas en principios morales que la justifican éticamente, si, en fin, se dispone de un cuerpo doctrinal coherente como ordenamiento moral al que han de ajustar su conducta los militares, la perplejidad deja paso a la convicción del «exacto cumplimiento del deber inspirado en el amor a España, y en el honor, disciplina y valor»:

«Yo esto a mis soldados no se lo puedo pedir, porque les daría vergüenza, sería una reflexión que en algunos casos hubiese impulsado hacia la acción militar, pero en muchos otros hubiese atemperado, en un sentido posheroico, muchas barbaridades de nuestra historia bélica, y que tal vez no se hubieran producido si en las planas mayores y estados mayores de las unidades de tipo batallón y superiores, junto al jefe de la sección de operaciones, hubiera un “oficial pepito grillo”, alto, con rasgos enjutos, uniforme retrasado de dos generaciones, extraño discurso y una ridícula prenda de cabeza; del que toda la plana mayor o estado mayor se tendría que reír cuando aconsejase “lo que hay que hacer”, pero al que habría que escuchar con el mayor respeto cuando dijese “lo que un militar jamás debe consentir”».

¿Cómo es posible que nuestro léxico haya aceptado que una palabra de elevado valor moral, ético... (lo que queramos, pero de elevado rango), vaya precedida de un pos, que la relega a algo caduco, antiguo, demodé? Es más... y que se utilice al hablar de guerra, situación en la que no es hipotético el riesgo para quienes están en el teatro de operaciones.

No se puede decir a un soldado, marino o aviador que esté en un teatro de operaciones realizando acciones en las que arriesga su vida –ni a nadie de su retaguardia– que esta acción bélica (esta guerra, sea con mayúsculas, sea con minúsculas, sea camuflada de operación, de misión etc.) es posheroica. Él o ella, y todos a los que representa, deben saber que entre los pliegues de su uniforme están los armazones de un héroe, de una heroína.

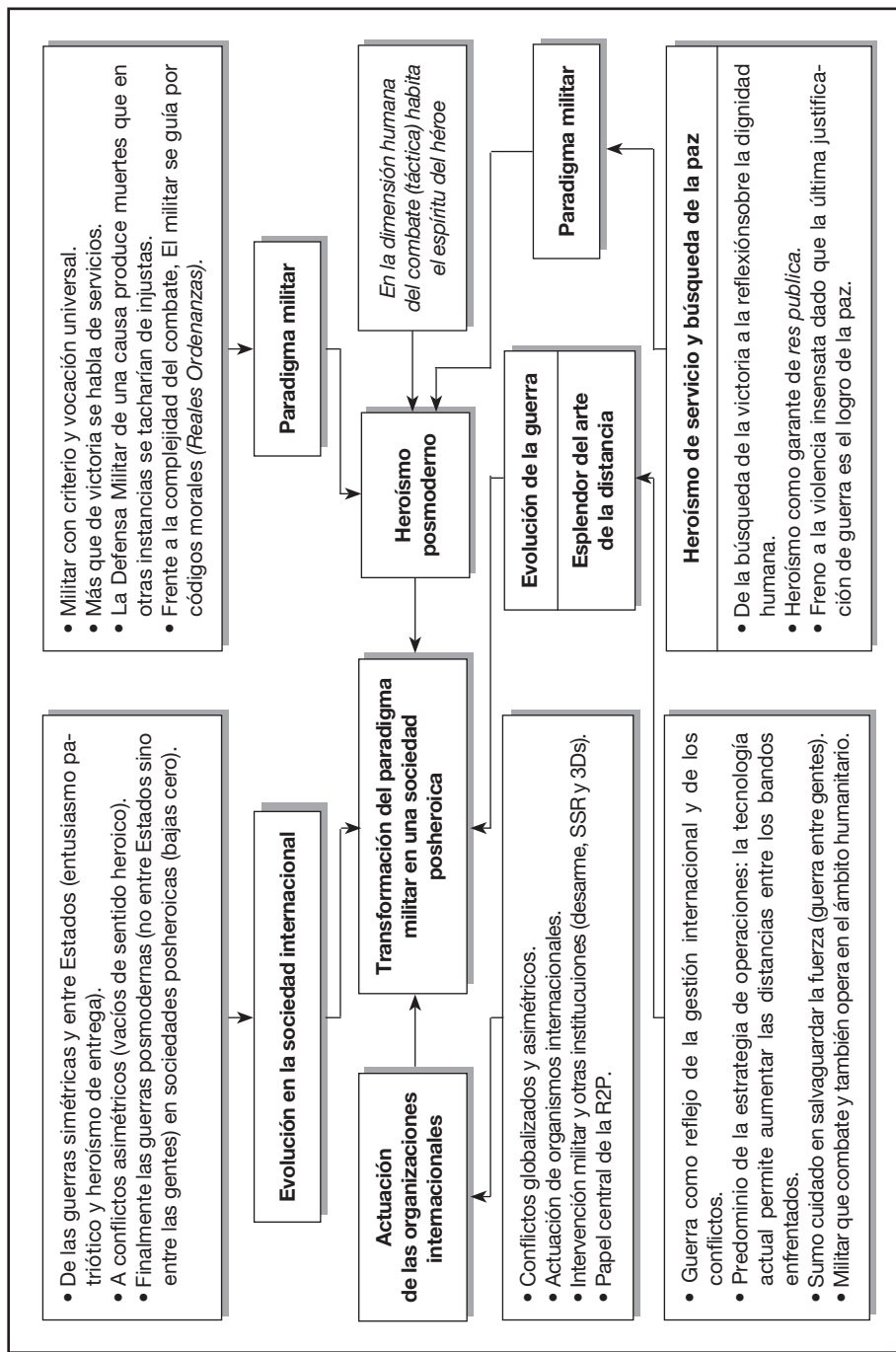
Ya podría el señor Luttwak haberse ahorrado el calificativo de posheroica al hablar de la guerra, puesto que todo tipo de acción militar lleva

implícita una manifestación de valor que puede llegar al grado de heroico. Y sobre todo, ya deberían los que lo leyeron no haber entendido que se trataba de suprimir el concepto de héroe y de heroísmo del código deontológico militar.

No puede hablarse ni de «guerra posheroica» ni de militares posheroicos. Y si hay «políticas militares posheroicas»... no deben tener la facultad de suprimir de los códigos deontológicos de la profesión militar el concepto de héroe y de heroísmo.

El mapa conceptual de lo «posheroico» que figura en el Anexo, p. 215, intenta sintetizar el pensamiento de los componentes del grupo sobre el llamado posheroísmo y su influencia en los paradigmas militar y del militar actuales.

Anexo. — Mapa conceptual de los «posheroico».



COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO

Presidente: D. CAYETANO MIRÓ VALLS

Teniente general del Ejército de Tierra (R).

Coordinador: D. FERNANDO SANZ TERCERO

Coronel de Infantería. Profesor de la Escuela de Altos Estudios de la Defensa (EALEDE) del CESEDEN.

Vocales: D.^a MARÍA DOLORES ALGORA WEBER

Profesora en la Universidad CEU San Pablo.

D. JOSÉ ROMERO SERRANO

Coronel de Infantería.

D.^a MARÍA ELENA GÓMEZ CASTRO

Diplomática.

D. JUAN ANTONIO MOLINER GONZÁLEZ

General de división del Ejército del Aire.

D. JAVIER HERNÁNDEZ-PACHECO

Catedrático en la Universidad de Sevilla.

Las ideas contenidas en este trabajo son de responsabilidad de sus autores, sin que refleje, necesariamente el pensamiento del CESEDEN, que patrocina su publicación

ÍNDICE

	<u>Página</u>
SUMARIO	7
INTRODUCCIÓN	9
Del desasosiego de un título.....	11
De proponer un cambio en el título	16
Los síndromes y traumas de los años cincuenta y setenta.....	19
De la década en la que cayó el muro de Berlín	25
¿La unipolaridad o multipolaridad de los años noventa?	27
La globalización y del <i>post-heroic leadership al post-heroic warfare</i>	30
La primera década del siglo XXI	35
Y en el año 2011.....	41
Del título y del desarrollo del temario.....	44
 <i>Capítulo primero</i>	
ORDEN Y DESORDEN INTERNACIONAL EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO.....	47
Los antecedentes históricos: la sociedad internacional contemporánea como contexto de las «nuevas guerras» o «guerras modernas»..	50
El mundo de la guerra fría.....	55
La posguerra de la guerra fría.....	63
El mundo del siglo XXI.....	68
 <i>Capítulo segundo</i>	
LA GUERRA ACTUAL Y EL ARTE DE LA DISTANCIA.....	75

	<u>Página</u>
El conflicto y la guerra.....	77
Luttwak y lo posheroico.....	86
Distintos tipos de conflictos.....	88
Referencias: teoría de la guerra justa.....	92
La guerra convencional y la guerra irregular.....	94
– <i>La guerra convencional</i>	95
– <i>La guerra irregular</i>	100
Las capacidades militares y el <i>know how</i>	103
El paradigma militar posheroico	105
 <i>Capítulo tercero</i>	
¡A MÍ LA LEGIÓN!.....	111
El nuevo mundo y el uso de la fuerza	113
La responsabilidad de proteger	121
La gestión de crisis y la transformación del paradigma militar: «el arte de la guerra» en nuestro mundo	125
La Alianza Atlántica y la transformación del paradigma militar.....	128
La Unión Europea como actor global	130
<i>Quo vadis</i>	137
 <i>Capítulo cuarto</i>	
HÉROES O VILLANOS. LA TRANSFORMACION EN LAS FUERZAS ARMADAS.....	141
Introducción	143
Estrategias y discursos estratégicos.....	147
Organización de los ejércitos. ¿Se necesitan cambios?	153
La profesión de militar en el siglo XXI.....	159
Salir de la perplejidad.....	169
 <i>Capítulo quinto</i>	
OFICIAL Y CABALLERO. EL PARADIGMA MILITAR EN UNA CULTURA POSHEROICA.....	171
Definiendo lo posheroico	173
De Aquiles a Clausewitz: una más cuidadosa determinación del modelo «heroico»	178

	<u>Página</u>
Sorpresa: la milicia fue siempre posheroica	181
La caballería y el paradigma militar	184
Profesionalidad y milicia.....	195
El doble sentido del heroísmo	197
EPÍLOGO	203
ANEXO.....	215
COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO.....	217
ÍNDICE	219

RELACIÓN DE MONOGRAFÍAS DEL CESEDEN

- *1. Clausewitz y su entorno intelectual. (Kant, Kutz, Guibert, Ficht, Moltke, Sehlieffen y Lenia)
- *2. Las Conversaciones de Desarme Convencional (CFE)
- *3. Disuasión convencional y conducción de conflictos: el caso de Israel y Siria en el Líbano
- *4. Cinco sociólogos de interés militar
- *5. Primeras Jornadas de Defensa Nacional
- *6. Prospectiva sobre cambios políticos en la antigua URSS. (Escuela de Estados Mayores Conjuntos. XXIV Curso 91/92)
- *7. Cuatro aspectos de la Defensa Nacional. (Una visión universitaria)
- 8. Segundas Jornadas de Defensa Nacional
- 9. IX y X Jornadas CESEDEN-IDN de Lisboa
- 10. XI y XII Jornadas CESEDEN-IDN de Lisboa
- 11. *Anthology of the essays* (Antología de textos en inglés)
- *12. XIII Jornadas CESEDEN-IDN de Portugal. La seguridad de la Europa Central y la Alianza Atlántica
- 13. Terceras Jornadas de Defensa Nacional
- *14. II Jornadas de Historia Militar. La presencia militar española en Cuba (1868-1895)
- *15. La crisis de los Balcanes
- *16. La Política Europea de Seguridad Común (PESC) y la Defensa
- 17. *Second anthology of the essays* (Antología de textos en inglés)
- *18. Las misiones de paz de la ONU
- *19. III Jornadas de Historia Militar. Melilla en la historia militar española
- 20. Cuartas Jornadas de Defensa Nacional
- 21. La Conferencia Intergubernamental y de la Seguridad Común Europea
- *22. IV Jornadas de Historia Militar. El Ejército y la Armada de Felipe II, ante el IV centenario de su muerte

- 23.** Quinta Jornadas de Defensa Nacional
- 24.** Altos estudios militares ante las nuevas misiones para las Fuerzas Armadas
- 25.** Utilización de la estructura del transporte para facilitar el cumplimiento de las misiones de las Fuerzas Armadas
- 26.** Valoración estratégica del estrecho de Gibraltar
- 27.** La convergencia de intereses de seguridad y defensa entre las Comunidades Europeas y Atlánticas
- 28.** Europa y el Mediterráneo en el umbral del siglo **xxi**
- 29.** I Congreso Internacional de Historia Militar. El Ejército y la Armada en 1898: Cuba, Puerto Rico y Filipinas
- 30.** Un estudio sobre el futuro de la no-proliferación
- 31.** El islam: presente y futuro
- 32.** Comunidad Iberoamericana en el ámbito de la defensa
- 33.** La Unión Europea Occidental tras Ámsterdam y Madrid
- 34.** Iberoamérica, un reto para España y la Unión Europea en la próxima década
- 35.** La seguridad en el Mediterráneo. (Coloquios C-4/1999)
- 36.** Marco normativo en que se desarrollan las operaciones militares
- 37.** Aproximación estratégica española a la última frontera: la Antártida
- 38.** Modelo de seguridad y defensa en Europa en el próximo siglo
- *39.** V Jornadas de Historia Militar. La Aviación en la guerra española
- 40.** Retos a la seguridad en el cambio de siglo. (Armas, migraciones y comunicaciones)
- 41.** La convivencia en el Mediterráneo Occidental en el siglo **xxi**
- 42.** La seguridad en el Mediterráneo. (Coloquios C-4/2000)
- 43.** Rusia: conflictos y perspectivas
- 44.** Medidas de confianza para la convivencia en el Mediterráneo Occidental
- 45.** La cooperación Fuerzas de Seguridad-Fuerzas Armadas

46. La ética en las nuevas misiones de las Fuerzas Armadas
47. VI Jornadas de Historia Militar. Operaciones anfibias de Gallípolis a las Malvinas
48. La Unión Europea: logros y desafíos
49. La seguridad en el Mediterráneo. (Coloquios C-4/2001)
50. Un nuevo concepto de la defensa para el siglo XXI
51. Influencia rusa en su entorno geopolítico
52. Inmigración y seguridad en el Mediterráneo: el caso español
53. Cooperación con Iberoamérica en el ámbito militar
54. Retos a la consolidación de la Unión Europea
55. Revisión de la Defensa Nacional
56. Investigación, Desarrollo e innovación (I+D+i) en la defensa y la seguridad
57. VII Jornadas de Historia Militar. De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805). Génesis de la España Contemporánea
58. La seguridad en el Mediterráneo. (Coloquios C-4/2002)
59. El Mediterráneo: Proceso de Barcelona y su entorno después del 11 de septiembre
60. La industria de defensa: el desfase tecnológico entre la Unión Europea y Estados Unidos de América
61. La seguridad europea y las incertidumbres del 11 de septiembre
62. Medio Ambiente y Defensa
63. Pensamiento y pensadores militares iberoamericanos del siglo XX y su influencia a la Comunidad Iberoamericana
64. Estudio preliminar de la operación *Libertad para Irak*
65. Adecuación de la defensa a los últimos retos
66. VIII Jornadas de Historia Militar. De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805). La organización de la defensa de la Monarquía
67. Fundamentos de la Estrategia para el siglo XXI
68. Las fronteras del mundo iberoamericano

- 69.** Occidente y el Mediterráneo: una visión para una nueva época
- 70.** IX Jornadas de Historia Militar. De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805). Las bases de la potencia hispana
- 71.** Un concepto estratégico para la Unión Europea
- 72.** El vínculo trasatlántico
- 73.** Aproximación a las cuestiones de seguridad en el continente americano
- 74.** Defensa y Sociedad Civil
- 75.** Las organizaciones internacionales y la lucha contra el terrorismo
- 76.** El esfuerzo de Defensa. Racionalización y optimización
- 77.** El vínculo trasatlántico en la guerra de Irak
- 78.** Mujer, Fuerzas Armadas y conflictos bélicos. Una visión panorámica
- 79.** Terrorismo internacional: enfoques y percepciones
- 80.** X Jornadas de Historia Militar. De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805). El acontecer bélico y sus protagonistas
- 81.** Opinión pública y Defensa Nacional en Iberoamérica
- 82.** Consecuencias de la guerra de Irak sobre el Mediterráneo Occidental
- 83.** La seguridad en el Mediterráneo. (Coloquio C-4/2004-2005)
- 84.** Hacia una Política de Cooperación en Seguridad y Defensa con Iberoamérica
- 85.** Futuro de la Política Europea de Seguridad y Defensa
- 86.** Una década del Proceso de Barcelona: evolución y futuro
- 87.** El conflicto árabe-israelí: nuevas expectativas
- 88.** Avances en Tecnologías de la Información y de la Comunicación para la Seguridad y la Defensa
- 89.** La seguridad en el Mediterráneo (Coloquio C-4/2006)
- 90.** La externalización en las Fuerzas Armadas. Equilibrio entre apoyo logístico propio y el externalizado
- 91.** La entrada de Turquía en la Unión Europea

92. La seguridad en el Mediterráneo: complejidad y multidimensionalidad
93. La situación de seguridad en Irán: repercusión en el escenario regional y en el entorno mundial
94. Tecnología y Fuerzas Armadas
95. Integración de extranjeros en las Fuerzas Armadas españolas
96. El mundo iberoamericano ante las actuales retroestratégicas
97. XI Jornadas de Historia Militar. La enseñanza de la Historia Militar en las Fuerzas Armadas
98. La energía y su relación con la Seguridad y Defensa
99. Prospectiva de Seguridad y Defensa: viabilidad de una Unidad de Prospectiva en el CESEDEN
100. Repercusión del actual reto energético en la situación de la seguridad mundial
101. La evolución de la Seguridad y Defensa en la Comunidad Iberoamericana
102. El Oriente Próximo tras la crisis de El Líbano
103. Los estudios de posgrado en las Fuerzas Armadas
104. Las fronteras exteriores de la Unión Europea
105. La industria y la tecnología en la Política Europea de Seguridad y Defensa
106. De la milicia concejil al reservista. Una historia de generosidad
107. La Agencia Europea de Defensa: pasado, presente y futuro
108. China en el sistema de seguridad global del siglo XXI
109. Naciones Unidas como principal elemento del multilateralismo del siglo XXI
110. Las relaciones de poder entre las grandes potencias y las organizaciones internacionales
111. Las nuevas guerras y la Polemología
112. La violencia en el siglo XXI. Nuevas dimensiones de la guerra
113. Influencia de la nueva Rusia en el actual sistema de seguridad

- 114.** La nueva geopolítica de la energía
- 115.** Evolución del concepto de interés nacional
- 116.** Sesenta años de la OTAN ¿Hacia una nueva estrategia?
- 117.** La importancia geostratégica de África Subsahariana
- 118.** El Mediterráneo: cruce de intereses estratégicos
- 119.** Seguridad nacional y estrategias energéticas de España y Portugal
- 120.** Las armas NBQ-R como armas de terror
- 121.** El futuro de las relaciones Latinoamérica-Estados Unidos
- 122.** La influencia social del islam en la Unión Europea
- 123.** África ¿nuevo escenario de confrontación?
- 124.** Las nuevas guerras: globalización y sociedad
- 125.** El impacto de la crisis económica en el área de la Seguridad y la Defensa
- 126.** El ciberespacio. Nuevo escenario de confrontación

* Agotado. Disponible en las bibliotecas especializadas y en el Centro de Documentación del Ministerio de Defensa.